DIEZ AÑOS DE GUERRA

MANUEL BONILLA, JR.

DIEZ AÑOS DE GUERRA

SINOPSIS DE LA HISTORIA VERDADERA DE LA REVOLUCION MEXICANA

PRIMERA PARTE
1910 - 1913

IMPRENTA AVENDAÑO, S. A.
MAZATLAN
1922

CLASIF. B69
ADQUIS. Eh-10088
FECHA: 1976
PROCED. Compra
$
Invent.Oct.1976
Inventario'80

INVENTARIO 1994

(Es propiedad del autor, conforme a la Ley, y quedan asegurados los derechos de traducción y reproducción.)

(Copyright, 1922.)

PREAMBULO

La historia de la revolución mexicana, en concepto de una enorme cantidad de personas, no puede ser escrita todavía. Sin embargo, yo creo que ahora es cuando debe escribirse, antes de que desaparezcan por completo los que "la hicieron," ya en el gabinete, ya en los campos de batalla. De esta manera, las rectificaciones tienen completo valor, y la investigación se facilita. Por ello me he apresurado a presentar al público este trabajo, síntesis de otro mayor, que habrá de hacerse con las correcciones que, al leer este, se me apunten.

Yo no he querido hacer una obra de apasionamiento, sino decir la verdad tal como la conozco. Este libro representa algunos años de estudio y de trabajo, y ojalá que aquellos que en él encuentren algo erróneo y puedan probarme el error, quieran hacerlo.

A pesar de que he procurado no dejarme llevar por la pasión, como soy joven y humano, seguramente que mi personal simpatía hacia tales y cuales personajes se verá reflejada en estas páginas, y en algunos pasajes quizás se querrá encontrar la explosión de viejos rencores partidaristas; pero si pudiera colocarme en un plano de imparcialidad

Fh- 10088

"químicamente pura," tendría que convenir en que había dejado de ser hombre. Y no sé si por mi bien o por mi mal; pero continúo siéndolo.

He querido destruir todas las fábulas que al calor de nuestras ya calmadas turbulencias brotaron y se han estado tomando como "verdades históricas". Para ello me he valido de mi amistad con los principales protagonistas de nuestros dolorosos dramas internos, y he obtenido de ellos declaraciones amplias, que bien les agradezco, sobre la parte desempeñada por cada uno; he hurgado en archivos, vedados hasta ahora a todos los que han estado escribiendo "historias" más o menos fantásticas de estos acontecimientos; he discutido con amplitud los puntos que aparecían a primera vista dudosos, hasta aclararlos, y he procurado, en una palabra, alejarme del camino seguido por los que se hacen llamar "historiadores de la revolución" y que han escrito de memoria, o cegados por el despecho de la derrota, o embriagados por el vértigo del triunfo. Por eso esta historia es distinta de todas las que hasta ahora se han escrito; pero tiene el mérito de que todo lo que en ella se asienta, puede ser comprobado con documentos irrefutables, porque son auténticos.

Llamo la atención del lector, desde luego, hacia la parte relativa a la elección del Sr. Lic. Pino Suárez, y hacia los capítulos que tratan del crimen de la Ciudadela. También me permito hacer mérito de la relación de los sucesos referentes a la campaña de Chihuahua, desconocidos hasta este momento para el público, el cual, en vista de los datos que yo le presento, podrá seguramente ex-

plicarse muchas actitudes y muchos acontecimientos que parecen extraños, que se han visto como algo incoherente, discordante y falto de toda lógica causalidad, cuando bien eslabonados se hallan al resto de los hechos y muy dignas de consideración fueron las causas que los motivaron.

Como entre el grueso público actual ha de haber muchos que, sin detenerse un instante a meditar, me tomen por uno de tantos "historiadores" que de todo se preocupan menos de la verdad histórica, y que escriben sin estudiar, yo dedico esta obrita a los estudiosos de hoy y a los jóvenes mexicanos de mañana, que más de una enseñanza habrán de encontrar en el relato que hago.

Después de esto, presento mis excusas a las Academias de la Lengua y a todas las Gramáticas.

Mazatlán, Sinaloa, Estío de 1922.

CAPITULO I.

GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN

1.—Antes de comenzar a narrar los hechos referentes a la Revolución Mexicana, es necesario enterarnos de la situación que el país guardaba en la época inmediatamente anterior a la presentación del conflicto armado en las áridas planicies del Norte de Chihuahua y en las calles populosas de Puebla la heroica. Para esto retrocederemos a las postrimerías de la primera década de este Siglo, en que finalizaba el séptimo período presidencial del general Porfirio Díaz, quien desde el año de 1876 venía ejerciendo el poder, con una sola interrupción, de cuatro años, durante los cuales se desarrolló la tremenda orgía del gonzalismo, en la que el Sr. Díaz tuvo también su activa parte. (1880-1884)

2.—*Situación Política.*—En 30 años de ocupar la presidencia de México, el Gral. Díaz había logrado mantener al país en completo alejamiento de las revoluciones y asonadas a que tan afecto se había mostrado éste en las primeras cinco décadas de su vida independiente, y al mismo tiempo que había mantenido la paz, aprovechándose del cansancio de las masas, agotadas por cincuenta y cinco años de constante combatir, había ido envileciéndolas eficazmente ayudado por una casta de escogidos, hasta dejarlas en el lamentable estado

que vino a revelarse completamente ante el mundo al desarrollarse en su entera magnitud la revolución.

El Gral. Díaz reinaba sobre el pueblo mexicano con las características de un dictador. Su voluntad imperaba en todas partes, y sus órdenes o caprichos de supremo "tecuhtli" eran hábilmente secundados por gobernadores y jefes políticos, a quienes él imponía.

La Suprema Corte de Justicia, el Congreso de la Unión, el comerciante, el industrial y el banquero debían a él su existencia y sobre sus voluntades se alzaba, omnipotente, la de Díaz.

El gobierno porfirista se hallaba formado por ancianos que. si en épocas anteriores habían sido hombres de acción y de talento, —no todos, por supuesto— en 1908 eran ya momias inútiles, enfermos y cansados de haber vivido tantos años. Lo mismo en el Gabinete que en las Cámaras, en la Suprema Corte de Justicia y en los gobiernos de los Estados, así como en los altos puestos del ejército, la edad de los funcionarios, por término medio, era de sesenta y cinco años.

En 1908 tenía Díaz la edad de 78 años, de los cuales había pasado 30 en la presidencia de México, a la que llegara por el socorrido procedimiento del motín militar, y en la que se había venido sosteniendo por medio del terror, de la perfidia y de la corrupción, hábilmente manejados.

El Gral. Díaz, como lo han reconocido siempre hasta sus más ardientes defensores, era un gobernante pérfido que sacrificaba a sus amigos con la misma naturalidad con que sacrificaba a sus enemigos. Su cultura era nula, y había asuntos de los cuales apenas si se daba cuenta, como por ejemplo, los asuntos económicos y financieros, que dejaba enteramente en manos de su ministro de Hacienda, el Lic. José Ives Limantour. Cuando llegó

al poder, en 1876, era un soldadón de modales bruscos; un "chinaco" cerril y bronco, que en el transcurso de los años fué *limándose* hasta convertirse en el viejito pulcro, aficionado a las medallas —sobre todo a las extranjeras— que conocimos en 1908.

Su ambición única, avasalladora de todas las otras que haya podido tener, era la de ser el eterno presidente de México.

La figura de Porfirio Díaz, como gobernante, se confunde con las de muchos tiranuelos de los que con tanta abundancia produce nuestra América Indo-española. Su sistema de gobierno, que él explicaba con la célebre frase de Napoleón III: "poca política y mucha administración", ha sido el sistema favorito de todos los déspotas grandes y chicos de este Continente. La política la hacen ellos y el grupo de escogidos de que se rodean; los demás deben concretarse a "administrar" y a "dejarse administrar", pues los déspotas creen que, como dijo el virrey español, marqués de Croix, sus súbditos deben entender que nacieron para callar y obedecer.

El resultado de la mucha "administración" del Gral. Díaz puede verse en el siguiente cuadro, donde he condensado en elocuentes números, aquel magno desastre:

Ciudadanos nacidos bajo Porfirio Díaz, que tenían de 21 a 35 años en 1910.....	1.745,403	0.495 %	de la población ciudadana total.
Ciudadanos que crecieron bajo Porfirio Díaz, que no tenían uso de razón cuando subió al poder.....	1.139,435	0.323 %	de la p. C. total.
Total de ciudadanos que no conocían otra forma de gobierno que la del Dictador.....	2.884,838		

Siendo 3.522,920 los ciudadanos mexicanos, según el censo de 1910, tenemos 81.9% del total enteramente incapacitados para ejercer sus funciones, por no habérseles enseñado a ejercerlas, durante la dictadura.

Como puede apreciarse por el cuadro anterior, el 82% de la población ciudadana de México se habia educado "cívicamente," bajo Porfirio Díaz. La educación que éste les había dado era la de impedirles por la fuerza que ejercitaran sus derechos, no solo de votar, sino de discutir candidatos o programas de gobierno. Ninguno de esos 2 884,838 ciudadanos había votado nunca, ni tenía conciencia del valor de su voto, ni se ocupaba en los asuntos públicos en una forma activa. Ignoraban quién era apto para ejercer un cargo municipal, no sabían si entre ellos habría alguno que pudiera desempeñar el gobierno del Estado, no tenían representantes en el Congreso local ni en el General, y se conformaban con que el Dictador, asesorado por su ministro Limantour, y en ocasiones, muy contadas, por el Sr. Corral, llenara los puestos públicos que eran de elección popular, según decía el texto de la ley, con las gentes menos indicadas por su capacidad y honradez y siempre a su despótico capricho.

El Estado de Sinaloa, por ejemplo, tuvo como Senador durante mucho tiempo a un señor Rabasa, —no se si el Lic. D. Emilio u otro—que hasta la fecha no se sabe entre los sinaloenses a ciencia cierta, si era de Oaxaca o de Chiapas. Y este era el dato más amplio que de él se tenía, aparte de este otro, que estaba plenamente comprobado y era indudable: el Sr. Rabasa no era de Sinaloa ni se le había visto por acá nunca. Por el estilo estaban todos los demás.

D. Sebastián Camacho, quien tal vez nunca estuvo en Guanajuato, fué Senador por ese Estado; D.

José López Portillo y Rojas, fué Diputado por Nuevo León; a D. Victoriano Salado Alvarez, a quien probablemente ni de nombre conocen todavía los tabasqueños, lo "eligieron" diputado, según él lo afirmaba, y era el "representante" del 3er. Distrito electoral de aquel Estado, en 1908, dato que les doy para quê no sigan ignorándolo. D. Joaquín Redo, que bien podía por "fórmula" haber sido "electo" Senador por Sinaloa, ya que deseaba regalársele ese sueldo, representaba a Colima! D. Francisco Bulnes fué diputado por Michoacán, el Gral. Francisco Cañedo, que nunca tuvo intereses, en Sonora, y que era natural de Acaponeta, Nayarit, radicado en Sinaloa, fué Senador por Sonora, etc.

Los gobiernos de los Estados; los Tribunales de Justicia y los ayuntamientos estaban en iguales condiciones. El absolutismo reinaba por dondequiera.

En esta desastrosa labor política, que nulificaba al 82% de nuestros ciudadanos, en favor de un tirano; es decir, que convertía a la República en un Califato asiático, habían ayudado al Gral. Díaz tres personalidades, principalmente, representativas las tres de otras tantas plagas sociales. Estas personalidades que así se habían distinguido al lado del dictador, eran la del Lic. José Ives Limantour, Secretario de Hacienda y Crédito Público; la del Sr. D. Ramón Corral, vice-presidente de la República y secretario de Gobernación, y la del Gral. Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León y cacique militar.

El Lic. Limantour representaba a la aristocracia terrateniente, al rico, en cuyas manos estaba en realidad el poder, ya que de un capricho de esa clase dependían el hambre del pueblo, y la del gobierno.

El Sr. Corral representaba la burocracia, a la

casta, temible entonces, de los profesionistas tramposos y famélicos, enemigos de los curas, de los militares y de todos los que no se dejaban explotar por los miembros de ella. Detrás del Sr. Corral se agrupaban igualmente los "intelectualoides."

El Gral. Reyes era el elemento díscolo; el militar politiquero, inconforme con ciertas cosas, pero sumiso siempre al amo; representaba al militarismo impulsivo y repulsivo, fatuo, desleal y cobarde que ha hecho todos nuestros cuartelazos y que ha encabezado todos nuestros más vergonzosos motines.

3.—*El Lic. José Ives Limantour.*—El Sr. Limantour, contando apenas 56 años, era el más joven de los miembros del Gabinete porfirista, y había logrado atraerse la confianza absoluta del dictador, quien lo consideraba un hombre de vastos conocimientos en todas las ciencias. Además, tenía la seguridad de que inspiraba a su ministro un gran miedo, un miedo mayor que el que sabía que sentían todos los demás personajes de que se hallaba rodeado. Limantour era de hecho el jefe del Gabinete, siendo él quien indicaba los nombramientos de casi todos los funcionarios de la administración, y el que decidía las "elecciones" de los poderes, menos la del poder ejecutivo federal, que estaba de antemano resuelta por el machete del Gral. Díaz.

El poder real de la dictadura se basó en el Lic. Limantour, quien inclinó al Gral. Díaz, desde el primer momento, a aliarse con la clase "aristocrática", dueña de la tierra, y haciendo ver a ésta, a la cual pertenecía él, que debía apoyar al dictador, quien iba a gobernar en beneficio exclusivo de los ricos.

Era el Sr. Limantour el más inteligente de los ministros de Díaz, el más hábil administrador y el peor político. Su especialidad era el "camouflage."

Habiendo ingresado al gabinete en 1893, a raíz de la muerte del Gral. Manuel González, único a quien se consideraba entonces capaz de enfrentarse al Gral. Díaz, para disputarle el poder, el Sr. Limantour y algunos amigos suyos, que habían sido miembros de la Unión Liberal, agrupación que en 1892 había hecho la farsa electoral necesaria para dar un barniz democrático a la descarada imposición que de su persona hacía el antiguo chinaco, pensaron en constituir un partido político, dentro del cual se formaran hombres competentes para recibir el gobierno al morir el dictador, o al retirarse por alguna circunstancia que ninguno de ellos se atrevía a prever entonces. Se hizo un programa, se procuró que un periódico divulgara las ideas del grupo por toda la nación, y D. José Ives Limantour quedó como jefe del partido, al que denominaron Partido Científico.

Sin embargo, al Gral. Díaz no le agradaba que le hicieran "política", y no cumplió el programa que el grupo científico le presentó por mediación del Sr. Limantour, ni toleró que en la "elección" siguiente, la de 1896, tomaran parte principal los científicos.

No cabe dudar que tanto el Sr. Lic. Limantour como sus amigos, al formar el Partido o Grupo Científico, obraron inspirados por el amor a su patria, pues lo que ellos proponían era precisamente lo que en aquellos momentos se necesitaba, y lo que hubiera evitado el derramamiento de sangre que posteriormente hemos presenciado y sufrido. Sin embargo, el Gral. Díaz, movido por su insensato egoísmo y cegado por su orgullo de tirano omnipotente, echó a rodar tan buen proyecto. Los "científicos", desilusionados al parecer, abandonaron el campo de la política, al que apenas se habían asomado, y se dedicaron a los grandes negocios logrando muchos de sus miembros hacer

cuantiosas fortunas en poco tiempo, bajo la protección decidida y abierta del Sr. Limantour. Todos, inclusive el desairadísimo ministro, siguieron siendo amigos y sostenedores del dictador, sin osar reprocharle su significativa inconsecuencia. Este fué el gran error y el gran pecado de los "científicos" en la política nacional, y la historia no puede perdonar tan grueso yerro, en vista de lo caro que ha costado al país, en intereses materiales y en vidas humanas.

En 1908 el partido Científico no existía, de hecho, como entidad política, aunque sí como una especie de "maffia" acaparadora de los negocios. El vulgo denominaba "científicos" a todos los que a la sombra del gobierno hacían dinero, lícita o ilícitamente, y como casi siempre los "negocios" eran verdaderos robos de cuyo significación y alcance pocos se daban cabal cuenta, el odio al "científico" era grandísimo y muy justificado. Como un ejemplo de robo de los más trascendentales podemos presentar el que se consumó por medio de los Bancos, y que resultó uno de los más cuantiosos y descarados.

4.—*El Sr. D. Ramón Corral.*—En 1904 se había logrado que el Gral. Díaz consintiera en la creación de la vicepresidencia, no como un medio patriótico para preparar un sucesor, sino con el fin exclusivo de satisfacer las exigencias de unos banqueros franceses, quienes se negaban a prestar dinero al gobierno porfirista si no se les daban garantías de que al desaparecer el Gral. Díaz, su sucesor reconocería las deudas de su gobierno.

Sucedió que fué enviado el Lic. Limantour a Francia, con el objeto de contratar un empréstito de $40.000,000 destinados en parte a pagar unas acciones del ferrocarril Interoceánico, y también con el fin de alejarlo de México donde se le injuriaba a más y mejor, en la prensa manejada por el

propio D. Porfirio, con motivo de que el Sr. Limantour y sus amigos llegaron a tomar en serio la promesa que Díaz les hizo, en un momento de buen humor, quizás, de dejar la presidencia a su ministro. El Ing. Francisco Bulnes, en su libro "El Verdadero Díaz y la Revolución," dice a este respecto lo siguiente:

"A poco de haber llegado a Europa y tomado "contacto con los magnates de la finanza, escribió "al Caudillo que los banqueros se negaban a seguir "proporcionando dinero a México, con la garantía "de los residuos de vida de un gobierno ultra-perso-"nal de setenta y tres años, y cuya prensa anun-"ciaba al mundo que, sin él, México se precipitaría "en la ruina, en la anarquía, en algo peor, tal vez "en el centro de alguna estrella del Can Menor. "Era pues, locura, prestar a plazo de cuarenta y "tres años millones a una mísera nación cuya vida "duraría tanto como los últimos días de un ancia-"no con los dos pies sin botas, ya en el sepulcro. "Los banqueros necesitaban, para prestar, una "garantía de continuación de gobierno serio, ilus-"trado, probo, y en los países dictatoriales no los "improvisan las lacayerías llamadas cámaras, a "la hora de los funerales del opresor; de esos fune-"rales salen las más seguras y tremendas anar-"quías. El César era un enemigo resuelto de la "institución vicepresidencial, porque, decía, que la "tarea de los vicepresidentes había sido meter la "gran zancadilla a los presidentes: labor que en "México siempre había sido coronada con el éxi-"to..... Hubo una semana de vacilación, al fin de "la cual, el Sr. Limantour recibió el cable tranqui-"lizador para los banqueros, por el ofrecimiento "de instituir la vicepresidencia."

De esta manera nació bajo la dictadura porfiriana la institución vicepresidencial. Como se puede apreciar fácilmente, para el caso a quien menos se

tomó en cuenta, fué a la nación, y sí se aceptó la imposición de un grupo de extranjeros cuyo dinero necesitaba la dictadura para salvar a algunos de sus favoritos.

Para ocupar el puesto de vicepresidente se escogió al Sr. D. Ramón Corral, quien por aquellos días era el encargado del ministerio de Gobernación.

El Sr. Corral tenía como antecedentes haber sido Gobernador de Sonora y posteriormente del Distrito Federal, de donde pasó a la Secretaría de Gobernación, en la cual se mantuvo hasta poco antes de la caída del Gral. Díaz.

El Sr. Corral se distinguió por su lealtad a toda prueba hacia la persona del presidente, por el empeño que tomó en la construcción de "mejoras materiales" y por su ninguna consideración a los derechos de los demás. Durante su gestión como gobernador de Sonora, el Sr. Corral sentó fama de buen administrador y de hombre honrado; pero en el ministerio de Gobernación se dedicó a los negocios en compañía de un grupo de favoritos, lo cual le atrajo un gran número de enemigos y muchas odiosidades. El Sr. Corral supo mantener la mayor cordialidad en las relaciones que ligaban a los gobernadores de los Estados con el presidente, y nunca trató de estorbar en nada las labores de éste, ayudándolo siempre en todo, sin oponer la menor resistencia.

En 1908, el Sr. Corral era considerado como uno de los más conspícuos representantes del "cientificismo." En esa misma época se hallaba ya completamente agotado por una enfermedad que poco después lo llevó al sepulcro, de manera que su actuación al lado del Gral. Diaz, aun cuando fué muy eficaz, tuvo siempre un carácter de completa pasividad.

5.—*El Gral. Bernardo Reyes.*—El tercer persona-

je notable de la dictadura lo era el Gral. Bernardo Reyes, hombre de muy mediana cultura, aunque de talento vivo; "tropero", es decir, militar empírico, de oscura carrera. Los más notables hechos de su vida de soldado son, además del que relata el Lic. Ramón Prida en su obra "De la Dictadura a la Anarquía" y que acaeció en el Nayarit durante la revolución tuxtepecana, la batalla de Villa Unión, Sinaloa, y la matanza del 2 de Abril de 1903, en la ciudad de Monterrey.

El primero, según el Lic. Prida, consistió en que el entonces Mayor Reyes ofreció al general revolucionario Donato Guerra, que se pasaría a sus filas con las tropas del 14º Regimiento, que eran a su mando. Avanzó Reyes hacia el campamento de Guerra y éste, fiado en la promesa que decía tener del jefe gobiernista, lo dejó llegar en paz, sorprendiéndose grandemente cuando el 14º Regimiento abrió intempestivamente el fuego, dispersando a los revolucionarios. Guerra se vió obligado a huir a Chihuahua, siendo alcanzado y hecho prisionero en el camino, fusilándosele después en venganza de la muerte de uno de los jefes de las fuerzas que lo custodiaban, ocurrida en un encuentro con una partida de sublevados que intentó rescatarlo.

Su segunda hazaña consistió en su ataque a la plaza de Villa Unión, Sinaloa, defendida por el Gral. Jesús Ramírez Terrón, quien acaudillaba una rebelión contra el Gral. Díaz. El combate se desarrolló el 4 de Julio de 1880, atribuyéndose a Reyes que mandó tocar parlamento, para rendirse, y después aprovechó la suspensión del fuego para hacerse pasar por vencedor, apoderándose de la artillería que Ramírez durante el armisticio había dejado poco vigilada, y obligando así a éste a abandonar el punto. Además mandó tocar a degüello y acuchilló a medio pueblo. Durante

la acción, el Gral. Reyes demostró su falta absoluta de conocimientos militares, pues mandó atacar una altura, coronada por artillería y sostenida por 300 hombres, con caballería, a escape. Como es natural, Ramírez destrozó por completo a sus asaltantes, y a no ser por el ardid del parlamento, su triunfo hubiera sido completo.

Durante la plática, Reyes prometió a su contrincante que no lo perseguiría, promesa que no cumplió, pues le hizo una persecución encarnizada y aprovechando la circunstancia de que el jefe rebelde quedó cortado de sus tropas por una inesperada avenida de un río, a cuyas orillas se encontraba, lo acorraló en el Salto, pequeña ranchería del Estado de Sinaloa, y le dió muerte, el 22 de Septiembre del propio año de 1880.

En el combate de Villa Unión fué tal el desorden entre las tropas de Reyes, que él mismo tuvo que ponerse al frente de los dragones que intentaban huir, recibiendo un balazo en una mano, y una rozadura en el cuerpo.

El parte oficial rendido por Reyes, quien tenía entonces el grado de coronel, y el mando del 6º Regimiento de Caballería, dice así:

"A las tres de la mañana del día de hoy penetré "en esta plaza, en donde se encontraba Ramírez "con quinientos hombres y cuatro piezas de arti- "llería; como comprendí que solamente un golpe "de audacia podía dar el triunfo a mi reducida "columna de doscientos cincuenta hombres, tomé "desde El Vainillo un camino excusado para sor- "prender a esta población; y después del paso del "río que se hizo con gran dificultad, fraccioné, "tanto la caballería como la infantería en dos "partes, con orden de que la primera cargara a "escape sobre la artillería del enemigo y la segun- "da lo hiciera sobre los cuarteles, aprovechando el "desorden que ocasionara el inesperado golpe de

"la caballería. Mis órdenes fueron cumplidas en "cuanto fué posible; más como 300 hombres eran el "sostén de la artillería enemiga, cuyo sostén se "encontraba en una altura, la caballería aunque "llegó hasta ella, no pudo llevársela consigo (1) y "consiguientemente la infantería tuvo que limi- "tarse a batir la demás gente contraria que se dis- "persó; siguió después el combate contra la altura "a que he hecho referencia, y este se ejecutó calle "de por medio; pero habiéndoseme agotado el "parque y habiendo perdido la mitad de mi fuerza, "entre muertos, heridos y dispersos, mandé tocar "que cesara el fuego, y ofrecí toda clase de garan- "tías a los que defendían la posición enemiga; "pues a proseguir cinco minutos más la acción "habría tenido que huir la fuerza y se habría "perdido la plaza del Rosario a donde se dirigía "Ramírez, sacrificándose entonces su pequeña "guarnición; mas con la actitud de vencedor que to- "mé, ofreciendo garantías, conseguí: que el enemi- "go se marchara dejándome la plaza, que me hi- "ciera formal protesta de no atacar El Rosario y "que me cediera dos piezas de artillería de las "cuatro que eran en su poder, en razón de que "estas dos piezas quedaron abandonadas desde "antes de tocar "alto el fuego," a la puerta del

(1).—He dejado el parte con la puntuación y errores gramaticales del original. Este parte fué rendido por Reyes la mañana misma del combate, al Gral. José del Valle, Comandante Militar de Mazatlán. Las demás noticias las he obtenido de personas que vivían en Mazatlán o Villa Unión cuando ocurrió el encuentro, y todas alaban el valor y la nobleza de Ramírez, jefe que según parece era muy popular en Sinaloa. Inserto el parte íntegro, para desvanecer numerosas versiones falsas que se han publicado acerca de esa acción de armas, pues como documento histórico me parece falto de importancia y detestable en cuanto a su "valor literario." En Villa Unión viven aún numerosas personas que recuerdan con horror el "degüello" llevado a cabo por el sanguinario Reyes.

"edificio que ocupaba la fuerza contraria. Otro "de los motivos que me hicieron violentar este "arreglo fué el que habiendo recibido dos heridas "me sentía ya sin fuerzas para seguir el combate "y tuve que hacer un esfuerzo supremo para po- "derme sostener a caballo hasta concluir el asun- "to de que me ocupo. En nuestra fuerza hay que "lamentar la muerte del capitán Enrique Marín, "la del teniente del 6º de caballería Antonio Fa- "trón, alférez Juan Hernández y 27 individuos de "tropas de ambas armas; heridos los CC. capita- "nes del 6º Regimiento Felipe Neri y Antonio "Poundert y teniente del 5º de infantería Francis- "co Macin y 47 individuos de tropa; ignorándose "el paradero de dos oficiales del 5º Batallón lla- "mados Francisco Miranda y José C. Torres. El "combate ha durado desde el momento de mi en- "trada hasta las 6 de la mañana. El enemigo tu- "vo 35 muertos y cincuenta y tantos heridos, de "los cuales quedaron 20 en mi poder. Ha entrega- "do ya el enemigo la artillería ofrecida y se ha "marchado rumbo a Concordia con 260 hombres. "Con los estados correspondientes detallaré este "parte que tengo la honra de elevar a Ud."

Este oscuro combate, de éxito más que dudoso, valió a Reyes la banda de general, y fué el principio de su elevación dentro del porfirismo.

Su tercera acción de guerra fué la disolución de una manifestación pública en la ciudad de Monterrey, acción que desarrolló mandando que sus soldados abrieran el fuego sobre la multitud indefensa, causando una gran mortandad de inocentes.

Como gobernador de Nuevo León, Reyes se había hecho notar como un hombre de actividad e inteligencia. En los mandos militares había resultado ser un jefe cruel e impulsivo. Durante una corta temporada ocupó la Subsecretaría de

Guerra—1899-1900—pero no pudiendo avenirse con el Secretario tuvo que renunciar. Pocos meses después fué llamado nuevamente a México, para ocupar el Ministerio de Guerra, y durante su permanencia en él, que fué igualmente corta, fundó la segunda reserva, institución que despertó la desconfianza del Gral. Díaz, quien la vió con malísimos ojos porque le parecía que no era sino una descarada preparación para sucederle en el poder, derrocándolo por medio del ejército. Yo creo que no se equivocaba. La segunda reserva. formada casi en totalidad por jóvenes ambiciosos, de inclinaciones guerreras, hizo muy popular a Reyes en poco tiempo; pero fué el principio de su desgracia, bajo el porfirismo.

Debido a esto, y a algunos choques violentísimos que tuvo con el Sr. Limantour, el Gral. Reyes dejó el Ministerio, en 1902, volviendo a Monterrey. En 1908 residía en dicha ciudad, como gobernador de Nuevo León.

Desde su retiro, continuó el Gral. Reyes alentando sus sueños de ser el sucesor del Gral, Díaz, y todos los descontentos se fijaban en él, no para oponerlo al dictador, cosa que a todos les parecía ya imposible, sino para que lo sucediera al morir. Ayudado eficazmente por su hijo Rodolfo, hábil y poco escrupuloso intrigante, de natural talento, se hacía propaganda para presentarse como un militar pundonoroso y valiente, enemigo de los científicos y de los yanquis. Entre la juventud, y muy particularmente entre los estudiantes de la ciudad de México, Reyes gozaba de una gran popularidad desde que fué Ministro de la Guerra, popularidad que aumentó cuando quiso aparecer como rival de Díaz.

Además de estos tres personajes figuraban al

lado del dictador otros de menor relieve, siendo el más notable de ellos el Sr. Teodoro A. Dehesa, Gobernador de Veracruz.

5 bis.—*El Poder Político de Díaz.*—Para sujetar a la nación de la manera que la sujetaba, el Gral. Díaz se había valido de los procedimientos más reprobables. Los Sres. Lics. Justo Benítez y Protasio Tagle, aprovechando un motín promovido en Oaxaca en 1876 por el coronel Mariano Jiménez, y secundado por el Gral. Fidencio Hernández, Gobernador del Estado, contra el Presidente Lerdo, que intentaba reelegirse, hicieron convenir a dichos jefes en proclamar Caudillo del movimiento al Gral. Díaz,quien andaba entonces a salto de mata y había degenerado tanto que sin rubor alguno se asoció, por una temporada, con el temible bandido Manuel Lozada, terror de la Sierra de Alica, y azote de Sinaloa, Tepic y Jalisco, traidor a la patria, incendiario y asesino de la peor ralea. Los Sres. Benítez y Tagle, hombres de talento, ejercían una gran influencia sobre Díaz, y contaban con él para encumbrarse. Por eso lo propusieron a los amotinados oaxaqueños para jefe de su movimiento, y éstos no tuvieron reparo en aceptarlo. Después de una larga caminata, durante la cual atravesó por el Sur de los Estados Unidos, Díaz llegó a Oaxaca y se puso al frente de la revuelta, obteniendo pronto el triunfo. Habiendo cesado Lerdo, el presidente de la República, de acuerdo con la ley, era el Lic. D. José M. Iglesias, Presidente entonces de la Suprema Corte de Justicia; y así lo reconoció la Revolución, estando a punto de firmar un convenio sobre ello; pero Díaz se negó a aceptar semejante cosa, y arrojó del país al Sr. Iglesias, después de derrotar a los soldados que le opuso. Así se apoderó de la presidencia, que le entregó el Gral. Méndez, quien la ocupó solamente mientras llegaba Díaz a la

capital. Este se decía sostenedor del principio de "No reelección", y proclamaba el de "Sufragio Efectivo" inscritos ambos en el plan de Tuxtepec, que era el programa fundamental de su motín. Durante el primer período presidencial, de 1876-1880, Díaz que en su correría por el país, anterior a la revuelta, se había dado cuenta del cansancio y el agotamiento de éste, debido a las incesantes guerras que durante más de medio siglo lo habían desangrado, se constituyó en un amante de la paz. El Gral. Mariano Escobedo, el consumador de la República, considerando usurpador a Díaz, trató de derrocarlo por medio de las armas, y organizó algunos trabajos en ese sentido; pero descubierta la conjura, en Veracruz, Díaz ordenó al Gral. Luis Mier y Terán que sin formación de causa, fusilara a los denunciados. El Gral. Mier cumplió la orden bárbara, y en masa asesinó a 9 personas en los patios del cuartel del 23º Batallón, no cesando en su tarea homicida hasta que el Mayor Juvencio Robles, del 23º cuerpo citado, logró calmarlo. El hecho ocurrió el 25 de Junio de 1879, y la historia lo designa con el nombre de "la matanza de Veracruz." Fué tal el horror que causó este abominable crimen en toda la nación, que ésta dobló las manos y se sometió a Díaz, cuya administración fué un horrible desbarajuste. En 1880 entregó la presidencia a su socio el Gral. Manuel González, quien la ocupó hasta 1884, en medio de una orgía desenfrenada, costosísima para el país. El Gral. Díaz formó parte principal de este gobierno, volviendo a la presidencia en Diciembre de 1884, para continuar el desbarajuste administrativo, durante el cual hubo ministro que veinticuatro horas después de haber protestado, completamente pobre, compraba una lujosa residencia situada en una de las más elegantes avenidas, pagando por ella varias decenas de miles de pesos. La obra de terror

también continuó, muriendo asesinados cerca de un rancho, en Zacatecas, el Gral. J. Trinidad García de la Cadena, por *sospechas* de que iba a "pronunciarse", y poco después el Gral. Ramón Corona, hombre de gran prestigio como militar, y que ocupaba el gobierno de Jalisco. Al acercarse las elecciones de 1888, Díaz mandó reformar la Constitución, a fin de poder reelegirse una sola vez, lo cual realizó en seguida, y un poco más tarde suprimió por completo en nuestra Carta ese principio, para seguir reeligiéndose. En 1892, un grupo de jóvenes, como en otro lugar he dicho ya, trató de formar el partido Científico; pero Díaz se opuso, con buen éxito, lo cual le comprobó plenamente qne la nación estaba sometida por completo a su persona, y lo hizo volverse un autócrata que no toleraba nada que no fuera su propia voluntad. Las elecciones quedaron de hecho suprimidas, encargándose él de hacerlas, por lo que sus aduladores le llamaron "el Gran Elector."

A sus antiguos compañeros de armas, cuando no los corrompía con dávidas deshonrosas, o los hacía gobernadores de un Estado para que lo explotaran, con el único compromiso de sostenerlo a él en la presidencia, los calumniaba como al Gral. Escobedo, a quien quiso arrebatarle la gloria de haber vencido a Maximiliano en Querétaro, destruyendo así el Imperio y dando el triunfo a la República, gloria que Díaz, soldado mediocre, le envidiaba.

A sus ministros los trataba con un soberano desprecio, y mantenía entre ellos una constante discolería, que le daba ocasión para hacerles ver claramente que su posición y el poderío de que disfrutaban, a él exclusivamente se lo debían Con esto, lograba que por propio interés, sus ministros lo sostuvieran con gran fidelidad, y estuvieran siempre temerosos de incurrir en su desagrado.

Al Lic. Limantour, por ejemplo, le ofreció hacerlo Presidente, en las "elecciones de 1904; pero lo que hizo fué mandarlo injuriar en la prensa, y exhibirlo como incapaz de ser Presidente o de ocupar cualquier otro cargo público de importancia, por no ser mexicano de nacimiento. Limantour soportó con calma la afrenta, que Díaz atribuyó a los enemigos del Ministro, y soportó también que lo mandara a pasear a Francia, para que olvidara lo amargo de los ataques y la decepción de verse engañado.

A D. Ramón Corral también lo hizo atacar públicamente, de la manera más procaz, sin que el sumiso Ministro y Vicepresidente osara despegar los labios para defenderse. La sumisión de estos señores, y su miedo a las venganzas del tirano era tan grande, que les impedía formular hasta la más tímida protesta contra aquellos procedimientos.

El espectáculo que ofrecía la situación política mexicana era realmente lamentable: un pueblo de rodillas ante un hombre falto de escrúpulos; una república, por el nombre; pero una satrapía oriental, de hecho. Eso éramos. Y como dice Spencer: "La sumisión de la Nación a un hombre, no es co- "sa natural y sana; revela un estado enfermizo y "si puede ser necesaria en una sociedad llena de vi- "cios, hay que procurar poner término a este esta- "do lo más pronto posible. Dadle el nombre "de "culto a los héroes" y os parecerá respetable... "pero designadle con su verdadero nombre, con el "de terror ciego, con el de espanto inspirado por "la fuerza, especialmente por la fuerza bruta, y ve- "reis si es digno de admiración."

6.—*Situación social.*—La población mexicana estaba dividida en tres grandes grupos, completamente separados uno de otro, y que se odiaban entre sí; pero que, temerosos todos del machete porfiriano, embotadas sus fuerzas, aplastados ba-

jo la férrea bota del antiguo "chinaco", parecían resignarse a vivir en contínua y sorda pugna, esperando la muerte del amo común para lanzarse unos sobre otros resueltamente y exterminarse. Esos tres grupos eran los ricos; la clase media y los pobres.

Los ricos gozaban de todas las granjerías; eran los dueños de las grandes haciendas, los árbitros del hambre nacional, los concesionarios de las mejores empresas, los ocupantes de los más encumbrados puestos públicos. Se les permitía todo, menos tener opinión política que no fuera la opinión del dictador.

Entre los ricos, que se reunían en las ciudades en *aristocracias* ridículas y casi siempre corrompidas en sus costumbres, había no solamente "blancos", es decir, criollos descendientes de los españoles que conquistaron y colonizaron la Nueva España, sino mestizos y aun indios que lograban hacer fortuna validos del favor de Díaz. Los altos empleados del gobierno, las altas jerarquías militares y las grandes dignidades eclesiásticas también formaban parte de la aristocracia.

Esta clase era poco numerosa, y en sus manos, como lo veremos más adelante, se estancaba y languidecía la riqueza nacional. Completaban la aristocracia los extranjeros ricos, —generalmente "tramps" yanquis o aventureros de otras nacionalidades, sobre todo españoles, que se enriquecían explotando a los mexicanos y sus miserias. Este grupo de la aristocracia gozaba de mayores prerrogativas aún que los demás, debido al servilismo que caracterizó al gobierno porfirista en sus relaciones internacionales, servilismo que lo llevaba a tolerar la impunidad de todos los más escandalosos atentados que contra la propiedad, el honor y la vida de los mexicanos cometían con frecuencia los aventureros.

La clase media, que era numerosa, se formaba de profesionistas, empleados secundarios y de comercio, pequeños comerciantes e industriales, artistas y pequeños agricultores, todos sin fortuna ni esperanzas de obtenerla. En realidad, no puede llamarse a esto clase media, si hemos de dar a las palabras la significación que tienen en todos los países civilizados: lo que aquí designamos como clase media era realmente una clase pobre, solo que, comparada con la misérrima que poblaba los campos y los suburbios, podía considerársele en la clasificación que le he dado, de media; pero su pobreza, era mayor que la de las clases que en otras partes se consideran como las desheredadas.

En "nuestra clase media" se encontraban los mejores talentos, a medias cultivados y casi siempre malogrados por la corrupción y los vicios que imitaban de los aristócratas. La clase media era casi en su totalidad sumisa al Gral. Díaz, pero tampoco se le toleraban opiniones políticas propias, ni se le tomaba en consideración para acto alguno de gobierno. El odio a los ricos y el desprecio a los pobres —es decir, a los más miserables que ellos—caracterizaba a los miembros de esta clase, imitadores de las costumbres degenerantes y depravadas de los ricos. Una gran mayoría de mestizos y una buena porción de indios se encontraban en esta división de nuestra sociedad.

La clase que llamábamos pobre, y que en realidad era esclava, la formaban el resto de los habitantes del país, indígenas en su mayor parte. Carecían de todo: de hogar y de vestidos; de tranquilidad y de instrucción; de familia y de honor; de justicia y de libertad. No se les enseñaba a leer ni a escribir; vivían en los campos, como animales, o en sucias y pestilentes zahurdas en las orillas de los poblados. Sus mujeres y sus hijas pertenecían al amo. El "jornal" que obtenían en campos y

talleres era tan miserable, que por término medio el pobre afanoso y trabajador ganaba al año $132.20, cantidad que en ninguna parte podría alcanzar para el mantenimiento de una bestia como un caballo o un asno, pero que al mexicano de la clase pobre tenía que alcanzarle para cubrir sus propias necesidades y las de su familia. Como es natural, se llenaba de deudas, vendiéndose a los "amos" que hacían pasar las insolutas obligaciones de los padres a los hijos. De esta manera se procuraban nuestros aristócratas verdaderos esclavos para labrar sus tierras o explotar sus minas, y había Estados como Yucatán y Chiapas, en donde podía comprarse un hombre con igual facilidad que un loro o un mono. Es inútil decir que a estos parias nadie los tomaba en consideración para nada. como no fuera para explotar su trabajo o para incluirlos en los inventarios al vender las haciendas, cual si se tratara de vacas o cerdos y no de seres humanos, Como esta clase la formaban alrededor de 10.000,000 de personas, siendo la población total en nuestro país en aquella época, de 15.000,000, puede asentarse que México era una nación de esclavos, de parias, y no de ciudadanos: el califato de Bagdad transportado a la América del Norte, y en el cual Haroun-al-Raschid se llamaba Porfirio Díaz.

La vida humana carecía de valor para los gobernantes porfiristas; la ley "fuga", más condenable que la bárbara ley Lynch de los yanquis, imperaba en el país, y fueron numerosas sus víctimas. Consiste lo famosa ley en sacar a la presa a las soledades de un camino poco transitado, y allí asesinarla en cualquier forma. En seguida, el autor del crimen rinde parte de que "el prisionero intentó fugarse" y al tratar de amedrentarlo disparando sobre él, quedó, *desgraciadamente*, muerto. El Gral. Díaz y sus amigos se deshicieron en esta

cómoda forma de gran cantidad de individuos que les estorbaban no solamente en la política, sino también en los negocios. El asesinato de todas clases fué una de las armas que con más eficacia esgrimió el porfirismo para lograr la completa sumisión de las masas. Estas, aterrorizadas, incultas y esclavas, acabaron por ser insensibles casi a todos los dolores, lo mismo físicos que morales, y trataban de velar el horrendo espectáculo de su miseria sumiéndose en el estupor de la embriaguez bestial del "pulque" el "bacanora" y el "tequila", o haciendo surgir ante sus ojos las tremendas visiones que provoca la "marihuana", y que son casi siempre sueños de venganza, generadores de impulsos de locura homicida.

Los amos no se preocupaban jamás por suprimir estos vicios aliviando la miseria que los causaba, ni el gobierno parecía darse cuenta de lo que ocurría. Antes bien, los aristócratas eran los que fomentaban semejantes calamidades, estableciendo fábricas de los nocivos licores, que vendían a sus peones en cambio de trabajo. Toda la aristocracia de la Mesa Central, y de buena parte de la del Sur, es una "aristocracia pulquera".(1)

7.—*Administración de Justicia*.—La justicia en todo el tiempo que duró en el poder el Gral. Díaz era artículo de comercio, comprable y vendible, como el azúcar o el maíz. Los siguientes conceptos, (2) pertenecientes al Sr. Lic. D. Manuel Calero, quien ocupó la Secretaría de Justicia al caer el

(1).—Así la ha calificado el Sr. Lic. José Vasconcelos, muy atinadamente.

(2).—(Un Decenio de Política Mexicana.—M. Calero.—New York.—1920.)

gobierno porfirista, del que fué amigo durante algún tiempo, son por su origen de una completa autoridad: (1)

"La labor que tenía yo que emprender en mi "nueva Secretaría era de gran importancia moral, "como que *si algo malo heredamos del régimen de "don Porfirio fué la administración de justicia.* "La primera fase de esa labor consistía en depu- "rar el personal del Ministerio Público y de los "Tribunales, y a ello me consagré con ardimien- "to.....Por primera vez en muchos años, quizá "por primera vez en México, se empezaron a lle- "nar los puestos de jueces con abogados a quienes "el ministerio *les suplicaba* que aceptaran estos "cargos, vistos siempre con horror por todo "aquel que puede ganarse medianamente la vida "en el libre trabajo profesional. Las remociones "de elementos impuros se realizaron por centena-

(1).—Como pudiera parecer parcial a algunos esta cita, aunque no lo es, menciono en seguida otras declaraciones que seguramente satisfacen esas exigencias de imparcialidad absoluta:

"Cuando gobernaba el Sr. Madero, el Poder Judicial *reco- "bró su independencia*, la que volvió a perder por completo "al asumir la cartera el licenciado Rodolfo Reyes. La Su- "prema Corte es menos respetada ahora que un juzgado de "Paz. El licenciado Reyes debió habernos dicho como ha "dignificado a la justicia que hoy es *tan asquerosa* como en "tiempos de la dictadura porfiriana."

Estas declaraciones se publicaron en "El País," de 26 de Septiembre de 1913, y fueron hechas por el Lic. Querido Moheno, cómplice de Huerta y de Reyes, enemigo mortal de D. Francisco y de D. Gustavo Madero y del gobierno maderista, a cuyo derrocamiento ayudó con gran entusiasmo, por más que ahora lo quiera negar y se haya arrepentido de ese crimen. Juzgan breve pero muy correctamente a la justicia de tres gobiernos, el de Díaz, el de Madero y el de Huerta, en el cual figuró como ministro múltiple o enciclopédico el mismo Moheno. Es quizás esta una de las pocas veces que Moheno ha dicho la verdad, como lo hace notar un autor, a quien le dan ganas de apartarse de ella cuando gentes de esa categoría la alcanzan.

"res, en forma de renuncias forzadas o simples "destituciones....."

Creo que lo anterior es suficiente: no había tribunales honrados, ni "representantes de la sociedad" que lo fueran. El Sr. Lic. Calero lo dice bien claramente; los puestos de jueces eran vistos con horror por todo el que podía vivir de su profesión, aunque fuera medianamente, porque la aceptación de un cargo judicial significaba para el interesado su conversión en cómplice de toda clase de rufianerías y de trampas de la más baja ley, y su asociación a todos los elementos más corrompidos y despreciables de las bajas capas profesionales, peores que el hampa que llena los tugurios del "underworld" de las grandes ciudades.

El título de abogado y la dignidad de Juez, que en todas partes son respetables, eran en México, en el concepto general, sinónimos de desvergüenza, de trapacería y de bajeza; aunque naturalmente, había muchísimos abogadas de honorabilidad indiscutible y uno que otro Juez probo y recto.

8.—*La Prensa.*—Aunque el papel de la prensa en todas las naciones es el de un agente de socialización, o sociogénico, en México, durante la época del Gral. Díaz, fué un vehículo de ideas antisociales, pues proclamó, por medio de sus más eminentes órganos, la santificación de los vicios de la aristocracia, consagró la ruinosa teoría de "los hombres indispensables" y justificó siempre los asesinatos, los despojos y las atrocidades judiciales de la dictadura, con argumentos de tal suerte disolventes, que corrompió y casi destruyó el sentido moral de las personas que sabían leer.

La prensa en general era una dependencia del gobierno, pagada unas veces por la Secretaría de Hacienda y otras por los gobiernos de los Estados.

"El Imparcial", que era el diario más grande y de mayor circulación, por ser el más barato, recibía una subvención del Gobierno Federal, de..... $1,000 semanarios, siendo este el pago de sus adulaciones al mismo. Una de las teorías que con más fervor sostenía este periódico era la de que al desaparecer el Gral. Díaz, México se disolvería en un espantoso caos, pues consideraba que Díaz era necesario para que la nación pudiera vivir, y que sin él, todo perecería.

La obra corruptora y destructiva de esta prensa desacreditó por completo el periodismo en México, haciéndolo aparecer como una profesión de mercenarios sin conciencia y sin dignidad, cuando es una de las más nobles y elevadas divisiones de la actividad de los hombres civilizados.

La prensa porfirista callaba sistemáticamente hasta los nombres de los que, teniendo verdaderos méritos, no eran gratos al tirano; encumbrando, en cambio, sobre grandes pedestales de elogios a todas las nulidades intelectuales y morales que ante él se prosternaban y obtenían su gracia.

Para comprar a un periodista en aquellos tiempos, en general se tropezaba con menos dificultades que para comprar a un juez, y éstos se adquirían más fácilmente que un paquete de cigarrillos o un vaso de agua.

Los periodistas independientes casi no existían: el lugar en donde podía encontrárseles era, con frecuencia, en el panteón más próximo. Uno de esos raros ejemplares de hombres fué quemado, para saciar de tal manera las iras de un Gobernador cuyos malos manejos denunciara.

En resumen, puede asegurarse que durante la dictadura porfiriana no hubo prensa digna de ese nombre. La que había, no lo merece.

8 bis.—*Los Artistas.*—Bajo el Gobierno de Porfirio Díaz tuvimos artistas de todo género, algunos de los cuales consiguieron hacerse notables en el mundo. Sin embargo, es justo reconocer que el dictador no se interesaba en el cultivo del Arte, y veía a los músicos, a los literatos, a los pintores, a los escultores, etc., con el más soberano desprecio. Los principales protectores del Arte en esa época no fueron los gobernantes, sino algunos particulares ricos, —muchos de ellos enriquecidos por Díaz— y en ciertos casos, los extranjeros. Entre los mexicanos protectores de los artistas y del Arte se encuentra ocupando un lugar eminente y distinguido el Lic. D. Joaquín Casasús.

La paz, por otra parte, hizo su oficio natural: es propicia, y lo ha sido en todas las edades, a los grandes ensueños. En la quietud y en el silencio es donde se forjan los más bellos poemas.

A este influjo pues, y no a benevolencia especial o a las tendencias culturales del Gobierno porfirista, que careció de ellas, fué debido el esplendor que alcanzaron algunas de las Artes en México en aquel período, singularmente la literatura, que efectuó entonces su renacimiento, teniendo como principal maestro a D. Ignacio M. Altamirano. Riva Palacio, Alfredo Chavero, el Dr. Manuel Flores, Juan de Dios Peza, D. Genaro García, Manuel Gutiérrez Najera, ("El Duque Job"), Salvador Díaz Mirón, José López Portillo y Rojas, Angel de Campo, ("Micrós"), Federico Gamboa, el Dr. Porfirio Parra, Luis G. Urbina, Justo Sierra, Jesús Urueta y Amado Nervo, entre otros, formaron en diversos ramos la falange del Arte Literario en aquella época.

Pero cuando la paz en que el artista vive su vida de ensueños o de meditación, es abyecta, el artista se corrompe. Así muchos de estos artistas "porfirianos" con dos o tres excepciones, cuán

faltos aparecen de la fuerza moral, de la pureza espiritual, de la cultura integral que hacen al artista noble y verdaderamente admirable aumentando y afirmando su influencia sobre los pueblos! Cuán llenos de miserias y de lacras! Cuán dóciles al látigo y a la cadena, y cuán amantes de la ergástula!

Casi todos ellos manejaron el turíbulo, casi todos aceptaron, sin que protestara ese orgullo que es innato en todos los verdaderos artistas, lo que al tirano le plugo que aceptaran. No tuvieron valor ni convicciones de ninguna especie, y su Arte fué una servil imitación de extranjeros moldes. No hubo en él nada original.

CAPITULO II.

GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN

9.—*Situación Económica y Financiera.*—La situación económica de la dictadura, a partir de la época en que el Sr. Limantour se hizo cargo de la Secretaría de Hacienda, era considerada como excelente, y se llegó a creer inmejorable la financiera, atribuyéndose la falsa gloria de esa bonanza al talento del Ministro. Sin embargo, nada menos cierto había en México que su florecimiento económico, ni podía encontrarse embuste más craso que aquello que a nuestras finanzas aludía.

Se había conseguido la nivelación de los presupuestos, que cada año arrojaban sabrosos "superavits", cuya suma había ido constituyendo las "reservas del tesoro" tan gratas a la avaricia judáica del Ministro de Hacienda que se extasiaba en la contemplación de aquellos inmóviles montones de oro inútil, que solo le servían para deslumbrar a los bobos y obligarlos a entonar alabanzas en loor de la habilidad y el talento del "primer financiero de México", como cándida o interesadamente le llamaban en aquellos días al Sr. Limantour, y como todavía le llaman algunos necios en los nuestros.

Se lograba la conversión de nuestra deuda, se consolidaba la propiedad de los ferrocarriles por el Gobierno, después de haberse fomentado su

construcción, se establecía una cadena de Bancos para enlazar al país entero, se construían edificios y monumentos lujosos, brotaban por todos lados "las mejoras materiales". Y todo ello, según se decía entonces, al mágico influjo de la inteligencia suprema del Sr. Limantour, que nos resultaba "un Mercurio de patillas y levita." La prosperidad de la nación era indudable, a ojos vistas.

Sin embargo, tanta belleza se reducía a una delgadísima capa de vano oropel, que no alcanzaba a cubrir por completo la miseria que formaba la médula, los huesos y la carne, el sistema circulatorio, respiratorio, digestivo y nervioso de nuestra raquítica estructura económica y financiera. Todo era mentira, como vamos a verlo en seguida: en la obra del Sr. Limantour no hubo nada útil, nada progresista, nada benéfico para el país en general; y como todo lo que no es útil, es inútil; como todo lo que no es progreso es retroceso y como todo lo que hacen un gobierno o un hombre público se califica por los beneficios que trae a la sociedad, dentro de la cual actúan, la obra del Sr. Limantour como Ministro de Hacienda debe ser calificada de inútil, retrógrada y nociva. La responsabilidad de ella es exclusiva del Ministro, porque el Gral. Díaz no entendía palotada de esos negocios, debido a su incultura, y los dejaba por entero en manos del Sr. Limantour.

10.—*La propiedad rural.*—Desde tiempos bien lejanos, —precisando: desde la época cortesiana, en que el Rey Carlos I, por derecho de conquista se declaró dueño y señor de la Nueva España,—ha existido en México una viciosa distribución de la tierra, lo que ha permitido que unos cuantos hombres hayan acaparado enormes extensiones que no han podido cultivar.

Cuando los conquistadores pedían a su Rey que les diera tierras, no se fijaban, al hacer su petición,

en que el cultivo de ellas pudiera resultar deficiente, sino que siempre solicitaban tantas como creían posible domeñar con su espada, comunmente infatigable. Así se fundaron las grandes haciendas, cuyos dueños, siguiendo una irresistible tendencia natural, buscaron títulos de nobleza que, entre otros muchos, les daban el privilegio de tener vasallos. Los indios y los mestizos fueron los avasallados, y la Nueva España contempló el fenómeno de la división de su población en dos clases: la dominadora de los señores aristócratas, y la domeñada de los siervos, villanos o vasallos.

Al sobrevenir la guerra de independencia, estos trataron de imponerse a sus amos, y de arrojarlos de sus tierras, que primitivamente habían pertenecido a los indios; pero la mañosa intervención del criollo don Agustín de Iturbide, haciendo fracasar el ideal revolucionario de los siervos sublevados, por medio de las componendas de Iguala, y aprovechándose del poder que en mala hora se le dió, para favorecer a los de su casta y clase, dejaron las cosas en el mismo estado.

El movimiento de Ayutla, aunque atacó aquella viciosa organización, solo hízolo parcialmente, tocando a Díaz, aconsejado por su Ministro Limantour, la restauración completa del viejo estado de cosas, acto regresivo por el cual también lo condena la historia.

Las haciendas y los grandes ranchos, al finalizar la dictadura, se extendían en 880,000 kilómetros cuadrados, más o menos, repartidos entre 834 hacendados. Los medieros, arrendatarios y pequeños agricultores eran 410,566 y los siervos o vasallos 3.130,400, lo que quiere decir que las dos terceras partes de la población de México estaban sujetas directamente a la tiranía de 834 individuos, quines indirectamente tiranizaban también a la otra tercera parte, con la tiranía más

cruel que puede concebirse: la del hambre, porque es natural que en donde un grupo tan reducido de personas posee toda la principal fuente de alimentación de los demás, sea ese grupo el que imponga su voluntad sin otra limitación que la resistencia de los sojuzgados al hambre.

Las cifras siguientes dan una idea completa del desastre nacional creado por el latifundismo:

"Los grandes terratenientes dueños del 44% del "país, solo cultivan el 1½% del territorio, y del "cultivo total que se efectúa en México, ellos re- "presentan menos del 40%." (1)

La clase que en tan amplia forma llega a ejercer el dominio de los demás, es y ha sido siempre capaz de cometer las mayores infamias y los crímenes más horribles con tal de conservar y de acrecentar su preponderancia. Por su parte la clase avasallada, el arrendatario, el peón y el mediero, al verse en manos de un grupo pequeño de señores rapaces y sin escrúpulos, se ha encontrado siempre dispuesta a rebelarse contra ellos y a robarlos.

Añádase a esto la desmedida ambición, jamás saciada, de los señores, y la falta de instrucción y de voluntad de los dominados, nacidos y criados en la más oprobiosa servidumbre, y se tendrá la clave de las dos calamidades que marcan los límites de las oscilaciones constantes de nuestra vida nacional: los gobiernos dictatoriales y despóticos, matones y rapaces, inquisitoriales, "cafremente" bárbaros, y su consecuencia de rebeliones salvajes, desorientadas, truculentas, psicopáticas.

La amplitud de nuestro péndulo, decreciente como es natural, a cada nueva oscilación, ha sido el "progreso" de nuestra agricultura, de cuya atrofia increíble son theoría la miseria, el hambre, el

(1).—Apuntes para la resolución del Problema Agrario.—Ing. M. Bonilla.

agotamiento material y moral, la aniquilación biológica, lenta e implacablemente segura de nuestro pueblo.

La verdadera fuerza del Gral. Díaz, el sostenimiento de su gobierno por espacio de 6 lustros, no procedía de los "métodos" de gobierno del candillo oaxaqueño, como parecían indicarlo las apariencias y como lo pregonaban a diario los que en su honor manejaban los turíbulos. Ni los fusilamientos de Veracruz, ni la "ley fuga", ni el asesinato de Corona o el de García de la Cadena, ni el perdón que otorgó a juaristas y lerdistas, ni la admisión de éstos en el festín, en una palabra, ni "el pan" ni "el palo" le dieron la fuerza: la fuerza se la dió su Ministro Limantour al inclinarlo resueltamente, desde el primer "acuerdo", a proteger a la aristocracia terrateniente, a aliarse con los privilegiados dueños de la tierra.

Pero, a pesar de la protección decidida que la dictadura dispensó a los terratenientes, no pudieron éstos evitar su propio fracaso. Como veían en sus haciendas, no un campo para desarrollar en él empresas que demandaban dedicación y empeño, penosos siempre para los ricos holgazanes, sino una fuente inagotable y natural de riqueza que Dios debía conservar eternamente productiva, no se preocuparon jamás de ir reformando los primitivos métodos agrícolas que implantaron los conquistadores, sino que a medida que las tierras se fueron haciendo improductivas, por el agotamiento inevitable originado por el mal cultivo, fueron hipotecándolas o vendiéndolas, para ir a derrochar en Europa el dinero obtenido en esa forma. Durante la dictadura, los grandes terratenientes alcanzaron el máximo de protección del Gobierno; pero probaron también, en forma muy amplia, que no eran dignos de poseer tan grandes extensiones de terreno, ni capaces de cultivar pro-

piamente la milésima parte de ellas. Al finalizar la primera década del presente siglo, según datos publicados por el Ministerio de Agricultura en Septiembre de 1921, los grandes terratenientes habían derrochado y debían $600.000,000.00 a los Bancos hipotecarios. De esos $600,000,000.00 ¿cuánto se había gastado en impulsar, en mejorar nuestra agricultura? Ni un centavo. Todo se lo tragaron los "cabarets" de lujo, los balnearios de San Sebastián, las ruletas de Monte Carlo y el "underworld" de Nueva York, de Londres, de Viena y de París.

Todo lo anterior, bajo la sabia dirección del Sr. Lic. D. José Ives Limantour, "el primer financiero de México."

Para que se comprenda mejor la magnitud de este desastre, copio lo siguiente, escrito por el Ing. Francisco Bulnes (1), quien formó parte del Gobierno porfirista, y a quien nadie podrá tildar de revolucionario "jacobino":

"Quinientos millones de pesos empleados en rie-
"go, habían sido suficientes para dar de comer
"bien, barato, y elevar los jornales de una pobla-
"ción de diez millones de habitantes....."

No solamente se dispuso de los quinientos millones que calcula el Sr. Bulnes, sino de un exceso de cien; pero que, aun cuando fueron prestados por los Bancos hipotecarios a quienes decíanse agricultores, sobre tierras y para impulsar la agricultura, en todo se gastaron menos en eso.

El fracaso de la agricultura, derivado de la mala distribución de la propiedad rural, muy especialmente, se tradujo en el hambre del pueblo, la cual fué exacerbándose gradualmente, hasta ser insoportable, como hemos de verlo páginas adelante. El "patrón" arruinado, no se ocupaba de buscar remedio a su situación, como era de suponerse que

(1).—El Verdadero Díaz y la Revolución.

trataría de hacerlo, sino que se dedicaba a explotar con maña que iba en aumento, a medida que más cercana miraba su disolución definitiva, a la "peonada" habrienta y esclava, la paciente y sufrida piltrafa humana semidiluida en toda clase de alcoholes venenosos y mortíferos.

El prototipo de estos hacendados "aristócratas" era el Gral. D. Luis Terrazas, a quien una vez que le dijeron que el pueblo de Chihuahua, es decir, los peones de sus haciendas, se moría de hambre, contestó con arrogancia: "Que coma zacate". Este señor, en el Estado de Chihuahua, que es uno de los Estados áridos de la República, tiene entre otras, las propiedades siguientes:

NOMBRES.	SITIOS DE GANADO MAYOR
Encinillas	450
Hormigas	100
San Lorenzo	60
Carmen	100
La Nariz	200
San Miguel	200
Laborcita	40
Agua Nueva	60
Tapiecitas	40
San Diego	20
Potrero	8
Cantera	4
Anexas Encinillas	30
Casa Blanca	1
San Isidro	104
Torreón	?
San Felipe	?

Estos terrenos son magníficos pastales, y muchos de ellos producen trigo, frijol, etc., por estar en la llamada región fértil o florida. En suma son 2.545,634. H. A. 5, o sean 25,456 Kmts. cuadrados, una extensión superior a la suma de las superficies de Aguascalientes, Colima, Morelos y Tlaxcala. No eran estas las propiedades de toda la familia Terrazas, sino exclusivamente las del General don Luis, jefe de ella.

Además de éstas, tenemos las siguientes, que pertenecen a sus miembros:

NOMBRE.	H. A. A. M.
3ª Zona Cantón de Meoqui	208.763—76—94
San Eduardo Bravos	100.000
Las Gallinas, (Camargo)	110.197—59—37
Las Orientales (Iturbide)	500.000

Todos estos datos los he tomado del archivo del Sr. Ing. Manuel Bonilla quien los adquirió sobre el terreno, durante la época en que fué jefe de la Comisión Agraria instituida por el Gobierno de la Convención en Chihuahua, y se refieren a las propiedades que estos señores tenían en 1909.

Muchas de las medidas son exactas hasta los metros cuadrados, pues fueron comparadas con planos originales de los propietarios, confirmándolas el Ingeniero que hizo las medidas por orden de Terrazas.

Siendo la extensión de Chihuahua 227.468 kmts. cuadrados, más o menos, no son estas naturalmente las únicas tierras explotables que hay, por más que es un Estado árido Pero las tierras restantes estaban en manos de las personas siguientes:

	H. A.		S. G. M.
Intestado Carlos Zuloaga	754.912	divididas así:	Bustillos 100 La Quemada 60 Sta. Catarina 60 Mala Noche y Tepehuanes 60 Noria 15 Bachimba 30 Cieneguillas, Tres Hermanos y S. Juan 103
Sra. Asúnsolo	880.000	,, ,,	Distº Bravos 200 Meoqui 100 Hda. Cañas ?

	H. A.	S. G M.	
Sr. D. Ramón Luján Sr. D. J. M. Luján	240.518	divididas así:	Salaices y Anexas..... 30 Sta. Gertrudis 107
Sra. Hearst.....	184.000	,, ,,	Bavicora 104
Cía. Corralitos.....	351.000		
Cías. Madereras....	500.000		
P. Martínez del Río	350.000		
Cástulo Baca.....	105.000		
Herederos Muller ..	150.000		
M. Gameros.....	123.000		
Rafael Márquez....	62.000		
Sres. Falomir	88.000		
Cías. Deslindadoras	7.084.842	21 A.—06 M.	Según planos de Fomento 1884.
Bosques	500.000	más o menos.	
Nacionales	5.000.000	de los cuales podrían aprovecharse solamente 500,000	

Como se ve, 14 individuos y compañías eran los propietarios de casi todo el vasto territorio chihuahuense, con excepción de unos cuantos lotes que no servían para nada y que por eso no los habían tomado. Los terrenos mencionados en la lista se encuentran en su mayor parte en los Distritos de Juárez, Camargo, Galeana, Iturbide y Jiménez, que son los "floridos".

En Chihuahua vivían entonces 84,686 campesinos, que no poseían nada, domeñados y esclavizados por doce ganaderos y veintitres hacendados.

Intimamente ligados con el anterior desastre, teníamos entonces estos otros:

11.—*El sistema fiscal.*—Se conservaba la Ley del Timbre, con su fiscalización odiosísima de las contabilidades privadas, que no evitaba los chanchullos para defraudar al Erario, y que parece haber sido hecha con dos fines principales: el de volver miedoso al comerciante y al empresario en general,

obligándolo a ocultar todo lo referente a sus negocios y el de hacerlo perder el tiempo y emborronar papeles inútilmente, en cantidad lastimosa.

Si todo el papel y la tinta que se han gastado en México en llenar libros, manifestaciones, contra-libros y contra-manifestaciones, etc. para cumplir con los requisitos de esa ley tiránica, se hubieran gastado en ilustrar a las masas, este país sería un país de sabios eruditos.

El impuesto se cobraba caprichosamente, tocándole siempre al rico, en proporción, menos que al pobre. El Sr. Terrazas, cuyas principales propiedades rústicas acabamos de ver en la lista de la pág. 43 pagaba en la época de la dictadura por menos de $1.000,000, cuando valían $24.000,000. (Avalúo de peritos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, 1921). No había catastro, y el compadrazgo y la "influencia" eran los reguladores de los impuestos que cada quien debía pagar. Debido a este sistema odioso, aplicación perfecta de la "ley del embudo", se mató el espíritu de empresa, es decir, se mató el alma del progreso orgánico del país. El que no tenía valedores en el Gobierno, se arruinaba, si no era extranjero. De allí que todo se esperara del Gobierno y que éste, mal dirigido y nada patriota, llevara al país a la ruina más espantosa y segura.

12.—*El Sistema Bancario.*—El sistema bancario creado por el Sr. Limantour, fué un gran robo cometido a todo el mundo. Nada más. El siguiente cuadro, con sus cifras, dice más claramente que la mejor disertación sobre este tema, cual era el estado de los Bancos en la época final de la dictadura:

ACTIVO:		
Existencias en metálico...	$ 86.761.072.97	
Cuentas cobrables.....	,, 28.563.186.94	
Descuentos y Préstamos..	,, 120.843.039.93	
PASIVO:		
Capital Social		$ 118.800.000.00
Circulación total.....		,, 103.599.000.00
Cuentas incobrables.....		,, 85.689.560.81
TOTAL	$ 236.167.299.84	$ 308.088.560.81
DIFERENCIA A CARGO DE LOS BANCOS.....		$ 71.921.260.97

Las cifras anteriores son tomadas de los Balances publicados en 1910, por los mismos Bancos, de manera que en 1908, deben haber sido, con poca diferencia, las mismas. Se refieren solamente a los Bancos de Emisión. ¿Cómo ocurrió este saqueo escandaloso? ¿Cómo se le mantuvo oculto? ¿Cómo pudieron seguir funcionando los Bancos, si estaban quebrados en esa forma? He aquí la respuesta a todas esas preguntas:

Los Bancos fueron creados no para que desempeñaran las funciones naturales de esa clase de instituciones —que son las de servicios públicos encaminados a equilibrar la distribución del dinero, de los capitales, racionalmente y con arreglo a leyes de equidad y economía, bajo la vigilancia del Gobierno, como toda función pública que no ejerce él directamente— sino para favorecer al rico, exprimiendo más aún a la clase media y pobre, medio muerta de hambre, y a los capitalistas extranjeros que cayeron en la trampa, atraídos por la perspectiva de ganar buenos réditos en inversiones seguras, como son las que se hacen en los Bancos, en los países civilizados y pacíficos.

Los concesionarios depositaban en las arcas del Banco, al fundarlo, la cantidad que les correspondía invertir, conforme a sus contratos con la Se-

cretaría de Hacienda, algunas veces en metálico y otras en documentos de fácil realización, aprobados por la Secretaría mencionada, o en ambas cosas. Los incautos llevan también su contribución en la misma forma, y el Banco quedaba constituído; pero a los tres o cuatro meses, o al día siguiente, los amigos del Gobierno, dueños de la concesión, sus valedores o sus manequíes, sacaban de las arcas del Banco, en calidad de préstamos, la cantidad previamente invertida, y a veces algo más, De este modo se "desfondaba" a los Bancos, los cuales lanzaban billetes a la circulación, en consecuencia, sin tener con qué pagarlos.

Esos billetes eran el medio eficaz de robo con que se contaba en los Bancos, del sistema Limantour, que extraían las monedas de las carteras del público, y se las llenaban en cambio de papeles inútiles; el mismo procedimiento de nuestros "estafadores vivos" vulgares,

Las garantías de los préstamos a que he aludido en el párrafo anterior eran en casi todos los casos insuficientes para cubrir los adeudos, o irrealizables por falta de compradores; eran, como se dice en la jerga mercantil, "mulas" inservibles que nadie quería. La ley ordenaba que los préstamos se hicieran a corto plazo, fijando como máximo el de 6 meses, pero en realidad se hacían a plazo indeterminado, ya que los deudores se contentaban con presentarse cada 6 meses en las oficinas del Banco, a refrendar sus pagarés; pero sin soltar jamás un solo céntimo. Y estos papeles figuraban, para el público *¡como buenos!* Los que no eran parientes, ahijados, valedores o validos de los gerentes, accionistas o directores de los Bancos, no obtenían jamás una sola prórroga, y como a ellos sí se les exigían buenas garantías, pagaban o se les dejaba en la calle. A los favorecidos por los directores de este escandaloso robo

se les daban todas las prórrogas que solicitaban, con una sola molestia: la de entrar al Banco dos veces al año a firmar el refrendo. De este modo, las carteras bancarias estaban atestadas, materialmente repletas de papeles sin valor, aunque calzados por intrincadas y pomposas rúbricas, debajo de sonoros nombres.

El mismo Limantour expuso el fraude, *en el informe correspondiente a 1896*, y no obstante que con meridiana claridad veía lo que estaba pasando, no hizo más que fomentar el robo, durante 14 años, ya que no puede calificarse de otro modo su actitud, cuando podía haber hecho que cesara inmediatamente situación tan intolerable (para un hombre honrado).

He aquí las propias palabras de Limantour:

"La experiencia ha demostrado, desgraciadamente, que los Bancos pueden constituirse con capital ficticio por sus organizadores, que se reservan los cargos del Consejo de Administración y se hacen préstamos en cuenta corriente por cantidades iguales a las que enteran para establecer el Banco. También se ha visto que personas influyentes que dirigen estos establecimientos han absorvido para sus ocupaciones particulares, una parte considerable del capital social sin dar las mismas garantías que hubieran exigido a cualquier extraño."

En 1907, durante el pánico que se inició en los Estados Unidos del Norte y que repercutió por todo el mundo, el Gobierno se vió en apuros para sacar avante sus fallidas "instituciones de crédito", creando entonces la Caja de Préstamos para el Fomento de la Agricultura, institución que se decía era de refacción; pero que fué otra fuente de latrocinios a la alta escuela. La Caja de Préstamos fué creada con capital prestado por judíos yanquis, en 1908, con el pretexto de refac-

cionar a la Agricultura para la construcción de canales y obras de regadío, y otras necesarias. En realidad sus fondos se destinaron a resucitar los Bancos, muertos ya por el saqueo, prestando a los deudores de éstos para que pagaran. La Agricultura no recibió ni un solo centavo, y fué un robo, porque sus deudores no le pagaron y se disolvió en humo.

Del folleto "The Mexican People and Their Detractors", del Sr. Lic. Fernando González Roa, antiguo Profesor de Derecho Público y de Derecho Mercantil, de la Universidad de México, traduzco lo siguiente:

"El informe del Banco (La Caja de Préstamos) presentado en la última junta de accionistas, muestra cuán deplorables eran las condiciones en que se hallaba. No podría ser de otra manera. Este Banco ha prestado con hipoteca..... $52.855,182.00. ¿Y cuál ha sido el resultado de la distribución de esta vasta suma? Solamente 98 terratenientes se han beneficiado, entre todos los cultivadores mexicanos. La vasta suma de $31.393,000.00 fué otorgada a doce personas solamente, en préstamos variantes entre uno y cinco millones de pesos, es decir, que el 59.40 por ciento del capital se distribuyó en fracciones de más de un millón de dólares. Solamente 0.60 por ciento fué prestado en fracciones de menos de..... $50.00, y $10.405,141.00 se distribuyeron en fracciones de menos de medio millón de pesos, plata. El once por ciento de los deudores se han llevado muy cerca de 60 por ciento del capital del Banco. Además, como los terratenientes son capitalistas antes que agricultores, el capital del Banco ha servido mucho más para fomentar especulaciones en grande escala, y para sostener a la clase privilegiada, que para promover empresas legítimas de irrigación. Por ejemplo, a la Fundi-

ción de Fierro y Acero de Monterrey, que se ocupa en todo, menos en la Agricultura, se le prestó la enorme suma de $3.900,000.00.—("El Pueblo Mexicano y sus Detractores." Ed. Inglesa.)

El capital total aparente de los Bancos de Emisión del sistema Limantour, fué de..... $118.800,000.00. Los créditos en cuenta corriente, a los validos y "amigos", llegaron a..... $114.252,747.75, de los cuales no estaban garantizados la mayor parte, o sea, aproximadamente, un 75 por ciento, y la parte que tenía algún respaldo, lo tenía tan mezquino, que casi no era de tomarse en consideración. Como se ve, *solamente $4.547,252.25 era el verdadero capital de los Bancos antes de iniciarse la revolución*, y los otros $114.252,747.75 solo existían teóricamente. A este gran saqueo debe agregarse que en Yucatán en 1907, al quebrar sus dos Bancos, que eran de los más "fuertes" del país, se descubrieron otros robos cuantiosísimos cometidos con todo descaro por los que en el manejo de dichos Bancos intervinieron. En Jalisco, en Puebla, en Oaxaca, en Veracruz, en la misma ciudad de México, todo el mundo sabía el mal estado de los Bancos, y sabía igualmente que, por medio del Banco Central, del Banco Nacional y del Banco de Londres y México, estábamos sujetos en nuestras finanzas a una vigilancia humillante del extranjero, que sin duda alguna iba a resolverse en algo más grave todavía, cuando surgió la revolución.

Como si todo esto no fuera bastante, en la ciudad de Chihuahua, un robo de los más descarados, el cometido al Banco Minero por sus propios accionistas y directores, ocasionó un formidable escándalo, en 1910, que se agravó con los procedimientos bárbaros empleados para obligar a algunos inocentes a declararse autores del delito.

No hablo más que de los Bancos de Emisión,

que eran los más numerosos, porque los Hipotecarios y Refaccionarios fueron un fracaso tan redondo, que casi puede afirmarse que desde antes de nacer, ya no podían funcionar.

Los pequeños comerciantes, los pequeños industriales y agricultores que no pertenecían a la aristocracia, nunca obtuvieron un solo centavo de ningún Banco, si no fué con toda clase de dificultades y trabas, que acabaron muchas veces dejándolos en la calle, y en cambio, fueron las víctimas que más sufrieron con las quiebras, pues perdieron junto con sus insignificantes ahorros, la costumbre de hacerlos, que se les iba formando a algunos.

Como ejemplos de "operaciones" bancarias sistema Limantour, presento las siguientes, divulgadas en la prensa mexicana por el Sr. Antonio Manero, quien tuvo en sus manos los libros de muchos Bancos de la ciudad de México, durante la época en que la revolución intervino en ellos:

Ejemplos de robos cometidos al Banco de Londres y México, del 30 de Junio de 1914 al 31 de Diciembre de 1916, por sus propios accionistas o directores.

INMUEBLES Y VALORES	PRECIO DE COSTO	ID. DE VENTA	PÉRDIDAS
Costo de 2,000 acciones de los Almacenes generales de Depósito en 1913..	$ 90.000.00		
Venta en 1915 a un Consejero.....		$ 23.400.00	$ 66.600.00
Acciones del Banco de Comercio e Industria, 1000, compradas en 1907 a $100 cada una....	$ 100.000.00		
Venta en 1915.....		$ 38.550.00	$ 61.450.00
Al frente	$ 190.000.00	$ 61.950.00	$ 128.050.00

INMUEBLES Y VALORES	PRECIO DE COSTO	ID. DE VENTA	PÉRDIDAS
Del frente	$ 190.000.00	$ 61.950.00	$ 128.050.00
Acciones del Banco Nacional.....	$ 187.500.00		
Venta de esas acciones.....		$ 42.000.00	$ 145.500.00
Casas Nos. 61 y 63 del Estanco de Hombres, 32 de Pimentel, 11 de la Ancha y 42 y 44 de la Palma	$ 561.000.00		
Venta de las mismas a Consejeros y empleados del Banco.....		$ 229.000.00	$ 332.000.00
Representación en Cía. Industrial La Virgen.....	$ 558.730.00		
Venta, por medio de un Consejero.....		$ 22.500.00	$ 536.230.00
TOTALES	$1.497.230.00	$ 355.450.00	$1 141.780.00

De estas "operaciones" se hacían en todos los Bancos, en todo el país, desde la fundación del sistema.

13.—*La Minería y la Industria.*—Nuestra minería y nuestra industria se encontraban en manos de empresas extranjeras, en su parte mayor, y sus productos no ingresaban nunca al país: iban a gastarse al extranjero, donde los empresarios residían.

13 bis.—*Situación Comercial.*—Durante la dictadura no prosperó el comercio mexicano, ni se le prestaron facilidades de ningún género para su desarrollo. El comercio interior vivió una vida vegetativa, agobiado por las tremendas cargas del Timbre, y de los aplastantes impuestos de los Estados, y de los Municipios. Nohe encontrado

estadísticas precisas, que creo que no se han llevado jamás, acerca de este interesante punto, y por ello no hago una exposición con números.

El comercio exterior no prosperó tampoco bajo el porfirismo. Su aumento se debió a causas ajenas a la voluntad de aquel Gobierno, y fué producido en su mayor parte en virtud del aumento del comercio de otros países. Nuestro comercio exterior era entonces y sigue siéndolo, absolutamente raquítico y ha vivido como sigue viviendo; semiasfixiado por las tarifas aduanales y ferrocarrileras que favorecen a todos, menos al mexicano.

En apoyo de lo anterior cito en seguida algunos párrafos de un bien documentado estudio del Lic. F. González Roa,(1):

"En gran parte, dice este escritor, el desarrollo "del comercio exterior ha sido debido a condicio- "nes de carácter general, que afectan a toda la "América. Citando las cifras relativas a un año "de prosperidad comercial para nosotros, el de "1907, año económico de notable actividad para "la América Latina y de quietud política para "México, veremos confirmada esta afirmación. "En efecto, según la Oficina Internacional de las "Repúblicas Americanas, de Washington, en co- "mercio extranjero la República Argentina au- "mentó, de $193.000,000 en 1897, a..... "$583.000,000 en 1907; en comercio extranjero, "el Brasil, de $235.000,000 a $494.000,000. Mé- "xico, de $154.000,000 a $240.000,000. Chile, de "$100.500,000 a $209.500,000. Uruguay, de..... "$49.000,000 a $70.000,000. Bolivia, de..... "$18.000,000 a $55.000,000. Perú, de..... "$25.000,000 a $50.000,000. Paraguay, de..... "$5.000,000 a $10.000,000. La República Do-

(1).—"El Problema Ferrocarrilero y la Cía. de los F. C. Nacionales". 1915.—Ps. 46, 7 y 8.

"minicana, de $6.000,000 a $12.000,000. Haití,
"de $7.000,000 a $11.000,000, Cuba, cuyo co-
"mercio extranjero en 1899 alcanzaba a.....
"$125.000,000, aumentó a $209.000,000 en
"1907. El comercio exterior de los países de la
"América Central aumentó de $42.000,000 en
"1897, a $58.000,000 en 1907. Panamá, con un
"comercio insignificante cuando fué Estado de la
"República de Colombia, llegó a $25.000,000 en
"1907. Todas las anteriores cantidades fueron
"calculadas en oro.

"En realidad, nos hemos dejado adelantar por
"otros países. Tomando las cifras inmediata-
"mente anteriores a la Revolución de 1910, tene-
"mos que el promedio anual del comercio exterior
"por habitante, es de $29.00 plata para México,
"de $38.00 para el Brasil, y de $154 00 para la
"Argentina. Los promedios anuales de exceden-
"tes de exportación por habitante son en México
"al rededor de $2.00, en el Brasil al rededor de
"$7.60 y en la República Argentina al rededor de
"$25.00. Con un promedio anual igual al del
"Brasil, los excedentes de exportación hubieran
"ascendido para nosotros, a $100.000,000, y con
"uno igual al de la Argentina hubiéramos alcan-
"zado a $336.000,000. Todavía diremos más:
"un escritor llama la atención sobre que en 1910
"nuestra importación fué de $97.443,000, oro, y
"nuestra exportación de $130,023,000, mientras
"que la Isla de Cuba tuvo $103.676,000 de im-
"portación y $150.909,000 de exportación, sien-
"do de notarse que Cuba tiene 2.500,000 de habi-
"tantes, el 25% de ellos de raza negra, una exten-
"sión de 118,000 kilómetros cuadrados y está
"casi consagrada a la monocultura, pues no cul-
"tiva más que la caña y el tabaco, cuando noso-
"tros tenemos una extensión de poco menos de
"2.000,000 de kilómetros cuadrados, una pobla-

"ción de cerca de 16 millones de habitantes, pro-
"ducimos casi todos los productos de la tierra, y
"exportamos metales preciosos, que por su alto
"valor y poco volumen son fácilmente transpor-
"tables, ...
".....los ferrocarriles que ligan
"el interior del país con la frontera del Norte no
"han producido el aumento que era de esperarse
"en nuestro comercio, bastará decir que las Adua-
"nas de Tampico y Veracruz tienen cada una un
"movimiento igual al de todas las aduanas fron-
"terizas del Norte: es decir, que el movimiento to-
"tal de las Aduanas de Tampico y Veracruz es
"doble del de las aduanas reunidas de la frontera
"terrestre, que nos separa de los Estados Unidos.

"De nuestras exportaciones, calculando según
"las cifras del ejercicio anual de 1909 a 1910, so-
"bre 100.000,000 que exportamos (de dólares) a
"los Estados Unidos, más de 60.000,000 fueron
"de oro y plata, o de minerales conteniéndolos, y
"cerca de 7.000,000 de cobre, todo lo cual signifi-
"ca que nuestro país está muy lejos de ser como
"el Brasil y la Argentina, un gran exportador de
"productos coloniales." (1)

14.—*El Crédito Exterior.*—El Gobierno de la dictadura gozaba de crédito en el extranjero, debido a que aceptaba humildemente todas las imposiciones de los banqueros con quienes se contrataban los empréstitos, llegando su complacencia al grado bochornoso de modificar nuestra Constitución, sin consultar la voluntad del pueblo, para satisfacer a los prestamistas.

El empréstito de 1904, por $40.000,000.00, de los cuales $10.000,000.00 se dilapidaron en pagar acciones ferrocarrileras inválidas, fué un desastre.

(1).-He escogido lo referente a la década de 1897 a 1907, por haber sido ésta la que marcó el apogeo del "florecimiento" de México, bajo la dictadura porfiriana.

Los $50.000,000.00 contratados con judíos norteamericanos, en 1908, sirvieron para pagar a los Bancos parte de lo que la "aristocracia" terrateniente les había sustraído por el método ya descrito en el párrafo relativo a ellos. Este empréstito fué oneroso. Más aún: fué ruinoso, porque convirtió en deuda nacional lo que era deuda de "parranda" de un grupo de terratenientes "aristócratas" amigos del Gobierno.

La adquisición del crédito que tenía el Gobierno mexicano en el exterior, y que se tradujo en..... $190.000,000.00 prestados a la nación por mediación del Ministro Limantour, costó al país, además de los réditos que fluctuaban entre 4 y 5% anual, un 14.50% más, aproximadamente, en primas y corretajes, aparte de las humillaciones ya referidas.

Ante las cifras anteriores, decrece hasta la penumbra el brillo de la obra financiera de Sr. Lic. Limantour, y en vez del milagro portentoso de que hablaban en aquellos tiempos los súbditos del porfirismo, nos encontramos con una triste e imperdonable obra de ruina.

15.—*Las Mejoras Materiales.*—La construcción de edificios suntuosos, en la capital del país, la elevación de monumentos en casi todas las poblaciones de alguna importancia y algunas obras de saneamiento de las mismas, así como la construcción de puertos, fueron las principales "mejoras materiales" de la dictadura. Estas "mejoras" solo sirvieron para enriquecer aventureros, y algunas, para poner en ridículo a varios títulos profesionales notables, que carecían de ingenieros v. gr., el título del Sr. D. Porfirio Díaz jr., cuyas construcciones se desmoronaban antes de ser terminadas. El edificio de la Escuela Normal para Maestros, en

las afueras de la ciudad de México, en ruinas desde antes de ser inaugurado, es entre otras, una prueba de esto.

La casa Pearson & Son ejecutó las obras del puerto de Veracruz, y las de Puerto México, en el Golfo, así como las de Salina Cruz en el Pacífico. De estas puedo decir que no sirven para nada, pues los barcos de regular calado no pueden maniobrar con amplitud para entrar, por ejemplo, al dique, y el espacio destinado a los barcos entre los muelles es incapaz de admitir cómodamente buques de mediano porte. Por ello se le pagaron fuertes sumas, gravándose a la nación con la emisión de bonos, plata, amortizables con bonos oro, de la deuda exterior, por $100.000,000.00, al 5%. El costo excesivo de tan malas obras se aumentó en algo más de $10.000,000.00 que se dieron a ganar al Banco Nacional, para salvarlo de sus trácalas, por vender dichos bonos en Europa, operación que en concepto de todos, pudo haberse realizado directamente por el Gobierno.

Las obras del puerto de Manzanillo costaron a la nación $7.000,000.00 que pueden verse, cuando baja la marea, convertidos en un montón de piedras inútiles, colocadas en la bahía colimense con el objeto de que ésta pueda azolvarse con mayor facilidad de la que naturalmente le había señalado Dios.

En Chihuahua, en el Paseo Juárez, ví una estatua que representaba no recuerdo a quien, y que costó cerca de $50,000.00, según me informaron en dicha ciudad. Se le había hecho pasar por de mármol. Un indiscreto cañonazo revolucionario que le voló una pequeña parte, descubrió el pastel: era de yeso, y la lluvia acabó con ella. Cuando ví

yo ese monumento, en 1914, era un informe pilón calcáreo, del que emergían unas varillas de hierro, que le habían servido de "armazón".(1)

Con esas tres muestras de "obras materiales", de primera, mediana y pequeña magnitud, creo que es bastante para comprobar que no fueron las tales más que monumentos elevados por la rapiña a sí misma. Una autoglorificación del robo.

16.—*Otras Obras.*—Además de lo que hemos revisado anteriormente, el Lic. Limantour instituyó la Comisión Monetaria, destinada a mantener fijo el tipo de cambio de nuestra moneda, que antes sufría grandes fluctuaciones, las cuales a veces perjudicaban a los ricos. Esta institución, que costaba muchos millones, se ocupaba en comprar y vender giros y valores en el extranjero, de manera de equilibrar el cambio, comprando cuando había poca demanda, para evitar la baja.

Como obra basada en un disparate económico-financiero, la Comisión Monetaria fué un fracaso redondo, y onerosísimo para la nación.

De él derivaron beneficios algunos "aristócratas", casi todos, mejor dicho; pero el pueblo, el agricultor pobre, el comerciante mediano o pequeño, el industrial de pocos recursos, el empleado, el profesionista, no sacaron ventaja alguna, porque no aumentó en realidad el valor adquisitivo del peso ni se compensó esa falta con un aumento en los salarios o una disminución en el costo de la vida, por algún otro medio.

17.—*Los Ferrocarriles.*—El Gral. Díaz, en un principio, fué enemigo mortal de los ferrocarriles, como lo hace observar alguno de sus panegiristas mismos. Se necesitó que los Estados Unidos, a cuyo poder tenía un miedo de cervatillo, deseando abrir, a su comercio y sus industrias, nuestro mer-

(1).—Ultimamente pasó otro tanto con un "bronce" de Juárez, en Puebla.

cado, lo amenazaran gravemente para que consintiera en la construcción de ellos, y la protegiera como lo hizo.

Las vías ferrocarrileras se construyeron sin más objeto que el anotado, procurando de paso facilitar también a los latifundistas y grandes comerciantes mexicanos el acceso a los mercados interiores *ya establecidos* en el país, sin preocuparse, o antes bien evitando abrir nuevos centros de consumo y de producción de efectos nacionales, matando en toda forma la competencia que es la que beneficia al público que paga. Con la llegada de los ferrocarriles a México, la miseria del pueblo aumentó, al revés de lo que ocurre en todos los demás países cruzados por el riel. No citaré autores en apoyo de mi aserto:—remito al lector a que pregunte a cualquier campesino de su comarca cuándo era más barata y más fácil la vida para él. Tengo la seguridad de que le responderá: "antes de que hicieran el tren". La causa de este aumento en el costo de la vida puede fijarse con acierto en lo disparatado del trazo de las vías troncales del sistema, que si servían muy bien a los intereses y necesidades de los yanquis, para nada se ajustaban a las nuestras; en la gran imperfección de las tarifas, que asesinaban el tráfico, y en lo mal forjado de nuestros aranceles aduanales, hechos también para favorecer al gran terrateniente a quien le interesaba que no se importaran artículos agrícolas baratos del exterior, que él en escasísimo volumen producía también, y que deseaba vender caros, aunque para esto fuera necesario matar de hambre a medio México.

La baja de la plata y el alza en el costo de la vida no hicieron surgir más que el desventurado disparate de la Comisión Monetaria, y aunque la situación indicaba patentemente la necesidad de conceder al pequeño capital y al pueblo en general

buenos elementos de defensa, los salarios permanecieron sin aumento, y estacionarias las gabelas fortísimas que se pagaban,

Los ferrocarriles, en manos de las empresas que los construyeron, que eran yanquis en su mayor parte, además de los inconvenientes ya anotados, tenían el de irse convirtiendo, en el transcurso del tiempo, en una amenaza de carácter internacional, ya que nos dejaban en manos de los yanquis completamente. Para remediar esta situación, radicalmente, se necesitaba que los ferrocarriles se deshicieran y se volvieran a construir con arreglo a nuestras necesidades y conveniencias, ya que la causa del vicio gravísimo aludido era el "pecado original" del mal trazo de las líneas; pero no siendo esto posible, según los jefes del Gobierno, se pensó en que éste adquiriera el control de las compañías, por compra de la mayoría de las acciones, es decir, se cometió el absurdo económico de convertir al Estado, en administrador de empresas que, como las de transportes, son de las menos adecuadas para una vigilancia apropiada y para un manejo fácil.

El fracaso palpabilísimo del Gobierno en esta aventura que tan cara cuesta a la nación, es tan claramente visible, aun para los profanos, que no me detendré a presentar sus detalles; las dificultades que el tráfico ferrocarrilero ocasiona al comercio y a los viajeros, los robos escandalosos que se han cometido en la administración de las líneas, por los administradores y sus amigos, la no menos escandalosa dilapidación de fondos en "pases" y otras franquicias que son objeto de especulación inmoral, forman el corolario del robo primitivo, del primer gran "panamá" cometido por el Lic. Limantour y sus socios, en la compra de acciones de dichos ferrocarriles, a precios irrisorios, para venderlas al Gobierno a precios judaicos.

No obstante el chorro contínuo de oro que se ha invertido en nuestros ferrocarriles, en las postrimerías de la dictadura, y en los años presentes también, hay regiones del país que tienen mucho tráfico entre sí, pero que se encuentran tan aisladas como en los tiempos anteriores a Moctezuma Ilhuicamina, y en cambio grandes zonas estériles y casi no pobladas, cuentan con fácil comunicación con todo el muudo.

Entre Mazatlán y Durango, por ejemplo, hay solamente 65 leguas, por el camino más largo, pero se llega primero a Nueva York, que dista más de 5000 kilómetros. Puede decirse que Mazatlán carece de negocios con Nueva York, y en cambio con Durango y puntos situados entre ambos, los tiene muy activos, tanto como se lo permite la falta de fácil comunicación.

La Baja California está completamente aislada del resto de México, y para llegar a cualquier punto de ella se pasan los mismos penosos trabajos que pasaron Cortés y Coronado, a principios del siglo XVI, si el viaje se realiza por mar, o más rudos sufrimientos que los soportados por Nuño de Guzmán o los Cabeza de Vaca cuando por primera vez se aventuraron en las vírgenes regiones de Sinaloa y Sonora.

El aislamiento de Mazatlán es imperdonable, puesto que durante la época porfiriana fué siempre el primer puerto del Pacífico, por sus rendimientos al Fisco, y no se comprende por qué se gastaron $100.000,000.00 en obras inútiles como las del Istmo de Tehuantepec, nulificadas por completo con la inevitable ruptura del Canal de Panamá, y a Mazatlán no se le destinó un solo centavo, ni para hacerlo puerto, porque no lo es en el sentido náutico de la palabra, ni para comunicarlo por ferrocarril con el resto del país.

18.—*Situación Militar.*—El ejército estaba formado por unos 28,000 hombres, entre fuerzas de línea, guardias rurales de la Federación y cuerpos de seguridad de los Estados. Los jefes eran en su mayoría vejetes crapulosos o enfermos que ya no podían resistir una marcha de seis horas a caballo, sin caer muertos. A unos los sostenía el prestigio de sus viejas glorias, y a otros la aureola de sus fieros crímenes. Eran, por lo demás, casi todos completamente ignorantes. La oficialidad tampoco llenaba su objeto, por más que entre ésta, como entre los jefes, había algunas brillantes excepciones.

El ejército mexicano carecía de Estado Mayor, de cuerpos administrativos, de centros de movilización, etc., pero servía muy bien para espantar a los ricos y evitar que pensaran en devorar al dictador, jefe supremo de las tropas. También servía para castigar a balazos al pueblo, cuando el hambre, el alcohol, o ambos, lo hacían levantisco.

Algunos jefes poco escrupulosos hacían aparecer en las nóminas plazas que no existían, y de esta manera, lo mismo que con los forrajes y el ganado, en los cuerpos de artillería y caballería, realizaban sucios negocios.

El ejército había sido privado poco a poco de sus antiguos caudillos, muertos por enfermedad, por asesinato o por calumnias deshonrosas que con hábil maña había amontonado sobre ellos, hasta aplastarlos, el tirano.

La marina de guerra en un país con tan extensas costas en ambos mares, puede decirse que no existía, pues la formaban aparte del "Zaragoza", el vetusto buque-escuela, el "Yucatán", el "Progreso" y tres cañoneros en el Golfo, y el "Demócrata" y dos cañoneros en el Pacífico. Además había algunos guarda-costas, verdaderas cáscaras de

nuez, viejos y apolillados. Nuestra marina de guerra estaba siempre descompuesta o en reparación. La marina mercante era también un bello mito.

Podemos concluir por tanto, que la dictadura no tuvo ejército, sino un mal organizado cuerpo de *matoides* para aterrorizar a la nación, y que descuidó totalmente, con punible y peligrosísimo descuido, la defensa nacional.

19.—*Conclusión.*—No hablo de obra sanitaria, porque no la hubo, ni en embrión; ni de situación diplomática, porque no tuvo diplomacia la dictadura: su política internacional fué la misma de los Estados Unidos, de quien se nos consideraba siervos humildes y miedosos. Lo que gastaba anualmente el Gobierno porfirista en sostener legaciones en Europa, era un intolerable despilfarro de los fondos nacionales, como alguien lo ha hecho notar, pues si todos sus negocios extranjeros los arreglaba mediante el Departamento de Estado yanqui, con la embajada en Washington hubiera tenido bastante.

Obedeciendo la consigna del Norte, el Gral. Díaz mantuvo a México en un aislamiento criminal de todo el resto de la América, cuando nuestras conveniencias internacionales y nuestra fuerza radica en nuestra amalgama con las naciones del Sur del Continente, a las cuales nos empujan comunidades e identidades de lengua, de origen y desarrollo, de religión, de raza y de aspiraciones.

Tampoco hablo sobre la obra educativa de la dictadura, porque fué igualmente nula: jamás los dictadores se han ocupado en ilustrar o educar a los pueblos que dominan, porque en eso radica el germen de su propia y más completa destrucción. El desastre de la instrucción primaria, elemental, merece citarse por ser de magnitud enorme: 7.065,464 personas mayores de 12 años no sabían leer ni escribir, y 1.920,697, o sea la séptima parte

de la población total, ni siquiera hablaba el español, ni idioma alguno de civilizados. Esta séptima parte de nuestra población se encontraba en un estado de salvajismo peor quizás que el de los habitantes del corazón del Congo o de las Islas Maori. Contra esto, o mejor, sobre esto, teníamos muy bonitos edificios para escuelas en la ciudad de México, para mostrarlos a los diplomáticos extranjeros. En algunas capitales de los Estados también los había, casi tan bellos como los de la ciudad de México.

Contábamos con Facultades de Derecho, de Ingeniería, de Medicina, etc., y a torrentes salían los títulos cada año, poblándose las ciudades de abogados sin escrúpulos y sin clientela, de ingenieros "*municipales*" (1) y sin talento, y de médicos "matasanos" y explotadores. Todos éstos iban a vivir a costa de la ignorancia de la clase pobre, de la vanidad de la media y de las limosnas que les arrojara la rica, de todo el que, en una palabra, se dejara. Constituían el parasitismo, la pedantería borlada, hueca, el "sablismo", el bandolerismo urbano, meloso y pulcro, mil veces más dañino que el rudo bandolerismo de encrucijada.

Había profesionistas, y muchos de ese tipo medran todavía, que por *acuerdo del Gobernador X*, por *disposición del Ministro Z*, o por *orden del jefe político* o *del general Zutano*, resultaban sabiendo en un momento lo que a otros costaba larguísimos años de desvelos y de estudios, y recibían su título de manos de un jurado sin moralidad ni vergüenza.

Veamos ahora a donde nos condujeron todos estos crímenes y todos estos desaciertos que se llaman la Obra de la Dictadura Porfirista.

(1).—Nombre con que el vulgo designa en México a los vagos.

CAPITULO III.

AGITACIÓN REVOLUCIONARIA

20.—*La entrevista "Creelman".*—El inmenso cementerio. la enorme ruina que he descrito en los capítulos precedentes se hallaba extática, contemplando, con embrutecimiento de pajarillo hipnotizado por los ojos lucientes y el vaho paralizante de una cobra, la figura del tirano decrépito y sordo, cuyo cerebro, por la acción de los años, iba adquiriendo la pétrea consistencia del cemento armado. Quince millones de seres humanos, revolcándose en el estercolero de una miseria lastimosa y abyecta, aguardaban, pacientes como el Job de la Biblia, a que Dios se apiadara de ellos y curara la sarna y la mugre que corroían sus cuerpos y sus ánimas, como se apiadó del mendigo de las Escrituras, o a que concluyera la danza adoratoria que "las clases directivas" tejían en derredor del "tlacatecuhtli" hecho ídolo, y se arrojaran sobre ellos para devorarlos.

La música fúnebre a cuyo compás se agitaban los pies, de los danzantes—las cabezas, durante la dictadura, solo para separarse del tronco al golpe del hacha vengativa o para inclinarse ante el ídolo moviánse— pregonaba en la oscuridad de aquella noche diabólica, con las estridencias enfadosas de un monoritmo de violín chino, la profecía idiotizante: "México vivirá, mientras viva el Sr. Gral.

Porfirio Díaz, el héroe de la paz y de la guerra, el Supremo Dios de todos los demás dioses vivos y muertos. El día en que el Sr. Gral. Díaz desaparezca, desaparecerán también el sol y las estrellas, y la Tierra, desorbitada, lanzará a los mexicanos, completamente atomizados, al éter infinito que desaparecerá también, en seguida, ebrio de dolor por la pérdida del ilustre caudillo, divino eje y centro del Cosmos."

Júzguese cuál sería el asombro y el júbilo de los mexicanos cuando un yanqui, uno de esos yanquis que, muertos de hambre en su propio país, vienen a los nuestros a ganarse la vida, unas veces como "promoters" de negocios en que la rapiña es el principal factor, y otras como periodistas-corresponsales, de los grandes diarios y revistas de los Estados Unidos, anunció que había celebrado una entrevista con el dictador, y que éste le encargaba que revelara al pueblo, en inglés para que lo comprendieran mejor nuestras masas que no hablaban ni español, la existencia hasta entonces insospechada del Mito: y ese Mito era la aptitud del pueblo mexicano para la democracia, aptitud que en un arranque de generosidad le concedía el Idolo zapoteca, junto con la gracia de sobrevivirle.

James Creelman es o era el nombre del aventurero yanqui escogido para llevar el mensaje de Díaz a los mexicanos; pero el Edipo que, venciéndola, hizo hablar a nuestra Esfinge, el que le arrancó el secreto por tanto tiempo guardado en hermético silencio, no fué Creelman. Se llamaba Teodoro Roosevelt y resolvió el enigma de modo muy diverso del empleado por el héroe tebano: amenazando a la bestia con su "gran tranca".

Todos los mexicanos que conocieron el texto de la revelación portentosa, sin detenerse a meditar un solo instante, electrizados por lo increíble de las palabras que escuchaban, corrieron gritando a to-

do pulmón: Milagro! Milagro! El pueblo está apto para la democracia, y puede escoger al sucesor del Dios, porque vivirá después de que él desaparezca! Milagro! Milagro!

Pero veamos lo que, en realidad, había sucedido.

Tocaba a su término el último período presidencial del coronel Teodoro Roosevelt, representante y jefe del imperialismo yanqui, que acababa de asaltar y saquear brutalmente a las más pequeñas y débiles naciones del Continente colombiano, en nombre de la Humanidad. Según la tradición legada por Washington a su pueblo, Roosevelt ya no podría ser reelecto para un tercer ejercicio, y aún le faltaba una gran parte de su obra. El aprovechamiento del botín obtenido en sus injustas y bárbaras agresiones a los pueblos débiles lo había entretenido sin darle tiempo para ocuparse en cosas de México, cuyo Gobierno había contemplado y aprobado cuanto atropello había cometido el yanqui con los demás. Pero ya al descender del solio, el impulsivo coronel, tendiendo la vista hacia el Istmo que acababa de apropiarse, tropezó con el espectáculo del imperio porfirista, y quiso resolver lo que siempre había sido un enigma: la sucesión de Díaz. Entonces creyó oportuno indicar al caudillo oaxaqueño que había llegado la hora de que abandonara el poder y de que el pueblo mexicano le buscara un sucesor.

A esa indicación contestó Díaz con su entrevista, la cual, publicada en la prensa yanqui, fué reproducida por la de México. En dicha entrevista, el Gral. Díaz manifestaba que vería con agrado la formación de partidos políticos en México, que se ocuparan en la cosa pública, y que juzgaba apto al pueblo para la democracia. Se manifestaba además resuelto a abandonar el poder, en cuanto concluyera el período dentro del cual se encontraba, esto es, en Noviembre de 1910. Al mismo tiempo,

insinuaba al coronel Roosevelt que, rompiendo con la tradición de su país, se reeligiera, si quería, por todos los períodos que le parecieran buenos, dando a entender que él aplaudiría tales reelecciones.

Como puede comprenderse, el Gral. Díaz solo trataba de contentar a la Casa Blanca, de la cual era humildísimo súbdito, haciéndole creer que obedecía la consigna de abandonar el puesto; mas resuelto a hacerse reelegir hasta el último día de su vida. Roosevelt, en efecto, tenía que dejar el poder en 1909, el 4 de Marzo; las elecciones en México no se celebrarían sino hasta mediados de 1910. Nada costaba, en opinión del tirano, que contaba con el embrutecimiento absoluto del pueblo, y jamás lo consideraba como un factor en sus cálculos, nada costaba repito, engañar a Roosevelt, quien no podría castigarlo cuando anunciara su séptima reelección. Ya entonces Roosevelt sería un simple ciudadano, al cual Díaz podría exhibir ante el mundo como un "ciudadano simple," en caso de que algo dijera en contra de su reelección.

Pero si el Gral. Díaz no se equivocaba en sus apreciaciones acerca del estado de la gran masa del pueblo mexicano, sí estaba completamente equivocado en cuanto a los que le rodeaban a él. Al leer las declaraciones del Presidente, los científicos creyeron que por fin se apiadaba de ellos, y que su viejo proyecto de otras épocas, ya casi olvidado, iba a resucitar. Se consideraron los herederos del dictador, y comenzaron a agitarse.

Al mismo tiempo, el Gral. Bernardo Reyes, desde su retiro de Monterrey, comenzó a hacer una sorda labor de propaganda casi revolucionaria.

21.—*Discusión de lo anterior.*—El pueblo mexicano no estaba apto para la democracia, como ya lo he dicho al presentar el cuadro de la pag. 11 y como acabo de decirlo en el párrafo precedente. Era imposible, además, que en un instante, y como por

inspiración divina, adquiriera esa aptitud cuando tenía encima el letargo de 30 años de momificación. Vamos a los números: en las elecciones de 1910 debían tomar parte, teóricamente, 3.522,920 ciudadanos; pero en realidad, sólo iban a hacerlo 2.884,838, que contarían entonces de 21 a 50 años, y los otros 638,000 no iban a hacer nada, unos por decrepitud; otros por escepticismo, etc. Pues bien: de los 2.884,838 ciudadanos que con seguridad irían a votar 2.451,706, no sabían leer ni escribir y no habiendo estado jamás en la escuela, ni de oídas conocían la democracia, ni sus deberes y derechos cívicos.

El dictador, que conocía estos datos, pensaba: si estos hombres no tienen idea de lo que puede ser un Partido político, ni son ciudadanos ni han oído hablar jamás de democracia, no se formarán tales Partidos porque donde faltan los elementos falta el todo, y los elementos de los Partidos son los ciudadanos De aquí deducía que tendría que continuar él, forzosamente, en el poder, hasta su muerte, y que el destino del pueblo mexicano, como siempre lo había hecho proclamar, era evidentemente el de las viudas y esclavos de los grandes señores de ciertos países asiáticos: morir junto con su amo, inmolados sobre la tumba de éste.

Tal era el modo de pensar del dictador, su verdadera creencia y no la que se veía forzado a externar por medio de Creelman; y al abrigar semejantes ideas probaba que, en vez de ser un estadista, como decían sus aduladores, era un pobre desventurado, pues, como dice el insigne Rodó: "Desventurado el maestro a quien repugne anunciar, como el Bautista, al que vendrá después de él, y no diga: él debe crecer; yo ser disminuido."

La situación política tenía en efecto, ese remedio: que el Gral. Díaz no solamente dijera, *él debe crecer*, sino que pusiera manos a la obra. En aque-

llos días, ya no quedaban más que ese, y otro: el de arrojar al Gral. Díaz y a los suyos del poder, por la fuerza de las armas.

Entonces se creyó que, si el Gral. Díaz permitía que a medida que fueran muriendo o terminando sus períodos vigentes los gobernadores de los Estados, fueran siendo electos verdaderamente los sucesores y no nombrados por él; que si permitía la libre elección de Diputados y Senadores, Magistrados de la Suprema Corte y Vicepresidente de la República, limitándose él a vigilar el funcionamiento de los clubes que se organizaran con ese fin y con el de ir instruyendo al pueblo acerca de sus deberes y derechos cívicos, podría tolerarse su séptima reelección, siempre que esa fuera la última Este remedio lo aceptaban hasta los más exaltados, como el único bueno, en el terreno pacífico.(1) Solamente el Gral. Díaz no quiso aceptarlo, echando sobre sus hombros la tremenda responsabilidad de provocar una revolución formidable.

22.—*El Club Organizador del Partido Democrático.*—Varios jóvenes de innegable talento, seducidos por la frase en que el tirano consagraba al pueblo apto para la democracia, se dedicaron a organizar un club, en la ciudad de México, cuyo fin era el de constituir un Partido político que se enfrentara a los científicos y a los reyistas, únicos elementos que dieron señales de vida inmediatamente después de la célebre entrevista periodística. Entre ellos figuraban algunos amigos del Gral. Díaz, y fué con la anuencia de éste como iniciaron sus trabajos, trabajos que el dictador contaba con poder suspender en el momento en que le comenzaran a estorbar. También ingresaron como fundadores del club amigos del Gral. Reyes, y otros muchos que nunca habían intentado ocupar-

(1).—Yo también creo que era bueno.

se en serio en asuntos políticos, y que por lo mismo, carecían de significación en aquel medio. La instalación del club se efectuó en Abril de 1909, y sus miembros reconocieron desde luego que, a falta de un arreglo que les permitiera iniciar a la nación en las prácticas democráticas. a la sombra del Gral. Díaz, no quedaba otro camino que recurrir a las armas para derrocarlo, y de este camino todos eran enemigos.

No obstante que el Gral. Reyes, estrechado por el Gral. Díaz, se había declarado partidario de la reelección del Sr. Corral, en una entrevista publicada en Julio de 1908, el C. O. D. P. D. aparecía reyista, tímido.

El C. O. D. P. D. comenzó a formarse desde 1908, pero no pudo hacer su aparición primitiva sino hasta Enero de 1909, cuando el Sr. Lic. D. Manuel Calero, su principal "lider", obtuvo la venia del Gral. Díaz para ello, eligiéndose la Mesa Directiva que quedó formada como sigue:

Presidente: Lic. Benito Juárez Maza.—Vicepresidentes, Lics. José Peón del Valle y Manuel Calero.—Secretarios, Lics. Heriberto Barrón y Rafael Zubarán, Manuel M. Alegre y Juan Sánchez Azcona.—Prosecretarios, Gustavo Suzarte C., Francisco de P. Sentíes, José G. Ortiz y Urbano Balmaceda.—Tesorero, Manuel Garza Guerra, y Subtesorero, Carlos Basave. Además figuraban en ese grupo D. Francisco Cosío Robelo, D. Enrique M. de los Ríos, D. Luis del Toro, D. Jesús Flores Magón, D. José Ferrel, D. Federico González Garza, D. Rafael L. Hernández, D. J. Antonio Rivera G., D. Jesús Urueta, D. Carlos B. Zetina, D. Diódoro Batalla y otros que más tarde se distinguieron de un modo o de otro en el campo de nuestra política.

Los trabajos de esta agrupación comenzaron, seriamente, a principios del citado año de 1909,

con varias giras encaminadas a diferentes partes del país, en las cuales, por medio de discursos sobre todo, se trató de explicar al pueblo lo que debía hacer en las elecciones. Este procedimiento era enteramente novedoso en México, y llamó fuertemente la atención.

23.—*El Partido Reeleccionista.*—Tan pronto como se notó la agitación que iniciaron los reyistas y demócratas, los científicos, que se creían únicos herederos legítimos del Gral. Díaz, trataron de que éste impidiera las labores de aquellos, procediendo a reorganizar el Partido Reeleccionista, o más bien, el grupo de "elementos directivos" que así se titulaba, y cuyos jefes principales eran el Sr. Limantour y el Sr. Corral. Su primera providencia fué fundar un periódico, titulado "El Debate", dirigido por el Lic. Guillermo Pous, y redactado soezmente por una turba de profesionistas apasionados y poco escrupulosos, quienes se ocuparon en injuriar de manera horrible a todos los que no formaban parte de la "maffia."

El Gral. Díaz, temeroso de las consecuencias que su acción pudiera reportarle, no se atrevía a dar a conocer sus verdaderos sentimientos acerca de aquellas maniobras mientras Roosevelt permaneciera como Presidente de los Estados Unidos del Norte, y se mantuvo impenetrable hasta mediados de Marzo de 1909, en que autorizó abiertamente el lanzamiento de su candidatura para la Presidencia, y de la del Sr. Corral para la Vicepresidencia.

Roosevelt abandonó el poder el 4 de Marzo, y la Convención reeleccionista se reunió en el Teatro Arbeu el 28 del mismo mes, con el resultado que antes queda referido. El director de todos estos trabajos, en los que participaba también el "Círculo de Amigos del Gral. Díaz", agrupación netamente adulatoria, fué el Lic. D. Rosendo Pi-

neda, paisano y amigo del déspota, hombre apasionado, impulsivo y horriblemente malo como político.

No debe creerse que los temores del Gral. Díaz desaparecieron del todo cuando Roosevelt abandonó la Presidencia de los Estados Unidos del Norte. El Sr. Lic. Prida, a quien supongo muy bien interiorizado de estos pormenores, debido a su estrecha amistad con el Sr. Corral, nos ha dado a conocer en su libro la forma en que el Gral. Díaz obligó, según dice el citado abogado, al Vicepresidente a aceptar su reelección. Sin embargo, el Ing. Bulnes, conocedor también de aquellos enjuagues en los que él tomaba parte algunas veces, nos hace notar que el Club o Partido Reeleccionista fué el que postuló al Gral. Díaz y al Sr. Corral, cosa que no hicieron el Círculo de Amigos ni el Partido Nacional Porfirista, órganos personales del dictador, concretándose ambos a lanzar solo la candidatura de éste, lo cual le dejaba astutamente abierta la salida para en caso de cualquier reclamación peligrosa, del sucesor de Roosevelt.

La Convención reeleccionista de 1909 no recibió la consigna anticipadamente, como era de esperarse, sino que se le llevó como en 1904, hasta que ya estaba reunida y lista para simular la votación. El Partido Nacional Porfirista y los amigos de D. Porfirio postularon hasta el año siguiente, veinte días antes de las elecciones, a D. Teodoro Dehesa, para la Vicepresidencia. Bulnes dice:

"Al llegar las elecciones presidenciales de 1910, "es un hecho que el general Díaz dió a los gober- "nadores de los Estados la consigna de "saquen a "Corral", pero al país le dió la consigna de "sa- "quen si quieren a Dehesa". Desde el momento en "que el Partido Nacional Porfirista estaba acre- "ditado como la voz ortodoxa de su amo, como "su vox *ex cathedra*, como recitador de sus encí-

"clicas pontificales, todos los miembros de ese "partido votaron por Dehesa, con peculiar agra- "do del Príncipe— (el Gral. Díaz)— y todos los "ciudadanos mexicanos pudieron hacer lo mismo, "etc....."

En esta forma el marrullero Presidente ad vitam trataba de hacer otra chicana, de doble aspecto, uno nacional y otro extranjero. Si el pueblo se "ponía muy pesado", es decir, si notaba que la impopularidad del Sr. Corral provocaba motines ANTES de las elecciones, Dehesa "resultaría" electo. Si los motines los provocaba entre los políticos o politicastros gritones y entrometidos que tanto abundan en los Estados Unidos, el triunfo también sería de Dehesa. Como no hubo motines "ANTES" de las elecciones, que era cuando Díaz esperaba la revolución, ni en el país ni entre los yanquis, porque ambos estaban esperando ver la actitud del dictador, durante ellas, a última hora dió la consigna de "saquen a Corral", el sucesor que él se había preparado y a quien tenía ya bien "calado."

24.—*El Partido Antireeleccionista.*—Al mismo tiempo que los anteriores, otro grupo, formado por personas que no eran adictas a ninguno de los personajes imperantes, dió muestras de animación, que se tradujo en la publicación de varios folletos, en los que se sostenía la necesidad de adoptar el principio de la no reelección como precepto constitucional, y se insinuaban otras ideas, tendentes a cambiar por completo no solo el personal del gobierno, sino sus métodos. Este grupo apareció desde el primer momento con un aspecto de radicalismo muy desagradable al tirano, por más que ese radicalismo se detenía ante su persona, declarada intocable siempre que aceptara el programa que se le iba a presentar.

Los primeros exponentes de la idea antireelec-

cionista y del programa de reformas, fueron los hermanos Vázquez Gómez, el Doctor don Francisco y el licenciado don Emilio, residentes en México, y desconocidos en la política. El primero era médico de la familia del Teniente Coronel Porfirio Díaz hijo.

Después de algunas discusiones, en folletos y periódicos, y en las que tomaron parte además de los Sres. Vázquez Gómez, el Lic. Luis Cabrera, D. Juan Sarabia y el Lic. Toribio Esquivel Obregón, apareció un libro —a fines de 1908— escrito por otro desconocido, el Sr. D. Francisco I. Madero, y titulado "La Sucesión Presidencial de 1910". En el libro en referencia, escrito en lenguaje llano, propio para ser comprendido por todos, el Sr. Madero se enfrentaba con la situación política resueltamente, y trataba ésta en forma tan inusitada por su valentía y su veracidad, así como por su patriotismo, que a pesar de la pobreza literaria de la obra, reveladora de que su autor no era un escritor profesional, atrajo sobre él las miradas de toda la nación, la cual comenzaba a desencantarse de su ídolo del primer momento, que había sido el Gral. Reyes, pues este señor, como ya he referido, en Julio de 1908 hizo publicar unas declaraciones en la prensa, en las cuales se decía partidario y sostenedor de la política del Gral. Díaz, cualquiera que ésta fuese, y se comprometía a ayudar a la reelección del Sr. Corral, no aceptando la postulación que se sospechaba que le ofrecerían los demócratas.

El Sr. Madero había escrito su libro aconsejado por un hombre de prestigio en el Estado de Durango, abogado y periodista, ya entrado en años,

y a quien consultó sobre el asunto cuando concibió la idea de emprender dicha obra. (1)

El gobierno porfirista no persiguió al audaz autor de la "Sucesión Presidencial", que circuló profusamente por todo México, leyéndolo todos los que sabían leer y podían comprarlo. El número de prosélitos que para el antireeleccionismo ganó ese libro fué inmenso; su buen éxito, en todos sentidos, fué colosal.

Entusiasmáronse los iniciadores del grupo antireeleccionista con esos resultados, y validos de que no se les perseguía, —Roosevelt estaba aún en el poder— fueron aumentando en sus demandas y en sus pretensiones, hasta declarar que, si el pueblo estaba apto para la democracia, como lo proclamaba el Gral. Díaz, éste salía sobrando y había que eliminarlo. Entonces se enfrentaron por completo al dictador, y pensaron en oponerle un candidato que le disputara la Presidencia. La audacia de los "antis", como despectivamente les llamaban los hombres del poder y los amigos de éstos, dejó admirados a todos; pero tampoco entonces se les hizo caso, porque el dictador y sus amigos, y aun sus enemigos, como los reyistas, tenían la seguridad plena, la confianza más absoluta en que nadie aceptaría la postulación que anunciaba el naciente Partido.

La junta directiva de los trabajos del Partido Antireeleccionista se instaló en México el 25 de Abril de 1909, y la formaron las personas siguientes:

Presidente: Lic. Emilio Vázquez. Vicepresidentes, Francisco I. Madero y Lic. Toribio Esquivel Obregón; Secretarios, José Vasconcelos, Prof. Paulino Martínez, Filomeno Mata e Ing. Félix F.

(1).—Este señor fué el Lic. Emiliano G. Sarabia, quien me lo refirió en varias ocasiones. El Sr. Madero le consultaba sobre puntos jurídicos especialmente.

Palavicini. Tesorero, Ing. Manuel Urquidi. Vocales, Lic. Luis Cabrera, Octavio Bertrand, Bonifacio J. Guillén y Felipe Xochigua.

Numerosos miembros del C. O. D. P. D., que sin hacer nada positivo comenzó a disolverse poco después de que el Gral. Díaz declaró su deseo de que el Sr. Corral fuera reelecto, vinieron a engrosar las filas de los antireeleccionistas, quedando en el primero de dichos grupos solamente los reyistas impenitentes.

25.—*Las Giras Democráticas.*—El iniciador de las giras democráticas en el país fué el Lic. D. Manuel Calero, como "lider" del C. O. D. P. D., y los primeros que se lanzaron a una empresa semejante fueron los Sres. Lic. Rafael Zubarán, Lic José Peón del Valle, Lic. Jesús Urueta y Lic. Diódoro Batalla, siguiéndoles otros después. Estas giras comenzaron por las poblaciones de cierta importancia, como Guadalajara, Puebla, Guanajuato, y se extendieron, con el Sr. Madero, por todo el país. Las giras de los demócratas sirvieron para que el color reyista de esa agrupación se acentuara, lo que provocó la persecución de los oradores y sus auditorios, acabando por constituir la desgracia completa del Gral. Reyes, a quien no le valieron todas sus protestas, —hipócritas en realidad— de que era leal en cuerpo y en espíritu al dictador; ni el hecho de que sus delegados votaran por la *fórmula* Díaz-Corral en la Convención reeleccionista del Teatro Arbeu, ni podía haberle valido tampoco la Bula de Meco aunque a ella hubiera intentado acogerse.

El Sr. Calero, en cuanto vió que el dictador no toleraba ya "pininos" democráticos, no siendo amigo de los procedimientos guerreros para solucionar situaciones políticas que no admiten otro remedio, dobló las manos y se retiró, aceptando la

Subsecretaría de Fomento, y encargándose también de otra comisión más delicada, cerca del Gral. Reyes, como vamos a verlo.

El Gral. Díaz, una vez resuelta la eliminación de Reyes, cuyas ambiciones había podido claramente apreciar, nombró jefe de la 3ª Zona Militar, con asiento en Monterrey, al Gral. D. Jerónimo Treviño, jefe de cierto prestigio en la región, y enemistado a muerte con Reyes, por medio del cual lo había casi nulificado lustros antes el propio Gral. Díaz. Dió instrucciones al Gral. Treviño para que al primer movimiento sospechoso del Gobernador de Nuevo León, cayera sobre él y lo hiciera desaparecer en la forma que considerara más adecuada.

Reyes, advertido por su hijo Rodolfo y por varios de sus amigos, del peligro que corría, y conociéndolo también él desde el primer momento, se volvió loco de terror, y no sabiendo como escapar airosamente, en vez de aceptar el reto del tirano y atacarlo de frente, como creían sus amigos que iba a hacerlo, se refugió en la Sierra de Galeana, cobardemente, sin importarle su fama de soldado valeroso ni el predicamento en que dejaba a sus partidarios. Entonces fué el Sr. Lic. Calero a Monterrey, llevando la misión de hablar con el Gral. Reyes, para convencerlo de que debía salir del país. El asustado excacique regresó con toda clase de precauciones a su casa, habló con el Sr. Calero y poco después se marchó para Europa, fijando su residencia en París.

Su desprestigio fué espantoso y puede decirse que, políticamente, allí murió el Gral. Bernardo Reyes, por más que algunos de sus amigos fueron tan ciegos, que continuaron creyendo en sus méritos y aun en su valor.

Los reeleccionistas, por su parte, deseando contrarrestar los efectos de la propaganda hecha por los demócratas o reyistas, organizaron otras giras

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
INST. DE INVESTIGACIONES

a las mismas ciudades visitadas por éstos. Su fracaso fué notable, sobre todo en Guadalajara, donde el pueblo indignado los lapidó impidiéndoles hablar, y en donde se lanzaron por primera vez gritos de: "Muera el tirano! Muera el ladrón Porfirio Díaz!" Naturalmente que estas manifestaciones originaron represalias y que la multitud fué atropellada por los soldados de la dictadura, que la amenazaron hasta con artillería. Los escándalos fueron terribles, y repercutieron por toda la nación, que se inflamó en cólera al ver cómo trataba de seguír engañándosele.

El autor de la "Sucesión Presidencial", que era hombre de vasta fortuna, joven, de corazón generoso y de esforzado espíritu, a la vista de lo que estaba ocurriendo con el Gral. Reyes, comprendió que los momentos no eran propicios para la vacilación, y que, si dejaba escapar aquella oportunidad de obligar a la nación a reclamar sus derechos, estaríamos perdidos para siempre, por lo cual se resolvió a continuar su obra, dedicándose a recorrer él mismo, la República entera, para explicar directa y personalmente al pueblo las ideas que esbozó en su libro. Para esto se hizo acompañar de su amigo el Lic. Roque Estrada, joven abogado zacatecano, desconocido también, y del Sr. D. Elías de los Ríos, quien fungía como secretario del Sr. Madero. Este pagaba los gastos de la expedición de su propio y particular peculio.

Imagínese la estupefacción que causaría semejante hecho, sorprendentísimo para todos, por lo desusado y fuera de lo común: un rico, un criollo perteneciente a la clase opresora, a la "aristocracia" terrateniente, joven y bien reputado como negociante, tendiendo su mano al peón, abriendo su pecho al infeliz esclavo de los campos, y alentándolo para que sacudiera el yugo que le imponía la casta misma de la que él era miembro!

Por primera vez desde que México era nación independiente, presenciábase un espectáculo semejante, cuya rareza colmábase cuando aquel ser extraño, sin vacilaciones de ningún género, ofrecía su fortuna completa para que se gastara en la empresa y se echaba personalmente al camino, a pasar trabajos, a sufrir persecuciones, a arriesgar la vida, a realizar cosas que implicaban la existencia en él, de una voluntad fuerte y de una amplitud de miras desconocida entre nuestros ricos, egoístas, ruines, abúlicos por temperamento y por educación. Fué tal la conmoción que la actitud de Madero causó en la clase opresora, que no vacilaron en llamarle loco, pues solo así podían concebir que hubiera un rico de esa talla.

La primera gira del Sr. Madero fué hacia Yucatán, donde el Lic. José M. Pino Suárez y su cuñado el Dr. Alfredo Cámara Vales habían organizado muchos clubes antireeleccionistas, que se extendían por toda la Península, hasta Tabasco. El Lic. Pino era bien conocido en aquella región, por haber dirigido desde las columnas de su periódico "El Peninsular", una activa campaña contra el caciquismo local, en 1905, campaña que le valió quedar completamente arruinado, aparte de graves persecuciones que tuvo que sufrir. El 18 de Junio de 1909 salió de México el Sr. Madero, acompañado solamente de su esposa y del Ing. Félix F. Palavicini, oriundo de Tabasco. Su presentación en Veracruz fué un fracaso, porque no siendo orador, su discurso careció de las galas retóricas y de la palabrería altisonante a que tan afectos somos, y que tanto gusta al populacho. No obstante este primer contratiempo, el Sr. Madero continuó su camino, pasando a Progreso, y de allí a Mérida, donde se le hizo un recibimiento de los más entusiastas, y donde obtuvo un brillante triunfo, organizando en toda forma los traba-

jos democráticos en el Estado, y quedando a la cabeza de ellos el Lic. Pino Suárez. De Mérida salió para Campeche, y de allí para Progreso nuevamente, en medio de las aclamaciones de los esclavos peninsulares que, con el instinto de la conservación, que es casi infalible instinto, veían en aquel rico generoso y sonriente, joven y verboso, a un salvador que los iba a quitar de la servidumbre en que se morían. Por eso le tendieron todos sus brazos.

De Progreso fué Madero a Tampico, donde el miedo de los vecinos les impidió acudir al llamado del "lider" antireeleccionista, quien se dirigió entoces a Monterrey, encontrándose allí con varios miembros del expirante Partido Democrático, que en gira oratoria habían llegado a aquella capital. El mismo día se llevaron a cabo las dos juntas, viéndose más atendida la del Sr. Madero, quien declaró que los antireeleccionistas no apoyarían nunca al Gral. Reyes, haciendo referencia con toda franqueza a los asesinatos del 2 Abril de 1903. Esta actitud proporcionó a Madero un ruidosísimo triunfo, y fué un golpe mortal para el reyismo.

La gira terminó en San Pedro de las Colonias, tierra natal y residencia hasta entonces, del propagandista, quien enfermó gravemente de fiebre, complicada con una antigua dolencia hepática. Apenas repuesto de su grave enfermedad, el Sr. Madero, que había pasado en cama tres semanas, se encaminó a la ciudad de México, donde hizo ver a sus correligionarios que habiendo principiado las persecuciones y los encarcelamientos, una de cuyas víctimas fué el Sr. Aquiles Serdán, en Puebla, debían prepararse para recurrir a las armas, si tales actos finalizaban con una nueva burla al sufragio. Casi todos estuvieron conformes y entonces el Sr. Madero salió para Tehuacán, aca-

tando la disposición de sus médicos, pues no se hallaba bien todavía. A su paso por Puebla instaló el Club Central Antireeleccionista de aquel Estado, presidido por D. Aquiles Serdán, quien acababa de salir de la cárcel. De Tehuacán envió el Sr. Madero una carta al Lic. Limantour, protestando contra las persecuciones, carta que fué atendida por el Ministro, quien hizo ordenar que se tratara con menos rigor a los oposicionistas. Sin embargo, las órdenes del Centro no fueron acatadas en todas partes, y más tarde, al salir el Sr. Limantour del país, se redoblaron los atentados con feroz saña, llegando hasta el asesinato.

26.—*La política en los Estados.*—Al principiar el año de 1909, y durante su transcurso, hubo elecciones en diferentes Estados de la República, debido a varias causas. En Coahuila, por ejemplo, cumplíase el término constitucional del Lic. Miguel Cárdenas, quien intentaba reelegirse, como era costumbre hacerlo. El grupo reyista trató de oponerse a la reelección del Sr. Cárdenas, y escogió al Senador Venustiano Carranza para enfrentárselo. Este caballero partidario y amigo de Reyes, pero súbdito fiel del tirano, consultó con el Gral. Díaz la aceptación de su candidatura. El tirano, burlándose de él, y con la intención de dejarlo en ridículo, lo inclinó a aceptar, asegurándole que sería *electo*. Carranza ya no vaciló, y se hizo la campaña respectiva, pero al final de ella que fué en 1910, el ilusionado Senador salió derrotado, lo mismo que el Lic. Cárdenas, encargándose del poder el Lic. Jesús del Valle, candidato surgido a última hora. El Sr. Carranza devoró en silencio su ridículo fracaso, y siguió sirviendo al dictador en el Senado.

En Yucatán, con motivo de haber fenecido también el período del Gobernador Muñoz Arístegui, sustituto de Don Olegario Molina, Srio. de Fo-

mento, se entabló la lucha electoral, presentándose como candidato del pueblo el Lic. Delio Moreno Cantón, apoyado muy principalmente por el periodista D. Carlos R. Menéndez, director de la "Revista de Mérida." El Sr. Moreno Cantón fué electo por el pueblo, pero no se hizo caso de tal elección, continuando en el poder Muñoz Arístegui.

En Junio de ese mismo año murió el Gobernador de Sinaloa, Gral. Francisco Cañedo, y los sinaloenses se aprestaron también a la lucha, encabezados por el periodista don Heriberto Frías, director de "El Correo de la Tarde", de Mazatlán, quien hizo una brillantísima campaña en favor del Lic. D. José Ferrel, antiguo periodista de combate. Aunque este señor no tenía méritos para ocupar el Gobierno del Estado, ya que ni siquiera vecino del mismo era, su popularidad fué enorme solamente porque se enfrentaba al candidato oficial, un señor Diego Redo, hijo de cierta familia acomodada del Estado, "aristócrata" terrateniente y encomendero, totalmente inepto para el puesto, y según el Sr. Frías, afeminado. La lucha fué agria, y al final de ella, que repercutió por toda la nación, se impuso descaradamente a Redo, no obstante el triunfo abrumador de Ferrel.

En Morelos falleció también en esos días, el coronel Alarcón, Gobernador porfirista que había sido, "ad-vitam". El Ing. Patricio Leyva, hijo de un antiguo General y ex-Gobernador de ese mismo Estado, se presentó como candidato independiente, y contra esta candidatura presentaron los elementos gobiernistas la del coronel Pablo Escandón, rico propietario de haciendas del Estado, pero también perfectamente inadecuado para el cargo y odiosamente impopular. Del carácter de este señor dará idea el hecho de que, siendo sumamente rico —millonario— y no teniendo por lo

mismo necesidad de sufrir esa humillación, desempeñaba, como jefe del Estado Mayor del Gral. Díaz, el papel de un empleadillo secundario.

En Sinaloa, la imposición de Redo la había hecho el Lic. Limantour, en connivencia con la Legislatura del Estado; pero en Morelos fué el Gral. Díaz quien, desoyendo por completo la voz de la razón y el ensordecedor clamoreo de la opinión pública, que pedía la renovación del personal del Gobierno, en todos los tonos, se propuso seguir su viejo método y permitió, o más bien dicho, ordenó que en Morelos triunfara también, sobre el voto del pueblo, su voluntad de tirano, y la vanidad de la camarilla que lo había rodeado siempre y que lo estaba llevando al fracaso. Don Pablo Escandón fué impuesto en Morelos, contra todo viento y marea.

Grande fué la resonancia que todos estos acontecimientos tuvieron en el resto del país, y muy decisiva fué la influencia que ejercieron en la orientación de los trabajos que los antireeleccionistas tenían emprendidos y se proponían continuar, pues bien clara salta a la vista la idea que animaba al Gral. Díaz, y que no era otra que la de seguir siendo el amo absoluto de la nación, sin modificar ni sus procedimientos, ni el personal de la administración y la política, con lo cual confirmaba lo que ya se había empeñado en demostrar: que no era estadista, y que en su gobierno no había estadistas. Una de las más fuertes características, una de las bases que sustentan la estructura de lo que se llama un hombre de estado, es precisamente la previsión fácil, amplia y acertada de los acontecimientos, de la que carecieron totalmente los hombres del porfirismo, a quienes ni el desarrollo mismo de los hechos que no pudieron prever, logró sacarlos del encastillamiento dentro de sus propios errores, en que se encerraron.

27.—*Otra vez la aptitud.*—Los "liders" del antireeleccionismo, en vista del desarrollo de las persecuciones y de los fracasos sufridos en las elecciones locales, conformes mostráronse con la idea lanzada por el Sr. Madero, de preparar la revolución al mismo tiempo que las elecciones generales, para poder protestar en forma efectiva si el tirano persistía en su sospechado empeño de burlar el resultado de las votaciones. Pero aunque tal conformidad fué casi general, hubo muchos que fueron de parecer contrario, como el Lic. Emilio Vázquez, Presidente del Partido, quien insistió en que debía aceptarse la reelección del Gral. Díaz, y llegó a postularlo públicamente, así como al Gral. Jerónimo Treviño para la Vicepresidencia, aconsejando a sus correligionarios que secundaran sus trabajos.

El Sr. Madero, quien durante su gira habíase puesto en contacto directo con el pueblo, interpretó erróneamente la actitud de éste, y si en un principio tuvo el convencimiento de que era inepto para la democracia, convencimiento que deja adivinar en su libro, desde el instante en que admite la reelección de Díaz, para preparar la "no reelección" obligatoria, que solo en un pueblo que desconoce sus deberes y derechos cívicos puede aceptarse como buena, al regresar de su excursión se hallaba convencido de que los mexicanos estaban aptos para ejercer las funciones del ciudadano. Esta opinión fundamentalmente errónea, era compartida por todos los que habían presenciado o dirigido las elecciones de que hago mérito en el párrafo anterior, sin fijarse ninguno en que no eran la expresión de la aptitud para la democracia los hechos que acababan de ver, sino la expresión del vivo anhelo de la masa popular, de que se le dejara adquirir tal aptitud, adelantándose a probar, al emitir sus votos, que estaban listos

para ir convirtiéndose en ciudadanos; pero que no lo eran todavía, ni podían serlo, agrego yo, con las prédicas que pudieran oír en el transcurso de un par de años, plazo con el que se contaba para instruirlos, antes de la elección.

Díaz, al declarar que "el pueblo estaba apto para la democracia", no había hecho más que decir una gran falsedad, que incrustó dentro de la estructura de lo que juzgaba una "picolargada" diplomática, dirigida a *llevarse a Roosevel entre las espuelas*.

Los antireeleccionistas, engañándose a sí mismos, de buena fé, se encaminaban a realizar lo que el pueblo necesitaba, y que Díaz se obstinaba en negarle, cuando era en realidad lo único hacedero en aquellas circunstancias: instruir a las masas en la práctica de sus derechos y deberes. El error de los antireeleccionistas consistía en creer en la existencia del Mito, —la aptitud del pueblo para la democracia— que los hacía hablar de todo aquello como de cosa bien sabida, que solo necesitaba un repaso más o menos amplio. Nunca vieron que el mismo nombre de la agrupación, los mismos principios proclamados por el Partido, negaban categóricamente la tantas veces mencionada aptitud; porque un pueblo que tiene efectiva idoneidad para desempeñar su papel, no necesita que se le ponga la cortapisa de negarle el derecho que indudablemente tiene de reelegir a quien guste, por el tiempo que guste, desde el instante en que es soberano y puede hacer lo que mejor le convenga, en ese particular. Pero cuando un pueblo no puede, por falta de instrucción o de práctica, o por falta de ambas cosas, como en nuestro caso, discernir sus propias conveniencias, determinar a quien o a quienes debe eliminar o conservar, y por qué tiempo, entonces sí necesita esas cortapisas, que son como las "andaderas" que se le ponen para guiar

sus primeros pasos, vacilantes, torpes y propensos a originar dolorosas caídas, a rectificaciones de velocidad y de rumbo, como los pasos primordiales de los niños.

Los antireeleccionistas no tenían razón al creer, pues, en la aptitud del pueblo, como no la tenía el dictador al negar hasta la posibilidad de su adquisición; pero sí tuvieron, mucha y muy grande, al intentar arrebatar de manos tan pesimistas, la dirección política del país, para sustituir el egoísmo estancador y por lo tanto, retrógrado, de la dictadura, con su optimismo hiperestesiado, si se quiere, la mitad del cual se asentaba sobre un error, y la otra mitad solamente, sobre la verdad; pero optimismo sano y de buena fe, que creía en el porvenir y que buscando la felicidad, orientándose hacia un ideal de perfección, era mil veces más aceptable, más humano y mejor, por ende, que las tétricas teorías opuestas, disolventes, deletéreas y mortíferas.

28.—*El periodismo antireeleccionista.*—Los periódicos "El Constitucional", "El Progreso Latino", "México Nuevo" y "El Antireeleccionista," en la ciudad de México, bajo la dirección de D. Rafael Martínez, del Lic. José Ferrel y de D. Juan Sánchez Azcona; "La Revista de Mérida", en Yucatán, "El Correo del Norte" en Chihuahua y "El Correo de la Tarde" en Mazatlán, dirigidos por D. Carlos R. Menéndez, D. Silvestre Terrazas, Heriberto Frías y el Ing. Manuel Bonilla, respectivamente, eran los principales órganos de propaganda del Partido Antireeleccionista, y por medio de ellos trataba de difundir la creencia de que el pueblo podía ya ejercer sus funciones democráticas, dando instrucciones acerca de la forma de votar y discutiendo candidatos y programas. En estas discusiones tomaban parte los directores de los periódi-

cos y del Partido; pero el pueblo se limitaba a seguir esta o aquella opinión, sin tener una propia.

Los periodistas fueron los primeros en ser perseguidos, ya con descaro, por la dictadura. Prisiones injustas y atentatorias, palizas, injurias y burlas llovieron sobre ellos, que las soportaban con tranquilidad, hasta donde era posible tal actitud sin mengua del decoro.

Sin embargo, nada pudo contrarrestar la labor de esos periódicos, que en todas partes eran leídos con gran avidez. "El Debate", de los científicos reeleccionistas, lleno de injurias, contrastaba grandemente con la seriedad y mesura de las hojas oposicionistas. Ese asqueroso libelo murió ahogado en su propia bilis, pues habiendo lanzado un ataque muy duro a los Estados Unidos, la Casa Blanca ordenó al Gral. Díaz su desaparición, y el siervo, aunque ya empezaba a dar muestras de una tardía rebelión, tuvo que obedecer.

"El Imparcial" y algunos otros periódicos de la ciudad de México, lo mismo que toda la prensa asalariada de provincia, insultaban o burlábanse del Partido Antireeleccionista, llamando "loco" al Sr. Madero y ridiculizando sus esfuerzos.

Con excepción de D. Gustavo Madero, quien aceptó la Presidencia del Club Antireeleccionista de San Pedro Coah., y trabajó con gran entusiasmo, así como el Lic. Jesús L. González, Presidente del Club Central de Nuevo León, los familiares de don Francisco reprobaron públicamente la actitud de éste, sobre todo cuando comenzó a rumorarse que se podía esperar una revolución, como resultado de ella.

El Lic. Esquivel Obregón, Vicepresidente del Partido, también renegó de sus creencias, y trató de apartarse por completo de todo lo que significara actividad política, encerrándose en Guanajuato.

El candidato derrotado en las elecciones de Coa-

huila, Senador Carranza, y numerosas personas de la misma región de donde procedía el Sr. Madero, reprobaron, públicamente también, la labor de éste, ofreciendo sus servicios al Gral. Díaz, quien valido de tales manifestaciones trataba de introducir el desaliento y la desorientación entre los antireeleccionistas; pero sin lograrlo. Publico en seguida la carta del Senador Carranza, que no es muy conocida en la República, para que se vea como pensaba el futuro jefe del Constitucionalismo, en aquellos días:

"C. de México, Marzo 25 de 1909.—Sr. Presiden-
"te de la República, Gral. D. Porfirio Díaz.—Respe-
"table Sr. Presidente y amigo:—Con mi carácter de
"representante de los intereses del Estado de Coa-
"huila en la importante cuestión que ahora se ven-
"tila en el Ministerio de Fomento, sobre el reparto
"de las aguas del Río Nazas, y estando vivamente
"interesado en que este delicado asunto no venga
"a interponer alguna dificultad entre el Gobierno
"de su digno cargo y los interesados en el reparto
"de dichas aguas, mayormente encontrándose entre
"éstos la Compañía Extranjera del Tlahualilo, he
"arreglado con el sindicato de ribereños se retire la
"representación que en él tiene el Sr. Francisco I.
"Madero, quien pudiera aprovechar esta circuns-
"tancia para agregar un nuevo elemento en la
"campaña que contra el gobierno de Ud. tiene em-
"prendida y que se ha hecho pública por su libro
"titulado "La Sucesión Presidencial".

"Espero que esta labor será de la respetable
"aprobación de Ud., a la vez que servirá de prueba
"de mi invariable adhesión a la buena marcha de
"su Gobierno, hoy criticada por persona de ningu-
"na significación política.

"Reitero a Ud. las seguridades de mi particular
"aprecio e incondicional adhesión. (f) Venustiano
"CARRANZA."

CAPITULO IV.

LOS PRIMEROS REVOLUCIONARIOS

29.—*El apostolado de Madero.*—Alentado por el buen éxito de su primer viaje, el Sr. Madero resolvió continuar su propaganda en igual forma, por todo el resto del país. El 18 de Diciembre de 1909, acompañado del Lic. Roque Estrada y de D. Elías de los Ríos, salió de la ciudad de México, ya muy mejorado de sus dolencias, para la Costa del Pacífico. Detúvose un día en Guadalajara, hablando al pueblo desde los balcones del Hotel Francés, en medio del mayor entusiasmo de parte de sus oyentes, que lo aplaudieron largamente. De Guadalajara fué a Colima, ciudad donde se le hizo un recibimiento casi agresivo, de parte de las autoridades, que protegían en cambio a criminales de la laya de Pizano, policía que asesinó en Tepames a varias personas, en forma cruel y horrorosa, que le valió el reproche general de la nación. Uno de esos criminales intentó atropellar a uno de los concurrentes a la junta convocada por Madero, que se llevó a cabo en una plazuela oscura de un barrio. La multitud se arrojó sobre el policía, a quien salvó de que le ocurrieran desgracias la intervención inmediata del Sr. Madero, cuyas palabras calmaron los ánimos. Tanto en Guadalajara como en Colima quedaron instalados los respectivos clubs Antireeleccionistas.

El 3 de Enero del siguiente año, 1910, desembarcó el Sr. Madero con sus acompañantes en el puerto de Mazatlán, siendo recibido por el periodista D. Heriberto Frías y por el Sr. D. Andrés Avendaño, a la cabeza de un grupo de ciudadanos. En dicho puerto, las autoridades mostráronse también hostiles al propagandista, obligando a los dueños de los teatros a negarle el uso de los mismos para celebrar la junta para la cual lanzó convocatoria pocas horas después de su llegada.

A pesar de esto, la junta se hizo en una carpa de un circo ambulante, cerca de la playa, viéndose sumamente concurrida, e instalándose otro club. Al día siguiente salió el Sr. Madero para Culiacán, donde lo recibieron el Sr. Anastasio B. Yuriar y varios grupos de estudiantes y obreros, en la estación del ferrocarril. El 6 de Enero en la noche llevóse a término la reunión acostumbrada, para hablar, como lo hicieron, tanto el principal propagandista como su compañero, el Lic. Estrada. Las autoridades de la capital sinaloense, dirigidas por el odioso Sr. Redo, Gobernador que acababa de ser impuesto, no pudieron impedir que se reunieran más de 4,000 personas, auditorio al cual se dirigieron los oradores. Al hacerse la instalación del Club Central, que debería dirigir los trabajos en todo el Estado, la multitud designó presidente del mismo al Sr. Lic. D. Francisco Verdugo Fálquez, pero este caballero abandonó el salón precipitadamente, por motivos que se ignoran, sin contestar a las aclamaciones de sus amigos. En esos momentos penetraba al recinto el Ing. D. Manuel Bonilla, recién llegado de un viaje profesional, y también por aclamación se le señaló para el puesto que el Sr. Lic. Verdugo parecía no haber deseado aceptar.

El Ing. Bonilla aceptó inmediatamente, celebrándose, al otro día, una comida en uno de los princi-

pales hoteles de la ciudad, durante la cual explicaron él y el Sr. Madero a los demás miembros de la Junta Directiva, los derechos y las responsabilidades relativas a sus cargos.

De Culiacán siguió el Sr. Madero para Angostura, Sinaloa, haciendo parte de su viaje a caballo. En dicho lugar se instaló otro club, presidido por el Sr. D. Felipe Riveros, hombre prestigiado en la región, y quien más tarde fué electo Gobernador de Sinaloa.

De allí pasó a la ciudad de Alamos, Sonora, donde el corralismo tenía grande influencia, por ser esa población la cuna del candidato de los científicos, quien contaba allí con numerosos parientes y amigos. Las autoridades prohibieron "reuniones de más de dos ciudadanos", negando el permiso para que se dijeran discursos en público en esos días. Sin embargo, como en todas partes, los vecinos facilitaron los medios de que el viajero expusiera con toda amplitud sus ideas.

El comerciante don Adrián Marcor, bastante bien relacionado en la ciudad, organizó un baile en su casa habitación, al cual invitó a numerosas personas que simpatizaban con las ideas que el Sr. Madero venía sosteniendo, lo mismo que a otras muchas que eran sus enemigas, o que permanecían indiferentes. A este baile se convidó también al propagandista, a su secretario y a su acompañante, el Lic Estrada, así como a la Sra. Madero. Como se acostumbra en las ciudades de nuestra zona cálida, el baile fué dado en el portal interior de la finca, abriéndose de par en par puertas y ventanas del lado de la calle, donde se congregaron gentes de la clase humilde, con el fin de presenciar desde lejos la fiesta, o de "ventanear", como por allá se dice. La presencia de los forasteros en el baile avivó la curiosidad de todos, y cuando la animación de la fiesta fué más grande, algunas señoritas

rogaron al Sr. Madero que expusiera allí sus doctrinas. Este accedió inmediatamente, y después de él habló el Lic. Estrada, siendo ambos ruidosamente aplaudidos.

La siguiente población visitada por el Sr. Madero fué Navojoa, situada en el corazón del Yaqui, y dotada de alguna importancia por ser un centro agrícola y ferrocarrilero —Los habitantes de Navojoa son en gran parte mayos y yaquis, lenguas que allí se hablan en la misma proporción que la castellana. A las tres de la madrugada arribó el Sr. Madero a la estación, y no obstante lo molesto de la hora, agravado por lo inclemente del tiempo, frío y húmedo, la población entera se levantó para recibirlo y acompañarlo hasta su alojamiento. En la casa de uno de los vecinos del pueblo se celebró la junta de ciudadanos, durante la cual se pronunciaron discursos más enérgicos y más vehementes acusaciones se lanzaron al Gobierno porfirista.

Instalado en Navojoa el club correspondiente, la peregrinación de Madero continuó hacia Guaymas, donde también se le recibió con grandes muestras de agrado por parte de los habitantes. El jefe de la policía, sin embargo, al descender el Sr. Madero del tren, le manifestó que estaba terminantemente prohibido que se celebraran juntas, y que disolvería cualquier grupo que con el fin de entregarse a discusiones políticas se formara en la ciudad. A pesar de tan injustas prohibiciones y amenazas, el Sr. Madero resolvió celebrar la junta, decidido como estaba ya, a desafiar todos los peligros. Reuniéronse en la noche, frente al hotel que ocupaba, sus simpatizadores y numerosos ciudadanos a quienes guiaba la curiosidad, y cuando el grupo fué bastante grande, dirigiéronse a la "zona federal", (1) en medio de un aguacero que comen-

(1).—Faja de 20 M. a la orilla del mar, en donde no ejerce jurisdicción el Municipio.

zó a caer en aquellos momentos. El entusiasmo y el interés despertado por las palabras de Madero fueron tan vivos, que a pesar de la lluvia no se disolvió el grupo hasta que se presentó el jefe de la policía, en los momentos en que el Lic. Estrada subía a un coche para iniciar su discurso, amenazando con llevarlo inmediatamente a la cárcel si no suspendía su peroración.

La actitud del Gobierno dictatorial, tratando de suprimir brutalmente la propaganda que desarrollaba el Sr. Madero, en vez de amedrentar a éste, parecía darle mayores bríos, haciendo aumentar la consistencia y el volumen de su fé en el triunfo de los ideales que pregonaba. A cada nuevo atropello de que se le hacía víctima, a cada nueva amenaza, a cada nueva dificultad que se le arrojaba al paso, respondía con palabras de aliento, y con sonrisas de optimismo: contra los *culatazos* de los rifles de los soldados y contra los *macanazos* de los gendarmes de la dictadura, oponía él la letra de la ley y una serenidad absoluta de espíritu. Solo como un último recurso pensaba en la fuerza.

Así llegó a Hermosillo, la capital de Sonora, donde las persecuciones llegaron a adquirir ya el cariz desagradable de verdaderas provocaciones a la violencia. Prohibieron las autoridades sonorenses el acceso de los amigos de Madero a la estación, el día que éste llegó a la ciudad, y dieron orden de que no se formaran "grupos de más de dos personas" en dicho lugar. Al saltar del carro dormitorio en que viajaba, el Sr. Madero se encontró completamente solo. Los aurigas se negaron todos a conducirlo a la población en sus carruajes, y no fué sino cuando estuvo ya dentro de la ciudad cuando pudo encontrar uno que quisiera llevarlo. En el Hotel Arcadia, el principal de la ciudad, entonces, se le manifestó claramente que no se le daba alojamiento por orden del Gobierno, que había

mandado tomar todos los aposentos vacíos. Otro tanto le aconteció en las demás hospederías, hasta que en una, de ínfima categoría, situada cerca de la estación del ferrocarril, consiguió que se le dieran cuartos para él y sus acompañantes. Ninguna imprenta quiso imprimir los volantes para citar al pueblo a la junta que debía llevarse a cabo esa noche misma; se le cerraron las puertas de teatros y salones, negándosele el permiso para ocupar los sitios públicos céntricos y concurridos. El jefe de la policía manifestó al Sr. Madero que, si llevaba adelante sus propósitos y el orden resultaba trastornado en lo más mínimo, lo aprehendería como al único responsable de lo que ocurriera. En seguida se amenazó gravemente a todos los que concurrieran al llamamiento de Madero.

Este, fiel a su programa, a las siete de la noche se instaló en una plazoleta cercana a la estación, llamada en aquella época Plaza de S. Miguel, y que ahora se ha convertido en un hermoso jardín. Entonces era una explanada oscura y polvorienta, con dos o tres árboles. El grupo que acompañó a Madero a la plaza llevó unas linternas, una mesa y unas sillas, principiando poco a poco a reunirse la amedrentada gente, que no podía contener sus deseos de oír aquellas prédicas. Sin embargo, no pudo hacerse nada esa noche, porque el Gobernador, el Secretario de Gobierno, el Oficial Mayor, algunos periodistas, el Jefe Político y todas las autoridades, en general, organizaron una manifestación "reeleccionista", con los presos de la Penitenciaría, a quienes armaron de pitos y naranjas. Cincuenta forajidos más o menos, custodiados por gendarmes, formaron aquella procesión que al llegar a la plaza de S. Miguel la emprendió a golpes con los partidarios del antireeleccionismo. El Sr. Madero intentó imponerse,

para restablecer el orden, suplicando al jefe de la policía, al mismo tiempo, que impidiera que sus amigos fueran golpeados. El policía manifestó que nada podía hacer, y tuvo que disolverse la reunión, quedando el campo en manos de los partidarios de la reelección, quienes festejaron el acontecimiento regalando a los presos dos barricas de *Bacanora*.

Temerosos de que se aprehendiera al Sr. Madero, sus amigos procuraron que cambiara de alojamiento, lo cual hizo, yendo a dormir a la casa del Sr. Jesús Abitia, fotógrafo bien conocido en la localidad. Al día siguiente se reunieron de nuevo los antireeleccionistas, pero otra vez fueron molestados por los empleados del Gobierno, acaudillados por el propio Secretario General del Despacho, y en vista de ello se disolvió la junta.

Las más terribles noticias propaláronse en Hermosillo, en aquellos días, acerca de la suerte que aguardaba al Sr. Madero, a quien, según parece, proponíanse exterminar las autoridades de aquella población. Una de esas versiones era la de que el comandante de rurales, Luis Medina Barrón, iba a aprehenderlo y a aplicarle "la ley fuga"; otros hablaban de envenenamiento, y no pocos de que se le haría arder en una pira formada con leños verdes. Los autores de tales y tan siniestras amenazas, que la gente escuchaba con azoramiento, repitiéndolas y comentándolas en todas formas, eran los miembros del Gobierno!

El Sr. Madero, sabedor de dichas cosas, se apresuró a salir del territorio sonorense, acompañado de varios amigos, lo cual hizo pasando a los Estados Unidos por Nogales, sin detenerse allí, pues continuó su marcha hasta C. Juárez, Chihuahua.

De allí pasó a Chihuahua, en donde fué recibido por el Sr. D. Abraham González, Presidente del Club Central del Estado, y algunos amigos. La

dictadura desplegó nuevamente un gran lujo de fuerza a la llegada del Sr. Madero, pues se tendieron fuerzas desde la estación hasta la Quinta Zuloaga, propiedad de algunos parientes suyos, en donde se alojó. Se prohibieron las reuniones de más de dos personas, y se apeló a toda clase de recursos de ese mismo género, para impedir una junta de los antireeleccionistas, la que siempre pudo efectuarse en uno de los teatros de cinematógrafo. De Chihuahua pasó el Sr. Madero a Torreón, población donde contaba con gran cantidad de amigos personales y en donde su idea había sido muy bien acogida. La recepción que se le hizo revistió un gran entusiasmo, y en la junta política que se llevó allí a cabo, éste llegó a ser delirante.

Con su visita a Torreón cerró el Sr. Madero la segunda gira de propaganda, tan llena de peripecias, retirándose por una temporada a su casa de S. Pedro.

30.—*Lo que predicó Madero.*—¿A qué se debía el buen éxito obtenido por el Sr. Madero en esos viajes que acabo de reseñar, si no era, como tengo dicho, un orador brillante que encerrara sus ideas dentro de un marco de elegancias o de bellezas artísticas, y si sus ideas eran dentro de aquel ambiente de opresión y de servilismo en que actuaba, notablemente peligrosas no sólo para él, que las sustentaba y propagaba, sino para los que las escuchaban? Yo creo que, ante todo, el triunfo se logró por la sencillez, por la sinceridad con que tales ideas fueron expuestas, y por la fe, por la convicción profundísima de su bondad que tenía el propagandista y que era notable en todos sus ademanes, en todos sus movimientos y en el acento de su voz, ya hablara desde las improvisadas tribunas de que usaba, ya lo hiciera en lo privado, al conversar con sus amigos o con los curiosos que iban a saludarlo. No debo escatimarle al Gobierno porfirista su par.

te en este buen éxito: con sus persecuciones, con sus atropellos y sus vejaciones a todos los que abrazaban la fe de Madero, robusteció la propaganda de éste, convirtió en firme creencia la simple opinión, y dió al incansable predicador una popularidad que nunca hubiera sido tan grande ni tan seria, sin esa ayuda que, con el deseo de hacerle un mal, le proporcionaba muy de buen grado la dictadura. Y es que siempre que se combate una idea con la fuerza brutal de los machetes; siempre que se intenta poner grillos y encerrar dentro de los muros de una mazmorra la diafanidad de un pensamiento noble y levantado, se obtienen resultados contrarios a los propuestos. Las ideas —quién no lo sabe?— no se matan con cárceles y son inmunes a los cañonazos. El mejor alimento que puede dárseles es el de perseguirlas brutalmente. Pero todo esto lo ignoraba la *ciencia* de los "científicos" del Sr. Limantour, y lo desconocían los "intelectualoides" de D. Ramón Corral, quienes pretendiendo salvarse, lo que hicieron fué cometer un suicidio.

Según los que hasta ahora han hecho la historia de Madero, y que han sido precisamente todos los que no lo conocieron, (amigos y enemigos) la propaganda que hizo eu aquella época fué demagógica, o bien fué la prédica de un divino iluminado. Ninguna de las dos cosas es cierta. Madero no predicó la demagogia, porque no era ni por su nacimiento, ni por su educación, ni por su carácter o temperamento, ni por el medio en que se había desarrollado, un demagogo.

Sus enemigos nos lo han pintado como un ser inferior, sin equilibrio en sus facultades mentales, víctima vulgar de lecturas no comprendidas y que, arrastrado por una fatal epilepsía, se lanzó sin tener plena conciencia del valor y del alcance de sus actos, a inficionar de su contagioso mal a un pue-

blo inculto, terreno propicio para todas las siembras absurdas de la locura, aprovechando la delicadeza de un instante de agitación provocado por las palabras mal interpretadas de un "ser superior" que regía nuestros destinos: el general Porfirio Díaz. Aun alguno de sus mismos ministros, hombre de superior cultura; pero vehemente hasta el grado de que algunas veces aparece, aunque no lo es en realidad, inconsecuente consigo mismo y con sus amigos, ha proclamado en un folleto tales inexactitudes.

Sus admiradores,—los de Madero— que no conocieron ni han estudiado como se debe esta interesantísima parte de su vida, lo han catalogado entre los "poseídos de Dios", presentándolo a nuestros ojos como un ser inspirado por el soplo de la Divinidad, que recogió de lo Invisible y de lo Desconocido su doctrina y vino a predicarla a los mortales enviado por el Supremo Padre.

Los que lo conocimos en la época en que realizó sus giras; los que leímos y escuchamos sus discursos analizando sus palabras, discutiendo y pesando sus ideas, podemos asegurar que nada de eso es verdad. Madero predicaba cosas razonables; su lenguaje no era nunca violento, ni llegaba a la vulgaridad, ni tenía nada de místico. Sus discursos eran los de un ser perfectamente equilibrado, de cerebro normal y superiormente razonador, puesto que veía con más claridad, con más perfección que la inmensa mayoría de sus conciudadanos los diversos aspectos de nuestro gran problema. Repásense los discursos que pronunció en esa época y no se encontrarán promesas irrealizables, ni despropósitos, ni nada que no tenga por base la más sólida razón. Todo lo que predicó Madero es perfectamente factible no solo porque el raciocinio nos indique imperiosamente que sí lo es, sino

porque se ha hecho y ha perdurado en muchas partes de la Tierra, entonces y ahora.

Los errores que he señalado en los juicios hasta ahora formados sobre lo que la historia llama "el apostolado de Madero" no son disculpables; pero sí puede uno comprender fácilmente a qué se ha debido tanto yerro. De parte de sus enemigos, era natural que llamaran demagogo a quien venía a turbar la quietud tumbal de aquellas distinguidas momias. La Muerte siempre ha considerado que la Vida es una demagogia.

Madero proclamaba la renovación del personal del Gobierno, por medio del voto popular, y pedía que el cambio, la "poda", fuera completa. Que no se dejara un solo ramo seco; que se cortara sin piedad todo lo agotado, todo lo cansado, y se le substituyera por brotes nuevos; que se inyectara juventud en aquella senilidad. ¿Es esto un despropósito? ¿No es el proceso natural de todas las cosas, que lo nuevo reemplace a lo viejo, que los jóvenes recojan lo que ya no puedan llevar los ancianos; y no se repite esto ante nuestros ojos todos los días, y todas las horas del día y en cada segundo de cada minuto de cada hora? Proclamaba la *restitución* de las tierras usurpadas por rapaces acaparadores a sus legítimos dueños. ¿No hay en esto un principio firme, aceptado en toda la redondez de la Tierra, de la más elemental justicia? ¿Es una locura quitar al ladrón el producto de su rapiña y entregarlo al robado? ¿En dónde? ¿Y no es realizable? ¿No vemos que actos de esa naturaleza se consuman todos los días?

Prometía la depuración del personal encargado de administrar justicia, y aseguraba que ésta no debía venderse, sino que debía ser gratuita e igual para todos, añadiendo que su Partido conseguiría, al triunfar, la efectividad de esa igualdad. ¿Es esto el producto de una anormalidad moral o inte-

lectual? ¿Es acaso irrealizable la igualdad ante la ley, en los términos relativos definidos por Juárez en célebre frase, en los que aceptamos todos y en que aceptaba él la palabra igualdad?

Y yo desafío a los enemigos de Madero, a que me señalen cuales fueron los otros puntos que tocó en sus discursos, y a que comprueben que no fueron esos que dejo apuntados! Véase el Plan de San Luis Potosí, condensación, resumen general de toda su propaganda y no se encontrarán más que esas promesas y esos postulados. Todo lo demás que se le ha atribuido ha sido pura falsedad inventada por las pasiones y los odios.

De parte de sus admiradores, el error ha consistido en dar apariencia mística a lo que fué la manifestación sublime y purísima del genio; porque un genio, y no otra cosa es lo que fué, en realidad, Madero. Su bondad hacia los humildes, su firmeza ante los fuertes, su razón sólida y elevada, su intransigencia con lo que era tiranía y servidumbre, su desafío a los poderosos y la constancia, la perseverancia en su obra, que lo hicieron no retroceder ni ante la Muerte, son rasgos distintivos de todos los genios que ha producido la Humanidad. Por eso yo lo coloco entre ellos. Su fe no era la fe del fanático, la fe del místico que se considera iluminado por Dios, con quien cree conversar en sus alucinaciones; era la fe robusta y sana producida por un raciocinio superior, raciocinio del cual solamente son capaces las mentalidades fuertemente equilibradas. La fe de Madero, —y los actos de su vida entera, leed sus discursos y allí lo encontraréis confesado por él mismo— no se basaba en teorías de divinidad; era una fe eminentemente racional; no la había adquirido por obra del Espíritu Santo, sino como resultante de las meditaciones hondísimas de su propio espíritu, estudioso y selec-

to; cultivado completa y cuidadosamente, a través de los años.

Además, llevar al pueblo a la matanza, hacerlo combatir ofreciéndole o dándole ocasiones de ejercitar el pillaje, la venganza, y el abuso de todo lo innoble y lo indebido; facilitándole el goce de todos los placeres degradantes y el hartazgo de todas las vilezas y tolerándole la borrachera de todos los crímenes, es fácil. Lo han ejecutado a maravilla todos nuestros caudillejos, tan trágicos y tan ridículos. Lo han hecho los cabecillas del Parián, los pretorianos de San Luis, encabezados por Paredes y Arrillaga, los Santa Anna, los Porfirio Díaz, los Félix, los Carranza. Toda la fauna truculenta y salvaje de nuestra zoología revolucionaria, los curas sanguinarios y los militronches canallas: el bonete y el sable!

Pero domesticar los malos instintos de nuestro pueblo, inculto y atávicamente belicoso; matar o adormecer en él la influencia que el espíritu del ancestral Huitzilopochtli ejerce en su vida moderna; destruir su escepticismo por todo lo pacífico y por todo lo noble y elevado, obligándolo a intentar PRIMERO, para la resolución de sus vastos y complicados y enojosísimos problemas, todos los recursos legales y apacibles; obligándolo a agotarlos con no turbada paciencia; obligándolo a utilizar ANTES la inteligencia que las armas, el medio del civilizado antes que el del bárbaro, es y ha sido entre nosotros *casi imposible*. Y Madero lo hizo, *con esta única arma: sus discursos de propaganda!*

La destrucción de una dictadura; de un poder absoluto; de un Gobierno que ya existía antes del nacimiento de la mayor parte de los que se proponían derribarlo, y que tenía como base la fuerza bruta y como apoyo formidable la fuerza del hambre, la aplastante fuerza "ontogénica" de los so-

ciólogos, —representada por los barones feudales dueños de nuestra única fuente de alimentación y de todos nuestros recursos económicos— es empresa colosal que requiere, sin duda, el empleo de las más poderosas y más perfeccionadas armas de la inteligencia y de la guerra; los más potentes explosivos y los más enérgicos reactivos de la química social. Y sin embargo, el hecho, el incontrovertible, el innegable, el axiomático hecho está allí, visible, tangible, sensible, audible y gustable: Madero derrumbó a Porfirio Díaz CON LA RAZON DE SUS DISCURSOS!

Cuán grande debe haber sido, cuán grande fué, en realidad, el fondo de justicia que había en esos discursos; cuán bien presentada y cuán firme y perfecta la verdad de sus exposiciones y de sus conclusiones; cuán patética su elocuencia, que logró hacer dos cosas que entonces se hallaban reputadas como milagrosas, dependientes de la alta sabiduría y del poder supremo de Dios, porque su realización por los mexicanos se creía imposible no solo entre éstos, sino en todo el mundo!

No es creíble que palabras necias o simples relatos de las disparatadas visiones de un loco puedan operar tales y tan rápidas transformaciones en el modo de ser de un pueblo, ni de una manera firme, pero ni de un modo transitorio, siquiera. Para que un discurso o una serie de ellos provoque semejantes resultados, a los que provocaron los discursos de Madero, necesita tener el fondo que tuvieron éstos: fondo brillante de justicia innegable; la estructura, el "esqueleto" que hizo sólidos a éstos: "armazón" y estructura de verdad, fuerte como un golpe de maza sobre un yunque, maciza como un acantilado de basalto o de granito; y el ropaje con que éstos se envolvieron, ropaje de elocuencia, grande y arrebatadora en su extremada sencillez!

Y si la justicia, la verdad y la elocuencia son las virtudes que subliman el razonamiento, y la razón sublime es propia únicamente de los genios, Madero indudablemente fué un genio!

Cuauhtemoc, el genio de la epopeya azteca que espera aún el advenimiento del Homero que habrá de cantarla, e Hidalgo, el proclamador de la guerra de independencia, han sido los únicos que han logrado conmover al pueblo del Anahuac en el grado superlativo en que lo conmovió Madero.

Pero Cuauhtemoc e Hidalgo apelaron al sentimiento del patriotismo, el primero para defender su Imperio amenazado de ruina y el segundo para sacudir la dominación impuesta por el guerrero extraño a aquel mismo desgraciado Imperio. Hicieron uso de elementos filogénicos: tocaron el corazón y no el cerebro de las masas.

Madero aunque no desdeñó la apelación al sentimiento, basó su campaña genial sobre elementos télicos: él se dirigió al cerebro, más que al corazón o al estómago de los mexicanos. Los hizo meditar; los obligó a pensar; los llevó a razonar, aunque la poca cultura de la nación hizo que sus reflexiones, sus pensamientos y sus raciocinios fueran lo defectuosos que han resultado.

Y como genio, Madero era un predestinado. Todos los genios, desde el instante en que nacen, tienen ya trazado su destino, del cual nunca se apartan, contra el cual nunca intentan rebelarse, como nunca lo intentó Madero, no obstante que sabía que iba al sacrificio y que una claudicación pudo salvarlo. Los místicos no nacen; se hacen, cuando creen sentir que la chispa divina entra en sus cerebros o en sus almas. Los místicos son improvisados, son, por decirlo, más gráfica aunque menos correctamente, "repentinos". Los genios no: nunca se improvisan, y representan en el mundo humano, la perfecta unidad. Son genios siem-

pre: cuando nacen, mientras viven y después de que se mueren físicamente.

Los místicos llenan, apenas, el recinto de los templos. Los mata el tiempo. Los genios llenan los siglos, se desbordan sobre el tiempo y lo vencen, sepultándolo en ellos. Así Madero, llenará nuestro siglo y venciendo al tiempo, vivirá en los venideros. Los místicos viven mientras duran las piedras de que se forma su altar; los genios viven con la vida infinita de lo Eterno. Y es ella la vida que en Madero alienta!

Pero reanudemos el relato de los hechos que tenemos comenzado.

31.—*Efectos de la propaganda de Madero.*—Los efectos que produjeron en el ánimo del público los discursos de Madero fueron variadísimos, al principio; pero a medida que la propaganda se iba prolongando, fueron reduciéndose a tres muy marcados y principales: un sentimiento mezcla de cólera, de odio y de venganza entre la clase aristocrática y el Partido porfirista; otro de entusiasmo, entre los componentes de la clase media, por la reconquista pacífica de los atributos de la ciudadanía, y de admiración casi religiosa por el propagandista, y finalmente, otro de belicosidad en las clases esclavas, que seguían sus tradiciones de pasar bruscamente del servilismo silencioso de una sumisión abyecta, a las más exageradas manifestaciones de una altivez y una dignidad hiperestésicas. Estas clases aclamaron a Madero como a un Salvador.

No debo negar que muchos miembros de la clase acomodada fueron desde un principio partidarios de las doctrinas de Madero, por más que casi todos lo hicieron por conveniencia personal, por simple y frío egoísmo. Hubo, no obstante, "aristócratas" que hasta esos momentos habían militado en el grupo de los sostenedores y amigos de

la dictadura, que fueron maderistas y antireeleccionistas por haber adquirido efectivamente el convencimiento de que Madero proclamaba una cosa justa y racional, benéfica para la nación. Fueron, desgraciadamente, muy pocos.

La aristocracia y el Gobierno que en un principio vieron en Madero un ser despreciable y lo hicieron objeto de sus mofas sangrientas, trocaron su chocarrería en cólera y en odio porque en medio de aquella hiperdulía, les pareció sacrílego que un hombre que no figuraba ni había figurado nunca en el círculo de los "consagrados" por ellos, tratara de sustituir con la ley a Porfirio Díaz, sin fijarse en que la ley era precisamente el mejor sustituto a que podía haber aspirado si realmente hubiera sido un patriota como ellos lo pintaban; si hubiera sido en verdad un estadista celoso de la felicidad y la grandeza de su pueblo, y no el vulgarísimo ambicioso, el tiranuelo tipo Estrada Cabrera, tipo Guzmán Blanco, repugnante en su fondo oculto bajo una dorada máscara, egoísta y nepótico que en realidad era.

La clase baja, el peón de los campos, sobre todo, oyendo hablar a aquel hombre de libertad, de igualdad ante la ley, de reivindicación y de justicia, confundiendo el significado de estas cosas y alterándolo al tenor de su ignorancia y de su falta de preparación para todo ello, creyó que se le invitaba a desconocer al Gobierno y a sublevarse contra él, derrocándolo a balazos, cuando en todos los discursos de Madero se le recomendaba que guardara compostura, que obedeciera a las autoridades constituidas y que hiciera todo lo posible por evitar una lucha armada. Hemos visto ya con quienes habló Madero de la revolución entonces, y hemos visto también cómo desde un principio trató de que solo se recurriera a ese medio, como una protesta contra el fraude que no

era nada más posible, sino que empezaba a ser visible; pero imbuyendo en el ánimo de los que dirigían en cada Estado al grupo antireeleccionista, la idea de que las armas serían el último recurso, cuando ya se hubieran agotado todos los otros.

En la clase media fué en donde sí se apreciaron con mayor claridad las prédicas de Madero, y se les dió un valor más cercano al justo. Hubo algunos que, por estar colocados más cerca del "límite", pudiéramos decir, que los separaba de la clase baja o esclava, participaron del espíritu de belicosidad de ésta; pero en general, los miembros de este grupo fueron los que se mostraron con mejor preparación, teórica al menos, para ejercer la democracia De esta clase salieron los más brillantes colaboradores de Madero, como también sus más temibles enemigos cuando pasada la revolución y hechas las elecciones legalmente, se encargó del poder, pues debemos tener en cuenta que el Partido porfirista, que odiaba a los antireeleccionistas y sobre todo a Madero, contaba en esta clase con numerosos miembros. Casi todo el grupo de "intelectualoides" de D. Ramón Corral era de ella.

Así pues, la propaganda maderista sirvió para deslindar los campos, quedando perfectamente definidos los tres grandes grupos que representaban las tendencias de nuestros tres tradicionales Partidos: la clase "aristocrática", el clero, el ejército, los burócratas y los extranjeros —porque también éstos se mezclan en nuestra política, sin incumbirles—representaban a la *reacción*, al Partido conservador, radical. La clase media, excepción hecha de sus elementos ya mencionados como miembros del grupo conservador, representaba al Partido liberal, moderado, evolucionista, conciliador más que revolucionario. Y la clase baja o es-

clava, junto con unos cuatos líders exaltados pertenecientes a la media o alta, representaba al Partido revolucionario, radical, amante de usar la guerra y la violencia, como el conservador, para la resolución de sus problemas y para el logro de sus fines.

Una pequeñísima minoría de la población, casi insignificante, se mostraba neutral. No pertenecía a ninguno de los tres grupos. Era la parte amorfa de nuestra sociedad, la "obra muerta", el zanganaje. En ella había de todo.

32.—*Discusión de Candidaturas.*—El Club Central Antireeleccionista de la ciudad de México, poco tiempo después de fundado, lanzó una convocatoria para que los clubes de los Estados enviaran delegados a una Convención Nacional que debería reunirse en el mes de Abril de 1910, en la capital de la República, con el fin de discutir y aprobar la "plataforma", como entonces se decía, o sea el programa del Partido, y designar candidatos para que lo llevaran a la práctica, al triunfar en las elecciones, que deberían verificarse en los meses de Junio y Julio de ese año, según lo tenía decretado el Congreso. La proclama aludida apareció en Enero de 1910, y circuló ampliamente en el país.

Inmediatamente se robustecieron las discusiones que ya había en el seno del Partido, acerca de las personalidades más conspicuas de éste y acerca de otros personajes que no pertenecían a él; pero a quienes se consideraba capaces de aceptar el programa que formulara la Convención. Hago notar que se dió mayor importancia a la discusión de los candidatos que a la del programa, para confirmar nuestra falta de preparación para la democracia, y nuestra deficiencia de entonces, como ciudadanos. Lo que nos importaba era el hombre, más que el principio, aunque ya éste comenzaba a llamar nuestra atención.

De pronto fueron muchos los posibles candidatos: el Lic. Emilio Vázquez, D. Francisco I. Madero, el Gral. Porfirio Díaz, y D. Fernando Iglesias Calderón para la Presidencia. El Dr. Francisco Vázquez Gómez, D. Fernando Iglesias Calderón, D. Francisco I. Madero, el Gral. Jerónimo Treviño, el Ing. Alfredo Robles Domínguez, el Lic. José M. Pino Suárez y el Lic. Toribio Esquivel Obregón para la Vicepresidencia. Las candidaturas para Magistrados de la Suprema Corte de Justicia, Diputados y Senadores también fueron muy discutidas desde un principio, abundando los candidatos.

Al terminar la gira del Sr. Madero por los Estados del Pacífico y Golfo de California, la opinión del antireeleccionismo estaba ya más uniformada, pues se rechazó casi con indignación la iniciativa del Lic. Emilio Vázquez, de postular la "fórmula" Díaz-Treviño, y en consecuencia se eliminó también su nombre de la lista de candidatos a la Presidencia, porque la mayoría de los clubes del país desconfió de su firmeza de ideas, viéndolo aparecer en aquellos momentos como sostenedor de tales personas, que no podían por ningún motivo adoptar el programa del antireeleccionismo, desde el momento en que el Gral Díaz era su mayor enemigo, y el Gral. Treviño uno de los leales servidores de este último, lo que acababa de demostrar con su actitud hacia el Gral. Reyes.

A esta postulación que fué la primera que nació del seno del antireeleccionismo, y que revelaba que el Lic. Vázquez no entendía la situación, siguió la de D. Francisco I. Madero, para Presidente, hecha por el Club Central de Chihuahua, presidido por D. Abraham González, y en Guanajuato por don Alejandro Martínez Ugarte.

Al ser presentada formalmente, respaldada por un Club Central, la candidatura del Sr. Madero

fué acogida con enorme entusiasmo por todos los demás, con pocas excepciones, las de los que se inclinaban del lado del Sr. Iglesias, sobre todo. Más adelante veremos quién es este ameritado personaje.

No hubo la misma unidad de opinión respecto al segundo candidato. El más popular y el más conocido era D. Fernando Iglesias Calderón, quien nunca transigió con el Gral. Díaz a quien siempre tuvo, con justicia, por usurpador del poder. Era Presidente del antiguo Gran Partido Liberal, prestigiado por hombres de la talla enorme del Lic. Benito Juárez, el Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, y el propio padre de D. Fernando, el Sr. Lic. D. José M. Inglesias. Además, este candidato gozaba de un buen prestigio como historiador.

Le seguían el Lic. Toribio Esquivel Obregón y el Dr. Vázquez Gómez; pero aquel pronto se descartó a sí mismo, al separarse del Partido Antireeleccionista y recluirse en Guanajuato, renegando de sus ideas y manifestando al propio Sr. Madero que juzgaba una torpeza y una locura lo que se estaba haciendo. Esto hizo que los partidarios del Sr. Obregón se aliaran a los del Dr. Vázquez Gómez, a cuyo lado se agruparon igualmente los del Gral. Treviño y los del Sr. Madero, haciendo un grupo más numeroso que el del Sr. Iglesias.

Al principio el doctor fué rechazado. Cuando surgió su candidatura se le vió con desconfianza, lo mismo que a los que la lanzaron, porque el doctor, como era hermano del licenciado Vázquez, que había postulado a Díaz y Treviño, y además como era médico de la familia del dictador, empezaba a ser tenido por más partidario de la dictadura que del antireeleccionismo, necesitándose de toda la influencia moral del Sr. Madero para que no se le cometiera una inconsecuencia, injustificadísima

como hubiera sido aquella de rechazarlo por tan fútiles motivos, pues el Sr. Vázquez Gómez era en realidad, firme en su credo.

El Sr. Madero era partidario, entonces, del Doctor Vázquez Gómez, y aprovechando sus numerosas relaciones, contraídas en el transcurso de su campaña de propaganda, recomendó dicha candidatura tratando de prestigiarla en cartas que escribió a diversos amigos. En esa tarea le ayudaron grandemente D. Abraham González y el Prof. Braulio Hernández, del Club Central de Chihuahua, y sobre todo el Lic. Luis Cabrera, perteneciente al de México, y abogado notable por su agudo talento. Así surgió la célebre "fórmula" Madero–Vázquez Gómez.

En seguida se procedió a la elección de delegados a la Convención, nombrándose uno por cada Club, con voz y voto, tal como estaba prevenido en la Convocatoria. Además del Partido Antireeleccionista, enviaron delegados a esa Convención los Clubes del Partido Nacionalista Democrático que efectuaron y dieron a conocer su alianza pocas semanas antes.

La Convención Antireeleccionista acabó de alarmar al Gobierno y de enardecer a los partidarios de éste, que se veían desairados por el pueblo, el cual en cambio acudía solícito a todas las demandas de los "ilusos" y los "locos", como ellos les decían. Se pensó ponerle la mano encima al candidato y propagandista, y al efecto, se comisionó al Sr. Lic. J. Natividad Macías, hombre en quien reconocían muy pocos escrúpulos, y al Lic. José Diego Fernández para que acusaran a Madero del robo de unos "cortes" de guayule, ubicados en Coahuila, aprovechando un litigio que tenía pendiente en los tribunales el padre del candidato, D. Francisco Madero, dueño de los terrenos que

lindaban con los que eran materia de la disputa.

El día 11 de Abril, poco después de la llegada de Madero a México, ya restablecido de su enfermedad, se dictó orden de aprehensión en su contra, con el único objeto de frustrar la Convención; mas avisado por algunos amigos, pudo ocultarse en la casa del Lic. Federico González Garza, miembro prominente del Club Central de México, situada en la calle del Puente de Alvarado, muy próxima al sitio escogido para que se efectuara la Convención. Algunos me han asegurado que el mismo Lic. Macías avisó al Sr. Madero, y que estuvo jugando un papel doble en aquel oscuro asunto, con la mira de evitarle peores perjuicios, pero esto no lo he comprobado. Sí es verdad que el Sr. Madero aceptó después como amigo al Sr. Macías, y aun lo ocupó en su gobierno; pero no sé si lo hizo por su natural bondad que lo llevaba a perdonar a los pequeños, o por otra cosa.

33.—*La Convención Antireeleccionista.*—Todos los clubes de la República mandaron sus delegados debidamente instruidos acerca de la forma en que deberían de votar, después de haber discutido en cada uno de ellos, candidatos y puntos del programa. Cada delegado sabía, pues, al llegar a México, qué era lo que iba a hacer. Por cada 500 socios de los clubes, se les concedió un voto a los delegados de éstos. La concurrencia fué muy numerosa: 124 delegados.

El día 15 de Abril de 1910, que era el señalado en la Convocatoria, se reunieron los antireeleccionistas en el Tívoli del Eliseo, situado en las calles del Puente de Alvarado, esquina de Ramón Guzmán, y después del discurso inaugural, pronunciado por el Lic. Emilio Vázquez, procedieron a nombrar la mesa directiva, resultando Presidente de ella el Lic. José M. Pino Suárez, delegado del

Club Central de Yucatán, y quien gozaba entre todos los antireeleccionistas de profundas y merecidas simpatías. (1)

Bajo su dirección se desarrollaron los debates, en forma que por lo correcta y ordenada, puede servir de modelo para reuniones de ese género, no sólo en México sino en otros países, donde las convenciones democráticas son verdaderos motines por lo escandaloso y descoricertado de su desarrollo.

El programa adoptado en esa Convención figura al final de este libro, y en su discusión tomaron parte todos los delegados más conspícuos, formándose con las diferentes proposiciones que se presentaron por los numerosos clubes.

El día 18 se discutieron por última vez los candidatos que serían encargados de llevar a la práctica tales cosas, y la primera proposición que se presentó, declarando candidato presidencial a D. Francisco I. Madero, fué acogida con una casi unánime aclamación. Sostenida por los clubes del Distrito Federal, y apoyada por todos los demás, triunfó casi instantáneamente. Al recogerse la votación, la mayoría fué arrolladora en favor de Madero, aunque también sacó algunos votos el Sr. Iglesias, lo mismo que algún otro ciudadano.

La discusión de las candidaturas para Magistrados de la Suprema Corte, había tenido lugar

(1).—El Personal de la Mesa Directiva fué el siguiente: Presidente: Lic. José M. Pino Suárez. Vicepresidentes: Lic. Jesús L. González, Abraham González e Ing. Alfredo Robles Domínguez. Secretarios: Juan Sánchez Azcona, Manuel N. Oviedo y Lic. Roque Estrada. Escrutadores: Dr. Narciso González, Guillermo Baca y Salvador Gómez. Vocales: P. Antonio Santos, Enrique R. Calleros, Lic. Urbano Espinosa, Aquiles Serdán, Prof. Gabriel Calzada y Rosendo Verdugo.

La sesión se abrió bajo la presidencia del Lic. Vázquez, quien dirigió la elección de la mesa de la Convención, como cabeza que era del Partido.

en los días anteriores, por lo que en seguida se discutió a los aspirantes a la Vicepresidencia. Largos y reñidos fueron los debates, en los cuales no hubo una sola frase discordante o injuriosa para nadie, no obstante el calor con que se trató la cuestión. Un grupo de delegados, presentó la candidatura del Lic. José M. Pino Suárez, por lo que este señor solicitó permiso de la Convención, que le fué concedido, para dejar su Presidencia a fin de que se discutieran libremente su persona y sus méritos. En medio de grandes aclamaciones abandonó el Lic. Pino Suárez el lugar, quedando la dirección de los debates a cargo del Lic. Jesús L. González, primer Vicepresidente de la Asamblea, electo el día anterior candidato a Magistrado de la Suprema Corte. Después de medio día, cuando ya se consideró completamente agotada la discusión y se recogieron las votaciones, se vió que había triunfado el Dr. Francisco Vázquez Gómez, a quien apoyaba el Sr. Madero y a quien éste había recomendado en discursos, de palabra y por escrito, en su correspondencia particular y en la prensa antireeleccionista. En tercer término se encontraba el Lic. Pino Suárez, y en cuarto el Sr. Iglesias Calderón. El Lic. Esquivel Obregón también sacó varios votos, ocupando el segundo término.

La elección del Dr. Vázquez Gómez fué saludada con una larga y clamorosa ovación. Poco después, el Sr. Madero, que había abandonado su escondite, y el Dr. Vázquez Gómez, penetraron al Tívoli con el objeto de aceptar sus candidaturas y rendir la protesta, que les pidió el Lic. Pino Suárez, de cumplir la "plataforma."

Emocionante como pocos fué el espectáculo, que a su novedad agregaba su profunda significación. Puestos en pie, todos los delegados escucharon en hondo silencio las palabras de los candidatos, y

las del Presidente de la Convención, estallando después un aplauso larguísimo y lleno de entusiasmo; una aclamación tal como nunca se había escuchado hasta entonces en México en reuniones de ese género. El contraste con la Convención Reeleccionista fué notabilísimo. En una había el sincero entusiasmo de lo real, de lo que se agitaba animado por la vida vigorosa. En la otra sólo se había notado la ridiculez de la farsa.

"El Progreso Latino", "México Nuevo", "El Constitucional" y los demás periódicos antireeleccionistas de la ciudad de México, unos suspendidos en su publicación y otros enteramente vivos, organizaron una manifestación en honor de los candidatos, que se efectuó el domingo 29 de Mayo siguiente. Cuarenta mil personas tomaron parte en ella, desfilando por las principales calles de México, aclamando continuamente a Madero, a Vázquez Gómez y al antireeleccionismo. Tan ordenada fué esta demostración que los piquetes de gendarmería destacados por el Gobierno para embestir a la muchedumbre y disolver su enorme masa, no pudieron hacer casi nada, aunque no dejaron de provocar el escándalo los jefes dirigidos por D. Ramón Castro.

Los manifestantes pasaron por la calle de Cadena, en una de cuyas casas, la que llevaba entonces el número 7, vivía el Gral. Díaz. Este, sin embargo, no se encontraba allí, según aseguran algunos de sus íntimos, sino que había ido a presenciar el desfile de los antireeleccionistas a la Avenida Juárez, ocultándose en unión de su esposa tras de los cortinajes de uno de los balcones de la residencia ocupada por el Sr. Lic. Limantour. Lo cierto es que al paso de los manifestantes por en frente de la residencia del déspota, los balcones permanecieron cerrados, y la puerta principal

abierta. No había guardias, fuera de las de costumbre.

En la Avenida de San Francisco, parado junto a la puerta del Hotel Iturbide, encontraron los manifestantes a D. Venustiano Carranza, el Senador derrotado en la farsa electoral de Coahuila, y vitoreándolo, le tributaron sus aplausos. El Sr. Carranza no era antireeleccionista, sino reyista-porfirista, enemigo de Madero, a quien según hemos visto, deseaba combatir. Sin embargo, los antireeleccionistas solo veían en él a una víctima de las intrigas y de la mala fe del tirano. Por eso lo aplaudieron. El Sr. Carranza contestó tímidamente, tratando de quitarse el sombrero; pero ante la insistencia de los aplausos y las aclamaciones, se introdujo con precipitación al hotel.

Los Sres. Madero y Vázquez Gómez presenciaron el desfile de sus partidarios desde los balcones de "El Progreso Latino", situado en la calle de Balderas. El entusiasmo de la muchedumbre llegó allí a extremos delirantes, disolviéndose poco después la manifestación, por haber comenzado la policía a hacer aprehensiones y porque trataba ya de apelar a los sables D. Ramón Castro.

En todo el país fué recibida la designación de los candidatos con manifestaciones semejantes de júbilo, y la dictadura quedó desde ese instante condenada a irremisible muerte.

34.—*Nueva Gira de Madero.*—Don Aquiles Serdán, comisionado por los obreros de Puebla, invitó al Sr. Madero a ir a dicha ciudad, invitación que aceptó desde luego éste, pasando a Puebla pocos días después de hecha su designación como candidato.(1) Pero antes, se efectuó entre Madero y Díaz una entrevista interesante.

(1).—El Sr. Madero había hablado también ya en Querétaro, León, Aguascalientes, Zacatecas y Durango, aprovechando sus viajes a la C. de México.

Aprovechando la permanencia del Sr. D. Teodoro Dehesa, Gobernador de Veracruz, en la ciudad de México, el Sr. Madero solicitó por su conducto una audiencia del dictador, que le fué concedida, y a la cual concurrió en compañía del Sr. Dehesa. Durante ella, el Sr. Madero expuso al Gral. Díaz sus intenciones de llevar al pueblo a los comicios, ordenadamente, y solicitó garantías para él, los demás candidatos y los miembros del Partido Antireeleccionista, en vista de los atropellos y persecuciones de que estaban siendo víctimas. El Gral. Díaz contestó al Sr. Madero que podía llevar a cabo los trabajos que gustase, siempre que fuera dentro de la ley, y que él, por su parte, no se saldría de ese terreno tampoco.

Como resultado de dicha entrevista, el Sr. Madero lanzó un manifiesto a sus partidarios, recomendándoles el orden y el respto a la ley, no obstante que salió del Palacio Nacional más convencido que nunca de que el Gral. Díaz iba a tratar de hacer su acostumbrada farsa, falsificando o impidiendo las votaciones, al llegarse los comicios.

El Gral. Díaz, por su parte, que creía posible medir a todos los hombres con una sola mirada, recibió por primera impresión la de que Madero era un ser insignificante, tal como se lo habían descrito sus aduladores, y no le dió importancia ni a la entrevista, ni a los trabajos que le anunciaba su visitante, ni al Partido que lo sostenía, no obstante que acababa de ver las manifestaciones que se habían hecho a Madero, antes de su designación y al designársele Candidato, que demostraban que había entusiasmo y fuerza en el antireeleccionismo.

No era esa, por supuesto, la única demostración que el dictador tenía de la robustez de sus contrincantes; pero su soberbia era tan grande, y tan desequilibradas estaban sus facultades mentales, que se formó un juicio erróneo en su totalidad, cuando

habló con Madero, juicio que en su suficiencia creyó perfectamente bueno y atinado, no tomándose el trabajo de seguir observando al candidato, ni a sus amigos.

Muchos creen que si hubiera hecho por conocer mejor a Madero y a los suyos, en vez de tratarlos con la arrogante soberbia con que lo hizo, hubiera modificado su conducta, y se hubiera ahorrado mucha sangre y mucho dinero al país, aparte de que el propio Díaz hubiera pasado a la historia como una figura gloriosa, y no como ha pasado. Yo no creo que así hubiera sido!

El único resultado que obtuvo Madero con su entrevista fué una carta que le dirigió el dictador, en 27 de Abril de 1910, ratificando lo que le había dicho en su conversación.

La gira de Madero a Puebla, cuyo relato interrumpí para narrar lo anterior, fué un gran éxito para el antireeleccionismo. Don Aquiles Serdán había logrado despertar en las masas populares un entusiasmo enorme, sin importarle prisiones ni otros atropellos de que le hizo víctima el Gobernador Mucio P. Martínez, a quien todos aborrecían profundamente; de manera que cuando entró el candidato a la ciudad, lo hizo en medio de una lluvia de flores que las mujeres le arrojaban desde ventanas y balcones, y de un aplauso y una aclamación contínua que le prodigaban hombres, mujeres, ancianos y niños. Un día después de su llegada se celebró cerca de la Alameda una junta, a la cual concurrieron más de 50,000 personas.

Después de su viaje a Puebla, el candidato salió para Guadalajara, a donde llegó el 9 de Mayo, él sólo, pues el Dr. Vázquez Gómez no pudo o no quiso acompañarlo. La recepción que se le hizo fué también muy entusiasta, a pesar de que el Gobernador Manuel Cuesta Gallardo prohibió terminantemente toda reunión pública. Con este motivo el Sr.

Madero concurrió a Palacio a fin de protestar contra la medida y obtener permiso para dirigirse al pueblo. Como no encontrara al Gobernador en su oficina, determinó esperarlo, y las numerosas personas que lo vieron entrar, pasando por entre la fuerte valla de soldados que custodiaba el edificio del Gobierno, en cuanto notaron su tardanza hicieron correr la voz de que estaba prisionero. De todas partes brotaron los curiosos, los amigos y los partidarios, que se reunieron frente al Palacio de Gobierno, en una plazuela que también da frente al Hotel Francés, alojamiento del candidato.

Fastidiado de esperar al Gobernador, que no se presentaba, salió el Sr. Madero, y entre grandes aclamaciones explicó lo ocurrido, aprovechando la ocasión para hacer la deseada propaganda.

Inmediatamente después volvió a México, de donde emprendió la marcha hacia el Norte, el 4 de Junio, acompañado solamente por su esposa, su secretario el Lic. Roque Estrada, y su taquígrafo, el Sr. Elías de los Ríos.

El día 5 pasó por San Luis Potosí, donde habló en la estación del ferrocarril, ante una muchedumbre reunida allí por iniciativa de D. Pedro Antonio de los Santos y del Dr. Rafael Zepeda. El Sr. Santos hizo la presentación y elogio del Sr. Madero al pueblo potosino, que aclamó al candidato. Fué allí donde el Lic. Juan R. Orcí, Diputado porfirista y gran amigo y paisano de D. Ramón Corral, cuya candidatura sostenía ardientemente, oyó hablar a Madero, y fué este discurso el que le sirvió de base a la acusación que presentaron después en su contra. El Lic. Orcí aseguró, cegado por su pasión, haber escuchado palabras que nunca dijo el candidato, y que fueron tenidas con razón como injuriosas por los Sres. Díaz y Corral, a quienes se las refirió al llegar a México, pues lo eran en efecto, pero como digo, el Sr. Madero no las había pronunciado.

En Saltillo la recepción fué también calurosa, pero se registró un incidente desagadable, que terminó en tragedia. El Inspector de Policía intentó prohibir a Madero que hablara, aunque solo fuera para dar las gracias por los agasajos que se le hacían, por lo que ambos sostuvieron una breve discusión, tras de la cual principió Madero su discurso, entre grandes aclamaciones. El Inspector trató entonces de aprehender al candidato, siendo golpeado por la muchedumbre. Encolerizado, mandó a la gendarmería montada que cargara sobre el pueblo, lo cual se hizo, resultando varios lesionados, entre ellos algunas señoritas. Esto pasó frente al Hotel Coahuila, en el centro de Saltillo.

El 6 de Junio llegó Madero a Monterrey, donde las autoridades civiles y militares habían dispuesto que las fuerzas de policía, las de seguridad del Estado, y las federales, hicieran acto de presencia para impedir toda manifestación. Hasta el servicio de tranvías mandaron suspender para que nadie fuera a la estación. Nada consiguieron, porque fué enorme la muchedumbre que en ella se reunió, y que acompañó a Madero hasta su casa paterna, situada en el paseo o Avenida Bolívar, la calle más elegante de Monterrey. Poco antes de llegar a ella, el Tte. Coronel Ignacio Morelos Zaragoza, jefe de la policía, suplicó al Sr. Madero que no consintiera aquella manifestación, pues había orden de no permitirla y él estaba dispuesto a disolverla, si el Sr. Madero no despedía a sus partidarios. No lo hizo éste, en vista de que la pretensión de las autoridades era ilegal, y la policía se lanzó a caballo, como en Saltillo, sobre los antireeleccionistas, hiriendo a muchos, ayudada por rurales federales.

El Sr. Morelos Zaragoza era conocido del Sr. Madero, y no deseaba hacerle daño, pero se había

visto obligado a dar la orden bárbara porque siendo soldado estaba obligado a obedecer lo que sus superiores le mandaran. Una fuerte guardia rodeaba poco después la casa del candidato, y éste, saliendo a uno de los balcones, dirigió un corto discurso a los pocos que habían logrado atravesar las filas. El Tte. Coronel Zaragoza recibió nueva orden de aprehender al Sr. Madero si continuaba su discurso; pero llegó a la casa en momentos en que éste había terminado de hablar, y cuando comenzaba a hacerlo, desde el mismo balcón, el Lic. Estrada. Le manifestó inmediatamente que no podía consentir que siguiera dirigiéndose al pueblo, lo que hizo indignarse grandemente al abogado, quien, siendo de temperamento nervioso y vehemente, alzó más la voz y se puso a hacer duras alusiones a la actitud indigna de la policía, y de su jefe el Sr. Zaragoza. Este, que solo tenía orden de detener al Sr. Madero si insistía en hablar, tuvo que dejar en paz a Estrada, contra quien no había ninguna; pero inmediatamente lo acusó de injurias a la policía, resentido por las palabras y la actitud levantisca del joven letrado. Como es de suponerse, la acusación prosperó en el acto, y esa misma noche se dictó el auto de prisión, que no se pudo tratar de cumplir sino hasta la siguiente, cuando salían el candidato y sus amigos para San Pedro.

Todo el día siguiente lo pasaron en Monterrey recibiendo las visitas de sus amigos y partidarios, bajo la más estrecha vigilancia policiaca, y a las ocho de la noche se dispusieron a marchar a la estación, en varios automóviles. Apenas apareció el Lic. Estrada en la puerta de la calle, cuando un grupo de individuos se desprendió de una de las aceras, donde estaba apostado, y mostrando sus placas de gendarmes de la reservada, pretendió aprehenderlo. Estrada violentamente se intro-

dujo a la casa, de nuevo, seguido de dos o tres de los policías, pero éstos se encontraron con algunas de las señoras de la familia Madero, quienes los expulsaron indignadas por el atropello que estaban cometiendo al allanar su morada. Estrada se quedó oculto en la casa, para salir después a alcanzar el tren a unas cuantas millas al Oeste de la ciudad, en un automóvil, y el candidato se dirigió a la estación con su esposa, su taquígrafo y algunos familiares y amigos.

En los andenes se encontraban otros amigos y partidarios del antireeleccionismo, así como una gran cantidad de agentes de la policía secreta y de la común, soldados de la federación y empleados del Gobierno. El tren debía salir a las 9, pero con gran sorpresa de todos, fué detenido, en los momentos mismos en que se ponía en marcha. El Tte. Coronel Zaragoza acababa de llegar con más gendarmes, y subiendo personalmente a la locomotora, ordenó al maquinista que echara los frenos. Negábase éste a hacerlo, alegando diversos pretextos, pero entonces el jefe de la policía lo amenazó con su revólver, y el convoy se detuvo. El maquinista fué bajado de la locomotora y quedó custodiado por varios gendarmes, mientras el Sr. Zaragoza se dirigía al carro dormitorio ocupado por el Sr. Madero, y mostrándole una orden judicial debidamente requisitada, en la cual se le nombraba como "encubridor" de la fuga de Estrada, le intimó rendición. El candidato no se sorprendió, y sin dar muestras del más ligero enojo se entregó prisionero. En un coche fué conducido personalmente por el Sr. Zaragoza a la Penitenciaría del Estado, donde se le encerró en una celda que es la que sigue de la Alcaidía. La indignación de la población regiomontana fué enorme ante aquel atropello ordenado por el Gobierno y barnizado de legalidad por un bandolero de juz-

gado. La esposa del Sr. Madero, que viajaba con él, atribulada y llorosa bajó del carro dormitorio, y se dirigió al domicilio de sus suegros, seguida en su angustia por todo Monterrey.

El Lic. Estrada, a la siguiente mañana, se presentó voluntariamente a las autoridades que perseguían a Madero, declarando que éste era inocente y pidiendo que se le pusiera en libertad, puesto que él se entregaba. Rasgo de caballerosidad y de hidalguía muy elogiable en el Sr. Estrada, quien pudiendo escaparse, prefería sufrir un castigo que no le correspondía, con tal de libertar a su jefe y amigo; pero que fué inútil, pues sólo se consiguió con ello que en vez de un prisionero hubiera dos, ya que al Sr. Estrada se le internó en el acto en la Penitenciaría, sin miramiento alguno.

El Lic. Juan R. Orcí, que había escuchado en S. Luis el discurso allí pronunciado por el Sr. Madero, como ya he dicho, alteró éste a su gusto y provocó la ira del dictador y del Vicepresidente Corral, de quien era valido, prestándose a servir de acusador, para que se privara de la libertad definitivamente al candidato.

Tengo la seguridad de que el Sr. Lic. Orcí se ha arrepentido mil veces de haberse dejado extraviar de ese modo por su apasionamiento, y de que ha renegado en su fuero interno, en mil ocasiones, de haber cometido esta barrabasada. Pero ni ello ni nada podrá absolverlo de tan fea culpa.

La acusación del Sr. Orcí fué lo que sirvió de pretexto para retener en su celda al Sr. Madero, quien desde ese instante quedaba incapacitado para ser legalmente elegido Presidente, pues estando las elecciones tan próximas, era seguro que estaría aún procesado al realizarse éstas.

Las vejaciones a que se sometió al Sr. Madero en Monterrey fueron tan grandes, que no obstante su reconocida paciencia y su ilimitada bondad,

se exaltó mucho, y más cuando le empezaron a llegar las noticias de los atentados que en todas partes se estaban cometiendo con sus partidarios y amigos. Esto lo hizo dirigir al Gral. Díaz la carta que en seguida copio:

"Penitenciaría del Estado.—Monterrey, N. L., 15 de Junio de 1910.—Sr. Gral. Porfirio Díaz, México, D. F.—Muy Sr. mío:—En su carta del 27 de Abril próximo pasado me decía Ud.: "en la ley encontrarán, tanto las autoridades como los ciudadanos, el camino seguro para ejercitar sus derechos", y que la Constitución no le autorizaba a Ud. "para ingerirse en los asuntos que pertenecen a las soberanías de las entidades federativas."

"A pesar de ello, la ley, aunque observada por mis partidarios, ha sido frecuentemente violada por los de Ud. que ocupan puestos públicos, y aunque se desprende de su carta que la Federación no podía intervenir en los Estados para que se respetaran las garantías individuales, en cambio sí ha intervenido para apoyar los atropellos cometidos por las autoridades locales, como pasó en Monterrey, en donde, para disolver una pacífica y ordenada manifestación, prestaron ayuda fuerzas federales del regimiento de rurales.

"Esta intervención directa de las fuerzas federales, no ha venido sino a confirmar lo que dije a Ud. en mi anterior, y es que, según la opinión pública, Ud. es el principal responsable de los actos de sus partidarios en toda la República, a pesar de la soberanía de los Estados, que solo existe de nombre.

"Eso está en la conciencia de todos, y Ud. mismo lo dió a entender en su entrevista con Creelman, así es que no puede negarse; pero aunque no fuera así, el hecho innegable es que en toda la República los partidarios de Ud. que ocupan puestos públicos, están cometiendo toda clase de atentados contra mis partidarios y hasta contra mí mismo, ba-

sándose para ello en el testimonio del Lic. Juan R. Orcí que confeccionó su discurso a su gusto y me lo atribuyó como pronunciado por mí en San Luis Potosí. Así es que una calumnia de sus partidarios y la complacencia de los jueces y demás autoridades me han privado de mi libertad!

"Esto ya no tiene nombre, y ha venido a demostrar que si conmigo, que merecía respeto, aunque fuese siquiera por decoro de Ud., se han cometido atentados tan escandalosos, ¿qué no será con mis numerosos partidarios?

"Algunos de ellos son tratados con crueldad; en Torreón hay otros que están acusados por sediciosos y el proceso tiene por base anónimos que el Jefe Político pretende haber recibido!

"Otros, como en ésta, San Luis Potosí, Saltillo, Puebla, Cananea, Orizaba, etc., son reducidos a prisión porque se ocupan en preparar los trabajos electorales.

"De lo expuesto se desprende claramente que Ud. y sus partidarios rehuyen la lucha en el campo democrático, porque comprenden que perderían la partida y están empleando las fuerzas que la nación ha puesto en sus manos, para que garanticen el orden y las instituciones, no para ese fin, sino como arma de partido para imponer sus candidaturas en las próximas elecciones.

"Pero no tienen Uds. en cuenta que la nación está cansada del continuismo, que desea un cambio de gobierno, pues desea estar gobernada constitucionalmente y no paternalmente, como Ud. dice que pretende gobernarla. La nación no quiere ya que Ud. la gobierne paternalmente, ni mucho menos que la gobierne el Sr. Corral.

"Ud. me dijo que "era cierto que está muy desprestigiado el Sr. Corral, pero que ese desprestigio era injustificado".

"Pues bien, ese desprestigio no es injustificado,

como lo demuestra la política de que se está valiendo para imponer su candidatura, cometiendo toda clase de atentados contra las garantías individuales; haciendo que sus amigos, como Orcí, calumnien a sus adversarios políticos como yo; recurriendo a medios reprobados para callar la prensa independiente a pesar de su moderación, que más resalta si se compara con los órganos del partido de Uds: ("El Imparcial") ("El Debate") los cuales emplean intemperancias tales de lenguaje, que han trabajado más eficazmente que nosotros mismos para el desprestigio de la causa que defienden.

"No obstante lo desigual de la lucha, puesto que nosotros no tenemos órganos de gran circulación, porque nunca faltan pretextos al gobierno de Ud. para deshacerse de ellos y a pesar de que en muchas partes son reducidos a prisión los que hacen la propaganda de nuestros impresos y los que organizan clubs, nosotros aceptamos y deseamos vivamente la lucha en los comicios, porque creemos que solamente será el Gobierno legítimo y la paz estable, teniendo por base la voluntad nacional y el respeto a la soberanía popular.

"Por este motivo he publicado un manifiesto del cual le adjunto a Ud. un ejemplar.

"Verá Ud. que doy instrucciones a mis partidarios para que obren estrictamente dentro de la ley y respeten los derechos de sus adversarios políticos; pero a la vez les indico que los obliguen también a trabajar dentro de la ley y a respetar sus derechos.

"Si los partidarios de Ud. cumplen con la ley; si las autoridades parcidarias de Ud. investidas de su carácter se erigen en severos guardianes de la ley, el pueblo designará pacíficamente a sus mandatarios y habremos entrado para siempre en la

vía constitucional, única que podrá cimentar definitivamente la paz y asegurar el engrandecimiento de la Patria.

"Pero si Ud. y el Sr. Corral se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional y continuando los atropellos cometidos, recurren a los medios puestos en práctica hasta ahora para hacer triunfar las candidaturas oficiales y pretenden emplear una vez más el fraude para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, Sr. Gral. Díaz, si desgraciadamente por ese motivo se trastorna la paz, será Ud. *el único responsable*, ante la nación, ante el mundo civilizado y ante la historia.

"Publique Ud. un manifiesto en el que haga a sus partidarios la misma indicación que yo les hago a los míos y ponga de su parte todo lo posible para que las autoridades cumplan con su deber, respetando la ley, y habrá hecho a su patria el mayor bien, consolidando para siempre la paz.

"En cuanto a mí, desde este encierro en donde me tiene Ud. recluido, no puedo hacer más que publicar mi manifiesto aludido y tranquilo espero sus consecuencias. Sé muy bien que con jueces obedientes a la consigna y superiores poco escrupulosos en darlas cuando se trata de beneficiar a su partido, mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos: que así sea! Pero tengo la conciencia de servir a mi patria con lealtad y honradez, y los mayores peligros personales no me han de arredrar para servirla. Soy su atento servidor, (f) Francisco I. MADERO."

La nación entera apoyaba todas y cada una de estas palabras, y el peso de la responsabilidad tremenda de la alteración de la paz, que era inevitable que sobrevendría como consecuencia de aquellos descarados procedimientos de la dictadura, lo

ha recibido encima ésta, y bajo él se ha ahogado al entrar en la Historia.

35.—*Los primeros revolucionarios.*—En toda la República se desataron las persecuciones enconadas y bárbaras contra los partidarios del antireeleccionismo, apenas se vió el formidable buen éxito de la Convención de Abril. El Sr. Díaz, el Sr. Corral y los directores del Partido reeleccionista, que eran casi todos miembros del Gobierno, multiplicaron las consignas para que se exterminara a los jefes de la oposición en toda la República.

Los periódicos antireeleccionistas de México, con excepción de "El Progreso Latino" y "El Constitucional", fueron inmediatamente cerrados, y sus redactores, impresores y papeleros recluídos en la cárcel. Poco después también desapareció el "Constitucional", en la misma forma que los otros.

Don Carlos R. Menéndez, director de la "Revista de Yucatán", fué perseguido y vejado por los tiranos peninsulares; el Lic. Pino Suárez fué obligado a huir, refugiándose más tarde en los Estados Unidos, y las cárceles se llenaron de inocentes.

Don Juan Sánchez Azcona, según él mismo nos lo ha relatado en artículos de periódico, posteriormente, tuvo que abandonar la ciudad de México y ocultarse en Dolores Hidalgo, de donde poco después se dirigió a San Antonio, Estados Unidos del Norte. El Lic. Emilio Vázquez, Presidente del Partido, y jefe del Comité Ejecutivo Electoral del mismo, nombrado al fin de la Convención, tuvo que esconderse en una hacienda de Veracruz; don José M. Maytorena sufría persecuciones en Sonora, que lo obligaron a emigrar; D. Alberto Fuentes, jefe del antireeleccionismo en Aguascalientes, también se veía obligado a ocultarse, y más de 50,000 ciudadanos iban a engrosar el número de

los cautivos detenidos en las prisiones y bastillas del porfirismo.

En Sinaloa, donde la lucha democrática para la elección de Gobernador había estado mejor dirigida que en ningún otro Estado, la efervescencia del pueblo era mayor. El Gobernador impuesto por el Sr. Limantour, el tristemente célebre Diego Redo, de impopular se había hecho odioso. Sus enemigos, durante la campaña electoral, dieron en señalarlo como afeminado, y él, en cuanto se hizo cargo del Gobierno, para probar que no lo era mandó fusilar a todos los reos que estaban sentenciados a muerte en las cárceles del Estado. Aunque en Sinaloa toda la sociedad honrada es partidaria de que se castigue a los criminales, no lo es de que se cometa el crimen de derramar sangre en nombre de la justicia, sino en los casos excepcionales que la misma sociedad se encarga de señalar. La pena de muerte siempre ha repugnado a los sinaloenses, y los reos que se hacen acreedores a élla son generalmente indultados, sufriendo en su lugar los veinte años de prisión que marcan nuestras leyes, así es que la matanza ordenada por Redo le enajenó las pocas simpatías con que contaba, y puso al Estado completamente en su contra. Además, se rodeó de una corte de vividores y mujeres prostituídas; usando de la influencia de su cargo hizo construir un ferrocarril a su hacienda Eldorado, que estaba en bancarrota; comenzó a pagar sus cuentas sin que nadie supiera como se hacía de los fondos; y llenó las cárceles de "ferrelistas" y antireeleccionistas, para probar "*que era hombre*".

En tan infame labor le ayudó muy eficazmente el Dr. Enrique González Martínez, cacique de Mocorito, a quien mandó a Mazatlán a que aterrorizara a los habitantes de ese Distrito, que eran los que más se habían distinguido por su aversión al intruso. González Martínez, hombre de ningunos

escrúpulos, imperó como un sátrapa oriental sobre el desventurado Mazatlán por varios meses, hasta que en premio a sus "buenos servicios" se le nombró Secretario General de Gobierno.

El jefe del antireeleccionismo en Sinaloa, el Ing. Manuel Bonilla, fué aprehendido el 21 de Mayo de 1910, bajo una falsa acusación, tramada en el bufete de un abogado famoso en toda la Costa Occidental por su falta de vergüenza, entre un acreditado rufián mazatleco, compadre del Sr. D. Luis A. Martínez, uno de los validos del Vicepresidente Corral, y un juez con alma y físico de salteador de caminos. La acusación fué por el delito de calumnia, "cometido" al señalar como ladrón al autor de un robo por valor de $60,000 llevado a cabo en bienes de una compañía naviera millonaria, de la que era director el Ing. Bonilla, y a la cual una colección de pícaros trataba de saquear.

El robo estaba perfectamente comprobado; las pruebas rendidas en el proceso señalaban con claridad meridiana al rufián de que he hecho mérito, como autor del delito; pero la justicia del Sr. Redo lo absolvió en virtud de un precepto del código de la trácala que era el texto de sus tribunales, y en seguida lo utilizó para deshacerse de aquel enemigo a quien consideraba peligrosísimo, indignado porque no se dejó sobornar, negándose a aceptar el puesto de Tesorero del Estado, y otros que le fueron ofrecidos y mandados ofrecer, por el propio Redo.

Este proceso fué tan escandaloso, por lo impúdico, como el del Sr. Madero; solamente que si a éste se concedió la libertad caucional, al Ing. Bonilla se le negó. En efecto, habiendo sido amparado por el Juez de Distrito,—quien recibió su cese al día siguiente, en castigo a su honradez— un agente del Ministerio Público tan falto de decoro como los demás funcionarios redistas, fijó la caución en

$30,000, máximo que admite la ley, para los peores criminales, creyendo que nadie se los facilitaría. Una respetable dama de las más ricas, interesada en que se hiciera justicia, reunió los $30,000 en efectivo y los presentó al juzgado, que ocupaba otro pícaro, recién llegado de México, de donde se le importó expresamente para encargarse del caso, y éste declaró que no recibía la caución, porque era potestativo en él hacerlo, según la ley.

Semanas después el Dr. González Martínez, que imperaba aún como cacique de Mazatlán, mandó llevar sigilosamente al prisionero a su despacho, para proponerle nada menos que "se fugara". Como el Sr. Bonilla no es ningún cándido, naturalmente "no se fugó", y siguió viviendo, lo que no hubiera sucedido si "se fuga". Para la mejor inteligencia de este párrafo remito al lector a la pág. 30, párrafo relativo a la ley favorita del porfirismo.

En tal virtud, el líder antireeleccionista de Sinaloa quedó en la prisión, dándose el caso de que el Tribunal redista, el Juez de Distrito, el Prefecto de Mazatlán, (González Martínez), el jefe de la policía, y el Gobernador Redo, desafiaran a la Suprema Corte de Justicia de la Nación, que ordenó la libertad inmediata del detenido, al ser revisado por ella el juicio de amparo. No fué Carranza el primero en desobedecer los mandatos expresos de sus propios tribunales. El ejemplo lo dió el porfirismo en este caso vergonzoso, y fué de aquí, sin duda, de donde el fiel discípulo sacó el modelo que los mismos porfiristas le han colgado como original. La sentencia de la Suprema Corte, dada por escrito y ratificada por telégrafo, no valió nada para aquella "maffia" tenebrosa. Seis meses duró el Sr. Bonilla en la cárcel, hasta que una orden amenazante directa del propio dictador a Redo lo libertó el 30 de Noviembre, cuando ya se había re-

dactado la sentencia del juez redista condenándolo a varios años de prisión.

La indignación en toda la Costa del Pacífico fué grandísima por este incalificable atentado, digno de las autoridades bárbaras de Cafrería o de los tiempos inquisitoriales de los Vega, los temibles caciques imperialistas de Sonora y Sinaloa, que descuartizaban a sus criados en los subterráneos de sus casas, sobre el potro del tormento, y produjo el primer brote revolucionario en el país.

Durante su propaganda, el Sr. Madero manifestaba la convicción, al discutir con los jefes de los clubes, de que si las elecciones no se realizaban en la forma debida, el único camino que quedaba era el de protestar por medio de las armas. Como ya he dicho que aun los muy allegados al Gral. Díaz, pero que pensaban con su cabeza, como el Lic. Calero, tenían esa misma convicción, no es de extrañarse que todos los líderes de los Estados también la abrigaran, o la acogieran favorablemente al exponerla el propagandista. Sin embargo, como este aparentaba tener grandes esperanzas de que el dictador no se atrevería a llevar a cabo una nueva burla, estando las cosas como estaban, nunca entró en detalles ni se fijaron fechas, ni se tomaron medidas para la preparación efectiva de una revolución. Unicamente se señaló su posibilidad, y el deber de todos de estar listos en cualquier momento, para proceder a organizarla, y llevarla a cabo.

Hubo algunos que entendieron que deberían protestar contra el fraude inmediatamente después de consumado éste, sin esperar más órdenes, y de ellos fué el Sr. Cándido Aguilar, veracruzano. En Sinaloa creyó lo mismo el joven pasante de derecho don Gabriel Leyva, antiguo vecino de Culiacán residente en esos días en la villa de Sinaloa, y presidente del Club Antireeleccionista del lugar.

Aguilar y Leyva fueron los primeros revolucionarios de 1910, como lo demostraré plenamente en el capítulo siguiente, y no Toribio Ortega ni D. Aquiles Serdán, y el primer mártir de la revolución fué el propio don Gabriel Leyva, sacrificado por la furia redista en Sinaloa, no don Aquiles Serdán asesinado por el martinismo en Puebla.

Antes de entrar en los detalles de esta interesante revelación histórica, cerraré el relato de los atropellos que precedieron a las elecciones de 1910, citando los casos de Sonora, donde los mineros de Cananea fueron objeto de las más crueles vejaciones y de injustificados encarcelamientos, lo mismo que algunos periodistas en Alamos. Entre éstos se cuenta el español nacionalizado mexicano César del Vando, y entre los perseguidos el Sr. Benjamín G. Hill, el Sr. Marcor cuyo delito consistía en haber invitado a su casa al Sr. Madero a su paso por allí, y algunas otras personas. En Chihuahua las cárceles estaban atestadas de prisioneros, y don Abraham González, el jefe del Partido en el Estado, se veía obligado a andar a salto de mata, escapando de las persecuciones. Francisco Villa, instalado en la capital de Chihuahua, preparaba en la sombra de su escondite un golpe de armas, según me lo ha referido el Dr. Ramón Puente, quien habiendo ido a curar a un miembro de la familia Villa, vió en el cuarto las monturas y algunos rifles con cartucheras, que éste estaba almacenando. Después el mismo doctor lo ha contado en su "Vida de Francisco Villa contada por él mismo." En Puebla, los atropellos fueron sin cuento y de los más crueles e infames. En la Laguna lo mismo, y así en todo el resto del país.

CAPITULO V.

EL PRIMER MÁRTIR DE LA REVOLUCIÓN

36.—*La Prisión de Madero.*—Una vez internado en la Penitenciaría el Sr. Madero, dispersados sus principales amigos y los sostenedores del Partido formado por él, creyó el dictador que podría hacer su acostumbrada farsa sin grandes temores de que hubiera trastornos en el país, y se propuso no ser muy severo con el cautivo, limitándose a impedirle toda ingerencia legal en las elecciones. Muchos porfiristas se interesaron por la suerte del Sr. Madero y hablaron en su favor al tirano, no por que sintieran verdadera simpatía por aquel hombre en aparente desgracia, sino porque comprendían que mientras mayor rigor se ejerciera con él, menos probabilidades tenían ellos de prolongar la vida del Gobierno. La familia del Sr. Madero, que desde ese momento se consideró ofendida, se resolvió a ayudarle y lo hizo. Algunos altos miembros del clero católico también prestaron su contingente en ese sentido.

Entre las personas que estuvieron a visitar al Sr. Madero en Monterrey, se contó, de las primeras, su antiguo condiscípulo y partidario ardiente don Juan Sánchez Azcona, quien según lo refiere en un artículo publicado en "El Universal" de México, hace pocos años, pudo hablar con él durante diez horas, acordándose que se organizara definitiva-

mente la revolución. Sánchez Azcona fué el comisionado para comunicar la decisión a los demás, y para ello emprendió el viaje a México, pero como ya he dicho antes, tuvo que ocultarse en Dolores Hidalgo, pues se había hecho demasiado sospechoso y trataba de aprehendérsele. Pudo comunicarse desde allí con D. Francisco Cosío Robelo, don Gustavo A. Madero, D. Luis Frías Fernández, D. Pedro Antonio Santos y el Dr. Rafael Cepeda, quienes a su vez se pusieron en contacto con los demás partidarios.

Iba de todas maneras a esperarse que se consumara el fraude que se esperaba, pero algunos impacientes sintiéndose seguros de que ese fraude se estaba ya verificando con las persecuciones y encarcelamientos, que ocurrían todos los días, "pretendieron levantarse en armas desde luego, dice Sánchez Azcona, antes de que se verificaran las supuestas elecciones. Para esto fijóse la fecha del 14 de Julio, como homenaje al aniversario de la toma de la Bastilla..... Corrióse la consigna a los afiliados, pero pocos días después los directores del movimiento que quedaban libres en México, consideraron que, por una parte, los preparativos eran insuficientes, y por otra, que si el moviento estallaba mientras Madero se encontrase preso por la dictadura, la vida del candidato corría peligro extremo."

Esto mismo me fué referido a mí en aquellos días por alguno de los miembros del Club Central Antireeleccionista de Culiacán, población donde residía entonces, y los sucesos que voy a referir después comprueban plenamente que así pasaron las cosas, y no como las han contado los mismos revolucionarios y sus amigos.

El 19 de Junio fué trasladado el Sr. Madero a San Luis Potosí, para que respondiera de los cargos que le hacía el Lic. Orcí, y que eran falsos.

Muchos creyeron que en el camino el Sr. Madero iba a intentar "fugarse"; pero sin que sepamos por qué, tuvo el buen sentido de no hacerlo. Ya en S. Luis, debido a las influencias puestas en juego, se le trató con menos rigor que el que se empleaba en Monterrey, por más que los primeros días de su estancia en la nueva prisión los pasó rigurosamente incomunicado, en una estrecha bartolina. Con el Sr. Madero fué llevado a S. Luis su acompañante el Sr. Lic. Estrada, sujetándosele a iguales procedimientos.

Poco después se les puso a ambos en una misma celda, más amplia.

D. Pedro Antonio Santos y su amigo el Sr. López Velarde fueron los defensores de Madero, quien además de estos dos pasantes de derecho, designó a su esposa, a otros miembros de su familia, así como a algunos amigos íntimos, para poder comunicarse con ellos a todas horas.

Varias veces se llevó a los detenidos al Juzgado, sometiéndoseles a las farsas de un juicio impúdico y ridículo, siendo custodiados en el trayecto de la cárcel a la oficina judicial, por tres soldados federales, bien armados, que los hacían caminar a pie por en medio del arroyo. Esto indignaba a los habitantes de S. Luis, que en grandes grupos ingresaban a su vez a la cárcel por manifestar sus sentimientos.

Por fin, el 19 de Julio se concedió la libertad caucional a ambos prisioneros, habiendo intervenido para ello, con su influencia poderosa, el Ilmo. Obispo de S. Luis Potosí, Mons. Ignacio Montes de Oca y Obregón, conocido en el mundo de la literatura como "Ipandro Acaico" y notable por su talento. Este señor, a instancias de la familia Madero, logró ablandar al tirano, y previo depósito de $8,000 en efectivo, hecho en el Juzgado de Distrito, salió el Sr. Madero de la cárcel, pero

quedando siempre prisionero dentro de la ciudad de San Luis. El Sr. Estrada salió el mismo día, con fianza de $2,000.

Se llegó el 26 de Junio, y las elecciones primarias revistieron todo el mismo aspecto de las indignas farsas porfirianas. Servidas las casillas por empleados de los más adictos a cada cacique, no admitieron sino en contadas partes, los pocos votos que pudieron llevar los escasos partidarios del antireeleccionismo que estaban libres. Los electores que resultaron "designados por el pueblo", lo fueron, como siempre, por las autoridades de la dictadura.

Entonces sí ya se pensó en activar la organización de la revolución, que el mismo Gobierno estaba precipitando, como puede apreciarse de la verídica relación que hasta aquí tengo hecha. El Sr. Madero aprovechó su libertad caucional para comunicarse con más frecuencia con sus partidarios, discutiendo con ellos el plan que debería adoptarse, y que fué redactado en S. Luis por él, en colaboración con el Lic. Estrada, con D. Pedro Antonio de los Santos y el Dr. Rafael Cepeda.

El 27 de Junio llegó a San Antonio, E. U. N., don Juan Sánchez Azcona, a quien acompañaba don Luis Frías Fernández, con el fin de dirigir desde allá la propaganda revolucionaria. En México don Gustavo A. Madero y D. Francisco Cosío Robelo organizaron una junta revolucionaria también, de la que fué Presidente el Ing. Alfredo Robles Domínguez, y en Puebla don Aquiles Serdán hizo otro tanto.

El Lic. Federico González Garza apareció entonces como el jefe del Comité Ejecutivo Electoral del Partido Antireeleccionista, por haberse desbandado los demás. Este señor trabajaba ostensiblemente, dentro del terreno legal, y a la vez estaba al tanto de los trabajos de la junta secreta.

Al reunirse los colegios electorales, un mes más tarde, declararon sus componentes, en mayoría, que votaban por D. Porfirio Díaz para Presidente y por D. Ramón Corral para Vicepresidente. Veinte días antes de las elecciones, como ya lo referí, recibieron los Gobernadores la consigna de "saquen a Corral", pero como también veían que el Partido Nacional Porfirista postulaba a Dehesa, este señor obtuvo algunos votos. Madero y Vázquez Gómez también tuvieron votos, los de unos cuantos hombres de valor y convicciones que lograron llegar hasta los colegios. El fraude estaba consumado, faltando solamente la declaratoria del Congreso, lacayería dócil que era indudable que haría lo que el dictador quisiera.

Esta es la historia del último fraude electoral del porfirismo, que tan graves males acarreó a nuestro país durante diez años, y la responsabilidad del cual pertenece por completo al tirano. Fué él quien cerró todas las puertas para un avenimiento pacífico y para una solución no sangrienta de nuestros problemas, de cuya magnitud puede cerciorarse cualquiera con repasar los dos primeros capítulos de esta obra. Y también cualquiera puede cerciorarse de que el remedio menos adecuado para ellos era la revolución, exceptuando el problema político.

En efecto, ni la cultura del pueblo, ni la explotación racional de la riqueza, ni la moralización de la burocracia, ni la restitución de tierras usurpadas son cosas que puedan resolverse de golpe y porrazo, a tiros de fusil, o a sablazos y estocadas. Son problemas que requieren tiempo, orden, meditación, estudios profundos y paz. El cambio de personal y de régimen político sí puede resolverse de un golpe, revolucionariamente, y en muchas ocasiones se han resuelto estos problemas en tan inhumana forma; pero en el caso de México, del

problema político, —renovación del personal gubernativo, y cambio de régimen— dependía la de los otros. Por esto, en primer lugar, estaba justificada la revolución y se hacía necesaria desde el momento en que el tirano se resistía a ser parte en el movimiento renovador, abandonando el poder en manos de la ley. No solo era necesaria la revolución, sino inevitable, indispensable, porque la vida de la nación que tenía que prolongarse forzosamente más allá de la vida del tirano, reclamaba la solución de sus otros problemas, los cuales no podían seguir esperándose, e ineludiblemente tenían que ser comenzados a resolver en esos precisos momentos. La única manera de hacerlo era quitar el estorbo: ese estorbo era el Gobierno porfirista, derribable sólo por la fuerza, ya que él mismo cerraba el camino para sustituirlo por los medios señalados por la ley.

Así pues, ha sido un error grandísimo el de querer resolver "revolucionariamente" nuestros grandes problemas, como hubiera sido un error mortal haber tratado de resolver nuestro problema político en 1910 por medio de la sumisión.

37.—*El Primer Mártir de la Revolución.*—En el ya citado artículo del Sr. Sánchez Azcona se encuentra confirmado que el 14 de Julio era la fecha señalada para la rebelión, y los dos principales motivos que se tuvieron en cuenta para aplazar el levantamiento. Yo debo añadir que hubo un tercero, que tuvo tanta importancia como los señalados, y no la secundaria que el Sr. Sánchez Azcona le da en su artículo: ninguno de los principales jefes del antireeleccionismo quiso convenir en que se encendiera la revolución antes de celebrar el centésimo aniversario de la proclamación de nuestra independencia nacional, fecha gloriosa que todos estuvieron de acuerdo en que debería ser festejada

en paz y no hacerla pasar entre los charcos sangrientos de una guerra fratricida.

Tanto la junta de San Antonio, como las de México, Puebla, Sinaloa, Chihuahua, San Luis Potosí y otros lugares, en cuanto reflexionaron un poco, dieron contra-orden; pero ésta no llegó a tiempo a D. Cándido Aguilar, uno de los comprometidos en Veracruz, y el Sr. Aguilar, con un grupo de amigos, se levantó el 14 de Julio; pero naturalmente no tuvo buen éxito y sólo pudo salvarse merced a arriesgados expedientes de que echó mano.

En Sinaloa el Sr. Leyva, indignado por la prisión injusta de Madero y por los atropellos de Redo, entre los cuales culminaba la prisión del Ing. Bonilla, también iba a levantarse el 14; pero denunciado por algún judas, tuvo que precipitar su rebelión, como va a verse en seguida.

Quiero hacer constar, antes de seguir adelante, que no me guía el deseo de arrebatar su justa y legítima gloria al héroe de Puebla, don Aquiles Serdán, ni el de opacar los méritos de D. Toribio Ortega, el humilde soldado de Chihuahua; sino que hago esta rectificación por considerarlo un deber ya que estoy escribiendo una historia verdadera de los acontecimientos, tal como pasaron y no como han sido presentados al público más tarde, unas veces de buena fé, y otras con mala intención.

Yo he comprobado cuidadosamente todos los datos que me han servido para la confección de este libro, y puedo decir de donde tomé cada uno, y en donde están los documentos en que me he basado, y de los cuales no haya conservado copia.

A fines de Mayo de 1910 el Gobernador espurio de Sinaloa, Diego Redo, tuvo noticias de que en Angostura y Sinaloa se estaban verificando algunas reuniones de antireeleccionistas que en tono exaltado trataban de los asuntos públicos, y se resolvió a vigilarlos estrechamente. Poco después

sus espías le comunicaron que tanto los de un lugar como los de otro, iban a levantarse en armas, y que los jefes serían seguramente los Presidentes de los respectivos clubes, don Felipe Riveros y don Gabriel Leyva.

Inmediatamente ordenó Redo la aprehensión del club de Angostura, en masa, siendo encarcelados cerca de cuarenta y cinco ciudadanos, entre ellos el Sr. Riveros. No obstante que de las averiguaciones hechas no pudo sacarse nada en limpio, los prisioneros fueron conducidos con fuerte escolta a la villa de Sinaloa, pues según la delación de un individuo que se hacía pasar por amigo de los antireeleccionistas en aquella población, el jefe del movimiento iba a ser Leyva, quien todavía estaba libre.

Redo, sin pérdida de tiempo, reconcentró una partida de "rurales" en Sinalca, bajo el mando del Capitán 1º Ignacio Herrera y Cairo, y ordenó a éste y al Prefecto del Distrito Antonio Barreda que echaran mano a Leyva.

Este señor, que era pasante de Derecho y por lo mismo tenía constante acceso a los juzgados y otras oficinas públicas, supo que se había dado orden de aprehenderlo, minutos antes de que se ejecutara el mandato, y a gran prisa se encaminó a su residencia, dispuesto a defenderse, pues comprendía cual era la suerte que le esperaba si caía en manos del sanguinario Redo, quien estaba matando gente sólo para "probar que era hombre" y no afeminado como lo decían sus enemigos de "El Correo de la Tarde."

Trató Leyva de buscar a algunos de sus correligionarios, pero no siéndole posible, se fué solo a su casa. Una vez en ella, vió que no podía contar con probabilidades de buen éxito si se encerraba allí, por lo que marchó hacia la de unos amigos suyos, apellidados Gámez, y tenidos por hombres valientes y resueltos. Estos Gámez estaban comprometi-

dos también, pues eran miembros del club antireeleccionista. De muy buena gana acogieron a Leyva, y se aprestaron a la defensa, aprovechando la circunstancia de estar la casa en las orillas de la población y en punto estratégico. No tardaron en aparecer los secuaces de Redo, quienes intimaron rendición tanto a Leyva, como a sus acompañantes.

Estos contestaron con vivas a Madero, y con algo más efectivo: algunos disparos. Leyva, en el momento de llegar los gobiernistas, tenía en sus brazos a un pequeñuelo, hijo de uno de los Gámez, de manera que fué quien menos pudo oponerse a sus perseguidores en ese momento.

Como estos eran muchos, Leyva y sus amigos salieron derrotados y se echaron al campo, a pie, manteniendo a raya a sus adversarios que no pudieron cogerlos. El camino que tomaron fué el del rancho de Cabrera de Inzunza, en donde contaban con hallar refuerzo. Anduvieron varios días por el monte, y al fin Leyva, que era corpulento, fatigado por lo fuerte del sol y lo penoso de la caminata, desfalleció y se sentó a la orilla del arroyo de Cabrera a esperar que uno de sus acompañantes entrara al rancho y hablara con D. Guillermo Peña, el dueño, quien trataba de convencer a Leyva de que abandonara su empresa y se rindiera al Gobierno, con el que le ofrecía conseguirle garantías; pero lo que pasó fué que huyeron los Gámez, sospechando una traición y abandonaron a Leyva. Este, exhausto y abatido por el cansancio, no hizo resistencia y se entregó, siendo llevado a Sinaloa, con lujo de fuerza y sujetándosele a toda clase de crueldades.

Redo nombró inmediatamente un Juez especial para que se encargara del proceso de Leyva, violando así la Constitución descaradamente. Este Juez fué el Sr. Lic. D. Ignacio M. Gastélum, Diputado entonces al Congreso local de Sinaloa. Lle-

gado a Sinaloa, el Juez Gastélum ordenó la reconstrucción de los hechos, que debía realizarse el 13 de Junio, al medio día.

El prisionero fué extraído de la cárcel por una escolta de rurales, y se le llevó rumbo al puente que atraviesa el río de Sinaloa, siguiéndole el Juez Gastélum y a cierta distancia del coche ocupado por éste, unos mozos con una camilla. Acababa de pasar el puente la comitiva, cuando Leyva recibió orden de adelantarse unos pasos, cosa que, sin fijarse en sus consecuencias, hizo en el acto. Una descarga de fusilería, hecha por los rurales de Herrera y Cairo que marchaban a su espalda, lo dejó tendido en el suelo, sin vida. Se colocó el cadáver en la camilla, y se le llevó de nuevo a Sinaloa, para ser sepultado.

Leyva había "tratado de fugarse".

En el mismo momento en que ocurrió el asesinato ordenado por Redo, parte del techo de la iglesia de Sinaloa vino abajo, con formidable estrépito, por lo que los vecinos del lugar no se dieron cuenta del homicidio sino hasta mucho tiempo después de haber regresado los rurales con el cuerpo de la víctima.

Juan Banderas, quien era entonces uno de los hombres con quien contaba Redo, en cuya casa se había criado y educado, formaba parte de la escolta criminal, y siendo algo supersticioso, vió en el derrumbe del techo de la iglesia un *aviso del cielo*, y desde ese instante se propuso abandonar las filas del porfirismo, según él contaba, habiendo realizado su propósito poco tiempo después. Banderas tenía entonces el grado de Cabo.

Queda establecido, pues, que fué el Sr. Leyva el primer revolucionario y el primer mártir de la revolución mexicana, ya que su levantamiento se efectuó a principios de Junio de 1910, y su sacrificio el día 13 del mismo.

CAPITULO VI

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL GOBIERNO DICTATORIAL

38.—*El sucesor de Roosevelt.*—Mucho es lo que se ha hablado del papel que los Estados Unidos del Norte desempeñaron en nuestra contienda de 1910, sin llegar a establecerse, con la documentación necesaria, qué fué lo que realmente ocurrió. Yo voy a precisar hasta donde me sea posible, cuál fué ese papel y los motivos que hubo para que la nación del Norte asumiera ciertas actitudes. Hago constar desde luego que la revolución y el Partido Antireeleccionista no tuvieron relaciones de ninguna clase con los magnates de la Casa Blanca ni con la plutocracia yanqui para preparar y orientar sus movimientos. El Sr. Madero hizo toda su propaganda creyendo de buena fé, al principio, en las palabras falaces de Díaz, (entrevista con Creelman) y después porque se dió cuenta de que no debía ya abandonarse la situación en manos del dictador, sino a riesgo de provocar la muerte del país, por su disolución en la anarquía, que hubiera sobrevenido al desaparecer el déspota y echarse unos sobre otros los que se considerasen sus herederos: los militares encabezados por Reyes, los "intelectualoides" acaudillados por don Ramón Corral o algún otro personaje de menor relieve, los aristócratas terratenientes, y los científicos dirigidos por el Sr. Limantour, ninguno de los cuales

podría orientar al país por buen sendero, ni restituirlo a la vida normal, ni resolver sus graves problemas, dados los antecedentes que tenían y su existencia misma, debida a tales problemas y que, para prolongarse, necesitaba prolongar también la situación creada, de catalepsia profunda, provechosa para ellos, pero fatal para la nación. El Sr. Madero gastó en organizar la revolución su propio capital, consistente en $600,000 en efectivo, producto de la venta que hizo de sus propiedades al Sr. D. Francisco Madero, su padre, quedándole al final de su primera campaña menos de $200,000. Las primeras armas compradas para la revolución las pagaron unas veces los mismos comprometidos, individualmente, y otras las pagó de su personal peculio D. Gustavo A. Madero, miembro de la junta revolucionaria de México, quien pagó también los viajes de numerosos propagandistas, y sus gastos.

La entrevista de Díaz con el yanqui Creelman, está ya fuera de toda duda que la forzó Roosevelt, para obligar al dictador a poner en actividad a sus sucesores, y así irlos conociendo, ir enterándose de lo que podrían ser e ir preparando en consecuencia las medidas que debían aplicárseles para conservar la sumisión de nuestro país, importantísima para el buen desarrollo de la "política del dollar".

La ancianidad del Gral. Díaz y la paz tumbal, que impedía a los magnates yanquis conocer a fondo nuestra verdadera situación por lo que respecta a lo que sobrevendría al desaparecer el tirano, fueron pues, las que movieron a Roosevelt a imponer a Díaz la obligación de preparar el porvenir. El único culpable de tal cosa es el Gral. Díaz mismo, por no haber permitido que se definieran "motu proprio", los individuos que forzosamente tendrían que sucederle si se llevaba a término su programa de go-

bernar "ad vitam", y de obsequiarnos con sus sucesores escogidos por él mismo, como se lo proponía. El orgullo, la soberbia y la natural degeneración producida por los años, fueron la causa de todo esto, amén de su falta de cultura, que no le permitía apreciar la situación panorámicamente, sino en trozos, de los cuales el que más le encantaba era el falso de su inmortalidad.

Al dejar Roosevelt el poder, entró a gobernar William H. Taft, manequí de los plutócratas, hombre bonachón, polo opuesto de Roosevelt. Si este era el jefe de la diplomacia del dollar, Taft era un pobre lacayo del último "official" del más infeliz "trust". Su política internacional la dirigía Philander C. Knox, abogado inteligente, falto de escrúpulos como la mayor parte de los abogados de los "trusts", y falto también de las cualidades que tenía Roosevelt para ser un gran ladrón de pueblos. Sobre todo le faltaba la audacia.

Pero como el Gobierno de Taft era un Gobierno republicano, tenía que continuar la política del dollar, que es la de ese Partido funesto para la América Indo-española, y por lo mismo, tenía que seguir, respecto de México, el programa trazado ya por Roosevelt, en su primera parte. A fin de despejar cuanto antes la incógnita de "cómo se presentaría el sucesor de Díaz", mandó el Srio. de Estado Knox en calidad de Embajador Extraordinario y Enviado Plenipotenciario de Washington en México, a Henry Lane Wilson, con instrucciones de hacer un informe de la situación reinante, tan detallado como fuera posible.

Henry Lane Wilson llegó a México en 1909, en los precisos momentos en que se debatía la cuestión electoral con gran ardor, y en los que varios asuntos de carácter internacional tenían su desarrollo. Lane Wilson es un individuo sin un solo átomo de pudor; la honradez no se encuentra en

él ni electronizada; la intriga y la ambición de riqueza es lo que lo mueve, pues el alcohol, sin esos dos poderosos reactivos, ya le hubiera paralizado por completo el entendimiento y el espíritu, sumiéndolo en los limbos de la idiotez o del "delirium tremens". Es uno de esos tipos que la plebe yanqui denomina con el gráfico nombre de "sour-pickles", porque se conservan en alcohol y tienen muy mal genio.

Su carrera diplomática la había hecho casi toda en la América Indo-española, bajo la dirección de bandoleros internacionales tan acreditados como Sherman, Day, Hay y Root, los grandes luminares de la "gran tranca" y del "dollar". El Presidente McKinley, el que declaró la guerra a España para librar a Cuba, Puerto Rico y Filipinas de su dominación, y establecer la odiosa dominación yanqui, lo nombró Ministro en Chile, en 1897. En ese puesto se distinguió por sus intrigas, sobre todo en la cuestión suscitada cuando Chile y la Argentina trataron de ir a la guerra entre sí, mereciendo el elogio de John Hay, Secretario de Estado, los servicios que al dollar prestara en los ocho años que por allá pasó. De Chile se le mandó a Bélgica, y nuevamente se mostró intrigante e inquieto, cuando la investigación del Congo. En esta vez quien quedó encantado de su poca vergüenza fué el propio coronel Roosevelt, cuyos elogios lo hicieron notable en el Partido republicano. Estas habilidades y estos elogios lo señalaron para que se le confiara la delicada misión de venir a México a ver cómo se podría sacar mejor provecho de este país en favor de la política del dollar.

En aquellos días se debatía la cuestión del Tlahualilo, que fué la primera que le tocó tratar al nuevo Embajador, y del contacto que con muchísimos personajes tuvo con ese motivo, tomó los datos principales para hacer el informe, que le ha-

bían recomendado que presentara a la mayor brevedad.

El negocio del Tlahualilo es una gran porquería. El Gral. Díaz, al comenzar a repartir las riquezas de la nación, antes de que Limantour sistemara el saqueo, obsequió, como quien le obsequia un buen puro, al tomar el café, a don José de Teresa y Miranda, su concuño, la concesión de aguas del Río Nazas, que no se encontraba, constitucionalmente, bajo la jurisdicción federal, sino bajo la de los Estados por donde cruzaba. Este fatal rasgo de generosidad "cuñadil" se efectuó en 1887. Se organizó una compañía para la explotación de la concesión, y ésta recurrió a un sindicato londinense para que le prestara dinero, lo que consiguió, emitiendo el sindicato para el efecto, bonos que colocó en el mercado de la capital inglesa. Como la compañía, adoptando una costumbre muy en boga, no cumplió sus compromisos, el sindicato se apoderó de la administración de la empresa, por el tiempo necesario para pagarse.

En 1908 pensó D. Olegario Molina, Ministro de Fomento, de intenciones patrióticas y talento poco discutible, reglamentar la cuestión de las aguas, lo cual vino a echar abajo el negocio del Tlahualilo, entre otros malos negocios.

Esto indignó a los ingleses, quienes no pudiendo reclamar en los tribunales, porque su propio abogado, M. Prevost, reconoció desde un principio que la concesión era inconstitucional, recurrieron a la diplomacia turbia, marca Washington, pidiendo que se derogara la ley expedida por Molina, que se restableciera la de 1891, que más bien era un simple reglamento, y que se le pagaran $11.000,000.00 como indemnización por los perjuicios reales e imaginarios que estaba sufriendo.

El Secretario de Fomento rechazó indignado la reclamación, enviando a los del sindicato a los

tribunales, que les horrorizaban porque no tenían razón, y entonces fué cuando llegó Lane Wilson, el célebre borrachín.

Fracasadas las gestiones del Ministro de Inglaterra, Sir Reginald Tower, quien no tuvo empacho en amparar aquella picardía de sus paisanos, el abogado Mallet, patrono de los ingleses, y muy tramposo, logró que un tal Potter, de Nueva York, presentara reclamación por el mismo concepto, diciéndose tenedor de bonos del sindicato, ganando mediante esto y el soborno de funcionarios "dollarescos", que Knox se interesara en el asunto.

39.–*La Diplomacia Yanqui.*–Lane Wilson, a quien se había prometido sin duda su parte en el negocio, tomó gran empeño en que se resolviera de acuerdo con las pretensiones del sindicato, y logró convencer, por medio del terror, al Lic. Limantour; pero el Ministro de Fomento, Sr. Molina, con gran dignidad se opuso a semejante humillación, prevaleciendo su consejo en el ánimo del dictador, algo molesto ya por la imposición de Roosevelt, y deseoso por lo mismo de contestar con una pequeña venganza.

En esto estuvo lo malo: no se consideró pequeña la venganza, y el desairado Embajador, que era un tipo a la Dubois de Saligny, intrigó fieramente en su informe confidencial que se apresuró entonces a dejar listo, y a enviar a la Casa Blanca, provocando el odio de ésta para Díaz, odio fatal para el desventurado tirano. De paso, este incidente sirve para demostrar lo nulo de la capacidad del Embajador porfirista en Washington, quien no pudo borrar la mala impresión causada por Wilson, ni creo que se haya dado cuenta jamás de ella.

La compañía inglesa tuvo que ir a los Tribunales, tocando la vergüenza de patrocinarla a D. Luis Cabrera y a D. Manuel Garza Aldape, aboga-

dos mexicanos, y defendiendo al Gobierno el Procurador de Justicia, el Lic. D. Manuel Calero y su socio Vera Estañol. El fallo de la Suprema Corte fué adverso a los ingleses, aumentando las furias de los señores del dollar, atizadas por Lane Wilson.

La pequeña rebelión del Gral, Díaz fué hábilmente explotada, y la torpeza de su Cuerpo Diplomático vino a acabar de captarle el odio de los republicanos, ante el cual el Lic. Limantour no cesaba de aconsejarle que cediera; pero era tarde.

Lane Wilson, indignadísimo por no haber podido resolver conforme a los intereses de su partido y de su personal bolsillo, probablemente, aquel asunto, anduvo hurgando en la historia de nuestras relaciones diplomáticas con el país de su origen, hasta que tropezó con la cuestión del Chamizal, y en el acto puso ese desgraciado asunto en el tapete de la discusión.

Cuando el Gral. Santa Anna vendió a los Estados Unidos la Mesilla, el río Bravo, designado como límite, pasaba por lo que es hoy la calle "Mills", de El Paso, Texas, y existe una placa de mármol, en la puerta principal del edificio "Mills", en la cual se hace constar el hecho por los mismos yanquis. Más aún: se dice en esa placa, colocada precisamente por el Gral. Anson Mills, jefe de la primera Comisión yanqui de límites, y dueño del edificio, que por allí pasaba en 1862. Poco a poco fué cambiando su cauce el río, hasta que en una gran avenida tomó el que ahora tiene, dejando en su margen izquierda a varios pobladores mexicanos del villorrio de Paso del Norte (hoy C. Juárez), con sus casas y sus tierras.

El poblado norteamericano fué creciendo, y sus moradores comenzaron a comprar tierras a los del Paso del Norte, sin fijarse en los límites, que los dejaban en territorio mexicano. La llegada del fe-

rrocarril y el contrabando dieron gran prosperidad en pocos años a El Paso, la población texana llamada entonces Franklin, y al mismo tiempo, aunque más raquítica, creció la de Paso del Norte, que más tarde se ha llamado C. Juárez, en la otra orilla del nuevo cauce del Bravo. Al fijarse de un modo definitivo los límites, de acuerdo con lo estipulado en los pactos celebrados entre Santa Anna y el Gobierno yanqui después de los sucesos de 1853, se encontró que media ciudad de El Paso estaba edificada en México, pues se había levantado en los terrenos conocidos por el "Chamizal", que fueron los comprados a los vecinos del antiguo Paso del Norte. El dominio lo ejercían y lo siguen ejerciendo los Estados Unidos, pero México reclama su derecho. Los políticos del dollar han llevado su influencia a Texas para la formación de una compañía que funciona aún en El Paso, encargada de "fabricar" títulos, pues los compradores no los pudieron exhibir porque los vendedores no los tenían o mañosamente los conservaron, sabedores de lo que estaban haciendo.

Nunca se han inclinado los Estados Unidos a devolver ese terreno, ni los de S. Elisario, que son continuación de El Chamizal, según tengo entendido, porque jamás los ladrones devuelven el producto de sus robos, si no se les obliga a hacerlo por la fuerza. Sin embargo, Lane Wilson quiso utilizar esta cuestión para molestar al Gobierno porfirista, que inocentemente cayó en la trampa, metiéndose en discusiones inútiles y terminando por no sacar ninguna ventaja. Posteriormente se sometió el asunto a arbitraje, y el árbitro, M. Louis La Fleur, canadense, otorgó su laudo en favor de México, como era de justicia. Los Estados Unidos se negaron naturalmente a hacer caso de ese fallo, y así ha quedado el asunto, después de

las discusiones de que fué objeto durante el Gobierno del Sr. Madero.

La actitud del Gral. Díaz y de su Gobierno, negándose a reconocer las pretensiones de los Estados Unidos, acabaron de provacar el disgusto de Lane, y de activar su informe, una de las obras maestras de su repertorio de bajo intrigante.

He aquí algunos de los párrafos salientes de ese vil documento, en el cual se condensaron todas las notas anteriores del Embajador:

"Sin embargo, las condiciones se están moviendo "por la fuerza del precedente y debido al ímpetu "que se les dió en los primeros y más vigorosos "días del régimen porfirista, y me parece, POR "MIS OBSERVACIONES de la situación, que nos "estamos aproximando a una crisis en los asuntos "de esta nación, rápidamente, el resultado de los "cuales debe ser de vital importancia para el Go-"bierno americano, el comercio y el capital inverti-"do aquí. EL PRESIDENTE TIENE 83 AÑOS de "edad, y tiene muchas de las debilidades que sobre-"vienen con lo avanzado de la misma.

"Física y mentalmente sufre de diversos modos, "verbigracia: de su oído, de su falta de memoria, "de una tendencia al sentimentalismo necio (cho-"chez) y de una senil vanidad por el lugar que ocu-"pará en la historia."

Como se ve, Lane Wilson mentía en gran parte de sus informaciones, pues si es verdad lo referente a que Díaz estaba sordo, y era vanidoso, ni tenía 83 años, ni era sentimentero, ni tenía confusa la memoria. Al pobre dictador no lo trataba tan mal, como a sus amigos que se creían con derecho al trono, según se ve en seguida:

"A pesar de esto, conserva (Don Porfirio) en "gran parte los altos propósitos de sus mejores "días, y yo no puedo registrar ninguna instancia, "desde que tengo a mi cargo este empleo, en que

"no haya obtenido pronta respuesta cualquier "apelación a su sentido de justicia y de trato im- "parcial. DEBE ENTENDERSE, SIN EMBARGO, "qne la tarea de convencerlo de los méritos de una "causa no es fácil, debido a la INFLUENCIA "OPUESTA de LOS QUE LO RODEAN Y SE "APROVECHAN DE LAS DEBILIDADES DE SU "EDAD PARA SATISFACER SUS PROPIOS FI- "NES EGOISTAS. BREVEMENTE DESCRITOS, "LOS HOMBRES QUE EJERCEN ESTAS IN- "FLUENCIAS SON CONOCIDOS POR: "LOS "CIENTIFICOS". EN LAS MANOS DE ESTOS "INDIVIDUOS ESTA LA SUERTE DE ESTA RE- "PUBLICA, EXCEPTO CUANDO PUEDE IN- "DUCIRSE AL PRESIDENTE A PASAR POR "ENCIMA DE SUS DECISIONES, Y SEGUN MIS "EXPERIENCIAS, SU CONTROL NO PROME- "TE GRAN COSA EN EL FUTURO."

Los señores porfiristas que no cesan de atribuir a Madero y a los maderistas el formidable desprestigio en que cayeron con sus antiguos amigos los yanquis; los "científicos que han colgado al mismo Madero y a sus amigos el milagro de haber ido a implorar la cólera de los plutócratas yanquis contra la dictadura paternal, y que utilizaron después al mismo intrigante Wilson para derrocar a Madero, rindiéndole homenajes de amistad y de acaramelado cariño, reciben con lo anterior el merecido bofetón en plena boca, y comenzarán a conocer y a confesar, que fueron *sus amigos y sus cómplices* nacionales y extranjeros los mismos que los desprestigiaron, jugándoles miserablente el dedo apestoso a cognac malo, en toda la cavidad bucal y faríngea, desde los labios hasta la epiglotis. Ese informe que cito fué enviado con el carácter de "confidencial" al Srio. de Estado yanqui Knox, ANTES de que estallara la revolución, y ANTES DE QUE SE EMPEZARA A PREPARAR DEFINITI-

VAMENTE ESTA; PERO CUANDO YA ERA UN HECHO ADMITIDO POR LOS ANTIREELECCIONISTAS QUE IRIAN A LA LUCHA ARMADA SI SE COMETIA UN NUEVO FRAUDE ELECTORAL, lo que demuestra que la revolución NO FUE INSPIRADA POR LOS ESTADOS UNIDOS, y pone de manifiesto que EL ODIO DE LOS YANQUIS A LOS CIENTIFICOS Y PORFIRISTAS FUE INDEPENDIENTE Y DISTINTO DE LA REVOLUCION, NO INSPIRADO POR MANIOBRAS DE LOS REVOLUCIONARIOS, sino fomentado por Lane Wilson.

El informe citado entra en seguida en una relación completa de "la situación," vista por Lane Wilson, y que no hubiera sido más desfavorable para porfiristas y científicos, desde el punto de vista yanqui, si la hubiera escrito el más rabioso energúmeno. El odio de Lane bulle en cada párrafo de la nota, especialmente contra los Creel y los Terrazas, y contra el Lic. Molina, a quien debía su derrota en el asunto d el Tlahualilo. Dice en el párrafo referente a la situación agraria:

"No es una cosa fuera de lo común encontrar mi-
"llones de acres en una sola pertenencia, y algunos
"grandes terratenientes, como MOLINA y Terra-
"zas, han pasado del límite de los 10.000,000".

Si esto era cierto en el caso de Terrazas, no lo era en el del Lic. Molina, a quien solamente por odio personal le imputaba esas cosas el Embajador.

Los impuestos, la corrupción de las masas, la administración de justicia y la clase media, que apoyaba a Madero, y a la cual calificaba de "si no mala, sí peligrosa," merecieron la atención especial del intrigante diplomático y le arrancaron toda suerte de imprudentes comentarios.

En seguida, y con mucha mala fé, trata en sexto lugar del "sentimiento antiamericano," que es la

médula del informe y la carga más explosiva que en él puso el poco honorable funcionario. Dice así:

"Otra seria y peligrosa faz de la situación aquí "es el pronunciado sentimiento antiamericano que "existe en toda la República, sin estar confinado "a ninguna de las clases en particular, aunque na- "turalmente encuentra su más violenta expresión "en donde son más débiles las restricciones que "imponen la cortesía, la costumbre y la educación. "Este sentimiento de hostilidad es debido parcial- "mente a los recuerdos de la guerra de 1846, par- "cialmente a antipatías de raza, pero en una gran "mayoría al resentimiento que hay por la agre- "sión comercial americana y a la envidia por las "propiedades y economías de los americanos."

El Srio. Knox, al tragar semejante píldora, se volvió naturalmente el más feroz enemigo del Gobierno que toleraba y según se desprende del documento, fomentaba tales desacatos contra el *comercio, las propiedades y las economías* que él estaba comprometido a engrandecer como quiera que fuese. Muy satisfecho quedó con los brillantes servicios de su Embajador, quien fué desde ese momento el oráculo consultado siempre por la Casa Blanca en lo relativo a México. El triunfo fué completo para el borrachín; pero como si no fuera ello suficiente, los diplomáticos porfiristas lo abonaron con una serie de torpezas.

Muerto el Ministro de Relaciones Sr. Lic. Mariscal el 9 de Abril de 1910, se nombró para sustituirlo a don Enrique C. Creel, quien no sabía una sola palabra de lo que se ponía en sus inexpertas manos, en los momentos más delicados para el porfirismo.

Este señor se dedicó a hacer manifestaciones amorosas al Japón, que en esos meses enseñaba los dientes a los Estados Unidos, con motivo de la disputa por la inmigración amarilla en California.

Como los fenicios de Washington sentían un verdadero pavor, —que no se les puede quitar aún— por la guerra con el Imperio asiático, más amargos se pusieron con el Gral. Díaz ante una muestra semejante de ganas de agredirlos, o de que los agrediera el Japón.

En esos meses también ocurrió el caso de Nicaragua. Los Estados Unidos, para evitar posibles competencias de Inglaterra o del Japón, al consumar su robo en Panamá, pensaron extenderlo a los territorios cercanos, y mediante los más vergonzosos procedimientos obligaron al general Estrada a encender la guerra civil, porque el Presidente José Santos Zelaya se negó a firmar el tratado que se le proponía, en el que se daba a la nación yanqui el derecho de abrir un canal por donde gustase, y se le cedía el dominio absoluto del territorio atravesado por el mismo, en determinada extensión, más la Bahía de Fonseca. En uno de los combates fueron aprehendidos dos filibusteros yanquis, dos "tramps" tan honorables como el Embajador Lane, llamados Cannon y Grace. Este par de bandoleros, como era natural y debido, fueron fusilados por orden de Zelaya, en unión de dos o tres de los otros cabecillas capturados por ellos.

Esto sirvió para que el Srio. Knox se diera por lastimado, procediendo a amparar con la bandera americana la inmundicia de aquellos dos putrefactos hijos de Cerdolia, y acusando —cosa nunca vista en la diplomacia de América, ni en la de Europa, ni en la de las tribus más ignorantes del Africa— de homicidio calificado a Zelaya, a quien mandó aprehender para llevarlo a los Estados Unidos y juzgarlo allá, por un tribunal competente de yanquis!

El cañonero "Guerrero" se encontraba en esos días anclado en uno de los puertos nicaragüenses, por lo que el Presidente, que abandonó el poder en

cuanto supo la increíble salvajada del Ministro de Taft, pidió que a bordo de él se le diera refugio. El Gral. Díaz, sin fijarse en lo que hacía, y guiado por un sentimiento de humanidad tal vez, o no creyendo posible la barbaridad de Knox, que es lo más probable, ordenó que el "Guerrero" recogiera al fugitivo en Corinto, y lo trajera a las playas mexicanas de Salina Cruz. Así se hizo, en las propias barbas del Comandante del crucero yanqui enviado por Taft, según me lo contó en 1912 uno de los marinos que asistieron a la escena, y que mandaba la barquilla en que se recogió al exPresidente, o la guardia de cubierta, no recuerdo bien.

Poco tiempo después Zelaya tuvo que salir de México, porque Lane Wilson intrigó para que no se le dejara en paz, y por fin murió en Nueva Orleans.

Otrosí: deseando el Presidente Taft arreglar en persona algunos asuntos delicados, había concertado una entrevista con Díaz, la cual se había verificado en 1909, en C. Juárez, y cuyo resultado sirvió de manera excelente a Wilson para basar sus intrigas. Díaz se negó rotundamente a prorrogar la concesión para el establecimiento de una estación naval en Bahía Magdalena, punto de nuestra costa californiana que sigue siendo refugio de contrabandistas yanquis y escuela de maniobras de su escuadra. Esto ocurrió en momentos en que el miedo a los japoneses era más grande, y en que los Estados Unidos creían necesitar la bahía como cosa de vida o muerte. De ahí que no le costara gran trabajo a Wilson hacer que se creyera cuanto quiso decir, para que se le retirara el apoyo a la dictadura, y que se esperara, sin hacer indicaciones salvadoras, a ver qué carta jugaba Díaz en las elecciones. Y así se explica también como una pequeña muestra de independencia, que cualquier Gobierno justiciero hubiera dejado pasar

inadvertida, sirvió a un desairado Embajador para tejer una de las más tenebrosas intrigas contra un Gobierno, el cual, como él dice, tenía por jefe a un individuo que se esmeraba por complacerlo en cuanto negocio le presentaba. Y esto da también la medida de las gentes que nos manda como agentes diplomáticos el Gobierno yanqui, a los países Indo-españoles.

Con lo anterior creo haber destruido la falsedad tan acogida en todas partes, de que los antireeleccionistas provocaron o fomentaron el disgusto de los Estados Unidos hacia Díaz, que fué factor de su caída, haciendo palpable que fueron el Embajador Lane y los diplomáticos de D. Porfirio, los que tal cosa hicieron.

CAPITULO VII.

LA AGONÍA DE LA DICTADURA PORFIRISTA.

40.—*Después de las "elecciones"*.—Inmediatamente después de la farsa electoral, el dictador se sintió nuevamente tranquilo, creyendo que había dominado la situación otra vez, y que tenía asegurados, sin grandes protestas de los mexicanos y sin protestas de ninguna clase de los Estados Unidos, seis años más de poder. Por lo tanto, ordenó que se hicieran las declaratorias respectivas por el Congreso, y aflojó en las persecuciones a los antireeleccionistas.

Pero éstos que estaban resueltos a intentar absolutamente todos los recursos legales para arrojarlo del poder pacíficamente, antes de apelar a las armas, comenzaron a preparar activamente un memorial a la Cámara de Diputados, evidenciando el fraude y pidiendo la nulidad de las "elecciones". Perfectamente bien documentado fué el escrito que redactó el Lic. Federico González Garza, presentándolo el día 1º de Septiembre, fecha en que comenzaba la última gran orgía con que el porfirismo celebraba su triunfo y al mismo tiempo el centenario de la proclamación de nuestra independencia. (1)

(1).—El memorial del Lic. González Garza es la más formidable requisitoria hecha a la dictadura, y junto con la carta de Madero, de Junio 15 de 1910, constituye la plena justificación del antireeleccionismo, al lanzarse a la lucha armada que provocó Díaz, de la cual es él el único y directo responsable. Lo extenso del documento me priva del gusto de publicarlo ahora; pero en la obra completa lo haré.

Embajadores de todos los países con los cuales mantenía relaciones—a través de Washington—la dictadura porfiriana, delegaciones especiales y turistas se congregaron en el mes de Septiembre en la capital, donde se derrocharon varios millones de pesos en agasajarlos, excluyendo de todas las festividades al pueblo. Solamente los plutócratas, los más elevados jefes del Gobierno y del ejército y el alto clero, tuvieron permiso para disfrutar de aquellas fiestas. Los demás quedaron en calidad de espectadores, y gruesas vallas de tropas los mantenían a larga distancia de los "elegidos". El pueblo de la ciudad de México —y me refiero a la clase alta, no "elegida", a la media y a la baja— vió las solemnidades con catalejos, cuando éstas se desarrollaron en sitios abiertos, y lo demás se lo contaron.

En mitad del bullicio, el Comité Ejecutivo Electoral del Partido Antireeleccionista elevó un nuevo memorial, el 8 de Septiembre, ampliando el primero, y el 23 lo completó con otro. Como no se daba prisa la Cámara para contestar, hubo una manifestación pública el día 11, que concluyó a caballazos, cuando el pueblo apedreó la casa del tirano, ante los diplomáticos que comprendieron inmediatamente lo que bullía debajo del agua.

Los tres memoriales del Comité Ejecutivo, como las tres palabras del relato bíblico, anunciaron en medio del festín la hora final del Gobierno, pero menos supersticiosos que Baltazar, los magnates porfirianos no hicieron caso de ellos y ordenaron a la Cámara que contestara, como lo hizo el 27 de Septiembre, lo siguiente:

"Dígase a los signatarios de los memoriales de "1°, 8 y 23 de este mes, que no ha lugar a decla- "rar la nulidad de las elecciones verificadas en los "meses de Junio y Julio de este año para la reno- "vación total del poder ejecutivo y parcial del

"poder judicial, ambos de la Federación.—Lo que "participamos a Uds. para los efectos correspon- "dientes.—México, Septiembre 27 de 1910.—Vi- "cente Villada Cardoso, Dip. Srio.—A. de la "Peña y Reyes, Dip. Srio."

Malísimamente cayó esta resolución en todo México; el Embajador norteamericano, Lane Wilson, terminó su informe en esos días y lo envió a toda prisa a Knox, más resentido que nunca por el desairado papel que se hizo representar a la delegación yanqui en las fiestas del Centenario, alojándola en un edificio público y no en la casa particular de algún plutócrata, como a todas las otras, si bien es cierto que el tipo de los delegados ameritaba que los hubieran hospedado en Belem, pues en una de sus frecuentes borracheras riñeron entre sí, en su residencia, por causa de una de las "ellas" de la comparsa, y uno de los galanes recibió un balazo de los muchos que se cambiaron, que lo puso instantáneamente en manos de los agentes del Sr. Gayosso, conocido inhumador. Aunque la prensa no habló una palabra del asunto, habiendo sido tan ruidoso debido a las detonaciones de las pistolas y a los gritos aguardentosos de los protagonistas, de ambos sexos, que en paños menores salieron a la calle, se hizo público hasta en sus últimos detalles. Todo el México que vivía en el Centenario, puede atestiguar la veracidad de mi dicho.

En San Luis Potosí el Sr. Madero aparentaba distraer el tedio de sus días de procesado organizando paseos campestres, que no eran otra cosa que verdaderas juntas revolucionarias, en las cuales se discutió y redactó el borrador del plan que serviría para el movimiento.

En San Antonio la junta revolucionaria, estrechamente vigilada por el Cónsul porfirista, aumentaba cada día su radio de acción, y la engrosaban

nuevos miembros. Aquiles Serdán, Sánchez Azcona, Miguel Albores y otros muchos, a los cuales vino a sumarse, al finalizar Septiembre, el Lic. González Garza con su hermano Roque, eran de los que allá se encontraban. En México, en Sonora y en Chihuahua, D. Gustavo A. Madero, D. Abraham González, D. Toribio Ortega y D. José M. Maytorena también trabajaban activamente en organizar el levantamiento.

41.—*La fuga de Madero.*—Cuando ya estuvo listo el plan que se ha llamado después de San Luis, el Sr. Madero resolvió fugarse para ponerse al frente de la revolución. Para ello se valió de algunos amigos que tenía entre los ferrocarrileros, estableciéndose un cordón de vigilancia desde S. Luis hasta Laredo, punto por donde iba a cruzar la frontera para internarse en los Estados Unidos, a fin de hablar con los de la junta de S. Antonio, y escoger el lugar por donde debería entrar, ya en calidad de revolucionario, a territorio mexicano nuevamente. El Lic. Pino Suárez, quien se encontraba en Nueva Orleans, se trasladó violentamente a S. Antonio, pues deseaba que fuera en Yucatán donde se iniciara la revolución, por contar él allá con grandes elementos de todo género, y quería convencer a Madero de que lo acompañara en aquella dirección.

El Sr. D. Pedro Lamicq, en su folleto, "Madero", nos cuenta lo siguiente, que es rigurosamente exacto:

"Con ese objeto —(el de fugarse)— organizó "paseos campestres a diversos lugares cercanos a "S. Luis Potosí, paseos que se repitieron con "frecuencia y que tuvieron por objeto despistar a "la policía al notar su ausencia durante los días "que tomara para ganar la frontera americana. "Así, el primer día había salido a uno de sus repe-"tidos paseos, los dos subsecuentes su señora

"manifestó a todas las personas que lo buscaron "que por ligera indisposición se veía precisado a "permanecer en sus habitaciones, lamentando no "recibir a nadie; hasta que el telégrafo dió la noti- "cia de que había cruzado el Río Bravo.

"El día 5 —(de Octubre)— durmió en la casa de "su mozo Julio Peña, y a las 4 de la mañana, acom- "pañado de éste, emprendió el camino a pie hasta "un pueblecito distante de la población unas diez "millas, donde debería tomar el tren.

"Se había convenido con un encargado del Express "qne prestaba sus servicios en la ruta de México a "Laredo, que favorecería su fuga llevándole hasta la "frontera americana; pero desgraciadamente, por "indisposición de otro empleado, se le cambió de "línea el preciso día que la fuga debería efectuarse. "Esto hubiera echado abajo sus planes, si el nuevo "encargado no hubiese sido un partidario de cora- "zón del Sr. Madero. Ocultó a éste perfectamente "en el fondo de un montón de petacas hasta pasar "la ciudad de Monterrey, donde se cambió a un "carro de tercera, confundiéndose con la gente del "pueblo. La madrugada del día 7 cruzó, sin ser "reconocido, la frontera, dando su nombre al ser "requerido por las autoridades americanas de La- "redo, en la oficina de inmigración. Vestía traje "azul de mezclilla, como el que llevan los mecáni- "cos, un pañuelo rojo anudado al cuello, que le "cubría la barba, y un sombrero de paja corriente, "de anchas alas. cambió su indumentaria en la "primera tienda y siguió luego para San Antonio, "Texas....."

Esta es exactamente la historia de ese famoso viaje de Madero, habiéndole seguido en su camino al día siguiente el Lic. Roque Estrada y el Dr. Cepeda, y dos días más tarde, su señora esposa y su taquígrafo de los Ríos. Todos se dirigieron a San Antonio, sin que la policía se diera cuenta de sus

movimientos, pues las gentes les facilitaban la manera de pasar inadvertidos, y en dondequiera encontraban amigos que espontáneamente les tenían informados de cuanto ocurría o se decía sobre ellos.

El día 8 de Octubre llegó Madero a San Antonio, publicándose en seguida la noticia, que causó en México entero una tremenda impresión: en unos de alegría y en otros de tristeza o de cólera. Era el anuncio positivo de que la revolución estaba ya preparada y de que estallaría de un momento a otro. Muchos, que no podían acabar de ver claramente que era el único remedio que podría salvar al país de su disolución anárquica poniéndolo en vías de resolver sus problemas, considerando a Madero poco patriota, se pusieron de parte de la dictadura, como esos deudos pusilánimes de enfermos graves, que al ver al médico en mangas de camisa, con la mascarilla del cloroformo en una mano y el bisturí o la sierra en la otra, se ponen decididamente de parte de la muerte, y quieren evitar la operación. Los privilegiados que gozaban del festín porfiriano y deseaban que se prolongara, seguros de que al fin ellos serían los herederos directos del déspota, NO CREYERON en la revolución y se imaginaron que Madero y sus amigos iban a hacer el mismo papel que durante los 34 años habían hecho, sucesivamente, todos los que habían expresado su descontento. Es decir, se supusieron que ya había pasado el peligro, y que no tendrían acogida las prédicas revolucionarias en México, pues los principales elementos de agitación, según ellos, estaban aún en la cárcel o habían salido bien escarmentados de la misma y no era lógico que se metieran en nuevas aventuras. El dictador se dejó convencer de esto, y no dió importancia al asunto, antes bien, se felicitó tal vez de que su rival se expatriara voluntariamente,

poniendo fin de ese modo a la situación embarazosa en que lo tenía colocado, ante el mundo, permaneciendo prisionero y sujeto a un juicio totalmente injustificable.

El mismo día 8 reuniéronse en la casa de D. Ernesto Fernández y Arteaga, antiguo amigo del Sr. Madero y su excondiscípulo, éste, Roque Estrada, quien se unió a Madero en Laredo, llegando junto con él a S. Antonio, Federico González Garza, Enrique Bordes Mangel, Fernández y Arteaga y Aquiles Serdán, así como Sánchez Azcona. Madero presentó a sus amigos el borrador del plan de San Luis, que llevaba escrito con lápiz, poniéndolo a discusión. Fué ésta larga y acalorada, tomando en ella parte principal el Lic. González Garza, el Lic. Estrada, Bordes y Sánchez Azcona. Serdán no, porque estaba afuera, vigilando los alrededores de la casa para que no fuera a sorprenderlos algún policía del Consulado. (1)

Engolfáronse los presuntos revolucionarios en la discusión del problema agrario, que entreveían confusamente, pidiéndole a Madero que se hicieran más precisas y extensas las declaraciones relativas, y que formaban el Artículo 3º del proyecto. Madero, que comprendía el alcance de aquel asunto perfectamente, y no deseaba en ningún caso imponer su voluntad y la de un grupo de sus amigos a todo el país en "forma revolucionaria," acerca de un punto tan delicado, cortó la discusión diciendo, según lo asegura el Sr. Sanchez Azcona:

"No se trata por ahora de hacer obra perfecta "de legislación; trátase de enarbolar una bandera "de rebelión. Después del triunfo, SERENAMEN-"TE LOS UNGIDOS POR EL PUEBLO sabrán

(1).—Esta es la verdad acerca del origen del Plan de San Luis Potosí, y no lo que asienta el Lic. Roque Estrada en su folleto "La Revolución y Francisco I. Madero", que fué fruto de un despecho.

"EXAMINAR Y RESOLVER los problemas con-cretos".

Cuan distinto este criterio, ampliamente liberal, de acuerdo en todo con lo que después de once años hemos venido a ver que era la verdad, del criterio de otros que diciéndose revolucionarios, han hecho del agrarismo un negocio más indecoroso que los de los "científicos," y de su resolución un capricho enteramente personal, dañino a la República! Nadie podrá negar que Madero, desde el momento en que así veía ese asunto, SE DABA CUENTA CABAL Y COMPLETA de los problemas que tenía entre manos, y de un golpe acertaba con su verdadera y única solución. Por no haber aceptado en el primer momento lo que él dijo, hemos derramado sangre durante once años, y al fin, hemos venido a confesar que MADERO TENIA RAZON!

Aprobóse, pues, el plan, con pequeñas modificaciones de forma, propuestas por el Lic. González Garza, y se resolvió que el 20 de Noviembre se iniciaría el movimiento general en todo el país, por medio de levantamientos simultáneos, que deberían estallar después de las 6 de la tarde de esa fecha. Como era posible que en vista de lo ocurrido el 14 de Julio, hubiera desconfianza en algunos de los comprometidos, se acordó imprimir el plan y mandar varios ejemplares a cada jefe, con la firma autógrafa de Madero para que se desvaneciera cualquier duda o temor de engaño. Quedaron comisionados para imprimirlo D. Juan Sánchez Azcono y D. Aquiles Serdán, realizándose el trabajo esa misma noche, pues Sánchez Azcona disponía de una imprenta que estaba pagando a plazos, y en la cual reanudó la impresión de "México Nuevo", ayudado por Arturo Laso de la Vega.

Al día siguiente estuvo listo el plan, y una vez firmado, comenzaron a salir para México, a repartirlo, los comisionados, que fueron: Aquiles Ser-

dán, para llevar un verdadero cargamento de dicho plan a México, a la junta revolucionaria central, que lo distribuiría entre Veracruz y el Sur. En seguida, Serdán debía encabezar la rebelión en Tlaxcala y Puebla. Enrique Bordes Mangel, para ir a Sonora, y si le era posible a Sinaloa, debiendo en seguida pasar a Coahuila y Durango, para levantar a los de la Laguna y a los de San Luis Potosí. Miguel Albores para Chiapas. Abraham González, desterrado entonces en El Paso, para Chihuahua. El Lic. Pino Suárez para Yucatán, Campeche, Quintana Roo y Tabasco. García de la Cadena a Zacatecas y Alberto Fuentes D., a Aguascalientes.

Se nombraron Gobernadores provisionales de algunos Estados, aceptando en el acto el Lic. Pino Suárez, de Yucatán; Fuentes D., de Aguascalientes; el Ing. Manuel Urquidi, de Tlaxcala; el Lic. J. Guadalupe González, de Zacatecas y el Dr. Rafael Cepeda, de San Luis Potosí.

De los comisionados, Serdán logró cumplir su cometido completamente, debido a su sagacidad y a su arrojo, que lo hicieron desafiar con buen éxito todas las dificultades y peligros que encontró. Don Abraham González lo mismo. El Sr. Bordes pudo llegar a Sonora, pero no a Sinaloa, dejando al Sr. D. J. M. Maytorena la comisión de comunicarse con el Ing. Manuel Bonilla, y trasmitirle los documentos que para él llevaba, como lo hizo el Sr. Maytorena, después de grandes dificultades, por estar aún preso el Sr. Bonilla. D. José de la Luz Soto y algunos indígenas yaquis fueron los mensajeros, quienes le entregaron en el propio recinto de la prisión sus encargos.

42.—*La revolución maderista no fué grata a los Estados Unidos.*—Llego otra vez a enfrentarme con una garrafal mentira, ampliamente divulgada y

aceptada aun por algunos maderistas. Voy a echarla abajo, como a las otras.

Se ha estado esgrimiendo durante diez años el embuste necio de que la revolución de 1910 fué protegida extraoficial y oficialmente por los Estados Unidos, que le facilitaron todos los medios para obtener el triunfo, y hostilizaron al Gral. Díaz, con el propósito de derrocarlo. Algunos, más necios todavía, van más allá, asegurando que los Estados Unidos fueron los autores del fracaso porfiriano.

Tengo manera de cerrar la boca a todos los que tal aseguran, rellenándoselas con pruebas de la inexactitud de sus afirmaciones, por grande que la tengan; pero como muchas de esas pruebas pudieran ser tachadas de vicios de origen, por provenir de personas que sirvieron a la revolución o al Gobierno maderista, escojo una, del más irreconciliable enemigo de Madero; una que está suscrita con la firma del más repugnante de sus asesinos. No creo que pueda haber quien dude, después de una exhibición de esa naturaleza.

El informe rendido por Henry Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos de América del Norte, en México, y uno de los asesinos de Madero, al Srio. de Estado yanqui Philander C. Knox, a fines de Septiembre de 1910, con el carácter de "confidencial", dice:

".....Fourth.—*The growing middle class.* This "class, *while not an evil, is a danger.* Its existen- "ce springs from the better things which the go- "vernment has done, and from the example and "influence of the so-called American invasion. All "over the republic a class of sturdy tradesmen, "usually of Indian blood, has developed. This "class is industrious, intelligent, takes an acute "interest in public affairs, is impatient of existing

"conditions, and is constantly exerting a stronger "and wider influence."

En romance, quiere decir: ".....Cuarto.—*La cre-* "*ciente clase media.*—Esta clase, *aunque no es un* "*mal, es un peligro.* Su existencia surge de las "mejores cosas que ha hecho el gobierno, y del "ejemplo e influencia de la llamada invasión ame- "ricana. Se ha desarrollado en toda la república "una clase de activos comerciantes, por lo general "de sangre indígena. Esta clase es industriosa, "inteligente, toma un agudo interés en los asun- "tos públicos, está impaciente por las condiciones "que existen y constantemente ejerce una influen- "cia cada vez más amplia y fuerte."

A todo mundo le consta que la clase que más vigorosamente apoyó la revolución, de la que salieron los principales colaboradores de Madero, y todos los que encabezaron la rebelión y la dirigieron, fué precisamente la clase media, descrita por Lane Wilson en las frases citadas. Como pudiera el Srio. Knox, en vista de lo que en párrafos anteriores del informe decía el Embajador, escoger a esta clase media para enfrentársela a Díaz, a quien ya hemos visto cómo lo trataba Lane, y arrojar por medio de ella a los científicos, con quienes tan resentido estaba, porque creía que ellos lo habían hecho fracasar en sus trapacerías de diplomático negociante e inmoral, Wilson se apresuró a hacer ver que no convenía a los intereses del dollar una alianza con ella.

"Por lo general, esta clase se opone al actual "gobierno y es amargamente hostil al grupo de "hombres a quienes se supone que son la fuerza "que mueve al mismo. Fácilmente puede supo- "nerse, dice Wilson, que en caso de una crisis, la "vasta mayoría de ella se levantará en apoyo de "los hombres ambiciosos que ofrezcan remedios "para los presentes males".

Con esas palabras definía, bien claramente, al grupo revolucionario, y con toda malicia, después de un parrafejo en que se refiere a la corrompida administración de justicia del Gral. Díaz, estampa el capítulo sexto de su informe, en el que habla del sentimiento antiamericano, atribuyéndolo a la clase media y a la clase baja, cuando en realidad este sentimiento era y sigue siendo general, y en aquellos días tenía su mayor y más libre expresión EN EL GOBIERNO, del que cuidadosamente evitó decir una palabra, dejando que se sobreentendieran todas las cosas que quisieran Knox, Taft y el resto de la comanchería plutocrática a la que estaba sirviendo. (Véase la traducción de ese capítulo en la pág. 156).

Con ello bastaba para que el Gobierno yanqui no prestara su ayuda a la revolución, pues si los revolucionarios, los descontentos y los que se interesaban en la cosa pública eran la clase media, y esta clase por su mismo carácter ocultaba menos que la aristocrática a la que pertenecían los miembros del Gobierno, sus sentimientos antiamericanos, debido a su falta de costumbre de ocultar las cosas, como lo hace notar el Embajador, y a deficiencias de educación y de cortesía, esta clase debía ser vista como mayor enemiga que el Gobierno, cuyas muestras de antagonismo ya no podían ser más graves y patentes, y que después de la mansedumbre observada por el porfirismo en más de treinta años, resaltaban con mayor relieve que nunca.

Madero, decían, fiados de los informes del Embajador Wilson, que trasmitía las mentiras al mayoreo, pertenece a esta clase y es su caudillo. Vázquez Gómez también, y ese es peor, porque es indio. Su hermano lo mismo. Sánchez Azcona otro tanto. Abraham González y el Lic. Pino Suárez son también de la clase media.

A ninguno de estos había pues, que darle apoyo. Y no se los dieron, PARA NADA.

Los porfiristas fueron los que inventaron la mentira de que la revolución era apoyada por los yanquis, para explotar el sentimiento natural de antagonismo que hay contra ellos y restar así fuerzas y prestigio a los hombres nuevos. Lane Wilson, alarmadísimo, trasmitió la noticia a Washington, y de allá le ordenaron que hiciera una investigación entre los residentes en México, mientras que la policía secreta hacía otra en los Estados Unidos.

Lane Wilson, a pesar de que puso en juego toda clase de artimañas y gastó un buen pico en espiar a sus paisanos, solo pudo obtener "hearsay evidence" —chismes de viejas— en qué basar sus acusaciones. No era él quien iba a detenerse por eso, y presentó con tan pobres cimientos otro informe, en el cual decía que algunas compañías estaban entregando dinero a los revolucionarios. A renglón seguido comenzó a pedir la intervención armada.

El Departamento de Estado al principio no dió una gran importancia al asunto, pero en vista de un informe policiaco y de la insistencia de Lane, acabó por enviar 20,000 soldados a la frontera, a que hicieran una demostración belicosa, que alarmó hasta lo indecible al Gobierno porfirista, el cual, en vista de que Lane seguía poniéndole cara de vinagre, creyó a pié juntillas su propio embuste, interpretando la presencia de las tropas como una amenaza al tirano y una ayuda a Madero, cuando en realidad aquello no era otra cosa que un preparativo para echarse sobre Madero, sobre Díaz y sobre todos los mexicanos.

Lo que movió al Departamento de Estado a dar importancia a los embustes del porfirismo prohijados por Lane Wilson, fué el resultado de la ave-

riguación practicada por la policía secreta, en los Estados Unidos, y el cual, según extracto que publicó el New York World el 9 de Enero de 1914, fué el de establecer que la Waters Pierce Oil Co. había facilitado al Sr. Madero, en Octubre o Noviembre de 1910, para gastos de la revolución, $250,000, moneda yanqui, haciendo la entrega el capitán Samuel G. Hopkins, abogado de la Waters Pierce, y que Madero le había dado en cambio grandes concesiones de petróleo en México, gestionadas por el propio Hopkins, más tarde. Que el mismo individuo había salvado los bienes de los Madero de ser confiscados por el Gral. Díaz, incorporándolos en una compañía de Delaware, formada "ad hoc", y que otras compañías y particulares estaban dando dinero para la revolución en forma de contribución o colecta voluntaria, pagada en México, en efectivo o provisiones, a los jefes revolucionarios. Además, estos agudísimos hijos de Javert habían averiguado que la Standard Oil Co., por medio de Hopkins, había dado una suma igual a la de la Waters Pierce, y recibido igual retribución también. Todo esto, basado en "direct evidence", es decir, en pruebas directas y fehacientes.

Tanto lo informado por Wilson, como lo averiguado por los gendarmes, fué un fárrago de mentiras, cuya única base era la ya señalada: el embuste propalado por el Gobierno porfirista, de que los revolucionarios eran "traidores" y "filibusteros" vendidos a los yanquis.

No me ocuparé en desmentir a Lane Wilson, porque él mismo dice que basó su informe en "chismes de viejas". Pero sí voy a desmentir a los policías, que fueron los que precipitaron el movimiento de las tropas, con sus falsos informes.

Respecto de la intervención de las compañías

petroleras, las siguientes cartas de Samuel G. Hopkins hablan por sí solas:

"Hibbs Bldg.—Washington, D. C.—Sr. Ing. D. "Manuel Bonilla, El Paso, Texas.—Marzo 10 de "1919. -Mi querido amigo:—Tuve el gusto de re- "cibir su carta del 3 del presente que leí con el "cuidado que merece su importancia, y su autori- "zada procedencia.—Me dice Ud. que la Revista "Mexicana de S. Antonio hizo públicamente el car- "go según declaración hecha por mí, de que la "Standard Oil Company, durante la revolución de "1910, facilitó fondos para el movimiento en con- "sideración de ciertos importantes privilegios que "fueron prometidos y posteriormente otorgados "a aquella compañía.

"Con bastante razón me pide Ud. que dé decla- "ración acerca de la verdad de estos hechos.—En "contestación debo decir a Ud.:—Primero. Que "nunca he hecho declaración alguna en el sentido "de que la Standard Oil Co., o alguna otra compa- "ñía, haya contribuido con fondos para apoyar la "revolución de 1910. Segundo, sé por el contra- "rio, que *la revolución no recibió ayuda financiera "de ninguna empresa extranjera*. Tercero. Ja- "más he oído que se ha otorgado algún privilegio "a la Standard Oil Co., o que se le haya hecho al- "gún pago por el gobierno del Sr. Madero en com- "pensación de anticipos hechos a la revolución.— "Si lo expresado anteriormente no fuere suficien- "temente explícito, le ruego a Ud. me diga en qué "concepto desea alguna aclaración. Puede Ud. "ordenar cuanto guste a su afmo. amigo y atto. "S. S.—(f)—S. G. HOPKINS.

"Hibbs Bldg.—Washington.—Abril 12 de 1919.— "Sr. Lic. D. Miguel Díaz Lombardo.—Ciudad.— "Muy Sr. mío y amigo:-De acuerdo con los deseos "que me manifestó Ud. ayer, resumo la conversa- "ción que tuvimos acerca de la ayuda pecuniaria

"que se dice prestó una compañía petrolera al Sr. "D. Francisco I. Madero, para preparar y llevar "a cabo la revolución de 1910, en los siguientes "términos:—1º—Ratifico en todos sus puntos la "carta que sobre este mismo asunto escribí recien- "temente al Sr. Ing. Manuel Bonilla. 2º—No es "cierto que antes o durante los meses en que se "desarrolló la revolución, haya yo sido consejero "del Sr. Henry Clay Pierce. Mis relaciones con es- "te señor datan del mes de Junio de 1911, y el Sr. "Isaac Seligman de New York, fué quien nos pre- "sentó el uno al otro; 3º—Es absolutamente fal- "so que haya yo ido alguna vez a México en re- "presentación de la Waters Pierce Oil Co., o de la "Standard Oil Co., para tratar asuntos relativos "a concesiones petroleras, en favor de alguna de "dichas compañías. 4º—Es igualmente falso que "haya yo solicitado alguna concesión de esta es- "pecie para mí o para cualquiera otra persona. "5º—Los únicos asuntos que el Sr. Henry Clay "Pierce me encomendó en relación con el gobierno "mexicano, fueron concernientes a ferrocarriles. "6º—Es también absolutamente falso que haya yo "tomado alguna ingerencia para la incorporación "de las propiedades de la familia Madero ni de "ninguno de sus miembros en alguna sociedad "americana. 7º—No sé que se haya formado ni "llevado a cabo en este país semejante opera- "ción. 8º—Tengo conocimiento de que ni la Stan- "dard Oil ni la Waters Pierce han tenido concesión "del gobierno mexicano para la explotación de "terrenos petrolíferos. Las operaciones que han "hecho en México han sido en virtud de contratos "privados. 9º—Autorizo a Ud. para que haga de "esta carta el uso que le convenga. Sin otro asun- "to, me repito de Ud. afmo. amigo y atto. S. S. "(f).—S. G. HOPKINS.

Ni más explícitas ni más completas pueden ser

estas declaraciones de Samuel G. Hopkins, abogado de los "trusts," a quien se señala todavía como el intermediario entre éstos y Madero, para la cuestión del pago de la revolución. La leyenda de que los Madero hicieron una "corporation" según las leyes de Delaware para así poder maniobrar en los Estados Unidos a fin de recaudar los fondos imaginarios de los más imaginarios petroleros que dizque les ayudaron, vienen a dar al suelo estrepitosamente: todos han señalado y "probado" que Hopkins fué el que hizo las escrituras y tramitó el arreglo. Y Hopkins dice que no es cierto, y lo comprobará cualquiera que se dirija al Congreso de Delaware, al "registrar" de las "corporations" y al Tesorero del Estado citado, que respectivamente son los que tienen que autorizar, inscribir en los registros públicos a las "corporations" o sociedades anónimas, y fijar el capital, forma de exhibirlo, etc. etc. No existió jamás tal compañía. Yo por lo menos no encontré huella alguna de su existencia, en ninguna de esas partes. El abogado Hopkins, que escribe el español ayancado, dice que no hubo concesiones, y que las compañías petroleras citadas han hecho sus operaciones en México merced a "contratos privados," queriendo decir "private contracts," es decir, contratos celebrados con particulares, no con el Gobierno. Así fué.

Los archivos públicos del Gobierno maderista, y los particulares de sus Ministros de Fomento estuvieron a disposición de los huertistas: nada se encontró, ni de público ni de privado, que confirmara la versión de las concesiones, no obstante que la búsqueda fué minuciosa, hecha, puede decirse, con ultramicroscopio de más de 10,000 diámetros.

Los informes del servicio de policía secreta según el "World", están basados en "direct evidence", es decir, en pruebas directas, una de las

cuales es la de que Hopkins era abogado de la Waters Pierce en 1910. Sobre esto se basa todo lo demás del informe policiaco. Hopkins, citando en su apoyo el testimonio del Sr. Isaac Seligman, manifiesta que no conoció a Pierce hasta Junio de 1911, y naturalmente fué después de esa época cuando obtuvo los negocios de este señor, que son los de la Waters Pierce Oil Co. Al mismo Hopkins se le señala como intermediario de la Standard Oil. El niega rotundamente tal intervención, y no ha podido encontrarse ni una sola de las "fabulosas" concesiones soñadas por los policías yanquis.

Ahora bien: durante el Gobierno maderista no había "gastos secretos" en el presupuesto, y éste lo formaba la Cámara, que revisaba después las cuentas. En 1913 no fué la Cámara, sino los huertistas, los que hicieron la revisión, y el Ministro de Hacienda de Huerta, Toribio Esquivel Obregón, no pudo menos que declarar que .....no había encontrado nada objetable!

Lo de la compañía de Delaware recibe un golpe mortal con el hecho de que, según informó el Embajador, y confirmó la policía secreta, se constituyó para salvar los bienes de los Madero de la confiscación decretada por el Gral. Díaz. El Gral. Díaz no decretó ni pensó decretar jamás semejante confiscación, ni lo hizo tampoco ningún Juez o Tribunal, ni ninguna Asamblea Legislativa. Es verdad que el Gral. Díaz trató de arruinar a la familia Madero, —lo que prueba que no estaba en quiebra, como se ha dicho tanto— haciendo que el Lic. José Diego Fernández acusara criminalmente a Gustavo por falta de pago de un crédito enorme que tenía con el Banco Franco-Español, de París, pero como el Lic. Fernández se negó a ello, mientras se encontraba otro abogado más dócil, se pagó la cuenta. Esto no quiere decir que el Gral. Díaz haya decretado el embargo o confis-

cación de los bienes de los Madero. Por lo tanto, es una falsedad de todo a todo lo "investigado" por la policía yanqui, con "pruebas directas" de ese calibre. La policía secreta de los Estados Unidos, me consta que es un nido de rufianes de la peor ralea, por lo que a mí no me ha extrañado que hubieran rendido esos informes, ya que con ellos consideraban que estaban asegurando el empleo y la confianza de sus superiores. Para ello era necesario mentir y mintieron descaradamente.

Esta fué la *ayuda oficial* de los Estados Unidos a la revolución de 1910.

Yo sé que con el siguiente párrafo voy a acabar de provocar las iras de todos los que abominan de la revolución y de Madero, y tal vez habrá alguno que me colme de injurias; pero me he propuesto decir en este libro la verdad, a despecho de tirios y troyanos, y no me van a detener ni el cacareo gallináceo ni los posibles picotazos de una o dos aves de corral.

43.—*Quien pagó la revolución de 1910.*—Antes de que estallara el movimiento revolucionario, existían en México, en las ciudades y las haciendas, muchas armas de fuego, con su correspondiente dotación de parque, que puede calcularse a razón de 200 cartuchos por arma, más o menos. Yo recorrí en 1909 un Distrito de Sinaloa, visitando pueblos y rancherías, y en cada lugar a donde llegaba, a lo primero que me invitaban era a cazar, presentándome armas, porque yo no llevaba, y éstas eran siempre tres o cuatro, por lo general escopetas o 30-30 "Winchester", para que escogiera. Yo me admiraba de lo bien pertrechados que estaban todos los "rancheros", y éstos me decían que así estaban todos en todas partes.

Había además, almacenes que tenían existencias de armas y de parque, de todas marcas y calibres; casquillos vacíos, fulminantes, "postas", y explo-

sivos. Cualquier ranchero, —me consta por haberlo visto— podía rellenar casquillos de escopeta y hacer "tiros" con gran facilidad. En todas las ferreterías les vendían los materiales, importados con permiso del Gral. Díaz y tolerada la venta por él. Esto, que yo observé en Sinaloa, pasaba también en el resto del país.

En Sonora, por ejemplo, donde la amenaza de los yaquis era constante, todo el mundo tenía armas y parque, porque nadie se aventuraba en el campo sin ellas, a riesgo de morir sin defensa. La abundancia de minas hacía que en todas partes hubiera almacenes de explosivos, de "cápsules", de "mechas", etc., que sirvieron para fabricar bombas. En Chihuahua sucedía otro tanto.

Pues bien: de esos almacenes, y de esos ranchos, y de esas casas, y de esas minas salieron los primeros pertrechos, pagados por D. Gustavo A. Madero, en el centro del país. Esto quiere decir que D. Gustavo pagó la mayor parte de los armamentos que se destinaron a Morelos, Puebla, Tlaxcala, Guanajuato, Veracruz y el Distrito Federal. Y los pagó de su personal peculio, obteniendo el dinero mediante negociaciones que hizo con sus amigos cuando no lo tenía listo él en el acto.

Las juntas revolucionarias de los Estados, por medio de contribuciones cubiertas por sus socios, reunieron fondos y compraron otros pocos. Todos los miembros de estas juntas eran mexicanos, y muchos jamás habían salido de México ni hablaban siquiera idiomas extranjeros.

En Chihuahua, pagó las primeras armas D. Abraham González, con dinero que le facilitaba D. Francisco I. Madero, de su propio bolsillo, y con lo que le daban las contribuciones de los socios de los clubes del Estado. Francisco Villa, por ejemplo, contribuyó con monturas, parque y rifles, que tenía adquiridos desde mucho antes de que Díaz se

viera obligado a confesar sus pecados a Creelman.

En Sonora, el bolsillo de D. José M. Maytorena hizo los primeros gastos, y le ayudaron D. Carlos E. Randall, mexicano hasta por el color, aunque su apellido suene a extranjero; D. Eugenio Alvarez Gayou, y creo que D. Benjamín G. Hill.

En Chihuahua también hicieron gastos de esa naturaleza, según me han informado, D. Francisco Olivares y D. Alberto Madero; pero no tengo la seguridad de que así haya sido.

Las armas que se importaron por Nogales, Sonora, las introdujeron mexicanos, que las compraban en Arizona valiéndose de los yaquis, y de los indios pimas, y las pasaban de contrabando en los carros dormitorios del ferrocarril de Sonora. Los conductores eran los que hacían el servicio, y todos eran mexicanos, pues a los yanquis no se les confió nunca una comisión de ese género. Entre los conductores que hacían el tráfico de parque y de armas entonces, estaba nada menos que Rodolfo Fierro, oriundo de Villa Unión, Sinaloa, mexicano por los cuatro costados, muy listo como ferrocarrilero, y que por sus buenas costumbres y aspecto inofensivo no hacía presentir en él al temible bandolero que más tarde conoció con espanto la República. Cuando terminaba su "corrida", en Mazatlán, acostumbraba ir a cenar al Mercado, pues era muy aficionado al sabroso "pollo de la plaza", tan popular en el puerto, y a la cerveza mazatleca, y siempre se le veía bien vestido, era pulcro en su manera de hablar y muy dado a cultivar amistad con las personas que él creía "elevadas" y que se encontraba frecuentemente a bordo. Un día lo descubrieron, en el lado norteamericano de la frontera, al pasar un contrabando, y al llegar a Culiacán abandonó el tren y se unió a los revolucionarios, comenzando allí su tremenda carrera.

En Chihuahua, los introductores de parque y

armas fueron los ferrocarrileros mexicanos, y don Toribio Ortega, enemigo mortal de los yanquis, vecino de Cuchillo Parado, pueblo fronterizo situado sobre el Bravo. Ortega era el Presidente del Club Antireeleccionista de ese lugar, vecino prominente de él y hombre de modestos recursos, que gastó en parte en comprar armas y parque.

Cuando ya comenzaron los combates, cambió la decoración. Fueron otros los que pagaron no solamente el parque, las armas y demás artículos guerreros, sino todos los gastos de los revolucionarios.

En Sinaloa, por ejemplo, horrorícense los señores porfiristas, un activo equipador de revolucionarios fué nada menos que el Gobernador impuesto por Limantour: el mismísimo señor don Diego Redo!!! Y no se crea que el Sr. Redo armaba, y equipaba cualquier cosa. No, señor. Se esmeraba en que fuera la "flor y nata", como corresponde a un buen "aristócrata": el Sr. Redo equipó, vistió, dió de comer, montó en los mejores caballos de que pudo echar mano, y armó con las mejores armas que halló en el Estado de Sinaloa y adyacentes, a Juan Banderas, que fué el principal jefe militar sinaloense durante la revolución maderista!

¿Cómo? Incorporándolo en las fuerzas rurales, lo mismo que a sus compañeros.

Todo el parque que Banderas usó en su primera campaña, hasta apoderarse de Tamazula, lo pagó el Gobierno de Sinaloa, y él lo tomó de su cuartel cuando se fugó en compañía de sus primeros soldados, declarándose rebelde. Es cierto que el Sr. Redo es blanco, tiene los ojos claros y su pelo no es negro, pero está fuera de duda que es mexicano, hijo de padres conocidos, mexicanos ambos. Probablemente su color y su "alzada", pues es blanco y alto, ha hecho que se le confunda con algún yan-

qui; pero con la aclaración que hago, queda establecido que no lo es.

Después, el rico minero don Herculano de la Rocha hizo los gastos, poniendo en pie de guerra a las fuerzas de Banderas, ya aumentadas, y a las suyas propias.

D. Felipe Riveros, hacendado de Angostura, pagó personalmente a sus tropas, y D. Justo Tirado, vió pagar a las de él por la gente de campo de Mazatlán, San Ignacio y Concordia.

El Sr. Gral. D. Porfirio Díaz también contribuyó con fondos del Gobierno federal para el sostenimiento de la revolución, especialmente en Chihuahua, donde los hombres de Orozco, Baca, Salido, Ortega y Madero se apoderaron de lo que había en las oficinas de los pueblos que ocuparon. Los de Sonora también debieron a esa fuente algo de sus ingresos, y todos los revolucionarios, en general, recibieron dinero y mercancías de comerciantes, hacendados, clérigos y demás sostenedores del Gobierno porfirista, a título de préstamos pagaderos "al triunfo de la revolución", al grado de que llegó a ser célebre esta frasecita, estampada al final de todos los recibos que se otorgaron. Yo he visto algunos de ellos, por cantidades no muy despreciables.

De los porfiristas, uno de los más desprendidos fué el Sr. Redo. Este sujeto cubrió con fondos del Estado de Sinaloa los gastos del combate de Culiacán, que sirvió para echarlo del poder que estaba usurpando, y lo hizo por consejos de su "hábil" Secretario de Gobierno, Enrique González Martínez, a propuesta del Ing. Manuel Bonilla, quien todavía se está riendo de ellos. En efecto, cuando al terminar el movimiento militar, en 1911, se presentó el Ing. Bonilla frente a la capital sinaloense, seguido de cerca de 4,000 revolucionarios. Las fuerzas de Banderas e Iturbe no tenían un solo

centavo, y estaban llenas de compromisos por sueldos, pertrechos y provisiones de boca que habían consumido en los ranchos cercanos. El Sr. Redo aceptó la proposición del Sr. Bonilla, de que la Tesorería del Estado les enviara lo necesario, pues de otro modo no podría contar con aquellas fuerzas.....para atacar al mismo Redo y echarlo del Gobierno! González Martínez trataba de que lo hicieran Gobernador, para sustituir a Redo, dándole así un "zancadillazo" muy en consonancia con la nula moralidad del infiel Secretario y anduvo intrigando con Banderas a ese efecto; por lo que no tuvo reparo en "aconsejar" al *señor Gobernador* que diera el dinero. Y así lo hizo éste, enviando algunas partidas, una de las cuales fué de $10,000.00, en pesos de plata. Tres días tardó el Sr. Redo en pagar a las fuerzas revolucionarias todos sus gastos, para dejarlas en condiciones de atacarlo, a él que fué el último reducto del porfirismo. Los documentos relativos se encuentran en la Tesorería General de Sinaloa y fueron publicados en 1911.

Total: que en todo esto no ha aparecido un solo yanqui.

Cuando yo estuve en El Paso, gracias a la amabilidad del Sr. Carranza, que se sirvió desterrarme, admiré en incontables ocasiones una célebre pieza de artillería, que si supiera la fama tan larga que arrastra entre nosotros, ya hubiera reventado de risa. Está, o estaba en esa época, (1915-16) el dicho cañoncejo, en un zócalo, en medio de un pequeño prado triangular que hay o había frente a la casa consistorial. Le llaman los yanquis el "Blue Whistler."

Es una pieza de bronce, de unos tres pies de longitud, por unos dos y medio de altura, montada sobre su cureña y pintada de negro, con barniz barato. Esta venerable reliquia perteneció, según

me contaron algunos, al célebre expedicionario español don Alvaro Núñez Cabeza de Vaca. Otros me dijeron que a quien había pertenecido en realidad había sido a las tropas de Salcedo y Salcido, y un yanqui muy "scholar", ofreció comprobarme que se lo habían quitado al Gral. Filisola los "patriotas" de Texas, acaudillados por Houston, Austin y don Lorenzo de Zavala. Lo cierto es que la piececita en cuestión es de las de mecha, y su calibre será de dos pulgadas a lo sumo. En resumen, un cañón de *espérame tantito*.

Pues bien: una noche, cuando Orozco estaba apretando el cerco a C. Juárez, unos mexicanos y dos o tres yanquis, amigos, según me han contado, de D. Antonio I. Villarreal, que en esos días era coronel de las fuerzas maderistas, lazaron el mamotreto aquel y se lo llevaron arrastrando hacia la orilla del río, pasándolo al lado mexicano, y enviándoselo a Villarreal. Esta fué la *artillería pesada* que importó Madero, y que le obsequiaron los yanquis.

El cañoncito sirvió mucho; tanto, que tres o cuatro días después estaba de vuelta en su zócalo, sin que se le hubiera removido la pintura de la parte interior del tubo, aunque por fuera hubo que darle una retocada, para tapar las desportilladuras que sufrió en su heroica marcha de ida y vuelta, a "Old Mexico".

Un tal Creighton, yanqui, exoficial del ejército, y unos veinte individuos paisanos suyos,—(mezcla de mexicano viejo con mexicano nuevo, es decir, "manitos", "cholos" o "mexicotexanos", que de todas esas maneras los designan por allá)— formaron parte del ejército maderista. Esto es rigurosamente exacto, y cada uno de ellos aportó su rifle, su cartuchera y su parque, así como una buena dosis de dinamita. Nadie los llamó. Cruzaron la frontera por su cuenta y riesgo, formando el

cuerpo de dinamiteros; con excepción de Creighton y dos o tres más que eran rubios, los otros eran más "prietos" que don Benito Juárez. Eran yanquis porque les tocó nacer en Nuevo México, en Texas, o en Arizona, nuestros antiguos territorios; pero llevaban nombres castellanos, hablaban "cholo" o sea castellano corrompido por modismos y acento yanquis, y eran de los "gringos cimarrones" que yo he visto ir a votar en El Paso, para elegir Presidente yanqui, llevando en la solapa un retrato del cura Hidalgo o de Juárez, y en el forro del sombrero una virgen de Guadalupe. Ese era el "ejército filibustero yanqui" de Madero: unos veinte cholos, que entre los 6 u 8000 hombres que formaban las tropas alzadas en Chihuahua, resultan tan ridículos como el *obsequio de la artillería* que le hicieron a la revolución los habitantes de El Paso. Y da risa que gentes que se precian de serias, hayan escandalizado tanto con eso, sin fijarse, por ejemplo, en que ellas contaron como aliado al borrachín Lane Wilson, y descuartizaron el honor nacional con pactos como los de la Embajada yanqui, y con promesas como las que le hicieron a Wilson, y de las que hablo más adelante. D. Porfirio vigilaba a los mexicanos, en esos días, con policía yanqui, en los Estados Unidos, y surtía su ejército como lo han surtido todos: en el extranjero, porque nosotros no tenemos fábricas de armas ni de municiones. Nadie lo ha criticado por ello.

El Lic. Federico González Garza me ha confirmado lo que acerca del General Juan B. Viljoen, boero, me ha referido el Sr. Ing. Manuel Bonilla. Ambos estuvieron en Ciudad Juárez, y les consta que dicho militar solo desempeñó trabajos de carácter consultivo, por más que ofreció sus servicios también para pelear. Hizo un plan de ataque a C. Juárez que no se tomó en cuenta.

El Sr. González Garza dice, además, que estuvo

presente en la junta de generales en que se discutió el plan citado, por Orozco, Blanco y otros.

Al tercer día del ataque a C. Juárez, es decir, el 10 de Mayo, Viljoen fué designado jefe del Estado Mayor de Madero; pero al presentarse ante Orozco, a las 6 de la mañana, para que le entregara el mando, en presencia de Madero, viendo que solo quedaban por tomar unas cuantas posiciones fáciles, manifestó que Orozco podía seguir dirigiendo el combate y que la plaza caería en pocas horas, como en efecto cayó a las 3 de la tarde.

Queda pues, destruido, lo de que Madero reclutó filibusteros, y triunfó con dinero norteamericano, como lo de que recibió armas, soldados, parque y artillería pesada obsequiados por los norteamericanos, y a reserva de examinar detenidamente cual fué la "ayuda moral" que le prestaron los yanquis, paso adelante.

44.—*El Plan de San Luis Potosí.*—En la parte final de este libro se encontrará íntegro el plan revolucionario proclamado en 1910, junto con el manifiesto a la nación, o exposición de motivos que precedió al mismo.

Este plan se confeccionó en vista de los discursos que había pronunciado el Sr. Madero en sus giras de propaganda, y teniendo a la vista los puntos principales del programa de gobierno aprobado por la convención del Tívoli. Es un resumen, pues, de la propaganda antireeleccionista, y en él se encuentran todas las "*famosas promesas*" de Madero, que vamos a analizar en seguida, y que se reducen a lo siguiente: 1°—Derrocamiento de la dictadura porfirista.—2° Libertad de Sufragio. —3° No reelección de los funcionarios públicos, del poder ejecutivo.—4° Revisión de títulos de propiedad, y de las disposiciones y fallos de la Suprema Corte y de los demás Tribunales, así como

de la Sría. de Fomento, en lo referente a la propiedad de la tierra.—5º Como consecuencia de lo anterior, restitución de tierras usurpadas, y fomento de la pequeña propiedad, o mas bién, creación de ésta.—6º Mejorar la administración de Justicia.

No hubo más promesas, ni en los discursos de propaganda, ni en el plan de S. Luis.

Como puede verse por el mismo documento, los revolucionarios de 1910 protestaban únicamente por el atentado electoral, y pedían la renovación de todo el personal del Gobierno que debía emanar del voto, proclamando además los principios de sufragio efectivo y no reelección, esto es, sostenían la necesidad imperiosa de un cambio de personal y de procedimientos políticos, sin dejar de sentir que el pueblo mexicano no podía estar apto para desempeñar las funciones democráticas, porque, como el mismo Madero lo decía en su introducción o exordio al plan de San Luis: "Yo he com-"prendido muy bien que si el pueblo me ha desig-"nado como su candidato a la Presidencia, no es "porque haya tenido la oportunidad de descubrir "en mí las dotes del estadista o del gobernante, "sino la virilidad del patriota resuelto a sacrifi-"carse, si es preciso, con tal de conquistar la liber-"tad y ayudar al pueblo a librarse de la odiosa "tiranía que lo oprime."

Es decir, el pueblo mexicano, durante treinta y tantos años, tiempo suficiente para que naciera, creciera y se multiplicara una generación, no había tenido oportunidad de "descubrir en Madero, —(ni en ninguna otra persona)— las dotes del estadista o del gobernante" y no había tenido esta oportunidad porque el dictador y los hombres que le rodeaban *no habían querido dársela.* Los jefes de la revolución de 1910 no veían que debido a semejantes condiciones, el pueblo estaba comple-

tamente inepto para las funciones democráticas, aunque lo sentían; pero sí comprendían que era necesario ponerlo en aptitud de desempeñar tales funciones, de lo cual el pueblo se mostraba anhelante, y emprendieron la tarea *de enseñarlo a votar*, no en el terreno de la teoría, *sino haciéndolo que votara prácticamente*, después de discutir a sus candidatos. Para esto se necesitaba, en primer término, destruir el Gobierno del Gral Díaz, y en seguida, que los nuevos hombres *se resolvieran a sacrificarse ellos mismos*, como lo hicieron, poniéndose al frente del primer ensayo de democracia.

Los revolucionarios de 1910 estaban tan oprimidos por la incapacidad del pueblo para la democracia, incapacidad de que sólo era culpable el dictador, que para resolver su problema político fijaron en su bandera el principio de la "no reelección", el cual constituye una cortapisa a la soberanía del pueblo.

Para el observador más superficial, esto patentiza que aquellos hombres no debían dejar al pueblo en una libertad absoluta, de la cual sentían que no podría hacer uso por la incapacidad en que para ello lo había colocado el funesto régimen porfirista, mientras no se enseñara a votar, y a discutir a sus candidatos; mientras no se prepararan sujetos que pudieran ejercer el Gobierno, porque entonces no los había en ninguna parte, dado que los componentes del Gobierno dictatorial estaban ya tan decrépitos, que no sabían,—válgame la frase,—ni cómo se llamaban, y fuera del Gobierno nadie había tratado siquiera de descollar.

El problema político era pues, tremendo: erizado de dificultades, lleno de peligros, propenso a todas las más absurdas y enojosas complicaciones.

Los que lo abordaron de manera tan resuelta son dignos de la gratitud nacional y de la más en-

tusiasta admiración, máxime cuando comprendieron desde el primer momento que no sacarían de su empresa ningún provecho personal, sino antes bien, que serían víctimas de ella.

Se ha dicho en todos los tonos que el Sr. Madero y los hombres que con él colaboraron en la Revolución de 1910, prometieron al pueblo "*muchas cosas*" que a la postre se negaron a cumplir. De la lectura del plan de San Luis, se desprende que no hubo tales ofrecimientos, pues como llevo dicho, en este documento solo se hace mención del problema político, del de justicia, y muy ligeramente de lo que después se ha llamado "el problema agrario". No podía ser de otra manera, puesto que, como también lo hemos visto anteriormente, nadie había tenido oportunidad hasta entonces de estudiar a fondo la situación del país. Los hombres de 1910 *vislumbraron* el problema agrario, nunca lo vieron en toda su magnitud, con excepción de Madero y otros dos o tres.

Una buena prueba de ello es la misma redacción del párrafo que en el plan de San Luis hace alusión a dicho asunto, y en el cual sólo se promete la *revisión* de las disposiciones y fallos de los Tribunales y de la Secretaría de Fomento, para proceder a la "*restitución*" de las tierras usurpadas a sus legítimos propietarios, pero no se dice ni una sola palabra de "reparto" de tierras. Entre "restituir" una cosa, y "repartirla", hay una gran diferencia, tanta como la que existe, por ejemplo, entre una bola y un elefante.

CAPITULO VIII.

LA REVOLUCIÓN DE 1910

45.—*Los primeros combates.*—El Lic. José Ives Limantour, jefe del Gabinete porfiriano, disgustado porque el dictador no le consultó muchos puntos referentes a las elecciones, como lo había prometido, y porque no se le quiso escuchar en lo relativo a las relaciones con los Estados Unidos, abandonó el país en unión de su familia, dirigiéndose a Francia, y dando como pretexto que su salud se encontraba muy quebrantada. La salida de Limantour se realizó poco después de las elecciones primarias, es decir, a principios de Julio de 1910, contra todos los deseos de sus amigos, que le instaban para que se quedara a las fiestas del Centenario y le hacían ver que en aquellos momentos su viaje podía ser mal interpretado, en vista de la actitud de Madero. Limantour contestó a todos que estaba muy malo, y que estaba muy disgustado con el Gral. Díaz porque había hecho las elecciones sin dejarlo opinar antes sobre el asunto. Lo más que llegó a prometer, fué que volvería para asistir a la protesta del Presidente, que debería ser otorgada el 1º de Diciembre; pero no cumplió ni tuvo jamás intenciones de cumplir esa promesa.

En París, lugar donde fijó su residencia, hizo las paces con su antiguo enemigo el Gral. Reyes, a

quien se encontró en aquella capital, y dejó que la revolución arrollara a su viejo protector y amigo, el Gral. Díaz, sin volver a su lado ni darle sus consejos. Antes de salir, además, el Sr. Limantour recomendó a cuantos pudo que no persiguieran a los antireeleccionistas, logrando que su recomendación, hecha a instancia de Madero, con cuyos parientes habló al pasar por San Luis, fuera obedecida por algunos.

El Sr. Dehesa, por su parte, no quedó conforme con que se le utilizara como un simple elemento decorativo, y se apartó del Gral. Díaz, volviendo muy desilusionado a Jalapa.

En los últimos meses, algunos habían soplado al oído del inspector de policía del Distrito Federal, la idea de que él debía heredar a su tío don Porfirio en la Presidencia. Como el inspector, don Félix Díaz, es sumamente tonto, creyó fácil el establecimiento de una especie de "democracia hereditaria", disparate que solamente a él se le pudo haber ocurrido. Y como su tío no le hizo caso, se volvió contra él, protegiendo a los revolucionarios.

Mientras esto daba qué hablar en la ciudad de México, a los cortesanos, se habían realizado los hechos que dejo descritos en capítulos precedentes y el día 14 de Noviembre se sublevaba en su pueblo de Cuchillo Parado, Chihuahua, don Toribio Ortega con todos los miembros del Club Antireeleccionista del lugar, saliéndose en són de guerra con dirección al Sur, rumbo a la Sierra de Pegüis.

La rebelión de Ortega fué conocida inmediatamente por el Gobierno; pero con el mayor cuidado se le mantuvo en profundo secreto, con la esperanza de acabar luego con él, y con quienes lo seguían.

46.—*Serdán.*—Don Aquiles Serdán, lo mismo que los demás comisionados que salieron de San Antonio a mediados de Octubre, fueron sentidos al

entrar al país, y se les mantuvo estrechamente vigilados, sobre todo a Serdán y a Bordes Mangel, hasta que lograron despistar a sus perseguidores, desapareciendo para ellos Serdán en un vericueto de los callejones de un barrio de México, y Bordes en algún punto del Norte de Sonora.

Poco trabajo costó volver a dar con la pista de Serdán, encontrada en Puebla por un oficial de gendarmes y seguida por el jefe político, Joaquín Pita.

Serdán trataba de hacerse aparecer como en la Sierra de Puebla; pero la policía lo localizó en su residencia, donde estaba haciendo bombas de dinamita con cajas de lata vacías, y con las perillas de las camas. Además tenía armas y cartuchos, y seguía comprándolos en las tiendas y casas de préstamos, llevándolos en la noche a su casa.

La llegada de Serdán a México dió la clave de la conspiración que se tramaba allá, y poco después de la muerte de éste en Puebla, ingresaron a la 8ª Comisaría D. Gustavo A. Madero, Abel Serratos, Francisco Cosío Robelo, José Vasconcelos, y el Ing. Robles Domínguez, junto con dos generales del ejército federal, descubriéndose que un regimiento estacionado en Tacubaya estaba comprometido para sublevarse, así como estudiantes de la escuela Nacional de Minería, que lograron huir, no así los oficiales de Tacubaya, a quienes costó cara su aventura.

D. Gustavo Madero pudo salir libre bajo fianza, y en el acto se fugó rumbo a los Estados Unidos, perdiendo su caución, y uniéndose con su hermano Francisco.

Aunque el 20 de Noviembre era la fecha fijada en el plan de San Luis, para que en toda la República se iniciara el movimiento armado contra el Gobierno del Gral. Díaz, lo imprevisto precipitó los

acontecimientos, al ordenarse el 18 que fuera aprehendido en Puebla el Sr. Serdán.

El jefe de la policía de aquella ciudad, don Miguel Cabrera, fué el encargado de cumplimentar la orden, pero al penetrar a la casa de Serdán a las 8 de la mañana, fué muerto a balazos. Se envió en seguida a toda la policía de Puebla, al Batallón Zaragoza y al 1er. Regimiento de Caballería, a las órdenes del coronel Gaudencio de la Llave, a que tomaran por asalto la casa del héroe, donde éste en compañía de su hermano don Máximo, y el Sr. Manuel Paz y Puente y ayudado valientemente por su esposa y sus hermanas, sostuvieron un tremendo combate, ante el azoramiento de los habitantes de la ciudad que estupefactos oían el tiroteo. El combate concluyó con la entrada de los gobiernistas a la casa, situada en el entonces callejón de Santa Teresa, y con la muerte de Serdán, a quien se encontró en un sótano de la misma, quince horas después, y se le asesinó por el oficial de gendarmes Porfirio Pérez, exhibiéndose su cadáver en el palacio del Estado.

Los partidarios del antireeleccionismo en la capital poblana habían ofrecido a Serdán que lo secundarían en su rebelión, y este confió demasiado en su promesa, que al fin no cumplieron, dejándolo morir completamente abandonado.

La noticia cundió por el país con una velocidad enorme, y en todas partes se hizo notar la simpatía del pueblo por la revolución.

La conducta heroica de Serdán y su familia, la actitud infame de las autoridades de Puebla al ultrajar el cadáver, las injurias de que se le colmó, después de muerto, por todos los aduladores del déspota y el deseo grandísimo que había en todo México de que éste fuera arrojado del poder cuanto antes, hicieron que la figura de Serdán cobrara inmediatamente un enorme prestigio, llamándose-

le por todos el primer mártir de la revolución. Yo ya he demostrado que no lo fué; pero sí fué el primero y el más distinguido de los héroes de esa guerra, y como tal es acreedor a la veneración y al respeto de los mexicanos todos.

Su obra como revolucionario es de un mérito inatacable, reconocido aun por sus mismos enemigos de 1910; y su valor, su arrojo que rayó en temeridad, recuerdan el arrojo y el valor de los héroes de las epopeyas antiguas.

Serdán fué también un mártir, porque desafió a la muerte y se entregó a ella, en defensa de su ideal político, seguro de que laboraba por el bien de su patria, y de que su sangre habría de ser fructífera en provechos para los demás. Por ello, como héroe y como mártir lo ha consagrado la historia.

47.—*En el Norte.*—En Chihuahua, el 20 de Noviembre se presentó frente a Temósachic don José de la Luz Blanco, agricultor de la región, a la cabeza de un grupo armado, intimando la entrega de la plaza, en nombre de la revolución. El Presidente Municipal se resistió, y en el combate consecuente salieron derrotados los sublevados, los cuales volvieron a atacar el día 30, tomando el lugar.

En otros puntos, Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Francisco Villa, Luis Moya, José Inés Salazar y otros muchos secundaban la rebelión. El día 21 se libró el primer combate de C. Guerrero y luego se estableció el sitio, en el cual salieron derrotados los gobiernistas, ocupando la plaza las fuerzas del pueblo que inmolaron al jefe político Urbano Zea, al Juez Martín Norman y al inspector de correos Manuel Patiño Suárez, así como a otras personas.

El mismo día 21 estalló otra sublevación en Parral, encabezada por don Guillermo Baca, quien evacuó la plaza el día 22, dirigiéndose a la Sierra

de Santa Bárbara, rumbo a Batopilas, donde tuvo numerosos encuentros con el coronel Reynaldo Díaz. El día 27 don Epifanio Costa y Pascual Orozco libraron el combate de Pedernales, en el que salieron triunfantes, y el del cerro de Tecolotes, donde fueron derrotados. Ese mismo día se presentaron frente a Chihuahua Máximo Castillo, Villa, Santos Estrada, Guadalupe Gardea y un jefe de apellido Durán, con gente que habían organizado en San Andrés, pero fueron desastrosamente derrotados, sálvándose merced a un hábil movimiento de Villa, —quien se titulaba coronel— y quien logró penetrar hasta las primeras casas de Chihuahua, por la Avenida Ocampo. Estas fuerzas se refugiaron en la Sierra Azul.

Mientras tanto, el jefe de la zona, Gral. Manuel M. Plata, había pedido al Secretario de la Guerra el envío de 10,000 soldados, pero en su lugar le enviaron su destitución, pues todavía aquellos pobres viejitos no querían creer que la nación se sublevaba contra ellos. En lugar del Gral. Plata se nombró al Gral. Juan Hernández, conocedor del Estado, por haber hecho alguna campaña anterior en él. A este jefe, que confirmó lo asegurado por Plata, sí le creyeron, y pusieron a su disposición ocho batallones de infantería, 7 regimientos de caballería, y seis fracciones de otros tantos cuerpos de ambas armas, así como artillería.

A principios de Diciembre, se efectuó el combate de San Andrés, muriendo en él el Teniente Coronel Yépez. El 11, reunidos los derrotados de Chihuahua con los vencedores de C. Guerrero, y Temósachic, dieron la batalla de Cerro Prieto, dirigida por D. Francisco Salido, quien murió en el combate. La batalla fué un buen éxito para los federales, mandados por el brigadier Juan J. Navarro, y los rebeldes se retiraron a la Hacienda de la Capilla, protegidos por Pascual Orozco, quien vino a

auxiliarlos. El Gral. Navarro mandó fusilar a todos sus prisioneros y a varios vecinos del poblado, por creerlos amigos de los sublevados. Orozco, a la muerte de Salido, asumió el mando de la rebelión en Chihuahua, como general en jefe, y en seguida reorganizó las fuerzas como pudo, mandando levantar la vía del ferrocarril, para detener a los soldados federales que en su persecución iban desde Chihuahua. La vía quedó cortada en el cañón de Mal Paso, y allí esperaron las fuerzas, mandadas por don José de la Luz Blanco, a que se aproximara el tren militar en que viajaba el 6º Batallón, haciendo una gran matanza al detenerse el convoy, sobre el cual cayeron por sorpresa. El coronel don Martín L. Guzmán y el capitán Vito Alessio Robles que conducía el tren como maquinista, salieron gravemente heridos, muriendo el primero en Chihuahua poco después. La expedición se retiró a dicha ciudad, completamente derrotada, sin jefes, con la oficialidad diezmada y con la moral por los suelos. Este desastre hizo que el pánico llegara a su colmo.

Don Abraham González cruzó la frontera y se juntó con Toribio Ortega en los primeros días de Diciembre en el Barranco de Guadalupe, abajo del Saucito, llevando como segundo a D. Perfecto Lomelí, nombrado coronel, y quien tomó el mando militar, encabezando la columna reclutada por Ortega. Allí se dió a reconocer como Gobernador revolucionario de Chihuahua.

El 11 de Diciembre se batieron estas fuerzas con las del Coronel porfiriano Alberto Dorantes, en el Rancho de Venegas, retirándose los revolucionarios al Mulato, por orden del Gobernador González, por haberse agotado el parque. En El Mulato, lograron pasar 4,000 cartuchos, que gastaron allí mismo el 18, fecha en que los alcanzó otra vez Dorantes. Este salió derrotado, perdiendo pertre-

chos en buena cantidad, que sirvieron para equipar a los alzados.

Después del triunfo, D. Abraham y el Coronel Lomelí pasaron a los Estados Unidos para ir a El Paso a unirse con el Sr. Madero y acompañarlo a territorio mexicano, dejando el mando de las tropas del Mulato a los señores Ortega y José de la Luz Soto, coroneles ambos. Este último fué dado de baja poco después, por su conducta desordenada, pero más tarde lo rehabilitó Madero, a cuyo lado apareció otra vez como Coronel.

D. José de la Cruz Sánchez, vecino de Maraijoma y hombre de prestigio en las rancherías vecinas, se sublevó en dicho rancho y unido a Ortega, marchó sobre Coyame, pueblo fronterizo que atacaron con 200 hombres el 11 de Enero de 1911, teniendo que retroceder a Cuchillo Parado, al sentir la aproximación del Coronel Gonzalo Luque, quien salió a perseguirlos al frente de 1,000 hombres.

El 15 Febrero fueron batidos y casi dispersados en Cuesta del Gato, teniendo que replegarse a El Mulato, donde los atacó el Coronel Luque, quien fué increíblemente derrotado después de dos días de combate, huyendo hacia Ojinaga.

Mientras tanto, el jefe de la revolución, don Francisco I. Madero, había cruzado la frontera el 20 de Noviembre, pero no encontrando a sus partidarios, por haber entrado por el Estado de Coahuila, permaneció en el rancho de "El Indio" hasta Diciembre, fecha en que volvió a los Estados Unidos, para dirigirse a Yucatán, donde el Lic. Pino Suárez contaba con valiosos elementos para el combate. Sin embargo, la vigilancia de las autoridades americanas le impidió embarcarse en Nueva Orleans, donde estuvo oculto, hasta que, a punto de ser descubierto, pasó a Dallas, Texas, y de allí a El Paso, Texas, cruzando nuevamente la frontera para internarse en Chihuahua, el 9 de

Febrero de 1911, acompañado por 9 personas: don Abraham González, el coronel José de la Luz Soto, Juan Dozal, el italiano José Garibaldi, Raúl Madero, Eduardo Hay, Roque González Garza y los capitanes Aguilar y Morales. La presencia del jefe principal en Chihuahua hizo crecer el entusiasmo entre los sublevados, cuyas filas aumentaban diariamente, y a principios de Marzo ascendían a algunos miles de hombres, mandados por Blanco, José de la Luz Soto, Orozco, el Ing. Eduardo Hay, Garibaldi, Raúl Madero, Roque González Garza, Villa, Emilio Campa, Salazar, Caraveo y otros muchos.

El cuartel general de la revolución estuvo siempre en México; pero en los Estados Unidos se establecieron oficinas, quedando el Lic. Federico González Garza como Secretario General de la Revolución en Eagle Pass, Texas, primero, con instrucciones de dar a conocer a los Gobiernos de Europa y América la caída de Piedras Negras, que esperaba tomar el Sr. Madero cuando pasó al "Indio"; pero fracasado el golpe, se trasladó a El Paso, y entonces se le nombró Secretario General del Gobierno Provisional, encargándose de servir de intermediario entre los que combatían en México y los civiles que estaban diseminados en poblaciones del extranjero; de organizar varias expediciones como las que fueron sobre Ojinaga y Agua Prieta—encabezadas por el Coronel Villareal ambas—; nombrar toda clase de agentes y suministrar víveres y pertrechos a las tropas. (1)

El Dr. Vázquez Gómez no aceptó ni aprobó la revolución, cuando recién llegó a San Antonio, Texas, procedente de su escondite de México, en

(1).—Como el Sr. González Garza es rubio, tal vez lo tomaron por yanqui los porfiristas y más se aferraron a su idea de que los yanquis eran los que aprovisionaban a los revolucionarios. Piadosamente, yo quiero creerlo así.

unión de su hermano Emilio, y aun se negó a tratar con los revolucionarios, a quienes se mostraba enteramente inaccesible.

En vista de la actitud del Sr. Vázquez Gómez, que tantísimo influyó después su fortuna política, don Gustavo A. Madero fué nombrado agente diplomático y financiero de la revolución en Washington, teniendo como secretario a D. Juan Sánchez Azcona, quien fué reducido a prisión por las autoridades federales yanquis, pero logró salir en libertad cincuenta días después. Como consejero de D. Gustavo figuraba D. Ernesto Fernández Arteaga, y después figuró como secretario de la agencia don José Vasconcelos.

No fué sino hasta Marzo de 1911, más o menos, cuando el doctor Vázquez Gómez consintió en ser revolucionario, encargándose de la agencia confidencial en Washington, después de una conferencia con D. Gustavo, a la cual concurrió el Sr. Sánchez Azcona. El Dr. Vázquez Gómez daba como pretexto para su actitud, el hecho cierto de que no se le mandó consultar a su escondite si sería bueno levantarse en armas o dejar las cosas como estaban. El pretexto, dadas las circunstancias, me parece, como a todos los que en aquellos días lo conocieron, enteramente fútil, y más bien creo que el doctor no tenía fe en el buen éxito de la revolución, y siendo amigo de la familia del dictador, no deseaba quizás mezclarse en aquella. Parece que una carta que el Lic. Limantour le escribió, creyéndolo revolucionario, y la cual sirvió de base, según dicen, a la célebre y misteriosa entrevista de Nueva York, fué, más que las razones de don Gustavo y Sánchez Azcona, lo que lo inclinó a ser revolucionario. Yo, sin embargo no puedo afirmar esto porque existen muchas contradicciones, y el doctor y el Sr. Limantour siempre se han negado a hablar sobre ese punto.

El Sr. Madero se puso a la cabeza de la columna mandada en jefe por Blanco, y llevando como segundos a Hay, González Garza, Flores Alatorre y Garibaldi, dirigiéndose a Casas Grandes, a donde llegaron el 5 de Marzo, iniciando el ataque contra el coronel Agustín Valdés, que la defendía. Repentinamente se presentó el 6º Batallón y una fuerza de artillería, a las órdenes de los coroneles Samuel García Cuéllar, exjefe del Estado Mayor del Presidente Díaz y Rafael Eguía Liz, sorprendiendo la retaguardia de los rebeldes y poniendo en fuga a los hombres de José de la Luz Soto, que pronto fueron imitados por los demás. El Sr. Madero estuvo a punto de ser capturado, salvándose gracias al oportuno auxilio que le prestó el jefe Máximo Castillo, pero salió herido de un balazo en la mano derecha. El coronel García Cuéllar también salió herido, perdiendo una mano, lo que impidió la persecución de los sublevados, que en desorden se retiraron rumbo a la Hacienda de San Diego, por Madera.

Durante todo ese tiempo, la campaña había estado siendo dirigida personalmente por el Gral. Díaz. desde su despacho de la Presidencia. El Ejército no tenía Estado Mayor, y el Ministro de la Guerra, Gral. González Cosío, no conocía el terreno ni tenía dotes militares. Además, la enorme distancia hacía que las órdenes resultaran confusas o extemporáneas, y poco después, el Gral. Díaz, enfermo, abandonó la empresa en manos de su hijo, quien no era militar tampoco, aunque ostentaba el grado de Teniente Coronel. El desastre no se hizo esperar mucho tiempo.

Después del combate de Casas Grandes, los rebeldes mandados por Pascual Orozco lograron mantener incomunicada a C. Juárez, y por instrucciones de Madero amagaron esta población y la de Ojinaga, situadas ambas en la frontera.

El Gral. Luque fué sitiado en Ojinaga el 10 de Marzo, por las fuerzas de Ortega, y Sánchez, con las de Jesús Carranza, Emilio Salinas, Cayetano Trejo y Cesáreo Castro, que llegaron de Coahuila, y por las de D. Severiano Muñoz, que venía completamente derrotado desde Villa Aldama.

Como el sitio,—una de las acciones de armas más importantes de la revolución de 1910,— se prolongaba demasiado, el Sr. Madero mandó al coronel Antonio I. Villarreal con 300 hombres en auxilio de los sitiadores, llegando esta columna a su destino el 9 de Abril, después de haber caminado victoriosamente desde S. Ignacio, cerca de C. Juárez, por toda la orilla del Bravo.

A su vez, el Gobierno porfirista mandó en auxilio de Luque al general Gordillo Escudero. El coronel Dorantes había entrado también a Ojinaga, encerrándose con Luque.

Al saberse la noticia de la expedición de Gordillo, Villarreal destacó a los coroneles Ortega y Sánchez para que lo detuvieran en Cuesta del Gato, pero tanto allí como en Palo Blanco, que fué donde respectivamente lo tirotearon, el 3 de Mayo, salieron derrotados los revolucionarios, teniendo que dispersarse, y viéndose obligado el coronel Villarreal a levantar el sitio y a retirarse hacia C. Camargo, sin ser perseguido.

El Gobernador porfirista de Chihuahua Alberto Terrazas fué sustituido a poco por el coronel Miguel Ahumada, y el Gral. Hernández por el Gral. Lauro Villar, quien se hallaba en Laredo

48.—*Cunde la guerra.*—En otros Estados, como Sonora, Sinaloa, Zacatecas, Durango, Michoacán, Guerrero, Veracruz, Morelos, Guanajuato y Puebla, habían aparecido también partidas de rebeldes, siendo bastante notables las de Zacatecas, Sinaloa y Morelos, acaudilladas estas últimas por

el labriego Emiliano Zapata y los hermanos Figueroa.

En Sinaloa, a fines de Marzo, desertó el "rural" Juan M. Banderas, con varios compañeros, dirigiéndose a la Sierra Madre, donde se reunió con don Herculano de la Rocha y otros serranos que se habían alzado, apoderándose de Tamazula, y amenazando el mineral de Topia, en Durango. Al mismo tiempo Ramón F. Iturbe, dependiente de comercio, salió de Culiacán al frente de otro grupo que bien pronto se hizo respetable, y en persecución de ambos el teniente coronel Luis G. Morelos, quien al frente de cerca de 700 hombres y una sección de ametralladoras, derrotó a Iturbe en un punto llamado el Limón. Morelos se replegó a Culiacán, e Iturbe, reorganizándose, avanzó sobre Cosalá, población de alguna importancia, la cual tomó, derrotando al jefe federal Claro Molina. El coronel Morelos volvió a salir, rumbo a la Sierra, tomando Tamazula después de dispersar a Banderas. Las fuerzas del Sr. Morelos mancharon su victoria saqueando el poblado, profanando la iglesia y fusilando a varios inocentes, lo que le concitó un odio tremendo de parte de los serranos, indignados por el fusilamiento de sus "santos", hecho en plena Cuaresma, y por la violación de sus mujeres.

Morelos regresó poco después a Culiacán, que estaba ya amenazado nuevamente por Iturbe. En los Distritos del Norte don J. M. Ochoa, Fortunato Heredia, don Felipe Riveros y otros alzaban nuevos grupos rebeldes. En el Sur don Justo Tirado amenazaba a Mazatlán, poniéndole sitio poco después sin que pudiera desalojarlo de sus posiciones el cañoneo metódico del "Tampico" ni el esfuerzo de los soldados que guarnecían la plaza, mandados por el coronel Moreno.

En Sonora, Manuel M. Diéguez, antiguo barre-

tero de las minas de Cananea, los hermanos Talamantes, Benjamín G. Hill, el profesor Salvador Alvarado, Juan Cabral y otros proclamaban igualmente la rebelión, librando combates que, como el de la Dura, fueron desastrosos para los gobiernistas. En Veracruz Cándido Aguilar y Gabriel Gavira; el Prof. Cándido Navarro y Gabriel Hernández en el Bajío, Vicario en Guerrero, Luis Moya en Zacatecas, por todos lados hostilizaban a las fuerzas federales, haciendo comprender al dictador que la nación no estaba satisfecha con sus procedimientos ni con su persona. El Gobierno porfirista suspendió las garantías el 16 de Marzo, dando la primera prueba de su gran debilidad.

49.—*El principio del fin.*—El 19 de Marzo de 1911 regresó a México, procedente de Europa, el Ministro Limantour, después de conferenciar en Nueva York con el Dr. Vázquez Gómez, agente de la revolución, sin que hasta hoy se haya sabido qué fué lo que en esas conferencias se trató. Después de un Consejo extraordinario de Ministros, el 24 de Marzo renunció en masa el Gabinete, quedando formado el nuevo Consejo el 28, en la forma siguiente:

Relaciones Exteriores: Lic. Francisco L. de la Barra. Gobernación, vacante. Justicia, Lic. Demetrio Sodi. Instrucción Pública, Lic. Jorge Vera Estañol. Fomento, Ing. Manuel Marroquín y Rivera. Comunicaciones, Ing. Norberto Domínguez, Guerra el mismo Gral. González Cosío, y Hacienda el Lic. Limantour, con la jefatura del Gabinete.

El primero de los mencionados señores era el Embajador en Washington, desconocido en México, y desconocedor de sus asuntos interiores por haber vivido fuera de él por cerca de 16 años. El segundo era Magistrado de la Suprema Corte, y gran amigo y paisano del Gral. Díaz. El Lic. Vera gozaba de cierta fama como buen litigante en

asuntos de carácter mercantil. Era socio de D. Manuel Calero, y según se dice, este señor fué quien lo indicó para el puesto. El Sr. Marroquín era un técnico notable, muy estudioso, pero desconocido en la política, en la cual no tenía personalidad. El Ing. Domínguez fué muy mal recibido, porque se le acusaba de estar violando la correspondencia valiéndose de su puesto de Director General de Correos. Este hecho quedó plenamente comprobado, y hasta una caseta especial había mandado construir en la azotea del edificio de Correos, para dedicarse a sus delictuosas operaciones. El Gral. González Cosío iba a ser sustituido por el Gral. Reyes, según el compromiso hecho con éste por Limantour, pero el Gral. Díaz que era su gran amigo y lo estimaba mucho, lo conservó a pesar de sus ningunas dotes militares.

Al llegar el Lic. Limantour a México, sus amigos organizaron en su honor una gran recepción, vitoreándolo en las calles y dirigiéndole entusiastas discursos, pues lo consideraban el salvador del Gobierno. Sin embargo, la contestación del Sr. Limantour fué de lo más inesperado: se apartó de sus amigos, les hizo comprender que no heredarían al dictador mientras él pudiera evitarlo, y finalmente hizo renunciar al antiguo Gabinete y formó el que acabo de mencionar, dentro del cual no se encontraba ningún elemento científico. El Sr. Limantour después de su entrevista con Vázquez Gómez, aparecía, ante sus amigos, como revolucionario!

La cartera de Gobernación, que Limantour había dejado vacante al formar el nuevo Consejo, fué llenada por el Lic. Vera Estañol, pocos días después, a fin de poder tratar directamente con los revolucionarios.

Los primeros acuerdos del nuevo Gabinete fueron mandar llamar al Gral. Bernardo Reyes, desterra-

do en París en esa época, para encargarlo de la campaña contra la rebelión, y proclamar el principio de la no reelección, cuya adopción como parte integrante de la Constitución pidió el propio Gral. Díaz al presentarse al Congreso, el 1º de Abril, con sus nuevos Ministros, creyendo Limantour que así quitaba su bandera a los revolucionarios, pero tales medidas diéronles mayores alientos y la opinión pública las vió como muestra de la debilidad del Gobierno, creciendo sus demandas.

El 6 de Abril se dió licencia a Corral para salir del país, por enfermedad, y poco después de esto, Pascual Orozco amenazó Chihuahua, moviéndose por el rumbo de Bustillos, y haciendo que el grueso de las fuerzas federales se reconcentraran en la capital del Estado. Entonces avanzó rápidamente por Madera, y apareció al Suroeste de Ciudad Juárez, donde se le fueron reuniendo nuevos contingentes, de manera que al principiar Mayo, la plaza fronteriza estaba materialmente cercada. Con las fuerzas de Orozco marchaba el Sr. Madero, quien se les había unido en Galeana, poco después del desastre de Casas Grandes. El Sr. Madero, de acuerdo con el plan de San Luis, había asumido la Presidencia provisional de la República.

Mientras Orozco maniobraba sobre C. Juárez, y el resto de la República iba poblándose de partidas de sublevados, el Congreso porfirista discutía la reforma de la no reelección, en alegatos enteramente personalistas, y acababa por aprobarla el 25 de Abril, al mismo tiempo que el jefe del nuevo Gabinete, el mismo Lic. Limantour que había dirigido al anterior, entablaba pláticas con los jefes de la rebelión, para pedirles—oh torpeza!—que se retiraran de la lucha, enviando a los Sres. Oscar Braniff y Lic. Toribio Esquivel Obregón a El Paso, Texas, con tal objeto. El Dr. Vázquez Gómez, enviado por los rebeldes para tratar con ellos, se negó a

hacerlo porque los representantes del Gobierno no llevaban credenciales.

En esos días, Henry Lane Wilson, "autoritate propria" comenzó a inmiscuirse en la cuestión, amenazando con que se realizaría la intervención armada por su nación si las hostilidades no cesaban.

El Lic. Limantour se asustó con las impertinencias del borrachín, y comisionó al Lic. Rafael L. Hernández, y al padre del Sr. Madero, para que fueran a proponerle a éste nuevamente la paz. El Dr. Vázquez Gómez insistió en que no trataría la revolución sino con un enviado debidamente acreditado del Gobierno. Entonces se nombró al Lic. Francisco S. Carbajal, magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, dándosele credenciales en forma.

Se entablaron las negociaciones, en las cuales intervinieron, de parte del Gobierno, el Lic. Carbajal, y por los rebeldes, el Sr. Francisco Madero Sr., el Dr. Vázquez Gómez y el Lic. Pino Suárez. Como éstos pidieran la renuncia del Gral. Díaz, el dictador mandó suspender las pláticas y lanzó un manifiesto a la nación, explicando su conducta.

Esta actitud de Díaz hizo que el Sr. Madero resolviera levantar el campo e intensificar la campaña, para lo cual decidió que D. Venustiano Carranza fuera a buscar más gente a Coahuila, D. Manuel Bonilla y D. José M. Maytorena a Sonora y Sinaloa, D. J. Guadalupe González a Zacatecas, etc., mientras que él se encaminaría hacia el Sur, rumbo a México.

El 7 de Mayo en la noche, cerca de las once, partieron Madero, González Garza (Federico), Urquidi, Sánchez Azcona y otros, rumbo al Sur; pero cuando ya iba a salir el Ing. Bonilla, se recibió la noticia de que el dictador siempre accedía a renunciar. Envióse inmediatamente un "propio" a alcanzar a Madero, y éste se devolvió, prestándose

de muy buena gana a reanudar las suspendidas conferencias.

50.—*Ciudad Juárez.*—Las fuerzas rebeldes que rodeaban mientras tanto a C. Juárez, habían pactado un armisticio con el jefe federal, Gral. Juan J. Navarro, pero al día siguiente los soldados del coronel Francisco Villa, de las fuerzas sublevadas, se lanzaron intempestivamente sobre la plaza, sin previa orden. El combate se generalizó pronto, y sin que pudiera nadie evitarlo, el 10 de Mayo entraron a la plaza los rebeldes, cayendo prisionero el Gral. Navarro, cuya cabeza pedían éstos, pero Madero personalmente, lo puso en salvo.

La caída de la plaza, importante para los rebeldes, puesto que les dejaba libre el acceso a la frontera yanqui, en donde contaban con grandes simpatías tanto entre el pueblo como entre las autoridades locales, no era un golpe mortal para el porfirismo. Esta acción no fué la que determinó en sí, su caída definitiva, según parece.

El Sr. Madero estableció sus oficinas en el edificio de la Aduana Fronteriza, y allí acudió nuevamente el enviado del Gobierno, Lic. Carbajal, concertando otro armisticio que debería terminar el 22 de Mayo, para seguir discutiendo entre tanto las condiciones de la paz.

51.—*La primera traición.*—Las primeras disposiciones del vencedor fueron nombrar comandante militar el propio día 10, al Sr. J. Guadalupe González, y organizar su Gabinete, el 11, en la siguiente forma: Relaciones, Dr. Francisco Vázquez Gómez, Gobernación, Federico González Garza; Justicia, Lic. J. M. Pino Suárez; Hacienda, Gustavo A. Madero; Comunicaciones, Ing. Manuel Bonilla, y Guerra, Venustiano Carranza.

Este último nombramiento cayó pésimamente en todas partes: don Venustiano se había estado en El Paso, cómodamente instalado en el Hotel

Sheldon, en calidad de civil, a la hora del combate, y a la del triunfo, resultaba Ministro de la Guerra.

Advirtieron este disgusto Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón y sin el acuerdo, según se cree, de Limantour, intentaron el último recurso para quitar su bandera a los revolucionarios. Consideraban que, si no se habían rendido al aceptar el Gobierno dictatorial la no reelección, se debía a que eran personalistas, y que, eliminando a Madero en la forma en que trataron de hacerlo, mataban todo el movimiento.

Al efecto, Braniff, según lo relató Orozco mismo al Sr. Madero, habló con aquel en el Hotel Sheldon, a la siguiente tarde del triunfo, y le dijo que no debían permitir ellos, los que peleaban, y sobre todo Orozco, a cuya inteligencia y valor se debía el buen éxito alcanzado, que aquellos señores *de saco* que nada habían hecho y que vivían como príncipes, con espléndidos sueldos, (!) se llevaran lo mejor a la hora de la victoria. Orozco no entendió bien al principio, pero Braniff le explicó todo con gran claridad: debía pedir el cese de Carranza como Ministro de la Guerra, la expulsión de los demás Ministros, y su nombramiento en lugar de aquel. Si Madero se negaba —como era natural que lo hiciera— Orozco podría ponerlo prisionero y fusilarlo o desterrarlo. No se resolvía éste a intentar la traición, pero Braniff le recordó el asunto de la libertad del Gral. Navarro, y eso decidió todo.

El día 13 de Mayo, al presentarse en la Jefatura Política el jefe de la revolución, salió a recibirlo el coronel Villa acompañado de varios soldados, y lo aprehendió, por orden de Orozco, internándolo en el edificio en compañía de algunos de sus ministros. Las fuerzas de Orozco se encontraban en frente, montadas y armadas, y otras quedaron tendidas en la calle del Comercio. Madero fué aprehendido

en el momento de bajar de un coche, en unión de Garibaldi y de don Abraham González, a eso de las 10 de la mañana.

Una vez presos, se presentó Orozco manifestando que a él se debía el triunfo de la revolución, y pretendiendo que se le diera el mando supremo. El Sr. Madero le hizo ver lo impolítico de su actitud, y entonces Orozco pidió que se le nombrara Ministro de la Guerra, protestando en términos duros contra el nombramiento de don Venustiano Carranza, en lo cual fué secundado por Villa. Como no se accediera a su pretensión, amenazó al Sr. Madero con deponerlo por la fuerza; pero éste, hábilmente, propuso al insubordinado cabecilla que sometiera el punto a la consideración de la tropa. Entonces subieron todos a las azoteas, y desde allí el Sr. Madero arengó a los soldados, quienes unánimemente lo vitorearon, dándose Orozco por vencido, y quedando los prisioneros en libertad.

Fracasado este burdo golpe de mano por la cobardía de los instigadores de Orozco y por la torpeza de éste, no hubo más remedio que continuar las negociaciones firmándose el 21 de Mayo el convenio que se conoce como Tratado de C. Juárez, cuyo texto es el siguiente:

"En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de Mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana Fronteriza los señores licenciado Francisco S. Carbajal, representante del Gobierno del señor general don Porfirio Díaz; don Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero, senior, y licenciado don José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la Revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional, y considerando:

I.—Que el señor general Porfirio Díaz ha mani-

festado su resolución de renunciar la Presidencia de la República, antes de que termine el mes en curso.

II.—Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo.

III.—Que por ministerio de la Ley, el señor licenciado don Francisco L. de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor general Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación, y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución.

IV.—Que el nuevo Gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad, para satisfacerla en cada Estado dentro del orden constitucional, y acordará lo conducente a las indemnizaciones por los perjuicios causados directamente por la Revolución;

Las dos partes representadas en esta conferencia, han acordado formalizar el presente convenio:

UNICA:—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del general Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas, a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden públicos.

Transitorio:—Se procederá desde luego a la reconstrucción y reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

El presente convenio se firma por duplicado."

f.—Francisco S. Carbajal.—f.—Francisco Vázquez Gómez.—f—Francisco Madero (Sr.)—f—José María Pino Suárez.—Rúbricas."

CAPITULO IX.

LA CAÍDA DEL DICTADOR.

52.—*El tratado de C. Juárez.*—Cualquiera puede apreciar, por la simple lectura del pacto de C. Juárez, que nada indecoroso para la revolución se estipuló en él. No se trata allí más que de las renuncias de D. Porfirio Díaz y de D. Ramón Corral, así como del licenciamiento de las fuerzas revolucionarias y la aceptación, por los revolucionarios, de la legalidad del Gobierno porfirista; pero a base de la eliminación de D. Porfirio, y amigos, que es como reconocer la dulzura del vinagre a base de que éste sea azúcar.

El Sr. Limantour ha sido rudamente atacado por sus amigos de otras épocas, que han llegado a llamarlo traidor; pero como basan esos ataques precisamente en las negociaciones que celebró con la revolución, y que determinaron la consumación de su triunfo militar, esos ataques son falsos de la base.

En efecto, el Sr. Limantour cuando regresó de Europa rompió lanzas con sus viejos amigos los científicos, y apareció ante ellos como revolucionario. Esta medida del Sr. Limantour revela la clase político que era: ínfima.

Creyó que con ir a la Cámara, después de rejuvenecer el Gabinete unos diez años, más o menos, y pedir que se incorporase en la Constitución lo

que pedían los revolucionarios, en materia política, todo estaba arreglado y se les permitiría a él y al Gral. Díaz terminar sus seis nuevos años de poder. El viejo programa de 1892 volvió a su mente; pero en esta vez trataría de que le ayudaran a llevarlo a la práctica los hombres nuevos, los que estaban surgiendo con las armas en la mano, y que eran quienes, para sus intereses de clase, cuya defensa era su punto de vista principal, si no único, podían constituir un peligro. Estaba convencido de que sus antiguos amigos eran una colección de gente abyecta, incapaz de protestar aunque la convirtieran en escupidera, como lo había hecho ya el tirano en 1892, y por eso no vió ningún peligro en despedirlos, para aliarse con los que "no se dejaban"; pero siempre con la mira de convertir a estos últimos en servidores y sostenedores de los intereses que él representaba, con lo cual favorecía a sus viejos amigos, compensándoles de ese modo el desaire.

La maniobra era tontísima, pues bastaba leer el plan de S. Luis, para ver que detrás de la reforma política venían todas las otras, sobre todo la referente a las tierras, y era de lógica elemental, casi pueril, que si los revolucionarios lograban que se les admitiera el triunfo en materia política, iban a utilizarlo para triunfar en todo lo demás, y que siendo de "los que no se dejaban", si alguien osaba oponérseles, lo correrían a escobazos o a tiros.

Cuando le falló esta combinación, el Sr. Limantour, azorado por las majaderías de Lane Wilson, se encontró ante dos graves fantasmas: el de su miedo a los revolucionarios y el de la intervención yanqui. El primero era hijo legítimo de él y de su timorosidad de oficinista burgués, que le impedía acercarse a la cocina porque allí hay cuchillos, y el segundo, formado por Lane Wilson con un poco

de cognac y una cantidad fenomenal de saliva y poca vergüenza.

Pudo más en él el segundo. No quiso que su nombre fuera a pasar a la historia unido al relato de un gran desastre nacional, y entonces se apresuró a formar otro proyecto, tan malo como el primero. Quería que se le dejara a él como Presidente interino, a fin de que durante su interinato se llevaran a cabo las reformas que pudieran pedirse, con lo cual podría defender a algunos de sus amigos, y *ofreciendo* a los revolucionarios el cumplimiento de todo lo que quisieran exigirle, salvaría a la nación, en su concepto, de seguir luchando y exponiéndose al tremendo peligro yanqui. Tampoco este plan fué aceptado, y entonces solo pensó en salvar su personalidad, y lo que creía su obra maestra: lo que había hecho en la Secretaría de Hacienda. Para ello propuso que entregaría en manos de la revolución el poder, y que se le permitiera seguir al frente del Ministerio, sin meterse en la política, o que se le tolerara, al menos, designar a su sucesor. Aun en esto, el Sr. Limantour revela su buena intención de salvar y proteger a sus amigos.

La proposición última sí fué aceptada, y el Sr. Limantour designó a D. Jaime Gurza para recibir el Ministerio, y para encargarse definitivamente de él se escogió a D. Ernesto Madero, su amigo, y aceptable para los revolucionarios por ser tío carnal de D. Francisco.

En el tratado de C. Juárez, la revolución demostró su amplio espíritu de liberalismo, admitiendo la colaboración de todos los demás, aun de sus enemigos.

El espíritu elevado de los que dirigieron aquel movimiento, —tan distinto de las orgías gorilescas de Carranza, por ejemplo— admitía que sus enemigos fueran escuchados al hacerse las refor-

mas, y hasta toleraba que conservaran sus puestos públicos, siempre que no fueran todos los de primera fila, pues ya vemos que en ella colocó a D. Ernesto Madero, por agradar a Limautour, y para que éste quedara satisfecho, siendo que don Ernesto no era revolucionario, sino componente del grupo aristocrático limantouriano, y en aquellos días, después de Limantour, el más conspícuo por su nombre y por su influencia. Y conste que con lo anteriormente asentado no deseo lastimar al Sr. Madero, ni le reprocho que haya sido y siga siendo amigo de Limantour, ni de todos los que él quiera y pueda ser amigo.

El Sr. Madero, como muchos otros no revolucionarios, y como muchos científicos de los de hueso colorado, como muchos porfiristas ultrarabiosos, me merece estimación y sus ideas el mayor respeto.

Tampoco reprocho a D. Francisco, ni al Dr. Vázquez Gómez, ni a ninguno de los que intervinieron en el pacto de C. Juárez, que hayan admitido esa idea del Sr. Limantour. Hicieron bien, porque las reformas pedidas por la revolución, las medidas de progreso reclamadas por el pueblo, necesitaban y siguen necesitando para ser firmes, que en su implantación, como en su discusión y desarrollo, intervengan TODOS los elementos del país, los de retroceso y los de avance, los radicales y los moderados, los conservadores y los liberales, los ricos, los medianos y los pobres. De otra manera, todo será falso, molesto, enojoso y vendrá abajo, porque no tendrá base, en qué asentarse. Jamás una facción sola ha hecho la felicidad de un pueblo, como un hombre solo no ha hecho nunca ni siquiera su propia felicidad.

La tendencia de la revolución de 1910 no fué pues, la de desunir, la de sembrar divisiones, sino por el contrario, sus líderes Madero, Pino Suárez, González Garza, Maytorena, Bonilla, Abraham

González, Serdán, todos los que la prepararon y la llevaron a cabo, tenían como mira, como ideal, la unión de los mexicanos en una sola sociedad; tenían como propósito el de formar esa sociedad, que no ha existido nunca, para cimentar sobre ella la nacionalidad, que no existe tampoco todavía, porque aun no hemos dejado de odiarnos, ni de ser intransigentes con los demás, y porque nos seguimos dividiendo en blancos, criollos, mestizos e indios.

El Dr. Vázquez Gómez se oponía en aquellos días a muchas de las cosas que tuvo que aceptar, porque no estaba todavía bien desprendido de la atmósfera porfiriana en que se había desarrollado su mentalidad, y tuvo como apoyo el de D. Venustiano Carranza, porfirista completo que no quería transigir, una vez en el campo revolucionario y con su cartera de Ministro en la mano,.....con los porfiristas!

En lo que hubo error, si a eso se le puede llamar error, fué en la conducta de los vencidos. No comprendieron que se les invitaba a deliberar sobre su propio bien, no quisieron creer que aquellos hombres nuevos los fueran a tratar con equidad, porque los juzgaron conforme al molde propio, y creyeron ver una trampa, donde no había otra cosa que una buena intención: la de dar a las mayorías lo que en justicia necesitaban; pero sin herir, ni molestar o perjudicar mas que al menor número posible de individuos, en el menor número posible de sus intereses, y previa discusión serena y razonada, por los más capacitados de uno y otro lado, de lo que debería hacerse.

Como una prueba de su confianza en el enemigo al que estrechaba la mano, Madero aceptó entregarse en brazos del ejército federal, aunque éste también, como todo, quedara sujeto a una depuración y a una renovación. Sus enemigos corres-

pondieron soliviantando, por de pronto, a los jefes revolucionarios que buscaban el pillaje y el medro personal, y con los cuales Madero, como es natural, comenzó a mostrarse duro al día siguiente del triunfo. La sociedad y la historia aplauden esa conducta de Madero, y sólo lamentan que no hubiera dispuesto de recursos legales para eliminarlos en otra forma más enérgica de la que trató de emplear, porque ya hemos visto a lo que conduce el predominio de los bribones que se acogen a una bandera revolucionaria honrada para satisfacer sus instintos de bestias, de antisociales dignos del presidio o del manicomio.

Madero no dejaba de cumplir lo que había prometido, por haber autorizado el pacto de Juárez. Había prometido derribar al tirano, y lo derribaba, porque el primero y segundo de los considerandos expresan que se llevaba a cabo el convenio precisamente en vista de que el tirano se aprestaba a renunciar, lo mismo que el Sr. Corral. Y extraoficialmente se fijaba la fecha exacta para la presentación de la renuncia, que en efecto se presentó pocas horas después de leído y ratificado en México el telegrama que contenía íntegro el tratado. Había prometido la libertad de sufragio, y en vez de entrar a palacio porque sí y a "chaleco", sobre la punta de las bayonetas de los revolucionarios, renunció su investidura de Presidente provisional, renunciaron los Ministros revolucionarios sus carteras, y se puso al país en manos de la ley, corriendo el riesgo, ciertamente, de que el Presidente interino se negara a entregar más tarde el poder. Que el riesgo fué positivo, que existió, nadie lo pondrá en duda.

Pero el pueblo pudo votar y votó, gracias a la energía del Sr. Madero, y las elecciones de 1911 fueron enteramente libres, tanto las de Presidente, como las de Vicepresidente.

Prometió Madero la restitución de las tierras, la revisión de los títulos y de los fallos de los Tribunales y de la Sría. de Fomento, y apenas se encargó de la Presidencia, comenzó a preparar ese formidable estudio que no concluyó.....porque lo mataron. A muchos les dió posesiones provisionales, donde los despojos eran notorios aun para un lego.

Prometió la reforma de la administración de Justicia, y ésta en opinión de otro de sus fieros enemigos, Querido Moheno, solamente en tiempos de Madero ha resplandecido en México.

Qué fué lo que no cumplió Madero? En qué nulificó al pacto de C. Juárez, al plan de S. Luis?

En una sola cosa: en que hacía nugatorio el acuerdo de la Convención del Tívoli, referente a las candidaturas Madero y Vázquez Gómez, descartando del poder en seguida a Madero, desde el momento en que desconocía la validez de las elecciones, no expresamente, pero sí de hecho.

El tratado de C. Juárez no fué más que el instrumento que estableció un "statu quo ante bellum", comenzando a contar la "bellum" desde la Convención Reeleccionista. Todo lo demás que se le ha atribuido, ha sido por mala fé, mentira y desvergüenza.

53.—*Finis "Porfirioe"*.—El día 24 de Mayo, la Cámara de Diputados se reunió esperando conocer la renuncia del Gral. Díaz, en medio de una excitación tremenda que conmovía a toda la capital, en donde el tratado de C. Juárez se conoció oficialmente el día 22, por conducto del Ministro de Gobernación interino, Lic. Vera Estañol.

Sin embargo, la renuncia no fué presentada ese día, ocasionándose con esto un recrudecimiento en la impaciencia del populacho metropolitano, que se organizó en manifestaciones tumultuosas, pidiendo a gritos el fin del gobierno porfiriano. La policía

y las tropas cargaron en varias ocasiones sobre los manifestantes. El día 25, a las 2.30 de la tarde, se resolvió el dictador, decepcionado y enfermo, a firmar su abdicación y a que ésta, juntamente con la renuncia del Vicepresidente Corral, llegado días antes, pasara a manos de la Cámara que esa misma tarde las aprobó, contra los votos de Benito Juárez Maza y José Peón del Valle, llamando para ocupar la Presidencia interinamente al Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Francisco León de la Barra.

La capital se entregó esa tarde y parte de la noche a las más extremadas manifestaciones de júbilo, y en la madrugada, en medio del más gran sigilo, aprovechando la retirada de las multitudes fatigadas de tanto gritar y tanto mojarse, pues les cayó un fuerte aguacero, el dictador abandonó su domicilio de la calle de Cadena y se dirigió a Buenavista, para tomar el tren hacia Veracruz, acompañado por casi todo su Estado Mayor, el Inspector de Policía y tres amigos íntimos.

El tren fué escoltado por un piquete del Batallón de Zapadores, escuadrones de la Guardia Presidencial y fracción del 7° Batallón de infantería, todos a las órdenes del Gral. Victoriano Huerta y del Teniente Coronel Chicarro.

En una de las estaciones del camino, una partida de sublevados, mandada por Caloca pretendió atacar el tren, pero la escolta los rechazó, llegando sin más novedad al día siguiente a Veracruz, donde Díaz se embarcó para Europa, final obligado de todos nuestros déspotas, en el vapor alemán "Ipiranga."

Mientras tanto, en los Estados habían seguido surgiendo partidas de rebeldes, que aumentaron profusamente al conocerse la caída de C. Juárez y la claudicante actitud del Gobierno porfiriano. En Torreón, durante los primeros días del mes, ha-

bía ocurrido una matanza de chinos, en la cual perecieron 300, al retirarse las fuerzas del Gral. Emiliano Lojero y apoderarse de la plaza los sublevados mandados por el jefe Adame Macías. Esta matanza provocó una demanda de parte del Gobierno de China, que el de México se vió en la necesidad de cumplimentar sin pérdida de tiempo.

En el Estado de Sinaloa, a pesar de que se conoció oportunamente la caída del Gobierno, Redo, el favorito del Sr. Limantour, se negó a permitir la entrada de las fuerzas revolucionarias a las ciudades, atrincherándose en la capital del Estado con el Gral. Higinio Aguilar, jefe especial de operaciones, el Coronel Luis G. Morelos, del 7º Batallón, una fracción de este Cuerpo, y varios cuerpos de volutarios y de rurales, que en total ascenderían a unos 2,000 hombres. La ciudad fué cercada por tropas de los jefes Banderas, Iturbe, Ochoa, Riveros y otros que ascendían a unas 4,000 plazas. A fines de Mayo llegó a las inmediaciones de la ciudad el Ing. Manuel Bonilla, comisionado por el Sr. Madero para restablecer la paz y deponer a los Gobernadores de Sonora, Sinaloa y Tepic, y para instalar a los que designaran los jefes revolucionarios o los Congresos locales, y desde luego entró en negociaciones con Redo, su mortal enemigo, quien estuvo haciendo tiempo durante ocho días para que le llegaran refuerzos que había pedido a Mazatlán, negándose entre tanto, a reconocer al nuevo orden de cosas, a entregar el poder y a evacuar la plaza, la cual fué finalmente asaltada y tomada después de tres días de sangrienta lucha el 30 de Mayo. Redo, depuesto por la fuerza, huyó en compañía de su Secretario de Gobierno, Dr. Enrique González Martínez, repartiéndose entre éste y su padre los fondos del Estado. El Coronel Morelos, que cayó prisionero junto con el resto de la guarnición, fué fusilado el 7 de Junio

por orden de Banderas. (1) Mazatlán no reconoció al Gobierno interino sino hasta el 4 de Junio, en que entró a la plaza el mismo Ing. Bonilla, dos días después de haberlo hecho las fuesrzas de Justo Tirado, retirándose los federales.

Estos fueron los últimos combates de la Revolución de 1910, pues en el resto del país, al conocerse la renuncia de Díaz, sus secuaces se rindieron sin presentar ninguna resistencia.

El día 26 de Mayo de 1911 a las 12 del día, rindió su protesta legal ante el Congreso de la Unión el nuevo Presidente, Lic. de la Barra, a quien la casualidad acababa de entregar un país que necesitaba en esos momentos de un hombre honrado y liberal, de gran tacto político y de un profundo patriotismo. Como veremos más adelante, el Sr. de la Barra careció de la mayoría de estas cualidades.

El Gabinete del nuevo Presidente nombrado por el Sr. Madero en C. Juárez, quedó formado como sigue:

Relaciones, vacante. Gobernación, Lic. Emilio Vázquez. Fomento, Lic. Manuel Calero. Justicia, Lic. Rafael L. Hernández. Instrucción Pública, Dr. Francisco Vázquez Gómez. Comunicaciones, Ing. Manuel Bonilla. Hacienda, Sr. Ernesto Madero, y Guerra, Gral. Eugenio Rascón.

La nación había conseguido al fin libertarse del poder porfirista, y se preparaba para entrar por nuevos senderos, desconocidos hasta entonces.

(1).—Yo presencié parte de los hechos.

CAPITULO X.

EL VERDADERO FILIBUSTERISMO, EN 1911

54.—*Porfirio Díaz no fué traidor.*—No una, sino muchísimas veces se ha llamado al general Porfirio Díaz traidor a la patria, por los que han examinado su fatal obra de gobernante, y sobre todo, su política internacional. Sin embargo, no hay ningún motivo para creer que lo haya sido, y yo voy a defenderlo en ese particular, porque creo firmemente que Porfirio Díaz amaba a México. Después de todo lo que llevo expuesto, tal afirmación parecerá, a primera vista, una contradicción imperdonable, y quizás algunos "revolucionarios" de a centavo que hasta aquí me habrán leído con verdadero entusiasmo, sientan ganas de tirar el libro a la basura y de gritar que soy un empecatado reaccionario.

Pero no hay tal contradicción. El Gral. Díaz amaba a México, y su amor era profundo, enorme, apasionado; solamente que no era un amor del siglo en que vivía, sino un amor primitivo, una verdadera "brama" delirante, que tenía su más alta expresión cariñosa en dejar a su amada inconciente de un leñazo o de un peñascazo bien asestado en plena cabeza, para asegurar la posesión completamente libre de arañazos o de golpes, y el alejamiento de todo peligro de extrangulación, porque el Gral. Díaz se estimaba a sí mismo grandísimamente.

Su política de cementerio no fué más que el leñazo de troglodita con que aturdió al objeto de su tremenda pasión; pero solo tiró a aturdir, sin haber tenido nunca la intención de matar, por más que en poco estuvo de hacer esto último.

Su política internacional fué torpe; se resintió lamentablemente de la ineptitud, de la apatía o de la chochez de los diplomáticos que la ejecutaron y la dirigieron, pero estuvo siempre inspirada en el patriotismo, sobre todo cuando se trataba de la integridad de nuestro territorio o de nuestra soberanía nacional.

El Gral. Díaz traicionó sus principios políticos; fué pérfido y mal agradecido con sus amigos, protectores y mentores; hizo imperdonables diabluras con sus enemigos o con los que él reputó como tales; pero nunca, ni cuando prestó a los Estados Unidos la Bahía Magdalena, pasó por su mente la idea de comprometer el decoro o la dignidad de la nación, ni de amenguar su libertad o cercenar su territorio. Y esto, tratándose de un político iberoamericano, sin escrúpulos, sin cultura, a quien hasta su propio amigo D. Matías Romero calificó públicamente y por escrito de tonto, de ambicioso y de audaz, es digno de admiración y de alabanza. No le escatimo, por ello, ni la una ni la otra.

Es pues, una torpeza muy grande imputar al Gral Díaz la intención de provocar un conflicto con los Estados Unidos, para hacer que de esa manera se hundieran junto con él todos los mexicanos. De eso, solo son capaces tipos como Huerta.

La rebelión del Gral. Díaz, atizada por el Sr. Creel, contra los autócratas continentales de la Casa Blanca, tuvo dos aspectos: el básico, dado por el Gral. Díaz mismo, al sentir herida la dignidad nacional por la intromisión de Roosevelt en nuestra política interior, imponiéndole la entre-

vista Creelman, y que podemos por lo tanto llamar patriótico, y el supercifial, diremos así, dado por el Sr. Creel, continuado por el Sr. de la Barra y explotado por el Embajador Wilson, que participó de la torpeza, de la insensatez y de la más refinada malicia, en lo que respecta al último, y que debemos considerar patriotero.

Lo que sucedió en 1910 en nuestras relaciones con los Estados Unidos no fué cosa de que pueda hacerse responsable al Gral. Díaz, ni a sus ineptos diplomáticos, ni a los antecesores del Gral. Díaz, ni a los sucesores. Fué simple y sencillamente el desarrollo natural, la consecuencia forzosa del encauzamiento de la política internacional americana de los Estados Unidos del Norte.

Satisfecho el instinto de rapacidad de los potentados del dollar en Colombia; consumado el robo de Cuba, de Puerto Rico y de las Filipinas, que eliminó a España de América; a medias abierto el canal de Panamá, las miradas de los yanquis se tendieron sobre las cinco pequeñas repúblicas centroamericanas y sobre México que es lo que estorba entre ellos y el canal. Nadie podrá tachar de falsa o de aventurada esta teoría, porque la fundo en hechos que están al alcance de la mano de todos: son bien tangibles. Taft, al recibir el poder y con él la maldita herencia de McKinley, de Roosevelt y de todos los demás piratas cuyo abuelo es Francis Drake, el bandido del mar hecho noble por la última Tudor, y cuyo padre es Aaron Burr, el asesino de Alejandro Hamilton, comenzó a buscar la manera de apoderarse de la presa que sus amos le tenían señalada. Como en otra parte he dicho, a Taft le faltó la audacia de Roosevelt, y a Knox el espíritu vandálico de sus antecesores Day, Hay y Root. Taft es un "bonhomme" cuya grasienta corpulencia de cerdo rubio le impide ser un ágil bandolero y cuya

mentalidad, más grasienta aún que su cuerpo en que se ahoga su imaginación, no le permite ser un buen pirata internacional. Knox era un activo viejo de arrogancia necia como lo prueban sus disparates cometidos en Centro América.

Este par de sujetos, llevados al poder porque en el Partido republicano, decadente, no hay ya hombres, sino "dummies", azuzaron a Estrada para que derrocara a Zelaya, cuando éste se negó a vender su patria, Nicaragua. Y mediante la infamia y la abyección de la dinastía Chamorro, Nicaragua es posesión yanqui desde entonces. ¿Humanitarismo, progreso? Quienquiera que haya estado en Nicaragua últimamente sabe que allá todo duerme en el abandono más grande, tratándose de los "nativos", y que lo único que prospera es lo yanqui: la United Fruit Co., a la cabeza. Contra Costa Rica también fueron los yanquis entonces, y aunque el Presidente no quiso entrar en arreglos indignos, se pasó por encima de él, y el tratado de robo con Nicaragua se hizo extensivo a territorios que son de Costa Rica. Posteriormente el Srio. Bryan y después Lansing perfeccionaron el enredo valiéndose del incidente promovido por el cuartelero Tinoco.

El problema más grande, el más serio, el más peliagudo, para la diplomacia del dollar, era el de México, porque México era ya un país conocido y de gran extensión, en el cual había intereses de otros países que, como Inglaterra, podían presentar dificultades más serias que en otras partes.

Entonces se mandó a Lane Wilson a hacer un estudio preliminar, y hemos visto como lo hizo, presentando al Gobierno porfirista como antiamericano, a los posibles sucesores de Díaz como energúmenos intratables más antiamericanos aún, y a los que seguramente les disputarían a éstos el po-

der y la herencia, como antiamericanos, "si no malos, sí peligrosos."

Comenzaron los preparativos para atacar al país, desmembrándolo, en cuanto se convencieron de que ni podrían justificarse ante nadie interviniendo, ni tenían las fuerzas suficientes en esos momentos para proceder en el acto a incautárselo carrancistamente.

No es este un vano discurso, hecho para soliviantar patrioteramente el espíritu público de México, ni estoy teorizando neciamente sobre hipótesis más o menos viables. Estoy diciendo la verdad y en seguida van las pruebas.

55.—*Madero no fué traidor.*—Así como sostengo que el Gral. Díaz no provocó los acontecimientos cancillerescos que determinaron el odio de los yanquis, al que sus amigos atribuyen su caída, con el propósito deliberado de hundir a la nación junto con él, sostengo y voy a probar de manera irrefutable que Madero no los provocó tampoco, ni se aprovechó de ellos para derrocar a Díaz, ni lo aprovecharon a él ni a los suyos para obtener ese derrocamiento, los yanquis.

Cada quien iba obrando por su cuenta: el Gral. Díaz en un sentido, Taft en otro y Madero en el suyo, todos diferentes, aunque los tres coincidieron en una sola cosa: el tiempo.

Ya he probado que Madero no recibió ayuda de ningún género de los Estados Unidos, que lo hostilizaron hasta su muerte. Se alega que hubo una venta de armas del ejército norteamericano, en la frontera, sostenida públicamente por el Gobierno yanqui, durante la cual los "Springfield" reglamentarios valían $2.50 con su dotación de 50 cartuchos, y equipo completo de fornituras, y que esa venta fué hecha para favorecer a Madero y a la revolución. No es verdad.

Esa venta tendió a favorecer a los Estados Uni-

dos, y a perjudicar a Madero, a la revolución, a Porfirio Díaz, a la reacción y a los neutrales. A todos.

Voy a demostrar en seguida, con hechos que han quedado ocultos por haber ocurrido en un apartado girón de nuestra patria, que lo que he venido diciendo acerca de este enredo tenebroso de la diplomacia alcoholizada del dollar, es cierto y tiene bases perfectamente sólidas.

Entre los asuntos que exhumó Lane Wilson para molestar al Gobierno del Gral. Díaz, se encuentra el del "Fondo Piadoso de California", ejemplar monumento de raterismo que detallo brevemente al margen. (1) Esto hizo renacer inmediatamente la cuestión de las aguas del Río Colorado,

(1).—Hacia el año de 1694, el Padre jesuita Juan María Salvatierra quiso conquistar para la religión católica a los indios de California, la Alta.

Desde 1535 se había intentado esto, poco después de la expedición de Coronado, pero todos los intentos habían fracasado. Dieciocho fueron las expediciones militares-religiosas que no tuvieron buen éxito, así es que el P. Salvatierra no obtuvo apoyo alguno del Virrey, y se vió obligado a recurrir a la caridad pública para arbitrarse recursos para su obra.

Los donativos fueron muchos y cuantiosos, estipulando los donantes que eran para la Compañía de Jesús, y no para la Iglesia; para catequizar a los indios y sostener el gobierno religioso-militar de la región, y no para otra cosa.

Hasta el 5 de Febrero de 1697 autorizó con su licencia el Virrey de la Nueva España los actos del P. Salvatierra, a quien además, acompañó el P. Eusebiio Keno, también jesuita.

Durante 70 años California estuvo regida por un gobierno religioso-militar, sostenido por el Fondo Piadoso, con pequeña ayuda del Virrey. A los 70 años, el Rey de España expulsó a los jesuitas y les confiscó sus bienes, entre ellos el Fondo Piadoso, que pasó a poder de la Corona Española. Esta lo donó en seguida al Virreinato de la Nueva España. El Papa Clemente XIV no hizo oposición a estos actos del Rey, porque los bienes no eran de la Iglesia. Al declararse independiente la Colonia, pasó a manos del gobierno mexicano

En 1845, el gobierno mexicano facultó al Obispo de Cali-

cuya corriente trataban de aprovechar en esos días los que poco después construyeron los canales del Valle Imperial, en la Alta California. Juntáronse ambas cosas, y se agitó California, pretendiendo que los límites de su territorio llegaban hasta la boca del Colorado, e invocando como apoyo de su fantástico aserto, que "había habido un error de medida al trazar los límites", después del pacto de la Mesilla, argumento peregrino exhumado de no recuerdo qué archivo de algún Lane Wilson pasado de moda.

Todo esto no era echado en saco roto por los próceres del dollar, en la Casa Blanca, aunque a

---

fornia para administrar el Fondo, pero no le cedió su propiedad, que conservó, puesto que el gobierno dispuso de algunos de los bienes, vendiéndolos y percibiendo su valor, sin oposición alguna del clero.

Cuando México fué robado por los Estados Unidos, en 1848, no se mencionó este Fondo en el tratado de Guadalupe Hidalgo, de 2 de Febrero de ese año. Además, ese tratado libró a México —en teoría al menos— de toda responsabilidad por reclamaciones posteriores, referentes a actos anteriores al Tratado, ejecutados por el gobierno mexicano, y que pudieran presentar ciudadanos americanos. No solo no reclamó el Fondo, sino que pagó, el mismo gobierno yanqui..... $3.500,000.00 moneda norteamericana, al de México, para cubrir un tanto el robo de territorio que le hacía.

A pesar de esto, en 1868 reclamó el gobierno yanqui al de Juárez el Fondo Piadoso, para "atender servicios religiosos de las misiones de California."

Se llevó el asunto a arbitraje, y el árbitro falló injustamente en contra de México, pasando por encima del Tratado de Guadalupe Hidalgo, obligándose al gobierno mexicano a pagar al de los Estados Unidos la suma de $904,600.99 sobre la de $718,016.50 que había usufructuado el primero de dicho Fondo. El gobierno mexicano, que acababa de concluir la tremenda guerra de Intervención y estaba absolutamente agotado, lo mismo que el país, no hizo resistencia y pagó. El de los Estados Unidos no hacía más que seguir su política tradicional de aplastar al que ve que ya no tiene fuerzas.

los diplomáticos porfiristas no les parecía importante.

56.—*El verdadero filibusterismo.*—En los Angeles residían los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, conocidos en todo México como enemigos del Gobierno porfirista, al cual habían hostilizado durante diez o quince años seguidos, desde su destierro, en el cual escribían "Regeneración", periódico que circulaba profusamente entre los descontentos, a espaldas del Gobierno.

Al estallar el movimiento maderista, los hermanos Flores Magón, algo desprestigiados por haberse descubierto que no utilizaban los fondos que les enviaban sus partidarios en los objetos a que estaban destinados, sino en atenciones personales, trataron de ser admitidos, en las filas maderistas y tal vez lo hubieran logrado si hubieran querido ir a exponerse a Chihuahua; pero solo deseaban explotar a los cándidos, y su "socialismo" —credo que sustentaban— era simple palabrería, que hizo algunas víctimas como Santana Rodríguez, "Santanón" el célebre bandolero veracruzano.

El entrar el año de 1911, algunos individuos que tenían y tienen intereses en la Baja California, se acercaron a los Magón para que organizaran un movimiento "socialista" proclamando la "República de la Baja California" protegida por los Estados Unidos, *oficialmente*, y aprovechando la excitación antimexicana que había en la Alta California. Como había dollars disponibles, en el acto pusieron manos a la obra, quizás sin fijarse en lo que estaban haciendo y en lo caro que podría costarles aquella infeliz aventura. El 23 de Enero de 1911 fué aprehendido en Mexicali, por las autoridades porfiristas, un sujeto llamado Mariano A. Barrera, recién llegado de Los Angeles, y a quien se le recogieron documentos firmados por

los Flores Magón, en los que éstos aseguraban que estaban preparando algo por completo distinto del movimiento maderista de Chihuahua.

Poco tardó en confirmarse la noticia: el 29 del mismo Enero, en la madrugada, 17 individuos acaudillados por el magonista José M. Leyva pasaron la línea, tomando Mexicali, que estaba desguarnecido. Leyva se titulaba general, y sus hombres mataron al alcaide de la cárcel, José Villanueva, quien trató de hacer resistencia, habiendo saqueado en seguida las tiendas de Espectación Carrillo y Benigno Barreiro, en lo que les ayudaron los presos a quienes dieron libres.

Con estos 17 "socialistas" venía un tal Simón Berthold, en calidad de segundo de Leyva, y otros tres o cuatro yanquis. Camilo Jiménez, agente de los Magón, procedió inmediatamente a organizar más gente en ambos lados de la línea, protegido por las autoridades federales norteamericanas, y Leyva proclamó el socialismo, haciendo ver claramente que era distinto y enemigo de la revolución de Chihuahua.

Tan pronto como se tuvo noticia en Ensenada, capital entonces del Distrito Norte de la Baja California, de lo ocurrido en Mexicali, el coronel Celso Vega, Jefe Político y Comandante Militar, organizó las pocas fuerzas de que disponía y se lanzó a reconquistar la plaza, pidiendo refuerzos a México. En México no le hicieron caso, porque no dieron importancia al asunto.

El 30 de Enero salió el coronel Vega al frente de 90 hombres de la Compañía Fija de la Baja California y de 14 gendarmes montados, mandados los primeros por el capitán 2º Abel Casarrubias, y los otros por el segundo comandante Miguel Mendoza. Como jefe de Estado Mayor de la columna iba el comandante Julio Núñez y llevaban una escolta de 8 voluntarios.

Al siguiente día tuvo que destacar Vega a los gendarmes sobre Tijuana, que supo que estaba amagada, continuando solo con 90 hombres el camino. El mismo día salieron de Mexicali algunos de los filibusteros, seguidos el 1º de Febrero por el resto, a detener a Vega, cuya marcha duró hasta el 15, en medio de grandes fatigas ocasionadas por los malos caminos y las contínuas nevadas. El 11 los filibusteros se replegaron sobre Mexicali, por no haber encontrado a los federales, y los esperaron en la población.

La columna del coronel Vega recibió muchos voluntarios en el camino, presentándose con 105 plazas ante Mexicali, y dejando 13, a las órdenes del subteniente Miguel Guerrero, como guardia para el parque, a retaguardia.

Los filibusteros eran 180, de los cuales 60 eran yanquis completos, reclutados en Brawley y Holtville, aldeas del Valle Imperial, con la anuencia de las autoridades yanquis, —jefes y oficiales del ejército, entre ellos Tasker H. Bliss, general jefe de la línea y últimamente gran figura militar al lado de Pershing— y pasados de día, a México, por la aduana federal.

El combate se trabó en las goteras de Mexicali, por el lado del barranco donde ahora está una casa de juego enorme, y fué adverso al coronel Vega, quien había tomado muy malas posiciones, y tuvo que replegarse a Ensenada, herido por tres balas, porque se batió personalmente con gran bravura, y llevándose tres muertos y tres heridos. Los yanquis tuvieron 4 muertos y 6 heridos.

En esos días apareció por aquellos rumbos John Kenneth Turner, el autor del "México Bárbaro", y a quien Carranza después protegió tanto, llevando dinero a los filibusteros. Este dinero lo llevaba Turner del Este de los E. U., y además en Los Angeles compró y embarcó públicamente va-

rias cajas de parque y armas que fueron entregadas a los mismos filibusteros días más tarde.

He aquí unos párrafos de una carta de Ricardo Flores Magón, publicada en un libro que por cuenta del Gobierno del Distrito Norte de la Baja California escribió hace poco el Sr. R. Velasco Ceballos (1); y que pintan la naturaleza del movimiento:

"Los Angeles, Cal., Dic. 20 de 1919.—Sr. Camilo "Jiménez, Caléxico, Cal.—Mi querido compañero:— "Desde luego procedo a referirme a su apreciable "de 10 del corriente, por la que me entero del arres- "to que han sufrido algunos compañeros en Mexi- "cali.—Adjunta encontrará Ud. credencial que lo "autoriza como Delegado Especial de esta Junta "para organizar el movimiento revolucionario en "contra del despotismo político y la explotación "capitalista.—Ruégole no viole las leyes de neutra- "lidad para evitar complicaciones con las autori- "dades de este país.—Como la Junta está prepa- "rando un movimiento general, los delegados están "formando en México grupos que se levantarán al "mismo tiempo. Todavía no podemos dar la se- "ñal para ese movimiento, pues falta organización "amplia. Hay ALGUNOS GRUPOS DE LIBERA- "LES LEVANTADOS EN ARMAS YA, APROVE- "CHANDO EL MOVIMIENTO BURGUES DE "MADERO. Así, pues, si Ud. desea levantarse "desde luego, queda en libertad para obrar con- "forme lo exijan la circunstancias y lo permitan "sus fuerzas. Si logra Ud. reunir una fuerza consi- "derable, proceda después de libertar en Mexicali "a los compañeros arrestados, a atacar Tijuana.... "..... Pero como quiera que se levante Ud., procure

(1).—"Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California?".—México, 1920.—Me he guiado en gran parte por este libro, y por las informaciones recogidas por mí en Caléxico y Los Angeles, cuando allá estuve, para escribir este capítulo.

"propagar por cuantos medios pueda, los princi-
"pios emancipadores del Partido Liberal, que ha-
"brá Ud. visto en Regeneración. Eso es indispen-
"sable para que el público no se deje engañar por
"los políticos que quieren solamente servirse de él,
"como instrumento para escalar el poder.....—No
"olvide Ud. que los principios del Partido Liberal
"SON CONTRARIOS A LOS PRINCIPIOS PER-
"SONALISTAS DEL MADERISMO Y QUE NO
"ESTAMOS DE ACUERDO CON ESE PARTIDO,
"PORQUE SUS INTERESES SON LOS INTERE-
"SES DE LOS RICOS, mientras que los intereses
"del Partido Liberal son los de los pobres.....Reci-
"ba un abrazo de su hermano en la revolución, (f)
"R. Flores MAGON."

Como se ve por el texto de este documento, Madero y la revolución maderista nada tuvieron qué ver con estas criminales maniobras cuyos autores eran sus enemigos.

50.—*El intento de robo de la Baja California.*— Yo creo, y conmigo lo creerá todo el que tenga sentido común, que si los Estados Unidos hubieran encontrado en Madero el instrumento dócil que nos pintan sus enemigos, o siquiera el amigo manejable que andaban buscando, no hubieran recurrido a los Flores Magón, ni a armar expediciones contra la Baja California, cuando podían meterse por el rumbo de Sonora y Chihuahua, muchísimo más codiciable, y en donde ya Madero estaba operando revolucionariamente. Claro está que no vieron en él sino un enemigo.

El Gobierno porfirista debe haber creído, al saber lo que pasaba en la Baja California, que se trataba de revolucionarios comunes y corrientes, y que el Crel. Vega había tragado la píldora de "los filibusteros" y lo de la ayuda yanqui a Madero, fraguada por la prensa porfirista, pues no le mandó

auxilios ni le hizo mayor caso, dejándolo abandonado a su propia suerte.

El 21 de Febrero un yanqui, exsargento del ejército, uniformado, atacó con 30 paisanos suyos la aduana de Los Algodones, matando al anciano teniente Cecilio Garza, quien opuso resistencia con uno o dos soldados. Incendiaron la aduana y cometieron otra clase de atropellos con los escasos habitantes del lugar.

Luis Rodríguez, magonista, entró por S. Isidro el 1º de Marzo, al frente de otra gavilla, amenazando Tecate, punto que tomó el 12. El incendiario de Los Algodones, Stanley, una vez consumado su crimen, se dirigió a Mexicali, con la intención de ser el dueño de esa plaza, pero no lo consiguió porque Leyva lo arrojó de ella, haciéndolo pasar a los Estados Unidos, después de grave disputa, sin que las autoridades federales yanquis lo aprehendieran.

En esos días llegó a Ensenada el 8º Batallón, mandado por el coronel Miguel Mayol, con instrucciones de defender las obras del río Colorado, comisión que se le dió a petición de algunos yanquis que pidieron auxilio a México. Mayol llevaba órdenes de no batir a nadie si no era molestado previamente, y no quiso prestar auxilio al atribulado coronel Vega. Púsose en marcha hacia Las Abejas, nombre del punto donde estaban las obras de irrigación, pero habiendo sido atacado en el camino por Luis Rodríguez, destacó al capitán Justino Mendieta con 150 soldados, a tomar Tecate, lo que se realizó después de un corto combate.

Leyva al saber el arribo de Mayol, salió de Mexicali con Berthold y 200 yanquis, pero al llegar al Lago Salado fraccionó su columna, yendo Berthold a tomar el mineral de El Alamo, que tenía unos 400 habitantes mexicanos. Allí salió herido gravemente y poco después murió.

El coronel Mayol rehuyó el encuentro con Leyva, pero habiendo mandado por un carro de provisiones de boca a la frontera, la escolta de éste fué atacada por Stanley, que había vuelto a entrar al territorio mexicano. El capitán Justino Mendieta fué destacado otra vez con 150 hombres del 8º, para batir a Stanley, logrando derrotarlo en el rancho de Leroy Little, cercano a Mexicali. El encuentro fué fatal para los yanquis, pues tuvieron 40 muertos, entre ellos Stanley. El 8º Batallón sólo tuvo 13 muertos y 6 heridos.

Mayol no quiso aprovecharse de su triunfo obtenido el 8 de Abril, porque "no tenía orden superior" para entrar a Mexicali, estableciéndose en Las Abejas.

Entonces entró a figurar Charles Rhye Pryce, segundo de Stanley, y apareció como sustituto de Berthold un tal Jack Mosby. Francisco Vázquez Salinas, jefe de la plaza de Mexicali, sólo tenía 18 soldados mexicanos, siendo los demás yanquis, por lo que no le fué difícil a Pryce expulsarlo, poniendo en su lugar a un hombre por completo rudo, llamado Francisco Quijada.

El 20 de Abril salieron Pryce, quien se llamaba general, y Mosby, para Tecate, pero habiendo sido tiroteados en el camino, salió herido Mosby y tuvo que ceder el mando a un tal Sam Wood, mientras iba a curarse a San Diego, a ciencia y paciencia de las autoridades militares y civiles yanquis, de toda la frontera.

El 8 de Mayo se presentó la columna filibustera, ya muy reforzada y bien armada, ante la población de Tijuana, defendida por el subprefecto Feliciano Larroque, y el subteniente Miguel Guerrero, quienes sostuvieron el punto en medio de una desventajosa lucha, logrando rechazar al enemigo gracias a la heroicidad del joven Guerrero, quien luchó con increíble denuedo, dada su corta edad,

que era solamente de 18 años. Derrotados los filibusteros, buscaron refugio en el lado yanqui, pero entonces el capitán Wilcox, *del ejército federal de los Estados Unidos*, y quien no debe haber obrado por cuenta propia, seguramente, les echó en cara su cobardía y con 30 soldados de línea de los que tenía a sus órdenes, volvió a la carga, dirigiendo personalmente el nuevo encuentro, que se prolongó por todo el día 9, hasta que murió el Sr. Larroque y Guerrero no pudo seguir peleando por estar gravemente herido. Incendió el pueblo el *valeroso* capitán del ejército yanqui, y cometió otras mil perrerías, fusilando a diestra y siniestra y robando tiendas, oficinas y casas particulares. Una vez consumado su crimen, volvió a su campamento y fué felicitado por sus superiores.

El día 10 de Mayo se izó la bandera yanqui en la plaza del pueblo, y más tarde se dió lectura a una proclama de Flores Magón, que inserto en seguida, en su parte interesante:

"La Junta del Partido Liberal Mexicano os envía "sus fraternales felicitaciones con motivo de la gran "victoria alcanzada al tomar Tijuana la mañana "del 9 del corriente. Este triunfo se obtuvo debido "al valor e inteligencia de vuestros hombres, que su- "pieron infligir una derrota a los desgraciados es- "clavos que el Capital y la Autoridad enviaron a "la muerte para mermar los derechos y prolongar "los sufrimientos de la raza humana.—Camara- "das:—Esta victoria ha tenido gran resonancia, "PORQUE HABEIS ANUNCIADO DE UN MODO "INEQUIVOCO QUE NO FUERON LOS MERCE- "NARIOS DE MADERO QUIENES TOMARON "LA POBLACION, sino los liberales partidarios "del PABELLON ROJO, que están sacrificando sus "vidas para convertir en realidad el pensamiento "espléndido de Libertad, Igualdad y Fraternidad. "Sí, debemos afirmar con gran energía, que nuestro

" Lema es "Libertad o Muerte"..... Los Angeles, "Cal., Mayo 12 de 1911.—R. Flores MAGON, Pre- "sidente de la Junta.—A. P. ARAUJO, Secretario.— "Al Comandante Gral. C. Pryce, y a todos los ca- "maradas que tomaron parte en la toma de Ti- "juana."

Cuatro días más tarde Pryce anunciaba la anexión de la Baja California a los Estados Unidos, y salía para dicho país a recibir dinero e instrucciones, dejando el mando a un tal James, "capitán", quien desconoció en el acto a los Flores Magón, deturpándolos en un discurso, y proclamando Presidente de la República de la Baja California a Dick Ferris, millonario que en unión de Chandler y otros plutócratas de California, eran los que estaban dando el dinero.

Otra prueba de que Madero y la revolución no tuvieron nada que ver con esto, es el siguiente manifiesto publicado por A. P. Araujo, magonista, en Tijuana el 31 de Mayo de 1911, es decir, después de que triunfó Madero:

"Al Pueblo Mexicano:—Mexicanos:—La plaza "de Tijuana ha sido capturada por las fuerzas "que componen la 2ª división del Ejército Liberal "en Baja California, después de haber sido de- "rrotados los esclavos que la defendían.—Ahora "que el despotismo de Porfirio Díaz ha sido des- "truído en Baja California, ahora que las autori- "dades porfiristas han huido al extranjero, ahora "que la explotación y la tiranía han sido aniqui- "ladas, yo os invito en nombre de la Junta Orga- "nizadora del Partido Liberal Mexicano, a que "vengáis a Tijuana, a que pobléis sus casas, a que "le déis vida a la población.—Yo os garantizo se- "guridad, libertad y justicia.—Nuestras fuerzas "que están compuestas de hombres conscientes, "están listas a sostener lo anterior.—Todas las "familias serán ayudadas.—Los pobres gozarán de

"toda clase de consideraciones.—No tendrán ya "que pagar derechos ningunos de aduana, al in- "troducir provisiones o ropa para su uso—En una "palabra, la revolución liberal, INDEPENDIEN- "TE Y ENEMIGA DE LOS DESPOTISMOS DE "DIAZ Y DE MADERO, os trae la felicidad de que "durante tantos años habéis carecido.—Tierra y "Libertad.—Tijuana, B. C., Mayo 31 de 1911.— "ANTONIO DE P. ARAUJO, Secretario de la Junta."

En tales maniobras estaban cuando llegó, ya restablecido de sus heridas, Jack Mosby, a reclamar su parte en el botín, lo que dió por resultado un tremendo pleito entre ellos y la desorganización de la gavilla entera.

Quijada, que se quedó en Mexicali, viendo su falsa posición, ya sin quien lo auxiliara, comisionó al comerciante Benigno Barreiro para que le consiguiera amnistía con Madero, pues deseaba rendirse. Después de algunas gestiones en las que tomaron parte el Sr. Carlos Bernstein y el excabecilla Leyva, se rindió Quijada, el 17 de Junio, quedando amnistiado por el Gobierno interino, y poniendo fin así a la tremenda aventura.

Jack Mosby, después de desorganizar la banda de Pryce, con sus restos se quedó dueño de Tijuana, declarándola territorio norteamericano, y mientras tanto Pryce gestionaba "el reconocimiento" en Washington, donde se hallaba con tal fin. Pero el 22 de Junio apareció el Coronel Vega con un batallón y acabó con los filibusteros echándolos al lado yanqui, en donde Mosby quedó como siempre, libre.

Durante la expedición de Vega el voluntario Lerdo González cogió a 4 yanquis de El Alamo, entre ellos un médico, y los fusiló por haber ayu-

dado a los filibusteros, provocando con ésto una reclamación de los Estados Unidos, que no tienen empacho en cobijar con su bandera a los bandidos más despreciables!

Esta sí fué una "expedición filibustera", y aquí sí hubo traidores a la patria; pero ya he señalado quienes son éstos, y no están entre ellos ni Madero, ni D. Porfirio, ni los servidores de éste ni los amigos de aquel.

Y no se crea que el proyecto de desmembrar al país comenzando por la Baja California ha sido desechado. Varias veces lo han querido resucitar últimante, sin el éxito deseado, por fortuna.

CAPITULO XI.

EL VERDADERO PORFIRIO DÍAZ

58.—*El hombre.*—Para completar debidamente todo lo que en los capítulos anteriores tiene relación con el Gral. Porfirio Díaz, el alma del Gobierno que acababa de caer víctima de su propia podredumbre puesta al descubierto por la palabra elocuente y verídica de Madero, voy a presentar su figura tal como es, valiéndome para ello no de las historias, biografías, etc., que en libros, folletos y periódicos de su época de poderoso abundan, escritas por plumas aduladosas y venales, sino de los datos que arroja el examen desapasionado de los documentos que en la época anterior a su dictadura trataron acerca de él. Su obra como gobernante ya queda expresada en los capítulos precedentes, así es que me ocuparé de preferencia en este capítulo del hombre y del guerrero.

Nació el Sr. Díaz el 6 o el 9 de Septiembre de 1830 en la ciudad de Oaxaca, cabecera del Estado de su mismo nombre, siendo sus padres don Cruz Díaz y Doña Petrona Mori, albéitar él y fondera ella, pertenecientes a la raza zapoteca, que puebla las serranías oaxaqueñas y gran parte de las principales ciudades del valle.

Hizo el estudio de las primeras letras en la capital donde había nacido, sin sobresalir en nada del nivel de todos los chicos de la época, y poco des-

pués pasó al Seminario, pues su familia deseaba que abrazara la carrera eclesiástica; pero no siendo ésta su vocación, o pareciéndole más fácil el estudio de la jurisprudencia, entró al Instituto del Estado, con el fin de recibir allí su título.

La guerra bien pronto le apartó de sus estudios, que estaba haciendo sin sobresalir tampoco de entre sus compañeros, y después de haber figurado en la guardia nacional del Estado de Oaxaca, cuando la invasión yanqui de 1847, se unió a los revolucionarios de Ayutla, para luchar contra Santa Ana, siendo aún muy joven. Hizo una campaña poco notable en la historia de la revolución reformadora, y durante ella recibió una herida, de la cual estuvo padeciendo por largos años, debido a habérsele quedado la bala en el cuerpo.

Ni los modales, ni la cuna, ni el tipo del Sr. Díaz hacían de él un hombre "distinguido"; pero su valentía en el combate y su astucia de indio le valieron mucho, comenzando a sobresalir de entre los oaxaqueños, y siendo designado Gobernador, puesto en el cual se hizo notar aún más por su honradez.

La vida azarosa del militar se presta muy poco para la meditación y el estudio, y el medio en que viven nuestros jefes es poco propicio para la cultura intelectual. En contacto con gentes enteramente primitivas la mayor parte del tiempo, y haciendo por la necesidad durísima de la campaña, vida casi de troglodita, se necesita tener muy sólido amor a las letras y muy firme voluntad de pulirse en otros sentidos, para no ir poco a poco degenerando en una especie de semibestia. En nuestros cuarteles y campamentos se pierde lentamente todo modal pulcro, se acorrienta y leperiza el lenguaje, se olvida el aseo y se relajan las costumbres, ya que nuestro ejército es el único en el mundo que lleva consigo a las mujeres y los hijos de los soldados, que

en confusión sólo creíble cuando se le ha visto, ejecutan todos sus actos fisiológicos, aun los más íntimos, a la vista del público y a cualquier hora.

Esta fué la vida que hizo el general Díaz durante la época en que el hombre se forma, y que dejó en él profundas huellas que no pudieron borrar los treinta años de "poliment" a que se le sujetó por su corte, cuando ya fué poderoso.

De su talento puede darse cabal cuenta reproduciendo el juicio del Sr. Lic. D. Matías Romero, Ministro de México en Washington y Ministro de Hacienda del propio Gral. Díaz, escrito en 1892, en el prólogo de la obra "Memorias de Porfirio Díaz", juicio muy poco conocido y muy imparcial y exacto, como que provenía de un hombre inteligente que tuvo estrechas relaciones con el sujeto de él. El libro en cuestión, como no era muy adulatorio, no llegó a circular; pero andan por ahí algunos ejemplares sueltos, que de mucho han servido. Dice así el Sr. Romero:

"Se le reconocían universalmente desde el princi-
"pio de su vida pública, las condiciones de hombre
"valiente, patriota, honrado y modesto, porque el
"testimonio de esas virtudes era tal, que nadie po-
"día negárselas; pero se le consideraba también de
"escaso talento, y como susceptible de ser fácil-
"mente influenciado por quien estuviera cerca
"de él."

La opinión anterior del Sr. Lic. Romero era compartida por el propio suegro del Gral. Díaz, don Manuel Romero Rubio, de manera que los señores porfiristas no podrán alegar que yo he inventado, guiado por un odio que no siento, por cierto, una calumnia al decir que el Gral. Díaz tenía solo un mediano talento, muy inferior al de Madero, pues si aquel se dejaba influenciar con facilidad por los que estaban cerca de él, —cosa que sucede solamente a los que no tienen ideas firmes

propias, y a los que desconfían de su capacidad intelectual y se apoyan en la de otros— a Madero no fué posible que lo influenciaran jamás ni hombres de la "magnética" personalidad de don Manuel Calero, ni de la absorbente categoría del Dr. Vázquez Gómez. Más aún: su propio hermano, espíritu fuerte como pocos, autoritario en los momentos difíciles, no pudo nunca hacer valer su influencia con él. De eso se quejan todos, y el Sr. Calero en su folleto que ya he citado varias veces llega a decir que "ni gobernaba, (de acuerdo con las indicaciones de Calero, agrego yo,) ni dejaba gobernar" (al Sr. Calero, que no debía legalmente ser el que gobernara.)

Que el Gral. Díaz era fácilmente influenciable por los que le rodeaban, lo prueban hasta la evidencia estos hechos: durante la primera parte de su vida como político, y durante toda su existencia de militar activo, estuvo sujeto a la influencia de amigos como el Lic. Justo Benítez, el Lic. Protasio Tagle y otros, que "le administraban el cerebro". Cuando rompió con estos señores, no pudo quedar solo, y volviendo a sentir sus viejos temores íntimos, se echó en brazos del Sr. Lic. Limantour. El Sr. Lic. D. Olegario Molina también tuvo sobre él un marcadísimo ascendiente, que ya hemos visto que lo llevaba a darle la razón, —que ciertamente tenía— en asuntos tan graves como el del Tlahualilo, contra la opinión del Sr. Limantour. A este último caballero, según parece, trataba de sacudírselo en los postreros meses de su gobierno, pues es sabido que el 30 de Noviembre de 1910, cuando según la fórmula establecida, se presentaron las renuncias de todos los Ministros al fenecer el sexto período presidencial, al único que se la mandó aceptar fué al Sr. Limantour, habiendo retirado su acuerdo cuando los amigos de éste le rogaron

que lo hiciera, dándole muy pesadas razones en su apoyo.

El Sr. Lic. D. Manuel Mestre Ghigliazza ha publicado recientemente en un diario de México una confidencia que le hizo un médico que conoció íntimamente a la familia del Sr. Romero Rubio, y por la cual se ve que la propia esposa de D. Porfirio, poco antes de casarse con él, teníalo en poco y hasta lo despreciaba, sin ocultar ese desprecio a los visitantes de su casa. La entonces señorita Romero Rubio no soñaba siquiera en que un día no muy lejano había de ser la esposa del rebelde a quien tan acerbamente criticaba, y como era dama de sociedad, pulida en sus modales y de no escasa instrucción, chocábale naturalmente la figura tosca y nada espiritual del guerrillero.

El cambio asombroso efectuado en este hombre después de los cincuenta años, es otra prueba de lo susceptible que era a la influencia de los demás. Es muy difícil que un hombre que ha pasado de los 45 inviernos pueda cambiar de hábitos, adquirir y conservar nuevas costumbres opuestas por completo a las que ha tenido siempre hasta entonces. Sin embargo, el Gral. Díaz pudo ser educado y convertido en un pasadero hombre de corte, por su esposa muy principalmente, y por todos los palaciegos que le rodearon, gente almibarada, ducha en genuflexiones y zalemas, afecta a todos los refinamientos de la molicie y el lujo.

En lo que sí se equivocaba redondamente el Sr. Romero, al externar su juicio, era en considerar al Gral. Díaz modesto. Nunca lo fué. Al contrario, una de las características más firmes de este hombre fué su falta de modestia, falta que no se esforzaba por esconder, ni mucho menos, pues más bien hacía gala de ella. Era además, cruel. El sufrimiento de sus enemigos lo regocijaba.

El Gral. Díaz era profundamente egoísta, y la

influencia del Sr. Limantour acabó haciendo de él un avaro. Su inmodestia lo hacía creer que merecía todo el incienso que en su honor quemaban diariamente sus turiferarios, y le disgustaba enormemente que hubiera quien osara no alabarlo ni adorarlo. Su disgusto tenía muy temibles manifestaciones.

Siendo indígena, sus cóleras no eran del tipo explosivo de las de los españoles, ni le provocaban la verborrea cálida que las alteraciones biliares hacen sufrir a los criollos, y a una gran parte de los mestizos. Sus cóleras eran sordas, como sus rencores, y tremendas sus venganzas. Era pérfido: sabía dar la mano a su enemigo, sonreírle y dirigirle muchos cumplidos, para aniquilarlo sin piedad apenas daba éste la media vuelta. Y lo hacía con una tranquilidad espantosa, sin decir nada a nadie, con un hermetismo que era el terror de amigos y enemigos. Era hábil para lanzar a unos contra otros, atizando sus rencores si ya los había, o sembrándolos mañosamente si faltaban. De este modo se deshizo de muchos que creyó que podrían estorbarle, o neutralizó completamente sus ambiciones. Sabía difamar perfectamente y arrojar la culpa después a otros, haciendo que cargaran con ella no con resignación, sino con gusto. Su comportamiento con el Sr. Corral es un vivísimo ejemplo de esto.

Era, en resumen, un gran señor zapoteca del siglo XV, por sus morbosidades. Por lo demás, era una medianía.

59.—*El soldado.*—Entro ahora a examinar la parte más bella y la más esplendorosa de esta personalidad: su aspecto de soldado.

Es innegable, y no seré yo el necio que pretenda negarlo, que el Gral. Díaz como soldado fué un leal y admirable defensor de la patria; que su abnegación y su constancia lo hacen acreedor al

elogio más caluroso, y que su valentía y honradez descuellan en esos días de tremenda prueba con fulgor inconfundible. Pero no voy a caer tampoco en el otro extremo, haciendo creer que el Gral. Díaz fué el genio de la guerra, el rayo exterminador de los enemigos de México, el salvador de la República que nos presentan sus aduladores.

No. La vida militar del Gral. Díaz es admirable; pero hay otras, contemporaneas de la suya, más admirables aún.

Ya he dicho cómo empezó su carrera militar, en la guardia nacional del Estado de Oaxaca, siendo todavía un mozalbete. Sus primeras campañas, circunscritas a su Estado natal, carecen de importancia. Son campañas de guerra civil, de las incontables que registra nuestra historia turbulenta: ni más ni menos notables que las de Pascual Orozco en Chihuahua, en 1910, o las de don Juvencio Robles en Morelos, en 1912 y 13.

Su verdadero aspecto glorioso comienza en 1862 cuando los franceses invasores enviados por el pequeño Bonaparte hollaron el suelo mexicano. Entonces el general Díaz, en lo mejor de la edad, con todas sus energías en pleno y ubérrimo florecimiento, fué uno de los muchísimos campeones que tuvo la libertad entre nosotros. No son ciertamente los grandes y decisivos buenos éxitos los que caracterizan los cinco años de esa lucha por él sostenida; pero su constancia irreducible, su tezón y su fe en la victoria de la causa que con tan poca fortuna personal defendía, es lo que lo hacen verdaderamente admirable en ese lustro.

Comenzó el Gral Díaz como figura de último orden, entre los jefes. Era, según consta en las relaciones de aquellos años, un simple general, sin mando de brigada o división, simple jefe de regimiento, sencillo soldado de la patria.

El Gral. Zaragoza, colocado por el inmortal

Juárez a la cabeza del reducido ejército nacional, lo incorporó a sus filas para librar la batalla en que se abrió el paso a la eternidad: la del 5 de Mayo de 1862, en Puebla. Mandaba el Gral. Díaz un cuerpo de caballería, formado por reclutas oaxaqueños, y estaba subordinado al Gral. Negrete, jefe de división.

Con su no desmentido valor, él dió la carga final contra las huestes del conde de Laurencez, poniéndolas en completa fuga, en los momentos en que una tormenta impedía que se continuara la persecución. Fué pues, uno de los héroes de aquella gloriosa jornada dirigida por don Ignacio Zaragoza.

No salió el Sr. Díaz de su humilde puesto, al morir el caudillo y entregarse el mando supremo del ejército al Gral. Jesús González Ortega, sino que continuó sirviendo en igual capacidad que antes, en la 1ª Divislón mandada por el Gral. Berriozábal. Encerrado el Gral. González Ortega en el recinto de Puebla, con todas sus tropas, el Gral. Díaz fué uno de los que le ayudaron a sostener el sitio, y uno de los que con él compartieron la dureza del fracaso. Allí cayó por primera vez prisionero.

Desde ese momento se dedicó a buscar la manera de evadirse, y cuando al fin logró volver al campo republicano, se dirigió a Oaxaca, organizando en poco tiempo un ejército, y comenzando a figurar desde entonces en primera fila. Se le encomendó la campaña en el Sur, y esa campaña fué un completo fracaso que concluyó con la rendición de todo el ejército, sitiado en la antigua Antequera, por las fuerzas del mariscal Bazaine. El Gral Díaz se rindió sin pedir condiciones, y fué llevado a Puebla, donde se le encerró en un convento, en unión de otros muchos jefes y oficiales.

Nuevamente se ingenió para abandonar su cau-

tiverio, y con gran audacia pudo escaparse una noche descolgandose por medio de una cuerda, desde las azoteas del convento hasta la calle, volviendo a poco a empuñar las armas.

Como hasta entonces solamente fracasos había tenido en su carrera, el Gobierno de Juárez no lo llamó a cooperar en el sitio de Querétaro, para el cual se escogió a lo mejor de los "chinacos", como se llamaba a los republicanos. En las relaciones del ejército de Escobedo no pudo pues, figurar el Gral. Díaz.

Se le destinó, sin embargo, a un puesto de importancia: la jefatura del ejército de Oriente, ejército que él organizó y reclutó en su mayor parte.

Encerrados en el estrecho recinto de Querétaro los pocos franceses y austriacos que quedaban acompañando a Maximiliano, junto con los traidores reaccionarios, y comprendiendo éstos que el mal éxito de la empresa era seguro, decidió uno de sus más atrevidos jefes, el general Leonardo Márquez, romper el sitio y buscar camino dizque para que el iluso Príncipe pudiera escaparse cuando menos con la vida, y un día salió de la plaza cercada por Escobedo, dirigiéndose a la ciudad de México en busca de refuerzos y elementos de guerra.

Acababa de llegar de Europa un cargamento bastante considerable de armas, parque y ropa, todo lo cual estaba encargado de llevar desde Veracruz a la capital el general Noriega. Este jefe, con la escolta bastante numerosa que para el caso se le dió, fué interceptado en el camino por las fuerzas del Gral. Díaz, obligándosele a encerrarse en Puebla, donde se le puso sitio.

Al llegar Márquez a México, saber lo que le pasaba a Noriega y lo comprometido que estaba el cargamento precioso que conducía, sin pérdida de tiempo se desvió hacia Puebla, pensando caer por

la retaguardia a Díaz, y darle un golpe decisivo que dejara abierto el camino hacia el mar y abastecidas a las tropas del imperio.

El Gral. Díaz supo muy a tiempo el movimiento de Márquez, y se decidió a jugar el todo por el todo.

60.—*El 2 de Abril.*—Reunió a todos sus jefes y les presentó su plan de ataque, plan que, en opinión de técnicos como el Gral. Angeles, a quíen alguna vez oí hablar de este asunto, era punto menos que suicida, y completamente descabellado. El buen éxito sólo era posible mediante un milagro; pero como no estábamos ya entonces en la época en que ocurrían las cosas sobrenaturales, claro es que fué otro el factor que intervino en este caso.

En todo Puebla fué conocido el procedimiento de que el Gral. Díaz se valió, procedimiento que está muy en consonancia con su modo de ser: la corrupción por medio del oro. Compró las principales trincheras, con excepción de una, y de los dos fuertes. En estos lugares sí hubo resistencia, pues en los otros puntos no llegaron a combatir.

Una vez tomada Puebla, el Gral. Díaz se dirigió en busca de Márquez, a quien las caballerías de Guadarrama y Lalanne encontraron en el camino y rechazaron hacia México, dando tiempo a que el grueso del ejército de Oriente levantara el campo en Puebla y viniera a cercar la ciudad. Es curioso y por eso lo hago notar, que las principales acciones de guerra del Gral. Díaz se redujeron a sitiar o ser sitiado, siendo esto último en lo que le imitó su sobrino Félix, cuya vida militar se compendía en dos palabras: ser sitiado. Y se completa con otras dos: ser vencido.

El sitio de México careció también de importancia, pues al triunfar la república en Querétaro y conocerse la noticia de la rendición de Maximilia-

no, su juicio y fusilamiento, Márquez se ocultó en Tacubaya y dejó a Tavera y otros que entregaran la plaza, lo que ocurrió el 20 de Junio de 1867. Fué este el segundo gran triunfo del Gral. Díaz en su carrera militar, terminando con él la etapa gloriosa de toda su vida, bien corta etapa por cierto.

Los aduladores encontraron otros dos triunfos en esos cinco años, y quisieron hacer de ellos otros tantos motivos de deificación de su ídolo. Me refiero a los combates de Miahautlán y la Carbonera, en los cuales el Gral. Díaz pudo derrotar al traidor Oronoz y a unos cuantos invasores. Las fuerzas de Oronoz eran superiores en número a las republicanas, pero la estulticia de aquel jefe era superior a todo; de manera que ningún trabajo le costó al Gral. Díaz, dar al traste con él. Técnicamente, los planes de ambos jefes son muy malos, pero es de hacerse notar que aunque el de Oronoz, por no sé qué casualidad, era mejor, su impericia y su cobardía hicieron que lo echara a perder.

Durante la guerra de intervención, y precisamente en los meses en que el Gral. Díaz triunfaba sobre esos traidores, se desarrollaban en el resto del país incontables hazañas del mismo género, y muchas de ellas infinitamente superiores ya por los resultados consecuentes o ya por el heroísmo verdaderamente admirable que demostraban los que las llevaban a cabo. Los aduladores de Díaz nos lo han querido presentar como el más destacado caudillo de aquellos tiempos; pero bastará el solo recuerdo de uno de los episodios de una de aquellas jornadas para que se opaque completamente ese falso brillo, como se opaca la débil flama de una cerilla ante el chorro de luz de un reflector eléctrico moderno.

El episodio a que me refiero, y que los porfiristas sumieron en el más negro olvido, es el ocurrido en el combate de Tacámbaro, cuando el Gral. Régules,

que no era ni siquiera mexicano de nacimiento, sino español, atacó aquella plaza.

61.—*El revolucionario.*—Al fin de la guerra de intervención, el Gral. Díaz fué el único jefe republicano que presentó en orden sus cuentas, y tuvo un sobrante en caja, después de haber pagado religiosamente todas los necesidades de su ejército. Esta muestra de probidad, en aquellos momentos de desorden, aumentó grandemente su prestigio, comprobando que era un buen administrador y un soldado honorable.

Con ello el renombre del general Díaz se hizo muy grande, y comenzó a ser nacional. En seguida, cuando el Sr. Juárez nombró a los jefes que debían quedar encargados de la dirección del ejército permanente, lo designó para que se quedara al frente del que había mandado al final de la guerra, el de Oriente. El Gral. Díaz renunció, diciendo que prefería retirarse a la vida privada, una vez cumplido su deber para con la patria. El Sr. Juárez, que lo conocía, manifestó a su Ministro de la Guerra, el Gral. D. Ignacio Mejía, oaxaqueño también, sus deseos de fusilar a aquel que tan humilde se manifestaba a la hora del triunfo. Era que el Sr. Juárez conocía a sus hombres.

Sin embargo, se le aceptó la renuncia y se le dejó ir en paz. Díaz marchó a La Noria, Oaxaca, y no cesó de intrigar un momento en contra de Juárez y su Gobierno. Quería ser Presidente, y los méritos que alegaba eran los de sus cinco años de soldado de la República. Como nadie se los podía negar, comenzó a tener "partido".

Vinieron las elecciones de 1871, y el Presidente Juárez aceptó su candidatura para una nueva reelección. El Gral. Díaz que en las elecciones anteriores, de 1867 había obtenido 2,709 votos, es decir, el segundo lugar para Presidente y el mismo para Vicepresidente, lanzó la suya. D. Sebastián

Lerdo de Tejada, Ministro de Juárez, y don Ignacio Mejía, otro Ministro, hicieron lo mismo, sólo que éste a última hora se retiró.

La elección fué reñidísima, y nadie obtuvo la mayoría señalada por la ley, por lo que el Congreso tuvo que decidir la cuestión, eligiendo a Juárez, el 12 de Octubre, por 108 votos, contra 3 en favor de Díaz y 44 cédulas en blanco,

El día 1º de Octubre al conocerse en la capital el resultado de las elecciones, se sublevó la guarnición de la Ciudadela de México, siendo sofocado el motín por el Gral. Sóstenes Rocha, con gran rapidez y durísima mano. El Gral. Donato Guerra, que era partidario de Díaz, y que guardaba una de las salidas de la Ciudadela, dejó escapar a muchos de los principales conjurados, aunque sin manchar su honor de soldado, servidor del Gobierno constituido representado por Juárez.

Este pronunciamiento fué netamente porfirista. En cuanto se conoció fuera de México el resultado de las elecciones celebradas en el Congreso, el Gral. Díaz que estaba en Oaxaca, alzó el estandarte de la rebelión, no importándole a su ambición desenfrenada manchar los laureles de la guerra de intervención con el borrón de un motín. En Noviembre publicó en La Noria el plan revolucionario conocido con el nombre de ese rancho, en el cual protestaba contra las reelecciones del Sr. Juárez y proclamaba el principio de no reelección, así como el de sufragio efectivo —los mismos que inscribieron después en su bandera los revolucionarios que lo derribaron a él—. Una serie de cargos tremendos contra el Gobierno juarista completaba el manifiesto. Se acusaba al Sr. Juárez de haber impuesto gobernadores en los Estados, de haber derrochado los fondos públicos, de no impartir justicia debidamente, de tener una lacayería y no una Cámara, etc. La mayor parte de esos cargos eran

injustos e infundados, sobre todo el relativo al derroche de los fondos públicos. Puede derrocharse lo que hay, pero nunca lo que no existe, y en aquella época el Gobierno no tenía un solo centavo. Además, ninguno de los servidores del Gobierno de Juárez se hizo rico.

El movimiento de la Noria fué secundado en el acto por Félix Díaz, hermano de Porfirio, y Gobernador de Oaxaca; por Francisco Naranjo y Donato Guerra, que acababan de pedir su retiro del ejército, y por el Gobernador de Nuevo León.

El 2 de Marzo de 1872 moría la revuelta en la Bufa, frente a Zacatecas, donde el Gral. Sóstenes Rocha destrozó a los revolucionarios del Norte, y el 1º de Junio entraba el Gral. Revueltas a Nuevo León, quedando así completamente desbaratado el criminal pronunciamiento, que sólo había tenido por finalidad elevar al Gral. Díaz a la Presidencia, engañando al país con mentidas promesas.

El jefe del movimiento, derrotado en Oaxaca por el Gral. Ignacio Alatorre, huyó por la costa del Pacífico, yendo a refugiarse nada menos que con el bandolero Manuel Lozada, el "Tigre de Alica", feroz asesino que asolaba el cantón de Tepic, (hoy Estado de Nayarit), haciendo incursiones que llegaban a Mazatlán por el Norte y a Guadalajara por el Sur.

"El Tigre de Alica" había sido traidor, alcanzando del Gobierno imperial el grado de general y creo que la orden de Guadalupe. Era un individuo feroz, de aspecto repulsivo, que hacía aún más repugnante el hecho de ser tuerto, y no tenía más ambición que robar, incendiar, violar mujeres y matar.

Después de una corta temporada al lado del "Tigre", a quien llamaba amigo y compadre, el Gral. Díaz, completamente desprestigiado por todo esto, pasó a Sinaloa, y de allí fué a Durango,

en donde se rindió cuando murió Juárez, acogiéndose a la amnistía decretada por el Presidente Lerdo.

El descrédito más grande había hecho presa en el antes considerado general Díaz, y solamente los traidores que no encontraban cabida en ninguna parte, y los políticos sin escrúpulos que explotaban a unos y a otros, siguieron siendo porfiristas. El plan de La Noria y las subsecuentes aventuras del que lo proclamara como bandera, vinieron a revelar claramente que el Gral. Díaz era un ambicioso vulgar, que no vacilaba en pedir un premio para lo que no había sido más que el cumplimiento de un deber, la satisfacción de una de sus obligaciones de mexicano, como es la que todos tenemos, de defender a nuestra patria, y que él consideraba, con torcida mente, como un favor muy grande que había hecho al país y que éste no debería dejar sin recompensa, siendo la recompensa a gusto y capricho del "héroe", que ya hemos visto que no era sino un mediocre soldado, inferior en muchísimos conceptos a la mayor parte de los de ese tiempo.

Empero, los errores del Sr. Lerdo en el Gobierno culminaron con su pretensión de reelegirse, y ya en los primeros capítulos he dicho cómo esto dió lugar a que Díaz fuera nuevamente tomado en consideración por los agitadores y presentado al país como su salvador. La sangrienta burla que hizo de sus principios y de todo su pasado, ha quedado consignada también en esas páginas, por lo que no vuelvo a ocuparme aquí de ella.

62.—*Conclusión.*—La historia, para juzgar a un hombre, necesita conocer sus faltas y sus méritos; sus deficiencias y sus excelencias; los bienes y los males que unas y otras acarrean a la humanidad o al grupo social en que ese personaje ha actuado. Yo acabo de exponer, a grandes rasgos, ciertamen-

te, todo lo bueno y todo lo malo del general Díaz. Comparando una cosa con otra, midiendo y pesando con todo desapasionamiento lo que hizo por su patria y lo que contra ella hizo, tengo que fallar irremediablemente en forma condenatoria. El Gral. Porfirio Díaz como hombre, fué malo. Como militar, fué mediocre, más aún, fué un mercachifle de la espada, que quiso vender y vendió sacrificios por incienso, gloria por poder, nombre por adulaciones. No supo o no quiso ser un verdadero soldado, porque un soldado de verdad ama la gloria por la gloria misma, y si su espada ha sido ennoblecida por el triunfo, por modesto que éste sea, en una contienda justa, se consagra al honor de esa espada, y no la mancha convirtiéndola en el chafarote del salteador del poder, ni la empequeñece poniéndola al servicio de innobles ambiciones, ni la envilece transformándola en el puñal del asesino. Y el Gral. Díaz manchó su acero con el pronunciamiento de La Noria; lo empequeñeció al ponerlo al servicio de sus bastardos anhelos cuando Tuxtepec, y lo transformó en el puñal del rufián cuando asesinó a los conjurados de Veracruz, cuando mató a Corona, cuando mató a García de la Cadena, cuando mató al Gral. Ignacio Martínez, cuando mató a Serdán. El haber sido vencido en Puebla, gloriosamente, y en Oaxaca sin honor, puesto que se entregó sin condiciones, que es la forma más vil de rendirse, y a la que sólo la desgracia puede servir como atenuante; el haber triunfado en Miahuatlán, en la Carbonera y en Puebla, no dan derecho a nadie para deshonrar a la nación con treinta años de dictadura, para labrar la ruina y hacer más negra la ignorancia de las masas, para asesinar a los que no "hacían sombra"; pero que podían haberla hecho, ni para deturpar y calumniar y llenar de lodo reputaciones sin mancha de hombres íntegros.

Como gobernante, Díaz fué avaro, mentiroso, cruel y tiránico. Fué pérfido, envidioso y malo. Se presentó como Presidente demócrata; pero fué un autócrata. Un arzobispo trató de hacerlo emperador, y tuvo miedo: no fué un autócrata perfecto.

Su acción de difamar al Gral. Mariano Escobedo, valiéndose de dos "peritos calígrafos" que con impudicia digna de su condición de lacayos serviles declararon falsos los documentos que Escobedo exhibió para probar que no se le había entregado Querétaro como fin de una aventura en que hubo un doble traidor, muestra hasta donde podía llegar su envidia. Envidia estéril que no ha podido hacer sin embargo, que Díaz sea considerado el salvador de la República lo que quizás pretendía con esa maniobra, ni ha podido hacer que el mérito indisputable del triunfo de Querétaro sea todo de Escobedo y de los suyos.

Hay veces que una obra mala puede salvarse debido a los méritos y a las excelencias de la persona que la ejecuta o de la intención que la preside. Pero la obra de Díaz, ni aun así puede salvarse de la condenación de la historia, porque la única tendencia de perfeccionamiento de Díaz fué orientada hacia el mal, y ni siquiera esa fué completa, porque Díaz no llegó a ser nunca un perfecto déspota.

La historia lo condena y coloca su nombre al lado del nombre de los réprobos.

CAPITULO XII.

EL GOBIERNO INTERINO DE 1911.

63.—*Acontecimientos de los Estados.*—Al quedar triunfante la revolución, los gobernadores de los Estados pidieron licencias para separarse de sus puestos, o renunciaron con franqueza a ellos, entrando en su lugar, en la mayoría de los casos, personas adeptas a la revolución, o que fingían simpatizar con ella. He aquí la lista de los gobernadores provisionales:

Aguascalientes, Alberto Fuentes D. Campeche, Urbano Espinosa. Coahuila, Venustiano Carranza. Colima, Miguel García Topete. Chiapas, Reynaldo Gordillo León Chihuahua, Abraham González. Durango, Luis A. Trejo. Guanajuato, Lic. Juan B. Castelazo. Guerrero, Francisco Figueroa. Hidalgo, Jesús Silva. Jalisco, David Gutiérrez Allende. México, Rafael M. Hidalgo. Michoacán, Dr. Miguel Silva. Morelos, Juan N. Carrión. Nuevo León, Leobardo Chapa. Oaxaca, Heliodoro Díaz Quinta. Puebla, Rafael P. Cañete. Querétaro, J. Antonio Septien, San Luis Potosí, Dr. Rafael Cepeda. Sinaloa, Lic. Celso Gaxiola Rojo. Sonora, Carlos E. Randall. Tabasco, Lic. Manuel Mestre Ghigliaza. Tamaulipas, Espiridión Lara, Veracruz, León Aillaud. Yucatán, Lic. José M. Pino Suárez y Zacatecas, J. Guadalupe González.

Ninguno de estos señores era militar profesional, y casi todos eran novicios en la política.

Sustituían a los siguientes, que eran los gobernadores porfiristas:

Aguascalientes, Alejandro Vázquez del Mercado. Chihuahua, Coronel Miguel Ahumada. Coahuila, Jesús del Valle. Campeche, T. Aznar y Cano. Colima, Enrique Lamadrid. Chiapas, Rafael Rabasa. Durango, Lic. Esteban Fernández. Guanajuato, Lic. Joaquín Obregón González. Guerrero, Damián Flores. Hidalgo, Pedro L. Rodríguez. Jalisco, Manuel Cuesta Gallardo. México, Gral. Fernando González. Michoacán, Aristeo Mercado. Morelos, Coronel Pablo Escandón. Nuevo León, Gral. J. M. Mier. Oaxaca, Emilio Pimentel. Puebla, Gral. Mucio P. Martínez. Querétaro, Francisco Cosío. San Luis Potosí, Ing. J. M. Espinosa y Cuevas. Sinaloa, Diego Redo. Sonora, Gral. Luis E. Torres. Tabasco, Gral. Abraham Bandala. Tamaulipas, Juan B. Castelló. Veracruz, Teodoro Dehesa. Yucatán, Enrique Muñoz Arístegui. Zacatecas, F. Ortiz de Zárate.

Uno que otro de los principales directores del Gobierno anterior se expatrió voluntariamente; pero la gran mayoría se quedó en México, y el nuevo Gobierno respetó sus vidas y sus propiedades, llegando en su benevolencia hasta conservarlos en los puestos que estaban desempeñando, limitándose a excluirlos de los principales y de mayor influencia, como las jefaturas de los ministerios y las gubernaturas de los Estados. Esto dió lugar a numerosas dificultades; pero desde luego se dejó sentir el mal en los Estados.

Los jefes revolucionarios, que no estaban preparados para desempeñar su papel, y que repentinamente se veían con una suma enorme de poder en sus manos, fueron fácil presa para aquellos individuos mañosos e intrigantes, a los cuales nada difícil fué, pasado el primer momento de agitación, hacerse amigos de los cabecillas y soplarles al oído

disparate y medio, incitándolos a desobedecer al Gobierno y fomentando por todos lados la anarquía.

Las elecciones para gobernadores fueron el pretexto que más fácilmente tomaron los descontentos para azuzar a los jefes armados contra el Gobierno, sin comprender que lo único que estaban haciendo era preparar su propia ruina. En Chiapas, en Tlaxcala, en la Laguna, en Veracruz y en Puebla se registraron escándalos sangrientos, siendo los más notables los que ocurrieron en Puebla, en las fábricas de Covadonga, y la matanza que hizo el coronel Aureliano Blanquete, en la plaza de Toros de la capital del Estado, para libertar al hijo del exGobernador Mucio Martínez y a otros individuos a quienes el jefe de las fuerzas maderistas, Abraham Martínez, había detenido allí por órdenes del Ministro de Gobernación, según dijo.

Las víctimas del feroz Blanquete fueron 300 muertos y otros tantos heridos. En Sinaloa, Juan Banderas depuso al Gobernador Gaxiola Rojo.

Mientras esto ocurría en los Estados, en la capital de la República el Ministro de Gobernación, don Emilio Vázquez, se dedicaba a regalar dinero a numerosos jefes, muchos de ellos de "última hora", con el objeto de tenerlos gratos, no para que le ayudaran al Gobierno, sino para que le sirvieran a él. Esta conducta del Lic. Vázquez mereció el reproche de todos, y la única justificación que hubiera podido tener hubiera sido que aquellos obsequios que hacía con dinero de la nación, hubieran tenido como fin beneficiar a ésta, dándole firmeza al Gobierno que iba a venir; pero tenían precisamente el fin opuesto, es decir, minarlo desde antes de su nacimiento.

El Lic. Vázquez contaba con la aquiescencia del Presidente de la Barra, y el resultado de esas maniobras del primero fué su salida del Gabinete,

exigida por el Sr. Madero, quien a la sazón se encontraba ya en la ciudad de México, a la cual entró triunfalmente el 7 de Junio. La recepción que se le hizo no tiene ningún precedente, ni ha tenido hasta hoy rival, por la espontaneidad y el entusiasmo de que se vió revestida. Puede decirse que la ciudad entera aclamó al joven triunfador, hasta dejarlo fatigado con tantos agasajos. El día anterior se había registrado un fortísimo temblor de tierra, que causó varias víctimas, pero ni este acontecimiento pudo deslucir la magna recepción que se hizo al caudillo.

La salida del Lic. Vázquez fué el 2 de Agosto, y como antes digo, se debió a una exigencia del Sr. Madero, pues el Presidente interino parecía ver con cierta complacencia que se le fueran creando dificultades a su sucesor, y nunca puso coto a los derroches de su Secretario, si no fué verdaderamente estrechado por el Sr. Madero.

Por otra parte, el Presidente de la Barra se preocupaba mucho porque fueran prontamente desarmadas y licenciadas las fuerzas revolucionarias, como si le urgiera dejar a su sucesor, que tenía que ser forzosamente un hombre de la revolución, en manos del ejército porfirista, que los tratados de C. Juárez dejaban subsistente, y que tenía que ser enemigo de cualquier gobernante revolucionario.

A sustituir al Lic. Vázquez entró el Ing. Alberto García Granados, quien estaba en funciones en esa fecha, como Gobernador del Distrito Federal.

El Sr. García Granados, hombre de mal carácter y sumamente apasionado, bien pronto se granjeó numerosas enemistades, pues el cargo que desempeñaba requería en aquellos momentos un hombre ecuánime y de tacto delicado. El licenciamiento de las tropas fué una de las fuentes de mayores dificultades para el Sr. García Granados, y sus in-

temperancias con motivo de ese y otros asuntos, provocaron su caída, inclinándolo a pasarse a las filas de los enemigos de la revolución, en las cuales se encontró hasta su muerte.

El Lic. Rafael Hernández y su colega don Manuel Calero, habían permutado sus carteras, pasando Calero a Justicia y Hernández a Fomento. El Gral. Eugenio Rascón, como resultado de la intriga del Lic. Vázquez, y disgustado porque no se sostuvo su acuerdo de dar de baja a los oficiales del ejército federal que habían intentado sublevarse en Tacubaya, en apoyo de la revolución que acababa de triunfar, renunció al Ministerio de la Guerra, y en su lugar se nombró al Subsecretario, general José González Salas. Todos estos cambios ocurrieron en un par de meses, y naturalmente la agitación pública era constante y muy grande, pues la nación se hallaba acostumbrada a la inmovilidad faquírica del porfirismo, y veía con azoro aquel movimiento.

64.—*Zapata.*—En esos días se había intentado la disolución de las fuerzas del Estado de Morelos, mandadas en jefe por Emiliano Zapata. Zapata era un labriego del rumbo de Yautepec, a quien un jefe político del porfirismo "mandó en cuerda" por antojo, como casi siempre sucedía. Zapata cumplió su "tiempo" como soldado, y regresó a su pueblo, donde estuvo viviendo unas veces del comercio, y otras de la agricultura, sembrando como mediero cuando querían darle tierras en arrendamiento. Al estallar la revolución, se afilió a ella, uniéndosele poco después, como secretario particular el Prof. Otilio Montaño, de ideas socialistas, las cuales explicó a su jefe, y éste, que había sentido toda la miseria del "peón", que la había vivido en los campos, en el cuartel y en la cárcel, al ver cómo huían, cobardes y medrosos, los "patrones" ante el relucir siniestro de su carabina, se sintió dueño del

poder necesario para redimir a los suyos, y se negó a ser "licenciado" si no se le daban tierras, antes, para él y todos los habitantes de Morelos. Así fué como Zapata se constituyó en el primer campeón del "agrarismo" y alcanzó en un instante las proporciones de una figura nacional. Como una garantía de que habían de cumplirse sus exigencias, Zapata pidió que se le designara Gobernador de Morelos, en cuyo puesto estaría hasta que se concluyera el reparto que pedía, el cual era justo, pues los 7,000 Kmts. cuadrados que mide Morelos eran poseídos por 36 individuos, y el resto de la población se hallaba atenida para vivir, a las migajas que le arrojaran los ricos.

En un viaje que Zapata hizo a la ciudad de México, para presentar sus demandas personalmente, no tuvo buen éxito y a punto se encontró de ser fusilado.

El Presidente interino, de la Barra, que no entendía la revolución ni conocía el país, por haber vivido fuera de él desde muy joven, sin que le preocuparan sus problemas, e identificado con la aristocracia, creyó que lo más fácil sería ordenar la "supresión" de Zapata, y con tal fin mandó a Morelos al general Victoriano Huerta, encargándosele a este jefe la dirección de una columna que se enfrentó con los zapatistas.

El Sr. Madero, penetrado de la justicia de Zapata, se ofreció como mediador, para evitar un nuevo derramamiento de sangre, y el Presidente interino aceptó, aunque de mala gana, su intervención en el asunto, saliendo el Sr. Madero para Cuernavaca inmediatamente, a ponerse al habla con Zapata. De Cuernavaca pasó a Cuautla, y de allí se encaminó al campamento del jefe suriano, en la inteligencia de que, mientras durasen las pláticas, el Gral. Huerta, quien se encontraba en Jojutla con 2,000 hombres, no avanzaría. Sin embargo,

detrás de Madero, el referido general avanzó rodeando el campamento, lo cual, como es natural, tuvo que ser sentido por las fuerzas zapatistas, que no pudieron menos que interpretarlo como una traición de parte del Sr. Madero. Este, al tener conocimiento del avance de Huerta, de cuya escrupulosidad y honradez se tenían los peores antecedentes, creyó que estaría obrando por cuenta propia, instigado por los amigos del general Reyes, y así lo comunicó al Presidente, en telegramas que le puso suplicándole que suspendiera el avance. Pero éste no se suspendió, y por el contrario, las fuerzas de Huerta comenzaron a cañonear a los zapatistas, cuando el Sr. Madero se encontraba a medio camino, entre ellas y los sublevados, con la intención bien manifiesta de matarlo.

La rebelión de Zapata fué desde ese momento franca y decidida en contra de Madero y del Gobierno interino.

Zapata acusaba al jefe de la revolución de haberlo traicionado y de haber arrojado las fuerzas de Huerta sobre él, para matarlo, y Madero, que en realidad era el que había estado a punto de ser la víctima de esta intriga siniestra, arrojaba toda la culpabilidad sobre Huerta, pues se negaba a creer, cuando regresó de Morelos, que otro fuera el interesado en desbaratar sus planes de conciliación. Huerta, al saber que el Sr. Madero lo hacía responsable de aquellos sucesos, se sinceró públicamente, diciendo: "la línea de conducta que, como jefe de las tropas federales que existen en el Estado he seguido, declaro que ha sido de acuerdo con la superioridad."

Creo que Huerta decía la verdad en esta ocasión, pues si se hubiera atrevido a obrar por cuenta propia, se exponía a severísimo castigo, que podía haber sido nada menos que la pena de muerte. Había obrado de acuerdo con la superioridad: eso

era indiscutible porque no fué desmentido; pero ¿cuál superioridad? Porque eran superiores a Huerta, como jefe de las operaciones, el Ministro de la Guerra y el Presidente de la República, y de alguno de estos dos personajes debía haber emanado la orden. El Ministro de la Guerra lo era el Gral. José González Salas, simpatizador de la revolución y emparentado, aunque lejanamente, con el Sr. Madero. Es pues, insospechable. Además, para haber dado semejantes órdenes, necesitaba haber consultado con el Presidente y esto se hubiera sabido. Queda solamente una "superioridad": el Presidente de la Barra, quien sí podía, sin consultar con su Ministro, haber telegrafiado a Huerta que avanzara. ¿Qué motivos podía haber tedido el Sr. de la Barra para obrar así? Todos los siguientes:

El Sr. de la Barra pertenecía a la "aristocracia", que veía en la aparición de Zapata, según dijeron en esos días don Francisco Bulnes y José María Lozano, "no la de un simple bandido, sino la de un terrible problema planteado en el Sur por la raza indígena". La "aristocracia," es decir, el grupo al cual pertenecía el Sr. de la Barra, necesitaba la desaparición de Zapata, y la de Madero que lo toleraba, lo abrazaba y lo llamaba su amigo.

Ya hemos visto que las "aristocracias", con tal de conservar su predominio, son capaces de todas las luchas, de todas las infamias y de todas las vesanias. Nada tiene de extraño, pues, que esta haya sido una de sus triquiñuelas.

Los amigos de de la Barra, especialmente los "católicos", miembros todos de la "aristocracia", comenzaban a soplarle en el oído la idea de que se quedara con la Presidencia, y públicamente le ofrecieron su candidatura para ese puesto, no obstante que acababa de triunfar la revolución procla-

madora de la "no reelección". Esto fué un desafío a la opinión y al país.

La única manera de "reelegirse" era eliminar a Madero, el ídolo del pueblo, arrojando la culpa sobre otro, que debería ser Zapata, para que así éste quedara por completo descalificado y la tarea de acabar con él fuera fácil. Así se mataban dos pájaros con una sola piedra.

Quedan probados los cargos que se le hacen al Sr. de la Barra, de haber dirigido esta intriga, que, al fracasar por no haberse conseguido el asesinato de Madero, echó sobre el país el horror de una guerra a muerte, feroz y sangrienta: la guerra del hambriento, del despojado, del explotado, del exprimido, contra el rico que lo exprimía, que lo condenaba al hambre, le robaba a su mujer y le compraba en unos cuantos centavos a sus hijos para explotarlos, exprimirlos y "hambrearlos" también.

El Sr. de la Barra es pues, culpable, de todos los actos de crueldad, de todas las fieras venganzas, de todos los tremendos atentados que durante esa guerra cometieron zapatistas y hacendados, federales, huertistas, maderistas y "carranclanes".

65.—*Los pasquines.*—La caída del porfirismo hizo nacer al amparo de la benevolencia revolucionaria, una nueva situación a la que todos contribuyeron con algún pequeño o grande desorden.

La prensa, que había sido siempre ejemplo de servilismo y de abulia, se convirtió, con "El Imparcial" a la cabeza, en ejemplo de bajeza y de bellaquería. Al ver que la revolución les daba efectivamente libertad, los periodistas de esa época que llevaban treinta y tantos años de silencio y sumisión; los Diputados que siempre habían sido mudas y obedientes muñecas de trapo; los "aristócratas" que toda su vida se la habían pasado "administrando", sin hacer política, echando la

baba, admirativamente, en una inmóvil y silenciosa contemplación de fakires ante el ombligo sacratísimo del dictador, se tornaron agresivos, y como perros rabiosos a quienes se quita la mordaza, hincaron sus colmillos infectos en la carne de los que acababan de ponerlos en libertad; los aturdieron con sus ladridos, los acosaron con sus embestidas de bestias furiosas y dementes; sacudieron sobre ellos toda la roña de sus cuerpos, toda la podredumbre de sus almas fecalizadas, polutieron el ambiente con la peste de sus espíritus llagados, cancerosos. Fué aquel un espectáculo repulsivo y asqueroso, nauseabundo y horrible: como si se hubieran vaciado de repente todos los lazaretos del país, y se hubieran echado por calles y por plazas, por caminos y veredas todos los leprosos carcomidos, putrefactos, lanzando alaridos siniestros de dolor o de cólera, gesticulando fúnebremente, atacados de improviso por la locura definitiva y mortal, denunciadora de cancros cerebrales.

Así vimos aparecer pasquines mediocres, pero venenosos y procaces como "El Mañana" y el "Gil Blas"; irrespetuosos y llenos de insidia como "El Multicolor", dirigido por un "gachupín" aventurero; o francamente criminales como todos los demás que buscaban dificultades y molestias al Gobierno y a la moralización de las ideas revolucionarias. La prostitución de la prensa, de la tribuna, de la cátedra escolar, fué increíble. La libertad que otorgaba la revolución se convirtió en libertinaje, en francachela, en orgía por los reaccionarios.

66.—*El P. C. P.*—Coincidente con el triunfo revolucionario fué también la aparición de incontables círculos, clubes, anillos, rombos, triángulos, partidos, partiditos, grupos y montones que se dedicaban a "hacer política" con un furor y una desesperación sólo concebible teniendo en cuenta la lar-

guísima época de "pura administración" de que se había disfrutado bajo el porfirismo.

El Dr. Vázquez Gómez, ayudado por su hermano, formó el "vazquismo"; Zapata tenía su "zapatismo"; el Lic. Jorge Vera Estañol un partido teórico que se llamaba evolucionista; se reorganizó el funesto partido católico; de la Barra tenía su circulito; había liberales rojos, verdes, amarillos y de todos colores; antireeleccionistas cismáticos y de última hora; el Gral. Bernardo Reyes, repuesto del susto, había regresado a México y tenía su "reyismo"; contra éste se formó el anti-reyismo; a Orozco le estaban formando en el Norte los Terrazas su orozquismo, y hasta Félix Díaz, el antiguo jefe de los gendarmes porfiristas, comenzaba a juntar a su alrededor a alguno que otro bobo. En medio de ese desbarajuste, en el cual llevaban la peor parte los revolucionarios por su falta de preparación para lidiar con los politicastros mañosos y vengativos, intrigantes y faltos de escrúpulos que había dejado flotando el porfirismo, y que sacaron las uñas y enseñaron los dientes al ver que se les toleraba, el Sr. Madero creyó conveniente reorganizar el Partido Antireeleccionista, suprimiendo a los ambiciosos y a los intrigantes que podrían ser un peligro para cualquier Gobierno que no los tuviera como jefes supremos. Con tal motivo, el Sr. Madero propuso a sus amigos la formación del Partido Constitucional Progresista, en su manifiesto de 9 de Julio de 1911. Así se hizo, y el nuevo Partido contó con el apoyo de todos los antiguos antireeleccionistas, excepción hecha de los que, por conveniencias personales o amistad hacia los Sres. Vázquez Gómez, se separaron, armando tremendo escándalo que fué hábilmente explotado por los rufianes de la prensa, en contra de Madero. Uno de los primeros acuerdos del nuevo Partido, que era el único de verdadera importancia en todo el

país, fué convocar a una Convención Nacional que se efectuó en México el 27 de Agosto, en el Teatro Hidalgo.

En esta Convención debían elegirse los candidatos que el Partido sostendría en la lucha electoral que debería verificarse en el país el 1º de Octubre, para designar a los sucesores definitivos de Díaz y Corral, según convocatoria lanzada por el Congreso.

67.—*El Reyismo.*—Al conocer el Lic. Limantour, quien se había reconciliado con Reyes en París, que el movimiento revolucionario tomaría un enorme incremento en la república, decidió llamar a Reyes para encargarlo de la campaña contra Madero, y así lo hizo, aceptando aquel y embarcándose en el acto rumbo a Veracruz. Al llegar a la Habana, le sorprendió la noticia de la caída de C. Juárez, y lo de las pláticas de paz, y allí se detuvo, poniéndose al habla con Madero, a quien ofreció sus servicios en cambio del Ministerio de la Guerra. El Sr. Madero no deseaba herirlo, y aceptó celebrar con él un pacto mediante el cual Reyes se comprometía a no estorbar la elección de Madero o de la candidatura de los revolucionarios, y éstos lo toleraban como Ministro de la Guerra en el Gabinete que se formara. La informalidad y las veleidosidades de carácter de Reyes lo inclinaron a romper su compromiso apenas llegado a México, y Madero, que no lo necesitaba para nada, consintió no solamente con facilidad, sino con mucho gusto en que Reyes se separara de él.

Reyes creía contar con un enorme Partido, y lanzó su candidatura a la Presidencia, enfrentándose con la de Madero y con los revolucionarios. Sin embargo, bien pronto los hechos lo desengañaron de que su Partido solo existía en la imaginación de su hijo don Rodolfo y en la de otros admiradores suyos de exhuberante fantasía, y entonces

juzgó que la nación estaba obligada a esperar a que él tuviera suficientes partidarios para hacer un papel airoso en la lucha, pidiendo que al efecto se aplazaran las elecciones. En este absurdo proyecto sugerido por de la Barra le ayudaron los evolucionistas y el grupo Liberal Rojo, lo mismo que los vazquistas; sin saber para quien estaban trabajando.

A nadie se le oculta lo disparatado que hubiera sido, y lo peligroso que hubiera resultado aplazar las elecciones en medio de tanta excitación, precisamente cuando el país entero deseaba que cuanto antes se pusiera a prueba la efectividad de las conquistas que los revolucionarios decían haber hecho en el sentido de que el pueblo podía designar libremente a sus gobernantes. Es indudable que el resultado de tal aplazamiento hubiera sido una general protesta armada, y que la lucha se hubiera reanudado, más sangrienta y más cruel que nunca. Estas consideraciones movieron al Sr. Madero a dirigir su telegrama de 11 de Septiembre a la Cámara, que los habitantes de la ciudad de México sugestionados por su prensa, calificaron de amenaza; pero que la República vió como la expresión de una absoluta verdad. El mensaje en cuestión dice:

"Mérida, Yucatán, Septiembre 11–1911.—Presidente de la Cámara de Diputados, México.—Por el digno conducto de Ud. deseo dirigirme a los Sres. Diputados, para manifestarles lo siguiente:—Graves asuntos deberán ocupar su atención, pero los más trascendentales serán los relativos a las próximas elecciones presidenciales. Por este motivo me permito recordar a los Sres. Diputados, que si bien es cierto que la guerra civil terminó sin que se celebrase tratado alguno, —tan lo es que tácitamente se convino en que el Sr. de la Barra sería aceptado por ambos partidos como Presi-

dente de la República y que se citaría a elecciones presidenciales en el plazo más breve que fuere posible, este plazo fué ya designado por el Congreso y aceptado por el Partido revolucionario; así es que puede considerarse como un convenio tácito. El Sr. Lic. Francisco L. de la Barra ha cumplido con los compromisos contraídos con la Revolución, con toda lealtad y honradez, habiéndose hecho acreedor, por este motivo, a la estimación de todos sus conciudadanos. Estoy seguro de que ese Congreso obrará de igual manera a fin de justificar la confianza que en él depositamos los jefes del Partido revolucionario. De esta manera, y marchando todos en perfecta armonía, sin más interés común que el bien de la Patria, lograremos que ella pase sin más trastornos el período de transición, y los Sres. Diputados se harán igualmente acreedores a la estimación de sus conciudadanos. Nada que sea contra el decoro y la dignidad; únicamente deseo que las elecciones se verifiquen en el plazo ya fijado y que el cómputo de los votos se haga con entera legalidad y honradez; sentimientos en los cuales estoy seguro abundan los Sres. Diputados.—En cuanto a diferir las elecciones, sería prolongar el período de incertidumbre y desconfianza que existe siempre antes que se verifique este acto, y especialmente en las condiciones porque atraviesa actualmente el país, sería acarrearse graves complicaciones y dificultades; pues es difícil prever el efecto que tal resolución causaría en las masas populares, que creerían que se les había traicionado y se quería arrancarles el legítimo triunfo que esperaban de la revolución, que es el de ejercer libremente y sin trabas el supremo derecho de designar a sus mandatarios.—Ningún Partido político de tendencias honradas se beneficiaría con este retardo, pues la opinión pública no hará sino exaltarse más y nada hace prever que

cambiase de orientación para apoyar las pretensiones del Sr. Gral. Bernardo Reyes. Me informan también que un grupo de disidentes del Gran Partido Revolucionario, no contento con el fallo de la Convención, porque no satisface sus aspiraciones personales, desea pedir al Congreso que sea retardada la época de las elecciones. Ni este pequeñísimo grupo de disidentes, ni los amigos del Sr. Gral. Reyes representan una minoría respetable de la opinión, por cuyo motivo el Congreso no debe tomar en cuenta su solicitud, basada no en los sagrados intereses de la Patria sino en sus mezquinas ambiciones. Para terminar, manifestaré a los señores Diputados que aunque legalmente tengo sólo el carácter de un simple ciudadano, la inmensa mayoría, por no decir la casi unanimidad me designa como candidato a la Presidencia de la República, y el hecho de haber sido el jefe de la Revolución me impone el deber de dirigirme honradamente al Congreso, para hacerle conocer lo anterior, que es de gran trascendencia para la República; pero si dejando de tomar en consideración los altos intereses de la Patria, llegasen los Sres. Diputados a resolver que se aplacen las elecciones, aunque yo haré lo posible por calmar los ánimos y hacerles comprender que no debemos temer nada, puesto que ya el pueblo ha demostrado su omnipotencia y sabrá hacer respetar en cualquier momento su soberanía, no puedo, sin embargo, responder de lo que pueda suceder, pues como ya manifesté anteriormente, el pueblo creería que se le había traicionado, que se le quería arrancar el fruto de la revolución y es imposible prever cuales serían los efectos de su cólera. Anticipo a Ud. las gracias porque espero que se servirá hacer conocer a los Sres. Diputados mi anterior telegrama, y respetuosamente me suscribo su

amigo afmo. y atto. S. S., (f) Francisco I. MADERO."

68.—*La convención de 1911.*—Volvamos ahora a la Convención del Partido Constitucional Progresista, que se vió concurrida por delegados de casi todos los clubes antireeleccionistas del país.

El Sr. Madero, después de formar el Partido, manifestó a sus amigos que no juzgaba prudente que el Dr. Vázquez Gómez, cuyas ambiciones se habían puesto ya al descubierto, ocupara la Vicepresidencia, pues lo consideraba un peligro para la estabilidad del Gobierno que se formara. Los amigos del Sr. Madero estuvieron de acuerdo en esto, y procedieron a buscar una personalidad para sustituir al Dr. Vázquez Gómez, quien aparecía ya como jefe de un grupo definido, distinto del que encabezaba el Sr. Madero, y que buscaba su apoyo para triunfar en las elecciones; pero que amenazaba no seguir la política de Madero después de éstas.

Al llegar a este punto, surge la "imposición de Pino Suárez", mentira histórica muy generalizada. La tal imposición no existió, y fué tan fantástica como los negocios de Don Gustavo Madero. Paso a demostrarlo.

69.—"*La Imposición*" *de Pino Suárez.*—El Sr. Madero tuvo dos candidatos para sustituir al Dr. Vázquez Gómez: don Abraham González y don Manuel Bonilla. Al primero que le sugirió la idea de lanzar su candidatura fué a Bonilla; pero este señor se negó a hacerlo diciendo que no estaba, en su concepto, debidamente preparado para el puesto, ni creía contar con prestigio en el país. Cuando el Sr. Madero se convenció de que no se postularía, ocurrió a don Abraham, y en el archivo de este señor deben figurar los papeles originales firmados por Madero, que tratan de este asunto, como en el del Sr. Madero las copias. El Sr. Gon-

zález sabedor de lo resuelto por el Sr. Bonilla, también se negó a lanzar su candidatura, poniendo iguales dificultades que este.

Al propio tiempo, el Sr. Madero había encargado a los directores del P. C. P. que buscaran candidato, y estos le propusieron varios, que fueron D. Fernando Iglesias Calderón, el Ing. Alfredo Robles Domínguez. el Lic. Pino Suárez y aun Toribio Esquivel Obregón.

El Sr. Madero escogió al licenciado Pino Suárez, después de pensar mucho el punto, en vista de que en la Convención de 1910 era el que había ocupado el tercer lugar en la votación, cuando se escogió candidato para la Vicepresidencia. A Esquivel, que había ocupado el segundo, no lo podía admitir porque este señor ni es ni ha sido nunca revolucionario, y hemos visto lo que hizo en C, Juárez, en unión de Braniff. Madero ya sabía todo, porque ya Orozco le había confesado lo que en otro lugar relaté.

Consultado el Lic. Pino Suárez, aceptó lanzar su candidatura, pues de entre los revolucionarios él era, después de Vázquez Gómez, el más ampliamente conocido y el que más simpatizadores tenía en el país, para el caso, como lo demuestra la ya citada votación del Tívoli.

Imposición, en nuestra jerga política, significa dar posesión de un puesto público a un favorito, sin consultar la opinión del pueblo y contrariando ésta, conservándolo en él por medio de la fuerza. Las imposiciones se realizan lo mismo en la ocupación de cargos públicos de elección popular, que en los de "nombramiento."

En la elección del Sr. Lic. Pino Suárez no se presentaron ninguna de las condiciones o "elementos" que constituyen la imposición:

Primero: porque el Lic. Pino Suárez no era favorito del Sr. Madero, desde el momento en que

nunca lo había hecho objeto de favores, halagos o alabanzas, ni lo había obsequiado con sinecuras, o prebendas, ni lo había tenido por consejero íntimo, ni lo había hecho prevalecer sobre nadie.

El Lic. Pino Suárez, antes de que se lanzara su candidatura, había sido únicamente "amigo político del Sr. Madero. Es decir, su amistad se reducía al hecho de que participaban de la misma creencia política. Los únicos cargos que le había conferido hasta entonces el Sr. Madero habían sido de peligro, cargos poco apropiados para un "favorito", dado que al otorgarlos el Sr. Madero y aceptarlos el Lic. Pino, se ponía éste en riesgo de muerte o cuando menos, de destierro, si la aventura revolucionaria fracasaba. Yo nunca he visto "favorecer" a nadie en esa forma. "Favorito" podría considerarse a Carranza, a quien sí sostuvo el Sr. Madero, como Ministro de la Guerra, contra la opinión de muchos de sus subalternos, cuando el triunfo no sólo era una posibilidad, sino que se había consumado.

Otra prueba de que el Lic. Pino Suárez no era favorito de Madero, es la de que éste señor pensó en otras personas, al tratarse de la Vicepresidencia: el Ministro don Manuel Bonilla y el Gobernador don Abraham González. Si hubiera sido su favorito hubiera tratado desde luego de trabajar por él. Cuando triunfó la revolución el Sr. Pino Suárez se dirigió a Yucatán, como Gobernador de ese Estado. Si hubiera sido "favorito" de Madero, éste lo hubiera conservado consigo, o le hubiera dado un puesto en el Gobierno interino, en la ciudad de México, cosa que le hubiera sido muy fácil.

Segundo: porque el Sr. Madero no solamente consultó con sus amigos políticos la designación del candidato Vicepresidencial, sino que encargó a éstos que buscaran uno y lo discutieran con él.

Sobre este punto pueden dar su testimonio los Sres. Lic. José Vasconcelos, Roque González Garza, Rafael Martínez, Juan Sánchez Azcona, Enrique Bordes Mangel, Ing. Eduardo Hay, Lic. Miguel Díaz Lombardo y muchos otros que formaron parte del grupo directivo del Partido Constitucional Progresista, que fué uno de los grupos de amigos a quienes Madero hizo la consulta de que hago mérito. Después de muchas discusiones, estos señores —los del grupo directivo del Partido— convinieron en aceptar al licenciado Pino Suárez, quien fué propuesto también por varios de ellos, como ya lo habían propuesto los delegados del Distrito Federal, durante la Convención de 1910.

El Sr. Madero, además, consultó la opinión de su Partido todo, durante la Convención del Teatro Hidalgo. A esa Convención concurrieron todos los partidarios del Sr. Madero, y los del Dr. Vázquez Gómez. También estuvieron presentes amigos del Sr. Iglesias Calderón, del Ing. Robles Domínguez y del Sr. Esquivel. Durante esa Convención el Sr. Madero no ejerció presión de ningún género sobre sus amigos, y éstos en uso de su completa libertad aceptaron la candidatura del Lic. Pino Suárez. Desafío a los sostenedores de la mentira, a que presenten una sola prueba de que se "obligó" a alguien a votar contra su voluntad, durante la Convención, en favor del Lic. Pino.

Un valiente defensor de la personalidad y de la obra de Madero, el Sr. don Pedro Lamicq, en uno de sus libros, dice que en todo caso la imposición de Pino Suárez sería hecha por Madero a sus amigos. Como ve este señor, tampoco a sus amigos impuso el Sr. Madero esa candidatura.

Todavía después, el Sr. Madero y su Partido sometieron al voto del pueblo la candidatura del Lic. Pino Suárez, y el pueblo votó por ella. Durante la gira de propaganda, el Sr. Madero recomendó al

pueblo que votara por el Lic. Pino, y esto lo toman sus detractores como la "prueba toral" de que sí hubo imposición. Lo pueril, lo necio de ese argumento no me llama tanto la atención; lo que me maravilla es la insensatez de los que aceptan tales pamemas.

Si Madero era el candidato Presidencial y Pino Suárez el candidato Vicepresidencial de un mismo Partido; si se presentaban ante el pueblo en una misma "fórmula"; si los dos formaban parte del Partido que los postulaba juntos, no hubiera sido ridículo y digno de un loco que el Sr. Madero se hubiera presentado al pueblo diciéndole: "Mi Par-"tido sostiene la candidatura de Pino Suárez para "la Vicepresidencia, pero yo te aconsejo que votes "por Vázquez Gómez, o por de la Barra?" Esto, tal parece, era lo que, según el criterio de los enemigos del Lic. Pino, debería haber hecho Madero; pero Madero tenía sentido común, y aconsejó al pueblo que votara por Pino Suárez, como Pino Suárez aconsejó que votaran por Madero, aunque siguiendo el criterio de sus enemigos, debería haber aconsejado que eligieran a Reyes.

La tal prueba, por su torpeza, y por su necedad, parece que debe haber sido un producto "feliciano", es decir, de Félix Díaz, que fué quien más tarde lo explotó en sus rebeliones contra el poder público.

Que Madero explotó en favor de la candidatura del Lic. Pino Suárez el inmenso prestigio que tenía, no puede negarse; más al hacerlo esgrimía un arma lícita. Madero no tenía la culpa de que sus palabras fueran escuchadas por los mexicanos, y desoídas las de Reyes, de la Barra o Vázquez Gómez.

Más aún: contra la candidatura del Lic. Pino surgieron otras, entre ellas la del Lic. de la Barra, ostensiblemente anticonstitucional, y se permitió su existencia, violando así la ley el Presidente inte-

rino, en su favor, no en favor del Lic. Pino Suárez, quien no contó por ese hecho, con la ayuda del Presidente en cuyas manos estaba la fuerza pública organizada. Madero, pues, mal pudo hacer uso de esa fuerza para lograr el triunfo del Lic. Pino Suárez.

La emisión del voto fué absolutamente libre. Prueba de ello es el resultado de las elecciones, por el cual se ve que hasta la candidatura ilegal de de la Barra obtuvo votos, y éstos fueron computados, aunque carecían de valor. El Dr. Vázquez Gómez obtuvo un considerable número de sufragios, y esto prueba también que la elección fué libre.

Es cierto que el Sr. Madero exigió que el Dr. Vázquez Gómez no fuera postulado Vicepresidente junto con él, por el P. C. P. Yo no encuentro en ello prueba de que el Lic. Pino Suárez haya sido impuesto ni al P. C. P., ni a la nación, por el Sr. Madero. . En efecto, rechazar al Dr. Vázquez Gómez no era imponer a Pino Suárez; y al rechazar a aquel, el Sr. Madero obraba dentro de una facultad propia de todo hombre, al dársele una comisión cualquiera: la de poner condiciones para aceptar esa comisión. Así como el Partido le imponía a él un programa, para sostenerlo como candidato, él, para aceptar ese apoyo, impuso la condición de que no deseaba figurar al lado del Dr. Vázquez Gómez, lo cual aceptó el Partido, que no podía vacilar entre el Sr. Madero y el candidato a la Vicepresidencia.

Se ha dicho igualmente que el Lic. Pino Suárez no era conocido en el país, y que por este motivo no pudo haber sido electo. En el curso de esta Historia se ha visto que el Lic. Pino Suárez sí era conocido, puesto que ya en Abril de 1910 se le designaba para presidir la Convención Antireeleccionista, de carácter nacional, y en esa misma Convención se lanzaba su candidatura, por persona

que no fué ciertamente el Sr. Madero, para la Vicepresidencia de la República, y en la votación sacaba el Sr. Pino el tercer lugar, ocupando el cuarto el Sr. Iglesias Calderón. Los que no conocían al Lic. Pino Suárez eran sus enemigos de última hora, que lo fueron además de algunos partidarios del Dr. Vázquez Gómez, los porfiristas. Los demás sí lo conocían, y lo apreciaban, como lo demuestran claramente los agasajos que le hicieron en 1910, y los votos que obtuvo en 1911, y que no pudo rechazar ni el Congreso porfirista que calificó su elección, porque no había irregularidad alguna. Si la hubieran encontrado, por pequeña que hubiese sido, buen cuidado hubieran tenido de explotarla y de darla a conocer.

Se ha querido comparar la elección del Lic. Pino Suárez con el fraude corralista, burdo y genuinamente porfiriano, de 1910. Es tan grosera esta comparación y denota tal torpeza mental en sus autores, que me bastará, para reducir a polvo impalpable, para atomizar, para electronizar esa necedad, la traducción de un párrafo del informe "confidencial" enviado por Henry Lane Wilson, uno de los que propalaron con mayor ardor lo de la "imposición de Pino Suárez", con fecha 27 de Octubre de 1911, a la Sría. de Estado yanqui y que dice lo siguiente:

"No se emplearon ni soldados ni policía, y las "casillas electorales fueron dejadas perfectamente "libres y abiertas para los votantes, *pero el terror "del nombre* de Madero, fué utilizado en todas las "formas posibles, y los partidarios del Sr. de la "Barra y probablemente algunos de los del Sr. "Vázquez Gómez, permanecieron enteramente ale-"jados de los comicios en algunos Estados, dejan-"do la votación y cómputo electoral a sus vigilan-"tes y no muy escrupulosos antagonistas."

No puedo imaginarme qué será lo que irán a

presentar contra esto los sostenedores de la gran mentira de la "imposición de Pino Suárez". El Embajador yanqui, fer z enemigo de Pino Suárez y de Madero, al grado de convertirse en cómplice de sus asesinos; el prototipo del diplomático intrigante y embustero, enredista y tramposo, de milésima clase, *no se atrevió a negar* que las elecciones fueron libres; que no se hizo uso de policía ni de soldados para obligar a votar por Pino Suárez, ni por persona alguna, que es la sola forma en que se hace una imposición, y que la única arma que se esgrimió, en todas formas, fué.....*el nombre* de Madero! Estos son los "métodos reprensibles e irreconciliables con el programa de la revolución", que dieron a Pino Suárez el triunfo: el que los "agentes" de su candidatura dijeran a los votantes antes de la elección: "Amigo, vote Ud. por Pino Suárez porque es el que le simpatiza a Madero". Y el votante, minutos antes vazquista, votaba por Pino Suárez, porque a él lo convencía el que dejara satisfecho a Madero. "Ciudadano, Madero dice que quiere a Pino Suárez para Vicepresidente" y otro voto conquistado en favor de Pino. "Señores, he aquí el discurso de Madero en el cual recomienda a Pino Suárez, diciendo que él va a votar por el lider yucateco, contra Vázquez Góméz." Y todo el club, en masa, se declaraba "pinista". Don Porfirio, para imponer a Corral, encarceló a unos 50,000 ciudadanos, prohibiéndoles así que votaran; mandó a sus gobernadores que "sacaran a Corral", hubo soldados y policías que custodiaran las casillas, y después de que no se contaron muchos de los votos emitidos por la "fórmula" antireeleccionista, los audaces votantes que sufragaron por ella fueron llevados al encierro, por ese "delito". Madero sólo hizo uso de la palabra ante el pueblo, para lo cual estaba enteramente facultado. Fué el mismo procedi-

miento que siguió con la candidatura de Vázquez Gómez, en 1910. Idéntico. ¿Dónde está la imposición?

70.—*Vázquez Gómez no traicionó a Madero.*— Y ahora voy contra ciertos "maderistas". Entre nosotros, se ha abusado de la palabra traidor, calificativo que aplican a diestra y siniestra todos los que lo oyen mencionar, sin preocuparse de conocer su significado. Muchísimos han sido los revolucionarios maderistas —y entre ellos no pocos de los que pasan por cultos— que han acusado al Sr. Vázquez Gómez, (el doctor D. Francisco) de haber traicionado a Madero, dando esto como la causa que originó la eliminación de dicho señor, de la fórmula electoral de 1911, y no es cierto. Es una mentira tan garrafal como las que llevo ya señaladas y destruidas.

El Dr. Vázquez Gómez lo que hizo fué esto: pensando con su cabeza, lo que mucho le honra, creyó que la solución de los problemas que se presentaban al triunfo de la revolución debería hacerse apelando a medios más radicales que los que se proponía emplear el Sr. Madero, sobre todo en la cuestión de tierras, que él creía entonces que debería resolverse con la punta de un marrazo.

Madero, al ver esta actitud de su antiguo compañero, no la encontró conveniente, y se apartó de él en uso de un legítimo derecho, pero no estimó nunca que aquello hubiera sido, como no fué, una traición.

El Dr. Vázquez Gómez creía, sugestionado tal vez por el aspecto de Madero, o por lo que de él decían sus amigos, que éste no podría gobernar ni cumplir lo que ofrecía, lo cual era, como hemos visto ya, bien poco, y quiso ser él el que gobernara, para lo cual creyó conveniente ir rodeándose de un partido enteramente suyo, y seguramente por esto no intervino para calmar los desmanes de su her-

mano D. Emilio, cuando este señor se echó sobre las arcas de la Tesorería General de la Nación, y comenzó a atropellar Ministros, invadiendo la esfera de sus atribuciones. En efecto, el Sr. Lic. Vázquez, que era Ministro de Gobernación, a poco de haber protestado como tal, comenzó a hacer proyectos de irrigación y a resolver en peregrina forma el problema de las tierras, con lo cual se entrometía en asuntos de la competencia exclusiva del Ministro de Fomento, Sr. Lic. Hernández.

El doctor Vázquez Gómez, al considerar débil al Sr. Madero, y pretender gobernar él, se equivocaba rotundamente. Una prueba evidente de que Madero no era débil, la tenemos en el hecho de que tan pronto como notó las ambiciones del doctor se lo quitó de encima, bastándole para ello, según lo confiesa el Embajador Lane Wilson, usar su solo nombre. El doctor sí era débil, y esto queda comprobado primero, con el hecho de que se dejó marear por las sirenas que le soplaron al oído la idea de que él era el indicado para gobernar, y segundo, con el hecho de que no pudo resistir ni un segundo ya no a Madero en persona, pero ni siquiera al simple "nombre" de Madero vuelto contra él. Hizo mal el doctor Vázquez Gómez —léase bien: hizo mal, no traicionó— al dejarse llevar de los que lo consideraron "el hombre fuerte", o como Luis Cabrera lo tituló después, "el cerebro de la revolución", porque introdujo con ello el desorden en las filas revolucionarias, y en aquellos instantes tan delicados en que los esfuerzos de todos debieron de haberse encaminado a robustecer el prestigio de Madero, que nos iba a gobernar en seguida, se puso a sembrar dificultades a su paso, y a hacer que la labor de los reaccionarios, labor malsana y disolvente, cobrara fuerza, facilitándoles la división que trataban de sembrar.

71.—*Madero y el ejército.*—El ejército organizado estaba contra Madero. Lo odiaban, no los soldados, pertenecientes a la clase "baja" que veía en Madero a un redentor, o que carecían de ideas propias, que era lo más general, sino los oficiales y los jefes superiores. Y la razón de ese odio era el fracaso del ejército, ante las huestes indisciplinadas y en principio de organización con que los combatió al levantarse en armas contra el Gobierno del Gral. Díaz. Odio injustificado, porque Madero no tuvo la culpa de que el Sr. Limantour se asustara con la caída de C. Juárez, o con las necias intemperancias del borrachín Lane Wilson, ni de que el Gral. Díaz se hubiera empeñado en que su hijo Porfirio dirigiera desde su escritorio la campaña, o diera oídos a las indicaciones de su Ministro de Hacienda, renunciando a seguir la lucha, en la cual era indudable que el ejército hubiera sido aniquilado.

Pero estos señores militares —no todos, por fortuna— sugestionados por los periódicos y los politicastros, cargaron a Madero todo el peso de su amor propio lastimado de vencidos, y creyeron ver en cada uno de sus actos un desprecio, digno de castigo.

La clase militar estaba acostumbrada a gozar de ciertas prerrogativas, de ciertas preeminencias, y se creía superior, digna de que se le consultara antes que a nadie todo asunto de trascendencia para el país. Era esto el fruto de un siglo de dominación, y de las malas enseñanzas recibidas en treinta años de dictadura, durante los cuales el sable fué la ley.

En una democracia, el ejército tiene un papel importante; pero no político. El voto de los ciudadanos desarmados y no la bala del ciudadano armado es lo que cuenta y lo que vale, y así lo consideraba Madero.

No desperdiciaron los militares ocasión de hacer palpable su odio, que por disciplina estaban obligados a haber reprimido absolutamente en todas sus manifestaciones, desde el momento en que no eran políticos sino soldados.

La primera fricción visible para todo el país, ocurrió con motivo de un banquete dado en honor del Gral. Bernardo Reyes, a raíz de la vuelta de este militar a México. El banquete se efectuó en Chapultepec, el 2 de Agosto, después de una ceremonia en que el Presidente de la Barra entregó condecoraciones a algunos soldados.

Madero, invitado, a la ceremonia, no lo fué al banquete hasta última hora, y algunos jefes dijeron, malévolamente, que "había ido de parte de "don Coladillo."

Después, contestando alguno de los brindis, habló a los soldados para decirles lo que pensaba hacer con el ejército, en caso de resultar electo Presidente. Durante esa peroración externó el concepto, enteramente aceptado en todas las democracias, y en todas las naciones civilizadas del mundo, aunque no sean democracias, de que el soldado es solamente el guardián de las instituciones, y no el sostenedor de los gobernantes, pues cuando el gobernante va contra las instituciones, el soldado, el ejército, deben ir contra el gobernante. Como ejemplo les citó el entonces muy reciente y patentísimo del Gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, y les explicó por qué se consideraba que el ejército había hecho mal en sostener, contra las instituciones, a un tirano.

Esto que, en otra parte hubiera parecido muy natural, en un medio como el nuestro de entonces, y en un ambiente como el de nuestros cuarteles, fué tomado como un dislate de los más grandes, como una prueba evidente de "la locura" de Madero. Y aun ahora, después de diez años de haber sido pro-

nunciadas esas palabras que expresan una de las más sanas doctrinas militares, no falta bobo que siga diciendo que fué una incitación a la rebeldía, pretendiendo justificar con ellas nada menos que el asqueroso cuartelazo de la Ciudadela, negación absoluta de la teoría por medio de ellas enunciada! Increíble necedad!

"Madero nos ha invitado a la rebelión, dijeron al salir de aquella fiesta los soldados, y debemos rebelarnos en la primera oportunidad contra él, si llega a ser Presidente".

Esa fué la interpretación que le dieron a la doctrina de Madero aquellos señores, ignorantes en lo absoluto de lo que es fundamentalmente un ejército. Yo no los culpo tanto a ellos, a quienes no se les había enseñado nada, y que, desdeñando por lo común el libro, no habían podido aprender que lo que Madero les estaba diciendo es cierto, y además, viejo en el muudo, puesto que Madero no fué el inventor de esa teoría, sino únicamente su primer exponente en México. Otros, que habían leído cualquier historia de la patria, estaban convencidos de que la teoría era falsa y subversiva, porque en México, en los siglos que llevaba de vivir, ya sometido, ya libre, nunca había sido admitida, ni expuesta siquiera. Y no se fijaban en que México jamás había tenido verdadero ejército, que era en lo que deberían haberse fijado; que ellos eran los que podrían haber formado el pie veterano del primer ejército nacional, y a eso los estaba invitando Madero. Los jefes instruidos, los cultos, lo aplaudieron y estuvieron de su parte: Madero, según ellos, tenía razón. Los demás, que eran mayoría, estuvieron en contra y siguieron formando un ejército de facción, siguieron siendo facciosos porfiristas, no soldados de México.

La conducta que Madero debió haber adoptado inmediatamente después de haber ascendido a la

Presidencia, ante este fenómeno, debió haber sido no otra que la adoptada inmediatamente después de que la revolución triunfó con el empuje de Angeles y Villa: haber procedido a licenciar a los facciosos.

Esta conducta hubiera sido justificable entonces, como lo ha sido después, porque si el ejército era porfirista, no nacional, si era una facción antimaderista y no una institución mexicana, no tenía derecho a la vida por estas causas inatacables:

Destruído el pofirismo, por eliminación de D. Porfirio, debía eliminarse el sostén de D. Porfirio, que al declararse éste caído no estaba sosteniendo a nadie, y salía sobrando. Siendo una facción vencida, también salía sobrando, y debía ser reemplazada por la vencedora, o por quien más conviniera a la nación, que era quien vencía y que arrojaba a D. Porfirio y se sacudía el porfirismo. Si íbamos a seguir de facciosos, era lógico aunque no justo que la facción maderista sustituyera a la porfirista, como fué lógico que la carrancista sustituyera a la huertista. Si íbamos a gobernarnos con la ley, democráticamente, era lógico y justo que el ejército porfirista fuera reemplazado por el ejército nacional. Y a esto aspiró Madero, quien en 1912 hizo formar y presentó a la nación el proyecto para el servicio militar obligatorio, base sobre la cual descansan todos los ejércitos verdaderamente nacionales, no de facción.

Pero el ejército porfirista azuzado por los politicastros que manejaba el Gral, Reyes, se dedicó a rumiar las palabras, las intenciones, los "desaires" de Madero, y dando una prueba evidente de sus ningunos sentimientos de honor, de lo deleznable de su moralidad y de su cultura, se preparó desde ese momento a acabar con Madero, espiando taimadamente la oportunidad deseada. Siguió sien-

do facción, rebelde a todo progreso en el sentido de transformarse en ejército nacional.

Madero se propuso transformarlo, convertirlo en una institución nacional, y dió los primeros pasos para ello. Hizo hasta donde le fué posible, una selección de jefes y oficiales, llamando a desempeñar los cargos más delicados, no a los más antiguos, que eran quizás los más corrompidos, ni a los de más alta graduación, que eran, sin quizás, los peores, sino a los que más sabían y más valían. En esta obra, como es natural, hubo imperfección, hija del medio de hostilidad y de intriga en que actuaba, y de la resistencia que oponía el cuerpo operado a la operación. Así pudieron colarse un Huerta y un Blanquete, aunque al primero ya se le había relegado a su sitio apropiado cuando la casualidad hizo que en un instante de necesidad se le confiara una situación delicada en la que puso de manifiesto lo que eran él y todos los que Madero se proponía dar de baja.

Madero, pues, no se prometía acabar con el ejército, sino depurarlo y transformarlo. Se proponía crear el ejército nacional, que no hemos creado todavía. Y en esto, como en la mayor parte de sus proyectos, tenía razón y esa razón era patriótica. Como en todo lo demás, no fué comprendido, porque los mexicanos no estábamos aptos para comprenderlo: la razón de esta ineptitud nacional la he dado en el cuadro de la pág. 11 y el culpable de ella, directamente es el general Díaz, y el personal del Gobierno dictatorial impuesto por él.

CAPITULO XIII.

LA BASE DE LA LEGALIDAD DE MADERO

72.—*Gira de Madero y Pino Suárez.*—Una vez designado el Sr. Madero nuevamente candidato Presidencial, y el Sr. Lic. Pino Suárez electo candidato Vicepresidencial, salió el primero de México para Yucatán, con el objeto de reunirse allá con el segundo, y recorrer juntos algunos Estados en donde creían que la opinión no era enteramente favorable a alguno de ellos, para exponer sus proyectos y conquistar más votantes que los favorecieran en los comicios, con sus sufragios.

El Sr. Madero se detuvo en Jalapa, Orizaba y Veracruz, siendo objeto de algunas manifestaciones de simpatía en ciertos lugares, y notándose algo de antipatía en otros. En Veracruz se embarcó para Progreso y poco después regresó hacia el centro del país. El viaje de Yucatán a Veracruz lo hizo a bordo de uno de los cañoneros de la armada nacional, que solicitó y obtuvo del Gobierno interino, en vista de que no había vapor que oportunamente lo condujera al puerto jarocho. Esta circunstancia provocó hablillas de todo género, entre los desafectos.

En Veracruz el Sr. Madero gozaba de pocas simpatías entre la gente del puerto, no así entre la de Orizaba y otras poblaciones, donde había obreros.

Después de visitar este Estado, ambos candida-

datos se dirigieron a la ciudad de México, pasando por la de Puebla, donde se les hizo una gran recepción. En México también fueron muy bien recibidos, habiéndome tocado presenciar la entrada de ambos, desde uno de los balcones de un edificio de la avenida San Francisco, hoy "Francisco I. Madero."

Iban el Sr. Madero y el Lic. Pino Suárez en un automóvil, escoltado por miembros del P. C. P., unos a pie y otros a caballo, y seguidos por numeroso cortejo, compuesto de toda clase de elementos, no escaseando las mujeres.

Otra gran multitud se congregó en las aceras y balcones de las calles del tránsito, aplaudiendo y vitoreando a ambos candidatos, a su paso. El Sr. Lic. Pino atravesó la principal avenida mexicana de pie en el automóvil, saludando con su sombrero, a uno y otro lado, a todos los que le aclamaban.

No todos eran sus amigos ni sus partidarios, y por lo mismo se escucharon muchos vivas a Vázquez Gómez, a Reyes y a de la Barra, que eran sofocados por los gritos de los maderistas, sin que se notara presión policiaca ni de ningún otro género, que denotara la intromisión del Gobierno en aquella manifestación.

Una vez instalados en la capital, ambos candidatos se dedicaron a recibir las visitas de sus partidarios y amigos, y a despachar con gran actividad todo lo relativo a la propaganda que estaban haciendo en los Estados los agentes del P. C. P., acordando poco después salir a las ciudades a donde se les había invitado, o a donde creían que no contaban con suficientes adeptos.

Así estuvieron en Guanajuato, Querétaro y Guadalajara, haciendo alto en las estaciones más importantes del camino.

En Guadalajara fué muy notable la recepción

hecha a los candidatos, por el antagonismo que el pueblo mostró hacia el Lic. Pino, quien fué objeto de demostraciones de hostilidad muy marcadas, por parte de los estudiantes, de la clase elevada y de la mayoría de los clubes políticos locales, no obstante que el Sr. Madero fué agasajado y aclamado, como en todas partes, con calor y entusiasmo. El grito de guerra de los antagonistas del Sr. Pino resonó en las calles de la ciudad tapatía constantemente, durante la permanencia del lider tabasqueño en ella, y hubo manifestaciones organizadas exprofeso para pedir al Sr. Madero que no siguiera recomendando la candidatura de su amigo, después de que aquel en sus discursos suplicó al pueblo de Jalisco que diera su voto por la fórmula del P. C. P., completa. "Pino no, Pino no!" resonaba en donde quiera, y es de hacerse notar que ni el Sr. Madero ni el Lic. Pino se mostraron disgustados por esa actitud de la capital jalisciense, dejando al pueblo que demostrara sus simpatías por quien más le conviniera.

No hubo caballazos, ni tiroteos de la policía o del ejército contra los manifestantes, y el candidato rechazado allí, no prorrumpió en injurias ni en recriminaciones contra los que tan claramente se manifestaban sus opositores.

Es que el Lic. Pino poseía nn amplio espíritu democrático, y jugaba en la lucha electoral *arriesgando la derrota*, dispuesto a conformarse con el voto del pueblo. Yo estoy seguro de que si hubiera sido derrotado, el Lic. Pino nunca hubiera seguido la línea de conducta de los Sres. Vázquez Gómez, por ejemplo, dedicándose a conspirar contra el Gobierno legítimo, sino que hubiera sido uno de los más firmes y seguros sostenes de ese Gobierno, lo mismo que lo fué al resultar triunfante. Y he dicho que había entrado á la lucha electoral "arriesgando la derrota," porque entre nosotros general-

mente se entra a esas luchas para "obtener el triunfo" aunque se salga aplastantemente repudiado por el pueblo, ya que nuestros políticos son como la frase popular pinta a Jalisco; "que nunca pierde, y cuando pierde arrebata".

El Sr. Madero, cuya popularidad era tan grande, que uno de los escritores reaccionarios llegó a considerarla superior a la de la Virgen de Guadalupe, puso todo su empeño en recomendar y popularizar entre sus amigos y partidarios la candidatura del Sr. Pino Suárez, empleando los mismos procedimientos que tan buen éxito le habían dado en la campaña de 1910, tratándose del Dr. Váquez Gómez, y por lo mismo escribió circulares, redactó excitativas, hizo publicar artículos en la prensa, y los mandó distribuir entre los antiguos partidarios del Sr. Vázquez Gómez, y entre enorme número de los suyos propios. En sus discursos siempre recomendaba que se votara por Pino Suárez, y éste a su vez, en los suyos, pedía que se votara por Madero. Estos actos netamente democráticos, que en todas las naciones regidas por sistemas iguales al nuestro son moneda corriente en las campañas electorales, causaron la tremenda gritería que vazquistas, reyistas, porfiristas, barristas y demás gente menuda que veía escapársele toda esperanza de triunfo, levantaron en diversas partes del país, pero sobre todo en la ciudad de México, en Guadalajara y en Chihuahua.

En esto se hacía consistir el hecho de que Madero estuviera imponiendo a Pino, como ellos decían, y unos de los que más gritaban, los vazquistas, lo hacían olvidados de que un año antes se había recomendado en igual forma al doctor, sin que nadie hubiera encontrado en ello nada reprochable. Pero los señores vazquistas, si no eran todos de Jalisco, si eran todos como Jalisco: no querían perder, y cuando perdieron, trataron de arre-

batar, inventando patrañas que muy poco honor les hacen, y que los colocaron en la misma categoría de los reaccionarios genuinos.

Un detalle que no debe pasar inadvertido en la relación de esta gira electoral, cuyo fin tuvo lugar en México, poco antes de las elecciones, es el de que el candidato don Francisco I. Madero sufragó de su propio peculio los gastos que demandaron sus viajes, y la mayor parte de lo que costó la extensa y activa propaganda que en su favor y en el del Sr. Pino se hizo. Cuando el Sr. Madero entró a figurar en la política nacional, acababa de realizar sus negocios, vendiéndolos a su padre en $600,000 moneda mexicana, que se le pagaron en efectivo. Cuando se hizo cargo de la Presidencia, no contaba más que con su sueldo de Presidente, y tenía una deuda, con su padre, de $10,000 que en efectivo le había adelantado para gastos originados por su campaña y otras atenciones nacidas de la política. Así lo refirió él a mi padre, en cierta ocasión en que, comentando los cargos que se les hacían de haber saqueado las cajas de la tesorería nacional, al primero, y las de numerosas oficinas públicas de Sinaloa, Tepic y otras regiones, al segundo, hacían las verdaderas cuentas de lo que les costaba su patriótica aventura y los saqueados resultaban ellos.

Yo consigno este desconocido rasgo de desprendimiento del Sr. Madero, que lo llevó a arruinarse por conseguir un poco de adelanto para su país, a fin de que los señores candidatos de estos tiempos, y de los futuros, tomen ejemplo. Los revolucionarios de esa época —y digo revolucionarios, no bandoleros—fueron a la revolución llevando su dinero, su bienestar personal, el de sus familias, todo lo que tenían, y salieron de ella pobres, arruinados, perseguidos, cuando no muertos por aquellos mismos a quienes trataban de redimir.

¡Qué contraste, qué diferencia tan enorme entre esos revolucionarios que no vacilaron en sacrificar sus fortunas, en comprometer sus créditos y en arriesgar sus vidas por el triunfo de un ideal de progreso y de justicia; un humanitario, bello y elevado ideal que muy pocos han comprendido, entre sus sucesores, y éstos, tan rapaces, tan faltos de delicadeza, tan cobardes, que no han vacilado, habiendo llegado ayer pobres al poder, en salir hoy a lucir por plazas y calles de México y del extranjero el producto de sus robos y sus impudicias! Cuán puras resaltan, entre tanto fango, las figuras de esos hombres excepcionales en nuestro medio, y cuanto más tenebrosas no se vuelven esas otras figuras vandálicas de los que se han proclamado —sin serlo, como he de demostrarlo— los sucesores de los primeros! Y qué decir de la piratería que con Huerta saqueó bancos, barrió hasta el último centavo de las cajas nacionales, y contrató empréstitos que ahora tendremos que pagar nosotros!

Los que verdaderamente deseen, entre nuestros llamados "hombres públicos" de la hora en que escribo, hacer algo decoroso, algo digno de la República y algo que les dé verdadero lustre y torne respetables sus nombres, deben inspirarse en el ejemplo de esos primeros revolucionarios; deben tratar de imitar, si es que no pueden igualarla, su honradez que fué honradez cívica, honradez política y honradez personal.

Si México hubiera tenido siempre como gobernantes hombres del tipo de esos primeros revolucionarios de 1910, no tendríamos tantísima miseria.

73.—*La reacción.*—La prensa fué la encargada de propalar la especie de que el Sr. Madero imponía la candidatnra del Lic. Pino Suárez, logrando restarle desde luego muchísimas simpatías y buen

número de votos, pues bien sabido es que los diarios de la ciudad de México ejercen sobre el resto del país una poderosa influencia, y que en nuestro medio, donde falta la cultura y en aquella época en que, por la fuerza de la inercia, había muchos que aun eran porfiristas y pocos eran los que se tomaban el trabajo de pensar con su cabeza, no resultaba tarea difícil la de hacer que prosperaran las más burdas mentiras. De hecho, había una reacción porfirista ya, cuando se efectuaron las elecciones, el día 1º de Octubre, la cual principiaba a manifestarse en artículos de periódico y en los movimientos de algunos de los Partidos.

El Gral. Bernardo Reyes, tras de pedir su patente de retiro del ejército, se retiró también de la lucha electoral, después de sufrir una afrentosa repulsa, el domingo 3 de Septiembre, en las calles de México, al presentarse ante el pueblo metropolitano. El Gral. Reyes iba a presidir una manifestación, organizada por su Partido, y encabezada por el Dr. Samuel Espinosa de los Monteros, pero un grupo de ciudadanos pertenecientes al Club Antireyista se empeñó en disolverla, llegando en medio de violentas escenas hasta apedrear al Gral. Reyes cuando este señor salió al balcón de la Fotografía Daguerre, situada frente a las obras del Teatro Nacional. Allí recibió el candidato un golpe en el rostro, dado con una cáscara de tuna que le arrojaron de la calle en momentos en que iniciaba su discurso. La policía intervino, pero fué casi impotente para contener a la muchedumbre desbordada, que se arrojó sobre ella, lo mismo que sobre el inspector de policía, el Subsecretario de Comunicaciones y el Gobernador del Distrito, que intentaban calmar los ánimos. El Gral. Reyes con este motivo tuvo un serio altercado telefónico con el Presidente de la Barra, pues quería que le dieran soldados para castigar a sus agresores personal-

mente, lo que le fué negado, y el día 27 de Septiembre, fingiéndose enfermo, y perfectamente disfrazado, fué sacado de la capital por algunos amigos, dirigiéndose al Norte del país, con el fin de lanzarse a la revuelta.

Los Sres. Vázquez Gómez, por otra parte, intrigaban entre el elemento revolucionario, procurando volverlo contra el Sr. Madero, y el Presidente interino toleraba la formación de un Partido a su alrededor, formado por los elementos del porfirismo, algunos revolucionarios de última hora, y una gran mayoría del Partido Católico, que fué el que sostuvo su ilegal candidatura a la Vicepresidencia, y que se había reorganizado, cuando se le creía definitivamente muerto desde el 19 de Junio de 1867.

74.—*Madero Presidente.*—Por fin, el 3 de Noviembre la Cámara de Diputados hizo la declaratoria de haber resultado electos legalmente el Sr. Madero para la Presidencia y el Lic. Pino Suárez para la Vicepresidencia, fijando el día 6 del mismo mes para que se presentaran a rendir la protesta constitucional. La declaratoria se hizo después de una cuidadosa revisión de los expedientes electorales, y después de tomar en cuenta, también, las peticiones de nulidad por fraude que nunca pudieron comprobar los partidarios del Gral. Reyes y de Vázquez Gómez, que las presentaron.

Llegó el día 6 de Noviembre, y la nación contempló por primera vez en muchísimos años la entrega del poder por medios pacíficos, y el acceso de un Presidente al solio, sin derramamiento de sangre. El entusiasmo del pueblo fué indescriptible, y también indescriptibles fueron la rabia, el dolor y el despecho de los reaccionarios que saludaron el advenimiento del demócrata coahuilense con formidables explosiones de sus sacos biliares. He aquí

como se efectuaron aquellas significativas ceremonias:

Cerca del medio día, salió el Sr. Madero de su residencia particular, situada en la esquina de las calles Liverpool y Berlín, escoltado por los jefes revolucionarios Pascual Orozco y Roque González Garza, así como por algunos otros, y seguido de numeroso público, se dirigió en compañía de una comisión de Diputados y Senadores, al edificio de la Cámara de Diputados, entre las contínuas aclamaciones de la muchedumbre agolpada en el trayecto.

Al penetrar el Sr. Madero al recinto parlamentario, la ovación que se escuchó fué ensordecedora. Las aclamaciones llegaron al delirio, y en esta demostración no superada hasta ahora, tomaron parte las multitudes de las galerías y la concurrencia que llenaba los palcos y pasillos, y que estaba formada por personas distinguidas. El Cuerpo Diplomático asistió al acto, y pudo notarse que también entre sus miembros había entusiasmo: el que les contagiaban las gentes que los rodeaban. La mayoría de los Diputados, que era porfirista, permaneció silenciosa, y cuando las largas aclamaciones cesaron, el nuevo Presidente de la República fué interrogado, por el Presidente del Congreso, D. Manuel Levy, en la forma prescrita por la Constitución de 1857. El Sr. Madero contestó emocionado y nervioso, hasta el punto de que se le olvidó su parte de la fórmula de protesta, y él mismo se hizo la admonición final, que le tocaba hacerla al Sr. Levy. Cito este detalle, porque careciendo como carece de toda importancia, fué una de las "armas" que los enemigos del Sr. Madero esgrimieron con una increíble necedad en su contra, presentándola como una prueba "irrefutable" de la falta de equilibrio mental de que lo acusaron.

El Sr. Madero salió del salón inmediatamente

después de concluída la ceremonia, en medio de nuevas aclamaciones, y de las felicitaciones del pueblo que a voz en cuello le deseaba buen éxito en su Gobierno.

De la Cámara, que estaba llena de gente, al grado de no poder darse un paso, el nuevo Presidente se dirigió a Palacio, atravesando por entre una doble valla de soldados, cuyos extremos se encontraban en la puerta de la Cámara y frente a la entrada de honor de Palacio. Las músicas tocaban el himno nacional y las bandas militares batían marcha de honor a su paso, en tanto que desde los balcones y azoteas, de las ventanas y las aceras, llovían flores, confetti, serpentinas, aplausos y aclamaciones, que también compartía el general Pascual Orozco, marchando a caballo a un lado de la elegante carroza en que iba el Sr. Madero.

Escoltaban a éste, además de los revolucionarios, una descubierta de gendarmes montados y el escuadrón de la Guardia Presidencial. Yo presencié la entrada de Madero a Palacio, desde uno de los balcones de este edificio. La cantidad de gente que llenaba la amplísima explanada de la plaza de armas me producía mareos: era un hormiguero humano, en el cual se advertían todos los colores, y del que salían en una confusión que nos tenía aturdidos, todos los tonos y variantes de que es capaz el sonido. Desde el balcón era imposible distinguir las voces de las bandas que tocaban abajo; y sólo se veía un mar de cabezas humanas, un oleaje de sombreros y de brazos y manos que se agitaban y aplaudían. Arriba no se sabía lo que gritaban: llegaba un ruido que nos dejaba sordos y que variaba de entonación a cada instante. Unas veces era ronco, como el retumbar de las olas cuando las agita la tormenta, y luego se hacía cristalino, como el ruido que hace

la lluvia cuando cae a torrentes; después era metálico, como el de las balas cuando dispara sus fusiles todo un ejército. El Sr. Madero apareció en el carruaje, tirado por finos y arrogantes caballos, semi-oculto entre una montaña de flores, algo despeinado, rojo de alegría y quizás de fatiga, sonriente, con el traje salpicado de confetti, saludando con el sombrero y con la mano. Cuando bajó del coche, dentro de Palacio, las campanas de todos los templos y los silbatos de todos las fábricas aumentaron el ruido. Yo estaba materialmente aturdido, y aunque ví cuando el Sr. Madero abrazó al Lic. de la Barra, no pude darme cuenta de las frases que se cambiaron, inmediatamente después, en el salón Verde, que era donde se encontraban. El Sr. Madero penetró acompañado del Lic. José R. Azpe, del Diputado Salazar y de Querido Moheno. Al lado del Sr. de la Barra le esperaban sus padres, don Abraham González, el Ing. Manuel Bonilla, el Gral. José de la Luz Blanco, damas de su familia y otros amigos, que lo felicitaron. Después salió el Sr. Madero, en compañía del exPresidente de la Barra, a saludar al pueblo desde el bancón Central, siendo nuevamente aclamado durante todo el tiempo que permaneció allí. El Lic. de la Barra también fué objeto de demostraciones de aprecio.

El Lic. Pino Suárez no protestó ese día por encontrarse en Yucatán, pero lo hizo pocos días después, el 22 de Noviembre, aunque sin solemnidades de ninguna clase.

CAPITULO XIV.

EL PRESIDENTE TURBIO

75.—*La ayuda yanqui a Madero vencedor.*—Si el Sr. Madero, como revolucionario, no tuvo nunca la ayuda oficial ni extraoficial de los yanquis, como vencedor en la revolución, y como candidato a la Presidencia de la República no encontró más que una abierta hostilidad, fomentada por el Embajador Lane Wilson. Es mentira que su triunfo se haya debido a la presión de los Estados Unidos, como es mentira también que los Estados Unidos lo hayan escogido para ser su instrumento en maniobras sucias contra el país y la raza. Por el contrario, el Sr. Madero llegó al poder contra la votuntad de los Estados Unidos, se sostuvo en él contra todos los deseos de los Estados Unidos, y cayó debido a las maniobras de los Estados Unidos que Woodrow Wilson, al ocupar la Presidencia en Marzo de 1913, reprochó y rechazó, negándose a continuarlas, aunque poco después las reemplazaba con otras de peor género.

Yo he hecho algunos cargos al Sr. de la Barra en los capítulos precedentes, y uno de ellos es el de que trataba de hacerse con el poder, no entregándolo a Madero, evitando que éste fuera electo. El cargo no es nuevo; pero las pruebas hasta ahora presentadas han sido de dudoso valor, por provenir de personas reconocidas como adversas al Sr.

de la Barra, al Partido católico y al conservador grupo de terratenientes "aristócratas" que rodeaban a ambos, o por haber sido facilitadas por personas notablemente adictas a los revolucionarios.

Yo voy a introducir un testigo insospechable, gran amigo del Sr. de la Barra y de los amigos de éste: el Embajador yanqui Henry Lane Wilson.

He aquí como se expresaba Lane Wilson de la situación "creada por Madero", para acabarlo de desacreditar en Washington y hacer imposible que la administración republicana de Taft le prestara su apoyo:

"(Confidencial).—Embajada Americana, México' Septiembre 22 de 1911.—Mi querido Sr. Knox:—La situación política puede ser breve y creo que acertadamente estimada. Después de un sorprendente número de intrigas de todas las variedades, no desconocidas en la política latinoamericana de todas partes, la situación comienza a aclararse, con la aparente seguridad de que Madero triunfará sobre todos sus enemigos en las elecciones primarias que se celebrarán el 1º de Octubre, a pesar de su considerable pérdida de prestigio y partidarios políticos.

"Las intrigas de Francisco Vázquez Gómez y su hermano Emilio Vázquez Gómez, hasta hace poco Ministro de Gobernación, se han reducido a cero, y ambos parecen eliminados de la situación política, excepto como provocadores de cálidas discusiones y pirotecnia política, (heated political discussions and political pyrothecnics.) El General Reyes, quien vino al país como el salvador nominal del viejo régimen de Díaz, parece ser como Lord Salisbury, una hoja de lata pintada de modo que parezca de hierro. Su candidatura parece haber perdido el apoyo de lo que resta del régimen de Díaz y las simpatías del ejército, y haberse transfor-

mado en habladuría y broma en la arena de la política.

"El Partido Católico, después de muchas vacilaciones y de una aparente gran incertidumbre acerca de sus propósitos y su política, habiendo aprobado la candidatura de Madero, parecería eliminado de la contienda presidencial, a no ser que el día de las elecciones resultara que, en conjunto con otros poderosos elementos, había dado su apoyo al Sr. de la Barra para la Vicepresidencia y emitido sus votos en ayuda de un bien definido proyecto para elegir un Congreso desfavorable a los proyectos de Madero.

"Hay una poderosa y numerosa oposición contra Madero en todo el país, entre personas que creen impracticables sus proyectos, dudosa su inteligencia y su carácter falto de firmeza, vigor y consistencia, pero una gran proporción de estos elementos creen que mientras más pronto se dé a Madero su tajada y mientras más luego llegue al poder, tanto más pronto demostrará su incompetencia, y falta de las cualidades de mando tan esenciales en este momento, y que su pérdida de prestigio y del favor popular dará por resultado eventualmente pérdida de poder, mando y tal vez de la Presidencia, en la nueva revolución que se cree que ha de provocar el mal gobierno que se espera.

"Noto con gran satisfacción una fase de la situación aquí, en el momento presente, que es la desaparición casi completa de las pruebas de todo sentimiento anti-americano, o de sospechas expresas acerca del carácter de nuestra política hacia esta República. Esto viene acompañado, a mayor abundamiento, por una más alta medida de respeto para nuestro Gobierno, como tal, en la mente pública, y una disposición más propicia de parte del Gobierno para escuchar y tratar justamente

las cuestiones americanas que tienen mérito y apoyo respetable.

"Soy de Ud., mi querido Sr. Knox, muy sinceramente, (f) Henry Lane WILSON."

Y una vez lanzada esa calumnia, destinada a "confirmar" las predicciones del Embajador y a arrebatarle a Madero y al Gobierno que pudiera surgir de la revolución triunfante, toda probabilidad de ser apoyados por Washington, Lane en la misma nota "confidencial" pone su gota final de veneno: indica, "con gran satisfacción", "la desa-"parición casi completa de las pruebas de todo "sentimiento anti-americano, o de sospechas ex-"presas acerca del carácter de nuestra política "hacia esta República."

Es natural que el Gobierno republicano viera esto con un interés grandísimo: era lo que andaban buscando. ¿Y quién había realizado el milagro de borrar el antiamericanismo, así, en dos o tres semanas, y de un solo golpe? La inferencia era segura: el Gobierno interino del Sr. de la Barra. ¡Pues apoyemos a ese Gobierno para que haga lo que quiera! ¡Ese Gobierno nos conviene, y debe tener todo nuestro auxilio! Y ya sabemos hasta donde llegan los "apoyos" del dollar.

Pero el Sr. Lane no se fiaba mucho de la interpretación que pudiera dársele al texto de sus notas y procuró él mismo hacer innecesaria la hermenéutica del Srio. de Estado, diciendo:

"Esto viene acompañado, a mayor abundamien-"to, por una más alta medida de respeto para "nuestro Gobierno, como tal, en la mente pública, "y una disposición más propicia de parte del Go-"bierno para escuchar y tratar justamente las "cuestiones americanas que tienen mérito y apoyo "respetable."

Y esto no era más que la parte asignada al Embajador en la intriga que estaba tramando el Pre-

sidente interino para quedarse con el poder. Claramente lo demuestran los párrafos que preceden a los que acabo de reproducir, y en los cuales llega Lane Wilson a predecir una nueva revolución inmediata, y en la que Madero caería para siempre. No se instalaba aún el Gobierno de éste, y ya estaba "anticipando" que iba a ser malo y que acabaría por un golpe de armas!

El contenido del párrafo referente a la "oposición que había contra Madero en todo el país," revela su origen de-la-barruno; en el país nunca hubo tal oposición numerosa y formidable, porque el país no es la capital de la República. Precisamente en ese error estuvo el fracaso de de la Barra, de Huerta, de Félix, de Reyes, de todos los que combatieron a Madero en la ciudad de México, y en eso estuvo el buen éxito de la revolución: al caer el Gral. Díaz ya nadie trató de hacer lo que se hiciera en el "centro," en la capital, aunque hubo muchos que no pudieron sustraerse a la costumbre. Cada quien comenzó a pensar con su cabeza, y en los Estados, en donde la atmósfera política no adquiere nunca el calor de horno eléctrico que en la capital, Madero y la revolución siguieron teniendo prestigio y partidarios en inmensa mayoría, como lo comprueba hasta la evidencia el éxito magnífico y rapidísimo de la revolución de 1913, y como lo hace visible aun para los ciegos de nacimiento el estruendoso fracaso de la revolución de Chihuahua acaudillada por Pascual Orozco. Se necesita ser un completo ceporro para ponerse a argumentar contra estos hechos, y únicamente los necios pueden atribuir, por ejemplo, el triunfo del Gobierno maderista sobre el orozquismo, al valor, o a la pericia, o al heroísmo de Huerta y de la División del Norte, exclusivamente. No señores: los mismos jefes, los mismos oficiales y los mismos soldados no hubieran hecho nada si la opinión pú-

blica hubiera estado de parte de Orozco! Y fué ésta la que le dió a Madero su segundo y formidable triunfo!

Pero volvamos al Sr. de la Barra.

Queda pues completamente probado que el Sr. de la Barra trataba en efecto de quedarse con el poder, y que en su tarea lo auxiliaba el Embajador yanqui. Falta ahora probar la otra parte de este cargo: que el Sr. de la Barra hostilizaba al Sr. Madero, lo desprestigiaba y trataba de evitar que su Gobierno pudiera consolidarse, en caso de que a él le fallara, como le falló, su burda intriga para lograr el apoyo del Gobierno yanqui en su acto usurpatorio premeditado.

El informe a que antes me he referido, como puede notarse, tiene fecha 22 de Septiembre de 1911, es decir, fué enviado a Washington en los momentas en que la intríga estaba ya madura, y de modo que la resolución del Departamento de Estado llegara a tiempo para aplazar las elecciones y realizar todo el enjuague.

El telegrama oportunísimo de Madero, advirtiendo al Congreso los peligros de seguir el camino proyectado por el Presidente de la Barra, vino a destruir las combinaciones de éste, quien llamó inmediatamente al Embajador, para conferenciar con él, y encargarle que impidiera la consolidación del gobierno maderista, mientras se preparaba la manera de echarlo abajo, más adelante, siempre por medio de un golpe de armas. La reunión se realizó el 26 de Octubre, y de ella nació el siguiente tremebundo informe enviado a Washington el 27:

"No. 1034. *Confidencial.*

"Embajada Americana, México, Octubre 27-1911.

"Mi querido Sr. Knox:—Como informé en mi telegrama de Octubre 11, de 1911, las elecciones presidenciales ocurrieron en toda la república sin nin-

gún incidente desagradable, habiendo sido electos Madero y su compañero de candidatura para la vicepresidencia, Pino Suárez, el primero casi sin oposición, y el último por el ejercicio de métodos sumamente parecidos a los que empleaba el Gral. Díaz durante su régimen —métodos que han sido ferozmente atacados por Madero en su libro y por los maderistas en la controversia política, pero que demuestran una fácil voluntad de imitar en la primera oportunidad que se les ha dado, para revelar ante el mundo el benéfico carácter de la democracia pura mexicana.

"Indudablemente que las mayorías en favor de Pino Suárez, persona casi totalmente desconocida, fueron obtenidas por medio del ejercicio, por los agentes de Madero en toda la república, de reprensibles métodos que no son compatibles con el programa de la revolución. *No se emplearon ni soldados ni policías, y las casillas electorales quedaron perfectamente libres y abiertas a los votantes, pero se utilizó en todas las formas posibles el terror del nombre de Madero, y los partidarios del Sr. de la Barra y probablemente algunos de los del Sr. Vázquez Gómez, permanecieron completamente alejados de los comicios en algunos Estados*, dejando la votación y cómputo electoral a sus vigilantes y no muy escrupulosos antagonistas.

"Las elecciones se distinguieron por la ausencia de la participación de los elementos de las clases trabajadoras o peones, quienes permanecieron alejados de los comicios, algunos por ignorancia, algunos por renuencia a revelar esa ignorancia y muchos por la sospecha de que la formalidad de firmar sus nombres en las boletas electorales serviría como identificación para fines fiscales. *En breves términos, puede decirse que las elecciones, aunque libres de las influencias de las amenazas oficiales por medio de la policía y del ejército, tuvieron sin*

embargo el carácter de una farsa, y solo en un pequeño grado representaron la opinión pública mexicana.

.....

"*Mientras tanto*, continúan los desórdenes en una gran parte del país. El famoso bandolero Zapata, que manda a veces una fuerza pequeña en número, y en otras veces que asciende a dos o tres mil hombres, está incursionando y devastando porciones de los Estados de Veracruz, Morelos, Puebla, Guerrero y México, y gavillas formidables han devastado, quemado y destruido propiedades y cometido toda clase de crímenes dentro de una distancia de 40 millas de las puertas de esta ciudad capital.

"El ejército federal, que ha sido enviado en fuerza constantemente creciente contra el bandido, parece que, o es incapaz de enfrentarse con la situación, o como se intima libremente en la prensa y en el Congreso, está siendo restringido *por la influencia de Madero, quien secretamente está animando a Zapata con el propósito de asustar al elemento antimaderista de la ciudad de México*. Esta situación ha producido tan profunda alarma y disgusto *entre el elemento extranjero y los intereses comerciales*, que el Congreso, respondiendo *a la opinión pública* que se ha reflejado en un acre y violento debate, llamó a los ministros de la Guerra y de Gobernaciónpara que se presentarán ante él a informar personalmente cuales eran las razones del fracaso de la campaña, y a explicar su futura política. El Ministro de Gobernación que es un de la barrista y antimaderista, fué recibido con aplausos desde las curules del Congreso y las galerías, y el Gral. Salas, nombrado por Madero, fué acogido con marcadas señales de desaprobación.

"El incidente terminó con dar instrucciones al Ministro de la Guerra para proseguir la campaña

contra el bandido Zapata y otros enemigos del orden público, con el mayor vigor, y en los momentos de mandar este despacho las noticias son de que el ejército federal ha encontrado una gavilla de 800 bandidos a unas 50 millas de la ciudad de México y la está batiendo todavía. En los Estados de Tabasco, Chiapas y Sinaloa existen en el momento presente movimientos revolucionarios no relacionados con Zapata, pero igualmente dañosos para el orden público y la reanudación de sus ocupaciones pacíficas por el pueblo.

.....

"Es probable que haya una calma inmediatamente después de la inauguración de Madero, *que será seguida más tarde por un recrudecimiento de todos los desórdenes, más formidable en carácter y en un territorio más amplio*, y que en respuesta al primer movimiento genuino de descontento en contra del nuevo gobierno, no uno, sino muchos Zapatas van a aparecer, *quizás todos profesando alianza a una sola bandera, o tal vez divididos en varios grupos políticos, o tal vez sin aliarse a ningún cabecilla particular.*

.....

"El gobierno de Madero, comenzando por hacer profesión de altruismo y sustentando el principio de una pura democracia, encontrará muy difícil de mantener su papel, teniendo que atenerse al apoyo de una población dos tercios de la cual es iletrada y no familiar con la práctica del gobierno propio. Naturalmente que con el tiempo deberá buscar el apoyo y la adhesión —como ya lo ha hecho hasta cierto punto en la formación del gabinete— entre los elementos más conservadores, y a medida que esta tendencia se haga más fuerte, los elementos que le dieron el ser se retirarán de él, buscando nuevas alianzas y uniéndose en una oposición común que se transformará en una constante amena-

za para este gobierno en sus esfuerzos para gobernar de modo de ganarse el respeto del mundo y la confianza *de las clases terratenientes y respetuosas de la ley que hay en el país.*

"Ayer fuí, *atendiendo a una cita, a ver al Presidente de la Barra, y tuve una muy interesante y significativa entrevista con él..... Continuando su conversación, el Presidente confesóme, confidencialmente, sus serias aprensiones concernientes al porvenir del gobierno de Madero, basando su opinión principalmente en el estado desastroso del Tesoro mexicano, las necesidades del cual, cree él que requerirían un aumento en la Contribución Federal, —el impuesto con que los Estados contribuyen para sostener al gobierno del Centro— de 20 a 28 por ciento, y que esto aumentará, en vez de disminuir, las cargas de los pobres.*

"*El Presidente cree qne el anuncio de las condiciones del Tesoro nacional va a producir una profunda y desagradable impresión en el país. También ve un serio peligro en la falta de aptitud y equipo de Madero para el trabajo ejecutivo y el manejo de grandes asuntos, y me expresó su opinión de que el Presidente electo, por razón de su mentalidad peculiar era incapaz de adherirse a principios sanos y firmes de gobierno.*

"Tengo el honor de ser, etc., (firmado) Henry Lane WILSON." (1)

(1).—Llamo la atención del lector hacia los párrafos en que se refiere a la influencia de Madero para contener el ejército federal en la campaña de Morelos, y a los tratos secretos —que nunca han podido probar que existieron— que tenía con Zapata. También es de notarse que los únicos disgustados eran los extranjeros y los comerciantes de la capital, a quienes el Congreso porfirista y Lane Wilson llamaban opinión pública, y a quienes los diputados porfiristas se desvelaban por complacer. Sobre todo a los extranjeros. Lo referente a la interpelación del Congreso por la cuestión de Zapata es verdad, tal como lo dice Lane Wilson.

También es muy digna de atención la predicción del Emba-

Hago notar que la primera parte de la conversación con de la Barra fué suprimida por el mismo Lane Wilson y no por mí, y que no ha sido publicada por el Gobierno yanqui, porque sigue considerándola como confidencial. Algo grave debe tener para todos los que tanto se han interesado en mantenerla oculta, pero yo no aventuraré hipótesis ni haré comentarios sobre eso, por más que presumo —y tengo la seguridad de no equivocarme en mi presunción— lo que dice esa parte del documento.

76.—*La política de de la Barra.*—Los informes contenidos en la nota confidencial que acabo de traducir procedieron en su mayor parte del mismo Sr. de la Barra, y le fueron ministrados al Embajador durante la plática del día 27. Nótese desde luego lo referente a la elección de Pino Suárez, y véase la contradicción tan grande en que incurren los embusteros que fraguaron lo de la "imposición": primero se dice que los métodos empleados para "imponer" a Pino Suárez fueron de los más parecidos a los que empleó Díaz para imponer a Corral, los que merecieron la crítica de la revolución y de Madero. Y en seguida, se asienta que la elección fué enteramente libre, que no se usó la policía, ni el ejército, para obligar a votar por este o aquel candidato. ¿No está clara la figurita almibarada del Sr. de la Barra en todo esto? Ataquemos a Madero y a la revolución, se dijo, al preparar los puntos de su charla con el Embaja-

---

jador acerca de lo que iba a pasar durante el gobierno de Madero. Este era el programa de los almodrotes reaccionarios que entonces eran muy abundantes en las calles, plazas y salones de la metrópolis, programa que el jefe de uno de esos almodrotes, Sr. de la Barra, le transmitió al Embajador en su famosa entrevista. Toda esta nota de Lane Wilson está basada en lo que le platicó de la Barra, que queda muy bien retratado en ella, exhibiéndose tal como es: un turbio elemento hecho de falsedad, de vileza y de traición. .

dor yanqui, pero defendamos la blancura de mi Gobierno. Pino Suárez fué impuesto, porque hay que deprestigiar a Madero y echarlo abajo "cueste lo que cueste"; pero la elección fué libre, absolutamente libre, porque eso me da prestigio a mí, jefe del Gobierno que convocó y realizó esa elección. Y el Embajador, que seguramente estaba borracho el 26 y "crudo" el 27, no se fijó en que nadie puede ser impuesto en una elección libre! Y lo de la imposición resultó, como no me cansaré de repetirlo, la carabina de Ambrosio, que dispara al revés cuando llega a disparar, pues hubo que convenir en que.....*el nombre* de Madero fué el que hizo la imposición! ¿No es esto para reír a mandíbula batiente, de los Embajadores borrachos y de los Presidentes turbios como el Sr. de la Barra?

Pero esto no es todo: la "blancura" del Sr. de la Barra es la misma del lodo cuando uno acaba de leer el último párrafo del famoso informe confidencial: La confesión, confidencial también, del Presidente al Embajador yanqui, —aparte de que confirma *absolutamente* lo que he asentado sobre el patriotismo de de la Barra— es preciosa: yo toleré que gastaran el dinero de la nación en regalos que hizo el Sr. Vázquez Gómez a sus amigos —véase el capítulo anterior— y tuve que ponerle fin al derroche por miedo a Madero, que se me puso intransigente y me obligó a separar al mal Ministro; pero ahora que anuncie Madero el estado "desastroso del tesoro mexicano",—estado del que de la Barra y el Ministro Vázquez Gómez eran los responsables, como ya está demostrado evidentemente— se va a ver en aprietos y le va a ir muy mal, porque va a tener que aumentar la contribución federal de 20 a 28% para salvar la situación que yo le entrego! Qué labor tan inteligente, y tan patriótica y tan blanca del Sr. de la Barra!

Y qué decencia la de los que achacaron a Madero "el saqueo" del Tesoro!

Y no satisfecho de la Barra con todo lo que confesaba al Embajador, le recalcó lo de la incopetencia de Madero: "También vió un serio peligro en "la falta de aptitudes y preparación de Madero "para la labor ejecutiva, y el manejo de grandes "asuntos, y me expresó su opinión de que el Presi- "dente electo, por razón de su peculiar mentalidad "era incapaz de adherirse a sanos y firmes princi- "pios de gobierno."

¿No es esta la mejor manera de recomendar ante el extranjero, al que va a ser el primer mandatario de su país? ¿No es esta la mejor manera de evitarle dificultades al futuro Gobierno? ¿No es esta la manera más blanca de no calumniar? ¿No es así como los grandes estadistas del mundo han salvado a sus países de graves conflictos?

No sé que podrá contestar el Presidente Turbio a estas pruebas que le presento de su poca honorabilidad como Gobernante; de su falta absoluta de patriotismo; de su ninguna lealtad política; de su hipocresía cocodrilesca que lo hacía abrazar llorando de ternura falsa a los ministros de su Gabinete, que eran maderistas, cuando se despedía de ellos y les entregaba el campo preparado a sus espaldas para que los enterraran en él junto con Madero! No sé como irá a explicar el Sr. de la Barra ante la nación las "confesiones" que hacía con su carácter de Presidente interino, al Embajador yanqui, acerca de un asunto tan delicado y tan íntimo como el estado de nuestras finanzas interiores, y para hacer las cuales mandaba citar expresamente al Embajador. ¿Porqué en vez de llamar al Embajador para hacer el escándalo, no llamaba al Ministro de Hacienda y

le indicaba el remedio, cuando Vázquez Gómez estaba derrochando el dinero?

77.- *El Presidente Turbio.*—Los amigos del Sr. de la Barra, unos porque nunca se han tomado el trabajo de pensar, otros porque pensando, piensan mal por falta de fósforo en su cerebro, —de lo que ellos no tienen la culpa— y otros porque no conocen el decoro aunque les sobra la materia gris, han llamado a éste "el Presidente Blanco". Yo levanto una punta del velo albeante —(quiso ser velo casto e inocente de novia púdica y resultó alquicel de tuareg trashumante y vandálico)— y muestro al verdadero Sr. de la Barra: no es blanco, es turbio!

Su intervención en el asesinato del Sr. Madero, meses más tarde, lo convirtió parcialmente en rojo. La mancha de sangre, al secarse, se ha ido haciendo turbia, y el Sr. de la Barra ha ido recobrando su aspecto primitivo; así es como yo lo presento ante el pueblo mexicano: como el Presidente Turbio.

El Sr. Madero, que estaba al tanto de lo que ocurría, y algunos amigos del Sr. Madero, como el Lic. Urueta, que también estaban al tanto, trataron de que el Sr. de la Barra saliera del país, al abandonar la Presidencia. Para esto el nuevo Gobierno le confió la misión de ir a dar las gracias al Rey de Italia, por haber enviado una Embajada a las fiestas del Centenario de nuestra independencia.

El Lic. Urueta atacó rudamente al Sr. de la Barra, y el Sr. de la Barra no hallaba como disculparse ante el Sr. Madero, y ante los Ministros de su propio Gabinete que él sabía que eran maderistas y que no eran susceptibles de corrupción. Creía estar engañando a todos, y el único que se estaba engañando era él. Todas sus triquiñuelas, todos sus pasos en falso, todos los conocieron

ellos y evitaron los que les fué posible evitar, como por ejemplo, la continuación del saqueo del tesoro por Vázquez Gómez, achacable entonces a la revolución, naturalmente, y no a de la Barra, quien era en realidad quien lo toleraba y lo alentaba, disfrazando su hipócrita conducta, con la capa de un miedo que no sentía por su Ministro. Y ya vemos con qué fines permitía esos saqueos. Supongo que ahora se dará la razón a Madero por haberse "entrometido" y por haber exigido la salida de Vázquez Gómez del Gobierno.

Y ahora, si el Sr. de la Barra, el Presidente Turbio, puede destruir una sola de las pruebas que presento, que desmienta con las que él tenga, a su grande y excelente amigo, colega de oficio, Henry Lane Wilson.

CAPITULO XV.

LOS COMPONENTES DEL GOBIERNO MADERISTA

78.—*La formación del Gabinete.*—Una vez hecha la declaratoria por el Congreso, de que calificadas las elecciones eran éstas legales y daban el triunfo al Sr. Madero y al Lic. Pino Suárez, pensó el primero de estos señores en la organización de su Gabinete. Según la ley, el sistema que nos rige es republicano presidencial absoluto, es decir, que el Presidente es el único responsable de los actos del Poder Ejecutivo, su único representante y el único que lo ejerce. Los secretarios del Despacho, a quienes llamamos malamente "ministros" no son más que consejeros irresponsables, cuya política debe en todo estar subordinada a la que marque el Presidente: son pura y simplemente administradores de los negocios y ejecutores de tal política, no sus directores ni creadores. Si el Presidente cree bueno lo que le indica uno de sus ministros, ordena que se haga y el Presidente carga con las responsabilidades; pero si la cree mala, el Ministro no tiene nada que objetar, y cuando más, si tiene decoro, presenta su renuncia y se va tranquilamente a su casa. De allí que los ministros "que quieren gobernar", entre nosotros, sean ilegales y por lo tanto, originalmente malos. El Presidente, además de las facultades amplísimas que tiene, y de

las responsabilidades enormes que sobre él pesan, según la ley está autorizado para nombrar Ministro a quien guste, con tres solas restricciones, marcadas por el artículo 87 de la Constitución de 1857: que el designado sea ciudadano mexicano por nacimiento, que goce de todos sus derechos en el momento de ser nombrado y que tenga 25 años cumplidos.

El Sr. Madero, comprendiendo que esas facultades presidenciales eran demasiado amplias, creyó prudente organizar su Gabinete de acuerdo con sus partidarios y amigos políticos, renunciando al privilegio que la Constitución le concedía, de hacerlo sin consultar más voluntad que la suya. Con esto demostraba una vez más su alto espíritu liberal y firmeza en sus creencias democráticas.

Para el efecto, citó a una junta en su casa particular, días antes de tomar posesión de su cargo, a todos los principales líderes de su Partido y de otros que no estaban en abierta pugna con él, y después de una larga discusión, se nombró a los secretarios del Despacho con los cuales debería iniciar su Gobierno.

A dicha junta concurrieron también los Ministros del Gabinete de de la Barra que eran reconocidos como maderistas, y uno de ellos, el Sr. Lic. Calero, Ministro de Justicia, fué de los que más se distinguieron en los debates. Este señor, como el doctor Vázquez Gómez, juzgaba a Madero débil e incapaz de gobernar bien en aquellos difíciles momentos, y trataba de ser él, político joven, inteligente, muy culto, vehemente y ambicioso —con nobles ambiciones— el que dirigiera la política del maderismo, sin fijarse, como no se ha fijado hasta ahora, en lo que le acababa de pasar al Dr. Vázquez Gómez por idénticos motivos.

El Sr. Calero no era revolucionario, ni lo es. Detesta de todo corazón el empleo de las armas como

medio de solución para los asuntos políticos y sociales, y yo le concedo la razón en lo segundo, pero no en lo primero, porque hay problemas políticos, como el creado por el Gral. Díaz, que no tienen más solución que la fuerza, y sin resolver los cuales no pueden resolverse los otros, estrechamente ligados y subordinados a estos. Ejemplo: el mismo caso del Gral. Díaz, en el cual, sin echar primero a dicho señor y a los suyos del poder, era imposible intentar siquiera la solución de problemas agrarios, ni de problemas económicos ni de ninguna otra especie. No siendo revolucionario el Sr. Calero, no podía comprender las necesidades de la revolución, y él mismo confiesa en un folleto que ha publicado recientemente, que no las comprendía. Cuando el Sr. Madero le hablaba de ellas, se sentía, como él mismo lo dice también, como si le hablaran de banalidades, de cosas sin sentido, en las que ni siquiera fijaba su atención. El programa de gobierno aprobado por la Convención de Agosto de 1911, nos dice el mismo Sr. Calero, no lo tomó en serio y ni siquiera se dignó leerlo, no obstante que ese programa y no otro era el que tenía que cumplir, desde el momento que se le designara Ministro del Gobierno Maderista, porque Madero, el Presidente creador y director de la política del Gobierno, había prometido ya sostenerlo.

El Sr. Calero fué designado Ministro de Relaciones y Jefe, por lo tanto, del Gabinete. Esta jefatura es meramente nominal, desde el instante en que el único responsable y el único director de la política, según la ley, es el Presidente, y el Jefe del Gabinete, entre nosotros, es un personaje "protocolario", digámoslo así, decorativo, viniéndole el título de que, en el orden de precedencias de las secretarías, según la ley, el Ministerio de Relaciones es el primero, y el Ministro de ese ramo es el suplente

del Presidente en caso de que falten éste y el Vicepresidente al mismo tiempo.

Pero el Sr. Calero no podía conformarse con ser segunda figura, cuando se creía superior a la primera, y desde esa junta trató de ser él quien todo lo hiciese.

Su actitud no sólo era indebida, sino ilegal, porque tenía que sujetarse, conforme a la ley, a lo que el Presidente quisiera que fuese la política del Gobierno, lo repito, o dimitir, sin que aquello le impidiera, por supuesto, iniciar, proponer y discutir todo lo que creyera conveniente en su ramo; pero solo en su ramo, y no en los otros. La conducta del Sr. Lic. Vázquez Gómez al entrometerse en los asuntos de Fomento ha arrancado al Sr. Calero algunos reproches, reproches que se reflejan sobre la de él, al pretender intervenir en la política general del exclusivo resorte del Presidente.

El Sr. Madero propuso para Ministro de Instrucción Pública al Sr. D. Abraham González, a quien el Sr. Calero no conocía, pero de quien se había formado errado concepto, a través de las calumnias de la prensa, y en el acto lo objetó, solo que su objeción sirvió para que el Sr. González fuera designado Ministro de Gobernación, que en el orden protocolario de precedencias, es el segundo, y por su importancia política, el primero, en nuestros Gabinetes. El Sr. Calero se oponía a que hubiera revolucionarios en el Gabinete, que no fueran amigos suyos, es decir, quería un Gabinete "suyo", y la ley manda que el Gabinete sea "del Presidente."

Todo esto tuvieron en cuenta los que le hicieron la oposición en esa junta, y también tomaron en consideración que un Gabinete de un Presidente emanado de la revolución, no podía componerse solo de no revolucionarios. El Sr. Madero deseaba un Gabinete de coalición, en el que todos los gru-

pos estuvieran representados, porque sabía que tenía que resolver problemas tremendos que afectarían a todos ellos, y no hacía más que seguir el precedente establecido por los gobernantes de TODOS los países de TODA la tierra en casos semejantes. En efecto, cuando va a tratarse de la resolución de asuntos que son de vida o muerte para un país, en el Consejo del Monarca o Presidente están todos los partidos y todos los elementos de vida de ese país representados. Entre nosotros, esto solo lo entendían el Presidente Madero y uno o dos de sus secretarios. Los demás querían un Gabinete "homogéneo": o reaccionario furibundo, o moderado, o radical sin camisa.

El público,—sobre todo el público de la ciudad de México, que es el más ignorante y el menos inteligente de todos los públicos del país, en materia de política—consideraba el movimiento del Sr. Madero como un grandísimo error, y así, no se instalaba todavía, cuando ya todos habían visto, en la capital, un signo de muerte en la organización del Gabinete.

Acostumbrados a la autocracia porfiriana que solo admitía como ministros a los siervos bien probados del dictador, que daban buena "cala" en la maniobra preventiva a que se les sometía antes de nombrárseles, no podían concebir que un Gobierno cuyo Presidente era revolucionario, tuviera al Sr. Calero como Ministro de Relaciones, cuando éste era y sigue siendo antirevolucionario. Les llamaba furiosamente la atención que junto a don Manuel Bonilla, liberal, y revolucionario moderado, estuviera don Miguel Díaz Lombardo, revolucionario radical. Y que al lado de ellos y de don Manuel Calero, antirevolucionario liberal moderado, estuviera don Ernesto Madero, antirevolucionario limantouriano. Y comenzaron a azuzar a unos contra otros, fomentando las ambiciones del Sr.

Calero, por ejemplo, en vez de hacerle ver que no eran compatibles con nuestro sistema presidencial, o empujando contra el Sr. Calero al Lic. Pino Suárez, cuando éste entró más tarde al Gabinete, aunque el Sr. Lic. Pino sí tenía derecho a hacer cierta política.

En efecto, siendo la Vicepresidencia de la República una institución política, y no un empleo administrativo como el de Secretario del Despacho, es justo que el Vicepresidente se ocupe junto con el Presidente, en la dirección de la política nacional, y solo a ellos dos es a quienes compete llevar esa dirección, para lo cual deben ponerse de acuerdo. Alejar al Vicepresidente y nulificarlo, como lo hizo el Gral. Díaz con don Ramón Corral, es improcedente y peligroso, porque a la hora que falte el Presidente se encontrará su sustituto sin prestigio y sin conocimiento del medio en que tiene que actuar. Es pues, forzoso que el Vicepresidente haga política, —de acuerdo con el Presidente— y si se le lleva al Gabinete, es natural y debido que él sea el "Jefe del Gabinete."

Nada de esto comprendieron entonces los que debieron haberlo comprendido, y el resultado fué que de un Gabinete "muy bueno", no pudo salir sino una obra mediana.

Pero nos hemos alejado de nuestra narración. En la junta aludida, como digo, se designó el Gabinete, y éste quedó formado como sigue:

Relaciones Exteriores, Lic. D. Manuel Calero, antirevolucionario moderado, liberal.

Gobernación, D. Abraham González, revolucionario moderado liberal.

Justicia, Lic. D. Manuel Vázquez Tagle, liberal moderado, no revolucionario.

Instrucción Pública, Lic. D. Miguel Díaz Lombardo, liberal revolucionario radical.

Fomento, Lic. D. Rafael L. Hernández, moderado, liberal, independiente.

Comunicaciones, Ing. D. Manuel Bonilla, revolucionario moderado, liberal.

Hacienda, D. Ernesto Madero, radical, antirevolucionario, pero liberal.

Guerra, Gral. D. José González Salas, revolucionario moderado liberal.

Considero al Sr. Calero antirevolucionario, y no reaccionario, porque era solamente enemigo de la revolución en el concepto relativo al uso de las armas, pero no era amigo del régimen porfiriano, aunque le haya servido como Subsecretario de Estado, ni mucho menos comulgaba con las ideas de los que soñaban en una restauración.

El Sr. Hernández estaba de acuerdo con las ideas revolucionarias, tuvo en sus manos la fortuna personal de Don Francisco y Don Gustavo Madero, en los días de la revolución, y siempre creyó necesaria la caída del dictador; pero no estuvo de acuerdo en que se apelara a las armas para conseguirla. Sin embargo, cuando estalló la guerra, la aceptó. Su conducta en la Cámara de Diputados abona mi afirmación de que no era científico, aunque fuera amigo de Limantour. A Don Ernesto Madero lo considero no revolucionario porque no estaba de acuerdo con la revolución, en la que no solamente no tomó parte, sino que no la aprobó, como el Sr. Calero, siendo amigo de Limantour, pero no perteneciente al grupo denominado científico. Ni él ni Hernández fueron de los que hicieron grandes negocios, ni de los que más se hayan distinguido por los favores recibidos de dicho señor. El Sr. Madero, como ya lo he dicho, fué designado por el Sr. Limantour para que lo sustituyera en el Ministerio, y su amistad con el exMinistro porfirista lo llevó a no denunciar ante la nación todo el

horrible desastre que encontró en las finanzas nacionales, con lo que los Bancos, por ejemplo, siguieron robando a la nación y han podido achacar, —obteniendo buen éxito entre los necios— a la revolución y a los revolucionarios su fracaso, que ya he demostrado que es directamente imputable a los mismos Bancos y a Limantour.

Por esta causa considero radical al Sr. Madero; y al Sr. Hernández, que se preocupó siempre por la resolución del problema agrario, acatando la política del Presidente en este respecto, y por el cumplimiento del programa revolucionario, lo he considerado liberal independiente.

El Gabinete en cuestión ha sido juzgado ya por numerosas personas y yo he recogido el juicio de la mayor parte, que lo califican de "muy bueno", de manera que no es por haber figurado en él una persona de mi familia por lo que así lo encuentro, y no es mi juicio atribuible a un exceso de admiración filial, aunque sí es verdad que me causa un grandísimo orgullo el que mi padre haya sido uno de los colaboradores del Presidente Madero, y que éste lo haya tenido siempre en la alta estimación en que lo tuvo.

79.—*El Vicepresidente Pino Suárez.*—El Sr. Madero, que sí era apto para gobernar y veía con claridad vedada a la mayor parte de sus colaboradores, la verdadera situación, creyó prudente desde el primer momento, que el Sr. Lic. Pino Suárez no fuera a quedar relegado a un sillón del Senado, lleno de telarañas y en un ambiente propicio a los bostezos y al olvido.

A diferencia de todos nuestros "Presidentes", confiaba absolutamente en la lealtad —y con gran justificación— de su segundo. Sabía además, que contaba con la fuerza de su popularidad innegable, que era la que lo había llevado a la Presidencia, a diferencia también de todos los otros "Pre-

sidentes", elevados en la punta de un sable, y sostenidos por las de las bayonetas, y esto le colocaba en circuntancias enteramente favorables para dar al Vicepresidente el verdadero lugar que le correspondía.

Al Vicepresidente y a él les tocaba dirigir la política general del Gobierno, y para esto quiso tener más cerca al Sr. Lic. Pino, encargándole una Cartera.

El Sr. Calero vió en esto una amenaza directa contra él, y se propuso estorbar con todas sus fuerzas semejante movimiento, esgrimiendo como razón principal la de que se interpretaría mal en el público, en vista de que don Porfirio había tenido en su Gabinete al Sr. Corral también.

Los amigos de uno y otro se encargaron de avivar el antagonismo, injustificado del lado del Sr. Calero, y justificable del lado del Sr. Pino, quien no hacía más que repeler una agresión para la que no daba él motivos, ya que quien lo designaba Ministro era el Sr. Madero, y no a petición del Vicepresidente, por cierto. Así nació y creció la enemistad de estos dos señores, inteligentes ambos, los dos dotados de nobles ambiciones, y de sólida cultura, hasta estallar meses más tarde en una forma poco digna de ambos, ya que el Sr. Lic. Pino atacó por la prensa con frase dura al Sr. Calero, y éste, dejándose llevar de su juvenil vehemencia, hizo a un lado toda ecuanimidad y arrojó despectivamente lejos de sí el cargo elevado y de confianza que desempeñaba, prorrumpiendo en tremendos desahogos, de que quiso hacer víctima al Gobierno, pero por los cuales él fué el perjudicado. Más adelante detallaré y comentaré todo esto.

El Sr. Lic. Pino fué un modelo de lealtad política, sin precedente en nuestra historia, en la cual solo encontramos Vicepresidentes ambiciosos—con ambiciones innobles— que han utilizado su puesto

para derribar al Presidente, "metiéndole zancadilla", como dícese vulgarmente, o funcionarios abyectos, sometidos al capricho del amo, tolerantes hasta el grado de admitir que se les calumnie y se les difame por el propio Presidente, como en el caso de don Ramón Corral. El Vicepresidente Pino Suárez estuvo siempre de acuerdo con el Sr. Madero, lo secundó en todos sus actos, trató de darle prestigio a su Gobierno y de salvarlo de su rápida caída, pero sin renunciar jamás a su dignidad de ciudadano, ni a sus prerrogativas de segundo mandatario, ni a su carácter de hombre libre. Fué un colaborador inteligente y eficaz, no un siervo dócil y sumiso, y supo corresponder dignamente a la confianza del pueblo mexicano y a la amistad del Presidente, con su conducta meritoria, digna de imitación.

El único acto reprochable del Sr. Pino Suárez fué su polémica periodística con el Sr. Flores Magón y con el Sr. Calero; pero ya he dicho que esto es justificable, dado que el Sr. Pino era el agredido, y no hacía más que defenderse. Lo que yo le reprocho es que haya hecho público, en forma que se prestó al escándalo, su disgusto con estos dos caballeros, tan estimables, por otra parte, como él, y dignos de la mayor consideración debido a los cargos que ocupaban en el Gobierno, y a sus personales prendas de honorabilidad y talento. Yo estoy persuadido de que todo lo que hicieron entonces lo hicieron guiados por la buena fé y por la mejor intención de ayudar al Sr. Madero, aunque partieron ambos de una base falsa, hija tal vez de la poca experiencia que entonces tenían absolutamente todos, en materia de Gobierno y de política.

Afirma mi opinión el hecho de que, aun al retirarse del Gobierno e ingresar a la oposición, siguieron tratando de ayudar al Sr. Madero. Se me dirá que desde el instante en que le hacían opo-

sición no le ayudaban; pero a esto debo responder que un enemigo sincero, bien intencionado, caballeroso y patriota, vale más que cien amigos aduladores y amantes de medrar en lo personal, y que más ayuda un enemigo que señala con buena fe los errores de un gobernante y le indica los medios de repararlos, que un amigo que trata de borrarlos diciendo neciamente que no existen. Los Sres. Flores Magón y Calero fueron, en mi concepto, quizás de los únicos opositores nobles, de los únicos verdaderos opositores patriotas del Gobierno maderista, no sus *enemigos*, y por lo tanto, los considero muy injustamente tratados por los revolucionarios que los han catalogado entre los más feroces reaccionarios. Es tiempo ya de que se les haga justicia, y de que al condenar sus actos reprobables, que fueron pocos, se tengan en cuenta sus actos loables, que fueron de mayor peso, de mayor trascendencia y más numerosos que los primeros.

El Sr. Calero, por ejemplo, públicamente reconocía la legalidad indiscutible de Madero como Presidente, y al señalar errores, señalaba en seguida el remedio, siendo enemigo acérrimo de la teoría sustentada por los "intelectualoides" y demás basura, que proclamaban como único fin de su "*oposición*", la destrucción del Gobierno, la muerte de los funcionarios que lo constituían, y el entronizamiento de un dictador con mano y patas de hierro, desconociendo en lo absoluto la tendencia democrática del momento. Lo primero es constructivo y es patriótico, porque tiende a "hacer" Gobierno, democráticamente, con verdadero espíritu de democracia y no con "leperocracia" estilo carrancista; lo segundo es necio, antipatriótico, criminal, impolítico y salvaje, puesto que es prédica anárquica. Ya hemos visto cual fué el resultado obtenido con el dictador "férreo" que nos tra-

jeron los enemigos—no los opositores—de Madero. Huerta y el huertismo son la confirmación plena y absoluta, innegable y palmaria de lo que estoy asentando.

80.—*El Partido Constitucional Progresista.*— Sosteniendo al Sr. Madero y a su Gobierno aparecía el Partido Constitucional Progresista, formado como ya hemos visto, por iniciativa de aquel. En este Partido se colaron muchos malos elementos, aunque es innegable que predominaron los buenos. Había en su seno hombres de empuje, como don Luis Cabrera, quien después de haber sido vazquista ingresó a las filas de los maderistas, satisfecho de la legalidad de sus procedimientos; como don Serapio Rendón, lider yucateco que hizo brillante papel en la XXVI Legislatura; como don Eugenio Aguirre Benavides, quien defendió con las armas la legalidad del Gobierno contra la insubordinación de Orozco, y finalmente, como don Gustavo Madero, Presidente de esa agrupación, y de quien hablaré en seguida.

El Partido Constitucional Progresista trató de formar una mayoría de gobernadores adictos a él, pues de ese modo creía asegurar la estabilidad del Gobierno. Como se verá en el curso de esta historia, no pocas veces tuvo que ir contra el Presidente, pues por desgracia en una o dos ocasiones sus miembros apelaron a recursos no aceptables, y el Sr. Madero que se guiaba por un espíritu de justicia, al que posponía los intereses mismos de su Partido, tuvo que ponerse en pugna con él, lo que le ocasionó algunos disgustos con su propio hermano D. Gustavo, como en el caso de Veracruz, por ejemplo.

Como ya antes he hablado de este Partido, no me extenderé más sobre él en este párrafo. Más adelante tendremos ocasión de volver a tratar de sus asuntos.

81.—*El Club Aquiles Serdán.*—Esta institución formada por revolucionarios maderistas, contribuyó en mucho a hacer cierta mala atmósfera al Sr. Madero entre sus propios partidarios. Sin embargo, también encaminaba sus trabajos a prestigiar al Gobierno; pero sus miembros no siempre usaron de buenos métodos, y se le atribuyeron ciertos fines adulatorios, enderezados a conseguir empleos para los que lo formaban. Fueron aliados del P. C. P., y acabaron por fundirse en éste. El Club Aquiles Serdán nació al triunfar la revolución, y esto hizo que muchos le llamaran el club de los revolucionarios de última hora.

82.—*La Porra.*—Mucho es lo que se ha hablado acerca de "La Porra", misteriosa institución que yo creo que no existió más que en la cabeza de los enemigos del Gobierno, y en las columnas de los periódicos.

Se atribuía su fundación a don Gustavo Madero, y a él se le hacía aparecer como su jefe principal. Los "porristas", a semejanza de los de la institución de ese nombre, de España y de la "mazorcas" de Rosas, el tirano argentino, tenían por misión acabar con los enemigos del Gobierno por medios reprobables, hostilizarlos al margen de la ley, o resueltamente contra las prevenciones de ésta, según decían los que creían en la patraña.

Uno de los jefes de la porra, según los antimaderistas, era el Lic. Adrián Aguirre Benavides; pero yo recuerdo haber preguntado a este señor en Chihuahua, en 1914, cuando ya no había para qué guardar el secreto, si había habido tal porra, y su respuesta fué completamente negativa.

Conocí poco después al joven coronel don Carlos Domínguez, señalado como miembro de dicha "maffia" y este señor, aunque se confesaba "porrista", nunca pudo precisar en qué consistía la institución, pues todo lo más que le he oído decir

es que él formó parte de algunas manifestaciones callejeras en tiempo de elecciones, y que silbó a algunos oradores en la Cámara, por desafectos al Gobierno. En ninguna de esas cosas veo yo nada ilegal, o reprochable.

Don Pedro Lamicq asegura que pidió a don Adolfo Bassó, intendente de Palacio y otros de los señalados como "porristas" prominentes, que lo introdujera a la famosa asociación. El Sr. Lamicq es una persona que tiene por el Sr. Madero admiración grandísima, que ha hecho pública en varios libros y en numerosos artículos, de manera que era insospechable para el Sr. Bassó, con quien llevaba además larga y estrecha amistad. El Sr. Bassó no pudo introducir a su amigo a la "Porra" por que no existía, según se lo dijo.

Don Trinidad Sánchez Santos, director de "El País", diario católico, rabioso enemigo de Madero apenas lo vió triunfante, fué según parece, el inventor de la Porra. Narraré los hechos, que son poco conocidos.

El Sr. Sánchez Santos era un anciano, envejecido en el periodismo, y su pasión clerical hizo célebre a "El País", diario que dirigía y al que con la ayuda de obispos y curas dió gran circulación y bastante buen prestigio. Cuando se inició el movimiento antireeleccionista, "El País" fué antireeleccionista; pero no porque quisiera el mejoramiento del pueblo, sino para castigar al Gral. Díaz por haber seguido sosteniendo las leyes de Reforma.

Al triunfar la revolución y tratar de reorganizarse el Partido católico, el Sr. Sánchez Santos quedó muy desagradado viendo que el P. C. P. y todos los revolucionarios se oponían a la resurrección del cadáver enterrado por Juárez en el cerro de las Campanas, al fusilar a Maximiliano de

Hapsburgo, como epílogo de la formidable tragedia republicana, en 1867.

En seguida abrió sus fuegos contra don Gustavo Madero, Presidente del P. C. P. inventando que este señor trataba de ser el sucesor de su hermano don Francisco, y acogiendo de este modo la necia teoría "feliciana" de las "dinastías republicanas". No satisfecho con tal infeliz prohijamiento de ese torpe disparate, indigno a todas luces del Sr. Sánchez Santos, que era hombre de cierta cultura, y de no escasa inteligencia, atribuyó al Sr. Madero (D. Gustavo) cuanto crimen, desgracia o atropello ocurrió en México en esos días. Y no saciado con esto, hizo extensivo su odio a todos los miembros de la familia Madero, tanto hombres como mujeres, ancianos y niños, haciéndolos aparecer como una horda temible dispuesta a arrojarse sobre la nación para devorarla, perpetuándose en el poder por medio de sus numerosos miembros.

El Sr. Lic. Pino Suárez, como amigo de D. Gustavo, fué también víctima de los procaces insultos del enloquecido Sr. Santos, en quien tuvo a uno de sus más virulentos deturpadores y de los más enconados impugnadores de su candidatura.

Un joven, muerto ya en Celaya, durante la revolución de 1913, amigo del Sr. Pino, partidario de su candidatura y algo recio de puños, vió una mañana al Sr. Santos cuando llegaba al edificio de Correos, por la calle del Cinco de Mayo, en la ciudad de México, y se abalanzó sobre él, bastón en mano, dándole dos o tres garrotazos en la cabeza y la espalda. Acababa de leer un artículo furioso del Sr. Sánchez Santos, contra el Sr. Pino, y la indignación que le causara el lenguaje violento del agresivo escritor lo impulsó a apalearlo.

Una vez consumado el acto el joven en cuestión huyó favorecido por la muchedumbre, pues tanto el Correo como la esquina de Hombres Ilustres y

San Juan de Letrán, y de esta calle con el 5 de Mayo, son de las más concurridas de México.

Sánchez Santos, viejo ya, resintió tremendamente los garrotazos aplicados con mano airada y vigorosa sobre sus decrépitas espaldas, y estuvo enfermo de la bilis cerca de veinte días o un mes. No vió bien quien lo agredía, ni supo jamás cómo se llamaba, o por qué lo hacía; pero su odio por D. Gustavo lo hizo atribuir a éste el atentado, y al que reputaba servidor del Presidente del P. C. P. lo calificó de "porrista", recordando sus lecturas históricas, y así nació la porra, con un solo miembro espontáneo y no reclutado por nadie.

El Sr. Lic. Pino tuvo conocimiento de este hecho inmediatamente, porque su amigo el joven mencionado fué a participarle en cuanto lo pudo encontrar, lo que había hecho, rogándole que no se le castigara, en caso de que Sánchez lo persiguiera. El Sr. Lic. Pino reprendió al impulsivo muchacho, y allí quedó todo.

Estos hechos me fueron referidos a mí por el propio licenciado Pino, durante un viaje que hizo a la costa del Pacífico en 1912, y en el cual tuve el honor de acompañarlo. Como se ve, don Gustavo Madero no tuvo arte ni parte en esto.

Sin embargo, sobre sus espaldas cayó todo el peso de la imprudencia de aquel joven chihuahuense, y comenzó a ser víctima de toda clase de acusaciones injustas.

83.—*Don Gustavo A Madero.*—Nació este señor en la Hda. del Rosario, Coah., el 16 de Enero de 1875 y era por lo mismo, sumamente joven al ocurrir los acontecimientos que me estoy ocupando en relatar. Dotado de una clara inteligencia y de cierto espíritu de mando, adquirido en el manejo de los grandes intereses de su familia, fué considerado como un peligroso elemento, por los enemigos del Gobierno. No era muy culto, aunque po-

seía una amplia instrucción comercial y había viajado; pero tenía un magnífico golpe de vista y en poco tiempo se daba cuenta de los más complicados asuntos. Su juventud lo hacía ser fogoso, pero no era impulsivo ni altanero. Por el contrario, don Gustavo, como pueden atestiguarlo infinidad de personas que se acercaron a él y que todavía viven, a todos trataba con amabilidad y siempre estaba presto a socorrer a los necesitados, por lo que cuantos llegaban a tratarlo se convertían inmediatamente en sus amigos.

Moderador de las pasiones que hervían en el seno de su Partido, era el dique fuerte que impedía el desbordamiento de éstas. Yo creo que en vez de ser el creador de la porra, fué el que evitó su verdadera existencia, y creo también que, si en vez de haber sido el hombre sensato, ecuánime y reposado que fué, hubiera sido como lo pintaban sus enemigos, apasionado y rencoroso, poseído de ambiciones bastardas y sediento de dinero y de honores, esos enemigos no hubieran siquiera principiado a contar sus absurdas historias: los hubiera hecho desaparecer.

Don Gustavo Madero fue otro de los grandes calumniados de esa época aciaga, y su sangre trágicamente derramada en los campos de la Ciudadela, cae sobre las conciencias de todos los que lo calumniaron y mancha sus nombres y los de sus hijos.

El encono contra él fué tanto, que en cierta ocasión en que asistió a una corrida de toros, el matador que le brindó una de las reses, fué trompicado por la bestia, que estuvo a punto de herirlo. El miedo se apoderó del pobre torero y su faena fué almo menos que mediana. Los enemigos de don Gustavo hicieron publicar al día siguiente en los periódicos, que "su mala pata" había sido la cau-

sa del mal éxito del torero. Era lo que los gitanos llaman "la bicha".

A ese grado llegaba el "periodismo" de aquellos tiempos, y tanta era la insensatez de los metropolitanos enemigos de Madero, que creían a pie juntillas todas esas patrañas y las pregonaban a los cuatro vientos.

No se oía entonces otra cosa en todos los corrillos de México, más que la relación de los fabulosos negocios que hacía don Gustavo. Todo el mundo estaba enterado de sus combinaciones con el Ministro Fulano, con el Gobernador Zutano, con el Diputado X. y el banquero Z, y todos hacían la relación exacta de las trácalas, numerándolas, rotulándolas y agrupándolas en series. Todos los negocios eran, por de contado, muy sucios. No hacía uno que fuera limpio. Y sin embargo de esto, don Gustavo Madero al morir, no era rico, ni dejó protegidos ricos, ni botó fortunas durante su vida, como lo habían hecho muchos de los que lo calumniaban, que habían robado durante treinta años a la nación y no podían concebir que un hermano del Presidente, con fama de buen negociante, no hiciera negocios al amparo de él. Eran, y siguen siendo, tan sin delicadeza, tan corrompidos y tan pícaros, que no comprendían, ni pueden comprender aún que hubiera hombres honrados. A tal grado falta en esas gentes el sentido moral.

Uno de los negocios que se atribuyó a D. Gustavo Madero fué un contrato para amueblar el edificio de Comunicaciones, recién construido, y que inauguró el Ministro don Manuel Bonilla, así como otro contrato para surtir de vinos y conservas las bodegas de las residencias presidenciales. Millares de pesos, según los calumniadores, se dividieron entre el Ministro y don Gustavo; pero lo cierto es que ni D. Gustavo amuebló Comunicacio-

nes, ni surtió las despensas de Palacio o de Chapultepec, jamás.

Se le hizo aparecer como "socio" del Vicepresidente Pino Suárez en la compra de fabulosas extensiones de terrenos, y en no sé cuántas no menos fabulosas concesiones para toda clase de explotaciones de la riqueza nacional. Y lo cierto, lo comprobado con meridiana claridad, lo presenciado por los mismos calumniadores cuando entregaron los cadáveres de sus dos víctimas, fué que a D. Gustavo lo enterraron unos amigos, y no llevaba más que un fistol y unos cuantos pesos encima, que le robaron los asesinos; y al Lic. Pino lo enterraron otros amigos que se cotizaron para pagar la inhumación, porque en su casa no había más que deudas, no solventadas aún, y que ponían de manifiesto su penuria tremenda.

Llamo la atención del lector hacia los dos cuadros que publico al final de esta Primera Parte, en los que aparecen comparadas las fortunas acumuladas o derrochadas por los calumniadores del Gobierno maderista, y las "fortunas" de los calumniados. Ese es el mejor mentís que puede darse a los que asientan que el Gobierno de Madero derrochó entre sus miembros "las reservas de Limantour."

No quiero decir que no hubo pícaros en el Gobierno maderista. Sí los hubo; pero estuvieron en tan corta minoría, y ocuparon puestos tan insignificantes, y fueron tan despreciables sus rapiñas, y se les echó tan luego, que apenas si dejaron una huella de su paso.

84.—*El principio del Gobierno maderista.*—Con los elementos que dejo descritos, a grandes rasgos, en los párrafos anteriores, inició su vida el Gobierno presidido por don Francisco I. Madero, que debía su vida a la libre voluntad del pueblo mexicano.

Como vamos a verlo en seguida, una vez desaparecido el problema político, por haber sido resuelto favorablemente el 27 de Noviembre de 1911, al incorporarse en la Constitución el principio de la no reelección, que proclamaran los alzados de 1910, y al hacerse libremente por el pueblo la sustitución del personal de los poderes, los demás problemas que estaban latentes y que nadie había sospechado que existieran, principiaron a tener manifestaciones que muy pocos se explicaban, siendo el más patente el de la división equitativa de la tierra y de la creación de la pequeña propiedad.

El Gobierno maderista tuvo que enfrentarse con este nuevo aspecto de la situación, que reclamaba largos estudios para su resolución acertada, y tuvo también que hacer frente, desde luego, a todos los demás problemas señalados en los dos primeros capítulos de esta obra, creaciones del porfirismo que los mismos porfiristas, el clero y el ejército, junto con un buen número de revolucionarios que no quedaron contentos porque no alcanzaron los puestos que soñaban, explotaron para fomentar rebeliones, como si esos problemas pudieran resolverse a machetazos.

La prensa de la ciudad de México, fomentada por los amigos de de la Barra, de Díaz, de Corral, de Reyes, de todos los vencidos, habían estado haciendo creer con malicia refinada, a cuanto bobo quiso tomarlo en serio, que al día siguiente de que Madero tomara posesión de la Presidencia, cambiarían las cosas y todo se transformaría en beneficio de los que hasta entonces habían sido los oprimidos. Parecerá increíble que haya habido quien diera acogida a tales pamemas, pero el que haya leído los primeros capítulos de este libro, y haya visto las cifras relativas a la instrucción del

pueblo mexicano, comprenderá que eso y más era posible.

Una semana después de haber llegado Madero a la Presidencia, comenzaron aquellos malvados a pregonar que el Gobierno no cumplía lo que había prometido la revolución; que las "muchísimas ofertas" del candidato Madero no eran proporcionales a los poquísimos actos de su Gobierno —Gobierno de ocho días— y que, por lo tanto, Madero era un "traidor" y su Gobierno una caterva de pícaros merecedores del exterminio más ignominioso, porque "estaban engañando al pueblo". Y esto lo decían los mismísimos bribones que durante treinta años no hicieron más que robar, engañar, hambrear, esclavizar y prostituir al pueblo de México!

Se ha dicho que a Madero lo sostuvieron los Estados Unidos durante sus primeros meses de gobierno, y que le retiraron su apoyo cuando vieron que no accedía a las pretensiones de ese país, contenidas en la célebre nota del Departamento de Estado, enviada a fines de Septiembre de 1912. Mentira. Madero no tuvo el apoyo yanqui nunca, y si llegó al poder y se mantuvo en él quince meses fué a despecho de los yanquis.

He aquí una prueba irrefutable de que el Embajador Henry Lane Wilson nunca fué otra cosa que uno de los miembros más activos de la maffia que conspiraba contra el Gobierno maderista, haciéndose eco de todas las necedades de los derrotados reaccionarios, y principalmente de la relativa a la falta de cumplimiento de las "numerosas" promesas que Madero había hecho, y que ya hemos visto que se redujeron a la fabulosa cantidad de cuatro:

"No. 1103.—*Confidencial.*—México, Noviembre 30–1911.

"Mi querido Sr. Knox:—..... La inauguración del Sr. Madero tuvo lugar el 6 de Noviembre, en medio de muchas pruebas de entusiasmo popular, pero también en medio de escenas de *casi indescriptible confusión y anarquía.* Se abandonó toda apariencia de control sobre el enorme concurso de gente que había en las calles, y *el tumulto* penetró casi hasta los confines de la Cámara de Diputados donde el Presidente prestó la protesta de ley en presencia del Congreso y del Cuerpo Diplomático. Algunos *miembros del Cuerpo Diplomático fueron asaltados en las calles, al dirigirse a la ceremonia,* y a todos se les *sujetó a una clase de tratamiento completamente sin precedente en ocasiones de este carácter.*

"Se suponía, en general, *que inmediatamente después de la inauguración del Presidente Madero, el país reanudaría sus condiciones de vida normal, y que el procedimiento de ajuste sería rápido. No ha sido ese el caso en una muy gran parte de la República.*

"El desorden y la ilegalidad en los Estados de Oaxaca, Morelos, Puebla, Tlaxcala y Veracruz aumentó en vez de disminuir, y para suprimir estos movimientos se ha necesitado de los más resueltos esfuerzos por parte del Gobierno Federal.

"En el momento presente el Gobierno aparentemente ha tenido buen éxito reprimiendo la revuelta en la región ístmica del Estado de Oaxaca, y se me informa que ha arrojado al bandolero Zapata con cerca de 1,000 hombres, fuera del Estado de Morelos, y hacia las regiones montañosas del de Guerrero.

"*Sin embargo, las noticias que la Embajada ha recibido por conductos oficiales y de otra naturaleza,* dan cuenta de la constante ocurrencia de levantamientos locales y de pillajes y destruccio-

nes en los otros Estados mencionados, y ha *ocurrido recientemente un formidable levantamiento, que se supone favorece al Gral. Reyes, en el Territorio de Tepic.* Para aumentar las dificultades del Gobierno, el Estado de Oaxaca, por medio de su Gobernador Benito Juárez, ha notificado recientemente al Gobierno Federal *que a menos que se sujete a la Constitución Federal accediendo a la demanda para el envío de tropas que supriman la rebelión contra el Gobierno del Estado, éste se separará de la Unión Federal.*

"*Esta diferencia está llena de graves posibilidades, pues la secesión de Oaxaca sería probablemente seguida por los Estados contiguos, y se verificaría entonces una rebelión de tan formidables proporciones y tan ampliamente extendida territorialmente, que amenazaría la existencia del Gobierno Federal.*

"También he recibido informes de amplio descontento, ilegalidad y bandidaje y peligrosas huelgas, de los Estados de Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Tamaulipas y Nuevo León, y cartas particulares del Norte informan de una situación peligrosa en el Estado de Chihuahua, en donde los soldados maderistas desbandados están discutiendo abiertamente la rebelión contra Madero.

"Es posible, y sin duda probable, que estas condiciones en muchos casos han de mejorarse, pero no es menos significativo y gráfico de la falta de aptitud de este pueblo para gobernarse a sí mismo —lo cual he comentado en otros despachos— el que un mes después de la inauguración presidencial por el voto casi unánime del pueblo, el jefe de la revolución victoriosa venga a encontrarse rodeado de peligros y se vea forzado a emplear el ejército federal, contra el cual peleó, para suprimir y castigar a sus propios partidarios.

"La actividad de nuestro Gobierno para poner en vigor las leyes de neutralidad, en mi opinión, ha puesto fin por ahora al movimiento revolucionario reyista, pues *no podrá tener nunca buen éxito si no se le permite operar desde territorio americano.* El presente Gobierno aprecia profundamente nuestra pronta acción en este asunto, pues tengo la seguridad de que sabe que un débil ejercicio de nuestras obligaciones en la frontera conduciría a la formación de una peligrosa rebelión que tal vez tuviera buen éxito....."

Dejo que el lector haga los comentarios que guste, a todo ese fárrago de falsedades y de insidiosas apreciaciones.

Yo me limito a probar, con la narración verídica de los hechos, que una vez más mintió Lane Wilson con cada uno de los signos gramaticales que empleó en ese mensaje confidencial, como en los otros.

He aquí como juzgaba Lane Wilson a Madero, pocos días después de haberlo conocido personalmente:

"(Confidencial).—Embajada Americana, Mexico, Julio 11–1911.

"Mi querido Sr. Knox:—Los temores expresados en mis despachos confidenciales acerca de que la situación que había sido creada por el buen éxito del movimiento revolucionario del Sr. Madero, pudiera conducir a la falta permanente de respeto a las autoridades constituidas y al trastorno de los métodos administrativos establecidos, han sido justificados en parte considerable por los acontecimientos que han ocurrido en toda la República durante los últimos treinta días y por el descontento general que prevalece entre todas las clases en el presente momento.—Además de esas condicio-

nes, bastante serias en sí mismas, la situación económica se hace constantemente peor, y a menos que el Gobierno demuestre mayor firmeza y más energía para enfrentarse a las dificultades que se han levantado y se están levantando, en vez de tratar de aplacar las en muchos casos fantásticas demandas de los trabajadores industriales, no puede haber sino pequeñas esperanzas de mejoría. De un extremo a otro de la República, en las ciudades, en las minas y en las plantaciones, las clases laborantes han abandonado el trabajo y están haciendo demandas, acompañadas en muchos casos por violencias, de aumento de salarios y disminución de horas de trabajo, acceder a lo cual está completamente fuera de la posibilidad de la clase rica. (employing class)

"En muchas localidades, también, comunidades enteras se están negando a pagar los impuestos federales y del Estado, pretendiendo que era parte del programa de la revolución libertar al pobre del peso de los impuestos. Hay muchos casos también en los cuales fincas sobre cuyos títulos no hay duda alguna, han sido ocupadas por la fuerza por grandes cuerpos de gentes pobres, en la creencia de que la revolución nulificó los viejos títulos, y de que las tierras serían restituidas al pueblo en comunidad. Desde luego puede imaginarse que se requerirá energía, saber y los consejos de todos para curarse de los males que brotan de opiniones erróneas, mala interpretación de la idea de libertad y pretensiones exageradas de una clase obrera que ha sufrido muchas injusticias en el pasado, pero que ahora parece incapaz de aprovecharse de sus oportunidades de una manera racional y práctica.

"He visto al Sr. Madero en varias ocasiones, y

he tradado de formarme alguna opinión sobre su carácter. Es de apariencia insignificante, desconfiado en sus maneras (diffident manners) y vacilante al hablar, parece ser altamente nervioso y encontrarse inseguro acerca del camino que ha de seguir respecto de muchas cuestiones públicas importantes. Tiene, sin embargo, un rasgo redentor —un par de excelentes ojos, que me indican a mí seriedad, veracidad y lealtad, y tal vez, reservas de energía y fuerza de carácter que el tiempo podrá revelar más ampliamente. Soy, mi querido Sr. Knox, muy sinceramente, de Ud., (f) Henry Lane WILSON."

FIN DEL TOMO PRIMERO

Erratas Muy Notables

PÁG.	LÍNEA	DICE:	DEBE DECIR:
37	17	Hacieada	Hacienda
39	21	dejaron	dejó
39	37	quines	quienes
41	6	candillo	caudillo
43	2	maña	saña
61	9	yanquis	Estados Unidos
62	9	muudo	mundo
63	34	ei	el
83	23	caballero partidario	caballero, partidario
87	10	Roosevel	Roosevelt
99	26	eu aquella	en aquella
108	15	teoric	teórica
118	18	respto	respeto
121	2	desagadable	desagradable
141	12	prisión	persecución
153	5	provacar	provocar
154	22	"científicos que	"científicos" que
214	4	Limautour	Limantour
217	14	al pacto de C. Juárez	el pacto de C. Juárez
218	5	llegado	llegada
219	16	volutarios	voluntarios
220	4	fuesrzas	fuerzas
223	2	supercifial	superficial
224	3	era un activo	era un altivo
231	8	Dic. 20-1919	Dic. 20-1910
232	20	50	57
263	16	tedido	tenido
265	27	moralización	realización
282	13	invitado, a la	invitado a la
307	16	día 27	día 26
309	4	incopeten-	incompeten-

INDICE

PÁG.

Preámbulo 5

CAPITULO I.—Génesis de la Revolución 9

CAPITULO II.—Génesis de la Revolución 37

CAPITULO III.—Agitación Revolucionaria 66

CAPITULO IV.—Los Primeros Revolucionarios 91

CAPITULO V.—El Primer Mártir de la Revolución 135

CAPITULO VI.—Los Estados Unidos y el Gobierno Dictatorial 145

CAPITULO VII.—La Agonía de la Dictadura Porfirista 160

CAPITULO VIII.—La Revolución de 1910 190

CAPITULO IX.—La Caída del Dictador 211

CAPITULO X.—El Verdadero Filibusterismo, en 1911.. 221

CAPITULO XI.—El Verdadero Porfirio Díaz 239

CAPITULO XII.—El Gobierno Interino de 1911 256

CAPITULO XIII.—La Base de la Legalidad de Madero 286

CAPITULO XIV.—El Presidente Turbio 297

CAPITULO XV.—Los Componentes del Gobierno Maderista 312

ESTE LIBRO ACABO DE IMPRIMIRSE EN
LA IMPRENTA AVENDAÑO, S. A.,
DE MAZATLAN, SINALOA,
MEXICO, EL 31 DE
AGOSTO DE
1922

F1234
B69

Fh.10088

INVENTARIO 1994

AUTOR BONILLA

TITULO Diez Años de Guerra.

FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR
4 ENE. 1988	Helga Valdés
19 JUN. 1984	Susana Soria Granesi
21 JUN. 1984	Susana Soria Granesi
25 SET. 1984	RAMIREZ RODRIGUEZ JS
22/4/86	Juan A. Acosta P.
23/IV/86	Fotocopia
07 ABR 1995	Ignacio Custodio Villa
3 OCT.	Alejandra Maldonado
8 OCT. 1997	Alejandra M
16 FEB. 1998	Elizabeth Flores M
11 AGO 19[illegible]	Alejandra M.

F1234
B69

Fh.10088